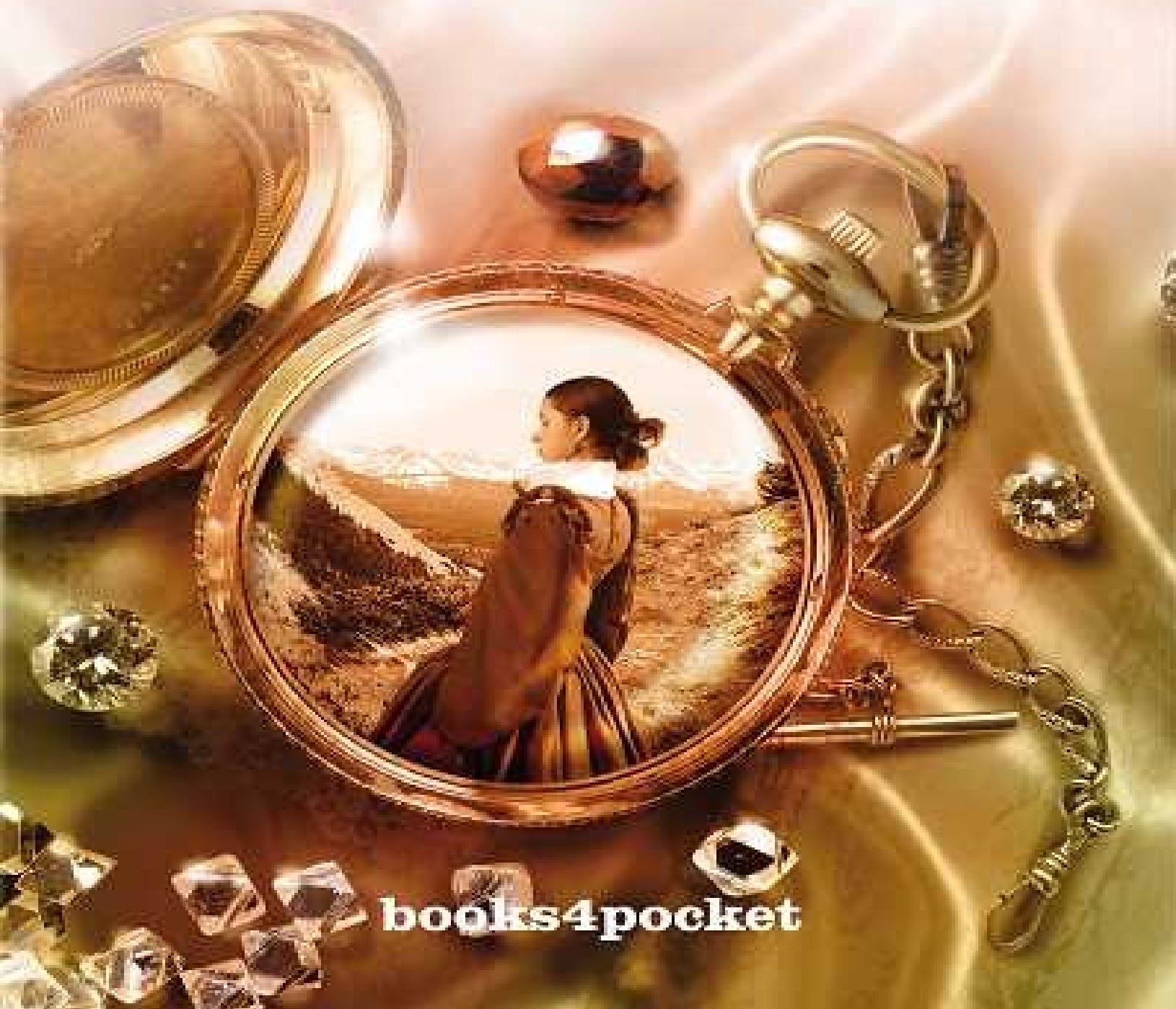


Andrea Kane

El legado del diamante



books4pocket

Andrea Kane

Diamante Negro 01

El legado del diamante

*Dedicada a Andrea Cirillo,
por conservar la cordura, devolver la fe, hacer reír y dar a un arenque la
valentía de un tigre.*

ÍNDICE

Agradecimientos.....	4
Capítulo 1.....	5
Capítulo 2.....	10
Capítulo 3.....	23
Capítulo 4.....	40
Capítulo 5.....	56
Capítulo 6.....	72
Capítulo 7.....	92
Capítulo 8.....	103
Capítulo 9.....	114
Capítulo 10.....	128
Capítulo 11.....	140
Capítulo 12.....	153
Capítulo 13.....	171
Capítulo 14.....	188
Capítulo 15.....	198
Capítulo 16.....	211
Capítulo 17.....	225
Capítulo 18.....	235
Capítulo 19.....	247
Epílogo.....	258
Nota de la autora.....	266
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	267

Agradecimientos

Vaya mi gratitud a:

El Gemological Institute of America, que amablemente me proporcionó información histórica y descriptiva del extraordinario y siempre misterioso diamante negro.

Bob, por participarme de sus conocimientos en relojes, de su vasta biblioteca de libros históricos y, principalmente, de su tiempo.

Brad y Wendi, mis omnipresentes «rocas» de amor y apoyo. Cuando se inventen palabras lo bastante profundas para expresar todo lo que sois para mí, chicos, os prometo ser la primera de la cola para conseguirlos. Mientras tanto, tendrán que bastar «gracias» y «os quiero». Así pues, gracias, os amo con todo mi corazón.

Capítulo 1

Mayo de 1817, Devonshire, Inglaterra

Ésa era la tercera de las notas pidiendo rescate recibidas en tres días, y la quinta de la semana, pero sólo era la segunda que parecía indicar un verdadero secuestro.

Pembourne:

El canje se hará esta noche, a las once. A diez millas al sur de Dartmouth, mar adentro, en el Canal. Coge una barca pequeña, sin armas. Ven solo, únicamente acompañado por el diamante. Obedece estas instrucciones, si no, tu hermana morirá.

Devolviendo el lacónico mensaje al bolsillo de su chaqueta, Slayde Huntley, noveno conde de Pembourne, afirmó con una mano la rueda del timón de su barca de pesca, al tiempo que con la otra ladeaba su reloj hacia la tenue luz de la lámpara. Según sus cálculos, ya había recorrido más de nueve de esas diez millas. Hizo un esfuerzo para calmarse y prepararse para el enfrentamiento, y maniobró la barca para adentrarla más en las aguas del Canal cubiertas de niebla, aguas tan revueltas que daban la impresión de que podrían tragarse una barca del tamaño de la suya.

Debería haber traído el bergantín, pensó. Todos sus instintos le gritaban

que esa embarcación no sólo era inadecuada para el mar revuelto sino también que su estructura misma la hacía absolutamente vulnerable al enemigo. Pero el mensaje del secuestrador era muy claro, por lo que, dijera lo que dijera su instinto, no se atrevió a desobedecer, no fuera a poner en peligro la vida de su hermana.

Aurora.

Imaginársela prisionera de un sucio pirata le erizaba la piel. Por enésima vez se reprendió por haber faltado a sus responsabilidades, por haber permitido que ocurriera esa atrocidad sin precedentes. En los diez años transcurridos desde que se convirtiera en el responsable de Aurora, había logrado mantenerla aislada del mundo y, pese a sus frecuentes y prolongadas ausencias, se las arreglaba para tenerla segura con los servicios de un ejército de criados y guardias, cuya principal misión consistía en tenerla ocupada y a Pembourne a salvo de intrusos. Los acontecimientos demostraban que eso último era más fácil de conseguir que lo primero. De todos modos, como corroboraban los informes que recibía cada vez que volvía a casa, Aurora rara vez lograba aventurarse más allá de su adorado faro sin que la descubrieran y llevaran de vuelta a Pembourne. ¿Cómo demonios pudo ocurrir el secuestro, entonces?

Hizo a un lado los sentimientos de frustración y de culpa; en esa apurada situación no había espacio para ninguno de los dos. Los interrogantes y las repreciones a sí mismo vendrían después. En esos momentos sólo conseguirían disipar sus reservas mentales, disminuyendo así las posibilidades de realizar lo que había venido a hacer: entregar el precio del rescate y recuperar a su hermana.

El precio del rescate, ese detestable diamante negro cuya leyenda tenía enterradas sus garras en su pasado y se negaba a soltarlo, cuya maldición atormentaba a los Huntley como un espectro letal, un espectro cuya presencia no disuadía en absoluto a los cientos de corsarios de buscar la codiciada piedra.

Pensando en la brillante piedra negra que llevaba metida en la bota hessiana, se le pusieron blancos los nudillos de tanto apretar la rueda del timón. ¿Qué lo convenció de que ese mensaje no era un simple invento con el fin de obtener la piedra? ¿Y si, como la mayoría de los anteriores, ese mensaje era un engaño? ¿Y si ese pirata no tenía secuestrada a Aurora?

Nuevamente desechó esa línea de pensamiento, negándose a contemplar la idea de volver a casa sin su hermana. Ya se había derramado sangre de tres

generaciones. Aurora no caería víctima de la codicia y el odio engendrados por esa odiosa joya. Él no lo permitiría. Contra viento y marea, la encontraría. Se le tensaron los músculos al oír los sonidos de un velero surcando el agua. Entrecerrando los ojos, observó las turbias aguas, tratando de distinguir el contorno de un barco.

Por fin lo vio.

Deteniendo su barca, esperó a que el velero se acercara más.

Tal como había imaginado, era un bergantín goleta de tamaño mediano, pero bien tripulado y, sin duda, bien armado. La situación era casi cómica, pensó, torciendo la boca en un rictus de amargura. Ahí estaba, a millas de la costa, solo y desprotegido en una pequeña barca de pesca, desafiado por un velero hostil diez veces más grande, que se iba acercando, acercando, preparado y listo para hacerlo volar en trochos en un segundo.

Y no había absolutamente nada que pudiera hacer para salvarse.

Aparte de entregar la piedra y rogar que Aurora estuviera en el barco, ilesa.

—Pembourne, veo que has obedecido las instrucciones. —La áspera voz del secuestrador pareció cortar la niebla, mientras su barco se detenía a un lado de la barca—. Es de esperar que todas. ¿Has traído el diamante negro?

Slayde echó atrás la cabeza, rogando que se levantara la niebla para poder verle la cara al cabrón.

—Lo tengo —contestó.

—Estupendo. Si eso es cierto, continuarás vivo. Enviaré a mi segundo de a bordo a recogerlo.

Se oyó un ruido fuerte, seguido por otro producido al golpear la base de una escala de cuerdas sobre la cubierta de la pequeña barca.

—¿Dónde está Aurora? —preguntó Slayde, moviendo la mano hacia el bolsillo del chaleco, hacia la pistola que llevaba ahí.

—¡Alto! —gritó el secuestrador—. Toca esa arma y morirás ahí mismo.

A eso siguió un silencio que pareció vibrar en el aire. Slayde bajó lentamente la mano hasta colocarla a un costado.

—Sabia decisión, Pembourne —comentó la dura voz—. En cuanto a tu hermana, la están subiendo a cubierta. Ah, aquí está.

Mientras el pirata hablaba, otros dos subieron a una mujer hasta la cubierta; ésta venía debatiéndose. Era de constitución menuda; llevaba los brazos atados a la espalda y los ojos vendados con un trozo de tela.

Podría ser Aurora. Pero ¿lo era?

Entornando los párpados, Slayde observó atentamente, tratando de discernir la

identidad de la mujer. Tuvo poco tiempo para hacerlo, porque sin ninguna ceremonia la metieron en un saco, ataron la boca del saco y la echaron sobre el hombro del segundo de a bordo.

—Espera —dijo Slayde cuando el hombre comenzó a bajar la escala. El hombre se detuvo.

—¿Qué prueba tengo de que la persona metida en ese saco es mi hermana?

—Ninguna —replicó el capitán, en tono burlón—. Parece que tendrás que conformarte con mi palabra.

Slayde apretó las mandíbulas. Estaba a punto de contradecir la afirmación de que traía el diamante, dispuesto a jurar que en realidad éste estaba bien guardado en la casa señorial Pembourne, cuando su mirada se posó en un saco que se movía y que llevaba el primer oficial sobre el hombro. Por la pequeña abertura de la boca habían salido varios largos mechones de pelo, un pelo cuyo color ni siquiera la niebla podía disfrazar.

Un color rojo dorado brillante.

Aurora.

Tranquilizado, pensando que su trabajo iba a ser recompensado, hizo un gesto de asentimiento, ya impaciente por terminar la transacción y alejarse. Consciente de que lo estaban vigilando, reprimió todo gesto de impaciencia y continuó con la cara impasible. El segundo de a bordo se detuvo tres peldaños por encima de la cubierta de la barca y alargó la mano.

—El diamante, milord —dijo.

Sin decir palabra, Slayde miró atentamente al marinero, observando, con cierta sorpresa, un gesto de pesar en su cara, casi como si al bribón lo hubieran obligado a actuar en contra de su voluntad.

—Por favor, lord Pembourne —reiteró el marinero, desviando la vista de su penetrante mirada—, la piedra.

—Muy bien. —Slayde se agachó tranquilamente, y metió la mano en la bota—. Voy a sacar el diamante, no un arma —aclaró, compadecido del asustado marinero—. No llevo ningún arma en la bota.

Dicho eso, sacó la piedra y abrió la palma delante del hombre para que viera que eran ciertas sus palabras.

Por la curtida cara pasó una expresión de alivio.

—Cógelo, Lexley —gritó el capitán.

Sobresaltado, Lexley alargó la mano y cogió el diamante.

Al mismo tiempo, la mujer metida en el saco comenzó a moverse, debatiéndose enérgicamente, cogiendo a Lexley desprevenido, y se cayó de su

hombro.

Con un fuerte ruido, el saco cayó sobre el bauprés de la barca, y con el impacto rebotó y fue a caer junto a la borda con un sonido sordo. Slayde se abalanzó a sujetarlo, pero sus manos sólo cogieron aire, pues la barca se ladeó, haciéndolo perder el equilibrio y lanzando el saco por la borda.

Un objeto brillante, como de plata, cayó sobre la cubierta.

Y entonces se oyó el ominoso chapaleteo del agua al caer el saco en las agitadas olas y desaparecer.

—Dios mío —exclamó Lexley, haciendo un instintivo movimiento hacia el agua.

—¡Sube a bordo! —aulló el capitán—. Ahora mismo.

El segundo de a bordo se quedó inmóvil.

—Milord... —dijo, mirando a Slayde, aterrado—. Debe...

Slayde no alcanzó a oír el resto. Ya recuperado el equilibrio, se asomó por la borda, calculó la distancia de las olas que revelaban el lugar donde se había hundido el saco, y se lanzó.

Cortó limpiamente la superficie del agua con una brazada y se lo tragó la oscuridad.

—Dios mío, te lo ruego, sálvala —suplicó Lexley, mirando la espuma que dejó Slayde al zambullirse—, y perdóname a mí, Señor, te lo ruego.

Dicha esa oración, subió al barco por la escala, recogéndola a medida que subía.

Slayde se dio un impulso para sumergirse, buscando a tientas en la negrura del mar. La combinación de niebla y oscuridad de la noche le hacía imposible distinguir nada. Sólo podía rogar que sus cálculos hubieran sido los correctos. Tal vez oyeron sus plegarias.

Una intensa sensación de triunfo le recorrió todo el cuerpo al sentir el roce del áspero borde del saco en las yemas de los dedos. Lo cogió y tiró de él, acercándolo, hasta que pudo asir firmemente el pesado bulto con un brazo y apretarlo contra su cuerpo. Moviendo enérgicamente los pies, batalló con el peso de su ropa empapada y la resistencia de su pesada carga.

Pasado un momento, que le pareció una eternidad, salió a la superficie. Después de inspirar un poco de aire, logró levantar el saco y lo pasó por la borda hasta dejarlo en la cubierta, y luego subió él.

El saco se movió suavemente y se quedó inmóvil.

Arrodillándose a un lado, sólo tuvo una vaga conciencia del bergantín que se alejaba, tan preocupado por Aurora que no podía pararse a pensar en el

destino de la joya. Le temblaban las manos cuando cogió la cuerda que estaba atada floja en la boca del saco. Soltó una maldición al sentir la resistencia de la mojada cuerda, que se le enterró en las manos y se las magulló.

Sacó su cuchillo y rompió la tela de arriba abajo. La apartó para poder tocar a la mujer que estaba dentro.

Estaba boca abajo, con las calzas y la camisa pegadas al cuerpo y los largos cabellos rojo dorados envueltos alrededor.

Le puso la palma en la espalda.

No respiraba.

Cambiando de posición hasta quedar acuclillado junto a su cabeza, cortó las cuerdas que le ataban las muñecas, le dobló los brazos y se los colocó debajo de la mejilla. Después le presionó con fuerza la espalda, entre los omóplatos, y le levantó los codos, en un desesperado intento de obligar al agua a salir de sus pulmones.

Repitió todo el movimiento cinco veces, hasta que fue recompensado por un fuerte acceso de tos.

—Chh, no pasa nada, todo va bien.

Tremendamente aliviado, volvió a cambiar de posición, para hacerle más suaves los fuertes estremecimientos que acompañaban la tos, ayudándola a expulsar toda el agua que había tragado y a reemplazarla por aire.

Finalmente ella se quedó inmóvil, inconsciente pero respirando, contusionada pero viva.

Con toda suavidad le giró lentamente el cuerpo hasta dejarla de espaldas, y se tomó el tiempo para examinar sus lesiones, a medida que la liberaba del saco. Tenía costillas rotas, eso seguro, pensó, frunciendo el ceño, preocupado, dada la fuerza con que había golpeado la barca; también había una clara posibilidad de conmoción cerebral. Eso sin contar las heridas pequeñas, magulladuras y sólo Dios sabía qué más. Con esos pensamientos discurriendo veloces por su cabeza, le apartó el pelo de la cara y le quitó la venda de los ojos.

La cegadora comprensión fue seguida por una salvaje maldición.

La joven no era Aurora.



Capítulo 2

Courtney se sentía como si la hubiera golpeado una enorme piedra. Sentía

vibrar la cabeza como si se la estuvieran golpeando con un martillo por dentro, unos golpes atroces.

—Papá...

El solo esfuerzo para decir esa palabra le desencadenó un violento acceso de tos, y tuvo la vaga sensación de que había ocurrido algo terrible, algo tan terrible que no podría soportar.

—No intente hablar.

«¿De quién es esa voz?», pensó, entre tos y tos. Conocía a todos los miembros de la tripulación de su padre, y esa sonora voz de barítono no era de ninguno de ellos.

—¿Papá? —volvió a musitar.

—Descanse. Llegaremos a tierra dentro de unas horas.

¿A tierra? Estaban a millas y días de su destino en las Colonias para dejar el cargamento. ¿Por qué demonios iban en dirección a tierra?

Se armó de valor para controlar la tos y desentenderse del dolor que la separaba de la realidad.

—La cabeza... y el pecho... me duelen...

—Tragó muchísima agua. En cuanto a su cabeza y su pecho, se los golpeó violentamente. Por eso quiero que se esté quieta. Creo que tiene conmoción cerebral y varias costillas rotas. Por no decir unos impresionantes moretones, cada uno de los cuales podía ser indicio de huesos rotos. Por desgracia, no tengo el material necesario para tratar todas esas lesiones. Pero corregiremos eso tan pronto como lleguemos a tierra. —Un corto silencio—. ¿Me puede decir su nombre?

—Nombre...

Ojalá supiera quién era ese hombre. Abrió los párpados y sólo logró distinguir su potente cuerpo, que parecía llenar todo el largo del velero en que estaba tendida. Pero claro, eso no era tan impresionante, tomando en cuenta lo pequeño que era el velero. Pequeño y desconocido, con un capitán igualmente desconocido, aunque de pequeño, nada.

—¿Quién es usted?

—Una víctima. Igual que usted.

Víctima. Esa palabra bastó para que se le abrieran las puertas de la memoria, dejando salir un diluvio de imágenes insoportables. Su padre... atacado por ese asqueroso pirata, sacado violentamente del alcázar, atado, amordazado...

arrancado de su lugar en el timón. Y Lexley, obedeciendo a punta de pistola... atando un saco de grano a las piernas de su padre y, con expresión angustiada, ordenándoles a Green y Waverley que la bajaran a ella a su cabina. Ah, cómo se debatió, con manos y pies, mientras la llevaban. Y luego..., el grito de su padre, seguido por ese horrible ruido en el agua cuando cayó por la borda. Estaba muerto.

—¡No! —gritó, desesperada.

Se incorporó hasta quedar sentada, y volvió a echarse de espaldas, ahogando un gemido. El intenso dolor se mezcló con una creciente sensación de mareo, y sintió las náuseas un instante antes de vaciar el estómago de su escaso contenido.

Las señales de náuseas tuvieron que ser visibles, porque el hombre que estaba ante la rueda del timón se giró inmediatamente, la cogió en brazos y la llevó hasta el costado de la barca, e inclinándola sobre la baranda la sujetó mientras las fuertes convulsiones la estremecían, y las abundantes lágrimas le cegaban los ojos.

Trató de dominar el mareo, sobreponerse a los recuerdos, a la inalterable realidad.

—Mi padre. Está muerto —dijo, sintiendo más intenso el rugido en la cabeza—. Ese monstruo lo mató.

Entonces el mundo se ladeó y todo se volvió negro.

¿Dónde diablos podría estar Aurora?, pensó Slayde, dando una palmada sobre las notas que exigían rescate. Las había leído una y otra vez, unas diez veces, sin lograr aclarar nada.

Tremendamente frustrado recorrió el despacho a todo lo largo, tratando de armar las piezas. No tenía ninguna lógica. Todas las notas, cada una, hacían referencia al diamante negro. Sin embargo, si lo único que deseaba el secuestrador era el diamante, ¿por qué no contactó con él inmediatamente, para exigirle la piedra y hacer el intercambio? ¿Por qué esperar? ¿Por qué jugó con él como un niño con un juguete?

A no ser que su motivo no fuera sólo el diamante. Esa posibilidad se le deslizó por la mente como un odioso insecto. ¿Serían falsas todas esas notas? Quienquiera que tuviese a Aurora, ¿desearía

algo más que el diamante? ¿Algo más cruel, venganza, por ejemplo?

Sólo existía un hombre que odiara tanto a su familia como para realizar esa cruel venganza, un hombre cuyo deseo de encontrar el diamante negro y vengarse era lo bastante retorcido como para llevar a cabo un acto tan horrible.

Lawrence Bencroft.

La rabia corrió por sus venas como fuego. El anciano duque pasaba más tiempo borracho que sobrio. De todos modos, eso no le impediría...

—¿Lord Pembourne?

Se giró a mirar al hombre delgado y canoso que estaba de pie en la puerta.

—Gilbert, ¿cómo está la joven?

El médico se quitó los anteojos y empezó a limpiarlos con su pañuelo.

—Tiene suerte de estar viva —contestó—. Si usted hubiera tardado un momento más en llegar a ella, no habría tenido tanta suerte.

—¿Tan graves son sus lesiones? —preguntó Slayde, ceñudo.

—No son sólo las lesiones, y ni siquiera el tiempo que pasó bajo el agua. Su estado anterior a... —el doctor Gilbert se aclaró discretamente la garganta—, al accidente, ya estaba deteriorado, por decir lo mínimo.

—No me hable en enigmas, por favor. Dígame lo que le encontró al examinarla.

—Una fuerte conmoción cerebral por el golpe en la cabeza, numerosas costillas dañadas, varias laceraciones profundas, y muchas heridas y magulladuras. También está terriblemente débil, muy necesitada de comida y, en particular, de agua, por irónico que pueda parecer, dadas las circunstancias. En resumen, es una damita muy enferma.

—Pero ¿se recuperará?

—Con buena comida, atención y, principalmente, descanso, sí, creo que se recuperará. Aunque —frunció el ceño—, me preocupa que haya vuelto a ese estado de profunda inconsciencia, aun cuando sólo le di una pequeña dosis de láudano, la suficiente para adormecer el dolor. Es casi como si no quisiera despertar.

—Muy bien podría ser eso —dijo Slayde, recordando el sufrimiento emocional de la joven.

—Bueno, hay que despertarla periódicamente. Sólo para asegurarse de que está lúcida. Ya se lo expliqué a Matilda y la va a despertar dentro de unas horas. A no ser, claro, que ella lo haga antes. —El médico se colocó los

anteojos—. He hecho todo lo que he podido, milord, el resto depende de la naturaleza.

—No gimas, mi niña, por favor. Sea lo que sea, ya pasó.

La arrulladora voz femenina parecía llegar de muy lejos. Con un inmenso esfuerzo, Courtney entreabrió los párpados.

Una mujer corpulenta, su canoso pelo pulcramente recogido en un moño, estaba sentada en la cama a su lado, inclinada sobre ella con expresión ceñuda, tocando algo blanco que alcanzaba a distinguir en la frente, sobre los ojos.

—El sufrimiento que has tenido que soportar es mucho más doloroso que estas heridas —continuó la mujer, claramente sin darse cuenta de que su paciente estaba despierta—. Pobrecilla.

—¿Dónde estoy?

La pregunta le salió en un susurro rasposo. Nuevamente Courtney trató de recuperar el dominio de su cuerpo. No lograba desentenderse del dolor ni despejar la niebla de su mente.

La mujer se sorprendió.

—Por fin. Ha despertado. —Se levantó de un salto—. Su señoría deseará saberlo enseguida.

—¿Su señoría? —repitió Courtney, sin entender.

Pero la mujer ya iba saliendo por la puerta.

Aturdida, levantó las mantas, pensando por qué seguía sintiéndose como si tuviera oprimido el pecho por un enorme peso. Se miró y pestañeó sorprendida. Tenía puesto un camisón, debajo del cual se distinguían los contornos de una gruesa venda. Más vendas le adornaban los brazos y las piernas. Y la cabeza, añadió para sus adentros, al descubrir la última cuando se tocó el dolorido cráneo. Así que esto era lo que estaba palpando esa amable señora, dedujo. Mi cabeza. Recordó que el hombre que la atendió en la barca de pesca dijo algo sobre una conmoción cerebral. Frunció el ceño. ¿Qué más dijo? ¿Y cómo se hizo todas esas lesiones?

El agua.

A eso siguió una andanada de recuerdos. Se cayó del hombro de Lexley. Luego vino un fuerte dolor, y luego agua, un diluvio de agua.

Y después ese hombre en la barca. Estaba claro que él la rescató y la trajo... ¿adónde?

Con sumo cuidado estiró la cabeza y la movió hacia un lado, lo suficiente para ver el entorno sin aumentar sus dolores. La habitación era de un palacio, diez veces más grande que su cabina, con muebles que no podían ser menos magníficos que los de la mansión del príncipe Regente. El escritorio y el tocador eran de una preciosa madera marrón rojiza, de caoba, seguro, si las descripciones que daban sus libros eran las correctas. La alfombra era gruesa, muy mullida, como se podía deducir por lo hundidos que se veían los postes de la cama, y el cielo raso estaba muy alto, y decorado con dorados.

Quién fuera «su señoría», sin duda era un hombre muy rico.

Pero ¿qué importancia podía tener eso?

Una sensación de vacío le invadió el corazón. Su padre había muerto, asesinado por un sanguinario pirata que le robó su hogar, la hizo atar y casi la mató de hambre, y la utilizó de cebo en su codiciosa y obsesiva búsqueda.

¿Por qué no murió ella también?

Le corrían las lágrimas por las mejillas cuando se abrió la puerta del dormitorio.

—Ah, veo que Matilda estaba en lo cierto. Está despierta.

Al instante Courtney reconoció la voz, y su neblinosa mente hizo la conexión: «su señoría» y su salvador eran uno y el mismo hombre. Valientemente controló el llanto. Al fin y al cabo, ese hombre le había salvado la vida, y ya fuera que eso significara algo para ella o no, le debía gratitud.

Limpiándose las lágrimas de la cara, ladeó lentamente la cabeza hacia él.

Era tan alto y ancho como le pareció la primera vez que lo vio, su pelo negro como la noche; sus ojos, en contraste, eran de un gris plateado penetrante, que parecían perforarle los de ella. Tenía rasgos bien definidos y decididamente aristocráticos, y unos surcos muy marcados alrededor de la boca y los ojos, que lo hacían parecer mayor de lo que tal vez era, y le daban un aspecto cínico, como si la vida lo hubiera despojado de juventud y alegría.

—Sí, estoy despierta —dijo.

Él se acercó a la cama, observó su palidez, las lágrimas que le quedaban en las pestañas y la angustia que revelaban sus ojos.

—¿Qué la aflige tanto, sus lesiones o los acontecimientos que las precedieron? Ella tragó saliva.

—Agradecida soportaría diez de las primeras si pudiera borrar los últimos.

Asintiendo, él acercó una silla y se sentó.

—¿Recuerda la visita del doctor Gilbert?

—¿De quién?

—De mi médico. Él la examinó y le trató las lesiones hace varias horas. Afortunadamente, parece que no hay ningún hueso roto. Tiene laceraciones diversas, y la más grave de ellas es la herida en la frente. Ésa es profunda y sangró muchísimo durante todo nuestro trayecto a tierra firme. Dado que tiene también varias costillas dañadas y el golpe en la cabeza, tendrá muchísimo dolor, más aún dentro de un rato, cuando se acabe el efecto del láudano.

—¿Láudano? —repitió Courtney, algo aturdida.

—El doctor Gilbert puso una dosis en el coñac que bebió —sonrió levemente—, el coñac que al parecer no recuerda haber bebido. En todo caso, le sirvió para dormir y le adormeció el dolor de las lesiones. Cuando se acabe el efecto, el dolor se intensificará. Así que va a necesitar continuas dosis de láudano los próximos días, y descanso absoluto en la cama durante una semana. —Se desvaneció la sonrisa en la cara de su salvador—. Parece que su cuerpo está terriblemente necesitado de alimento y agua. Tendrá que recuperar sus fuerzas consumiendo una gran cantidad de ambas cosas. En resumen, va a tener que estar en cama y dejar que otros la atiendan hasta que esté lo bastante bien para cuidar de sí misma.

—Esto...

Courtney se mojó los labios, mientras las palabras de su señoría le rozaban la periferia de la mente. ¿Quedarse en cama? ¿Ser atendida por otros? La golpeó la aterradora comprensión. No tenía cama, ni casa, ni a nadie que le tratara las heridas. Tampoco tenía dinero, ni posesiones mundanas, ni ningún sitio adonde ir. —¿Ha oído lo que he dicho?

—Ah, sí, lo he oído. —Por maltrecha que estuviera, estaba decidida a conservar lo único que le quedaba: su orgullo, ese maravilloso orgullo con que la dotó su padre—. Usted se zambulló para rescatarme cuando... cuando...

—Sí.

—Eso me pareció —dijo, hablando lento, casi sílaba a sílaba, para causar el mínimo movimiento en el pecho—. Gracias. Por arriesgar su vida, por traerme aquí. Y por traer... a su médico... para que tratara mis heridas. Comprendo que debo haber sido... una enorme molestia... para usted y su familia. También comprendo que me salvó la vida.

Se alzó una ceja oscura.

—Eso suena más a pesar que a agradecimiento.

—Si es así... la culpa no es suya. —Descansó un momento, flexionando los dedos mientras se fortalecía para continuar—: Lo siento, pero la verdad es

que... no tengo nada para ofrecerle a cambio. Nada en absoluto.

—¿Todas sus pertenencias estaban en ese barco?

—Mis pertenencias —contestó, con los labios temblorosos—, y muchísimo más.

—Eso me imaginé —dijo él. Se aclaró la garganta—. ¿Me permite preguntarle su nombre?

—Courtney... —logró balbucear, pensando por qué le iba aumentando la opresión en la cabeza y en el pecho—. Courtney Johnston.

—Bueno, señorita Johnston, una de sus pertenencias sobrevivió. En realidad, ojalá su traslado a mi velero hubiera sido igual de suave. —Alargó la mano y cogió un brillante objeto de plata de la mesilla de noche y se lo puso en la palma—. Creo que esto es suyo.

Ella miró el objeto con los ojos brillantes de lágrimas.

—El reloj de mi padre.

Trató de sentarse, por instinto, y no pudo reprimir un quejido. El dolor causado por el movimiento fue terrible. Al instante, su señoría se levantó y fue a asomarse al corredor.

—Matilda —llamó, en tono autoritario—, trae un poco de coñac. La señorita Johnston necesita otra dosis de láudano.

—Sí, milord.

Courtney apoyó la cabeza en la almohada, sintiéndose débil, deseosa de encontrar las palabras para agradecerle, para explicarle lo mucho que significaba para ella el reloj de su padre.

—Eh... mi padre me dio...

—Después —dijo él, volviendo al lado de la cama—. Después de que haya descansado y le haya hecho efecto el láudano.

—Duele —logró decir, con los ojos fuertemente cerrados.

—Lo sé. Quédese quieta. El remedio viene en camino.

Courtney no tuvo la fuerza para contestar. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que llegó Matilda con el indispensable coñac y le levantó la cabeza para que pudiera beberlo.

—Bébaselo todo —ordenó la voz de su salvador desde cierta distancia—. Hasta la última gota.

Se lo bebió.

—Pobre corderita —musitó Matilda, acomodándola en la cama y subiéndole las mantas—. Está débil como una gatita. Pero no se preocupe. Un poco de cuidado y atención, y estará tan bien como nueva.

—Cuidado... —susurró Courtney, moviendo las pestañas sobre las mejillas —. No tengo a nadie... no tengo nada...

Se le cortó la voz y se sumergió en un sueño drogado.

El reloj se le cayó de la mano y quedó a un lado de ella, para dormir también.

Sewell Armon, el capitán pirata, plantó la bota en la cubierta del bergantín y apuntó:

—Mi barco, el *Fortune*, está en esa cala. Anclaremos a su lado. —Frunció el ceño al ver que Lexley no hacía caso de su orden y miraba nervioso hacia el mar—. Has hecho eso cien veces —gruñó—. La maldita muchacha está muerta. Mira todo lo que quieras, pero a menos que tengas la vista tan buena para ver el fondo del Canal, no la encontrarás.

—Gracias por esa opinión —contestó Lexley amargamente. Esa semana le había desgarrado el alma, agotado la esperanza y, en consecuencia, afilado la lengua—. Pero una conciencia no siempre se deja convencer por la razón. Es decir, si uno tiene conciencia.

—Estoy harto de tus desafíos, viejo rebelde —escupió Armon, desenvainando su espada—. No has sido otra cosa que un problema desde que tu capitán y su preciosa hija se ahogaron. Bueno, pronto te reunirás con ellos. Ahora, prepara el ancla. Estás perdiendo el tiempo, el mío. —Le pinchó con la punta de la espada—. Mi tripulación está esperando.

—¿Y qué le ocurrirá a nuestra tripulación? —preguntó Lexley, haciendo un mal gesto—. ¿Quieres matar a todos los tripulantes del *Isobel* o sólo a mí?

—Eso lo descubrirás muy pronto. Pero si es piedad lo que buscas, para cualquiera de tus hombres, te sugiero que obedezcas mis órdenes. Si no...

Una agradable vista desvió la atención de Armon, y una ancha sonrisa reemplazó su gesto de irritación. Al entrar el *Isobel* en la accidentada ensenada del Canal, apareció a la vista el *Fortune*, anclado a la espera del regreso de su capitán. La sonrisa de Armon se ensanchó más aún cuando de la cubierta del velero se elevó un grito de reconocimiento. Respondió sacando la piedra negra del bolsillo y agitando la mano triunfante, enseñándola.

Los vivas se transformaron en gritos de victoria.

—¡Lo tiene! ¡Tiene el diamante negro!

En el instante en que los dos barcos estaban lo bastante juntos, Armon saltó a la cubierta del suyo, agitando la mano con el diamante para que todos lo vieran.

—¿Y ellos? —le preguntó su segundo de a bordo, apuntando con el pulgar hacia el *Isobel*.

—Saca el cargamento y hunde el barco —respondió Armon, entrecerrando los ojos, amenazador—. Recoge a la tripulación.

—¿Recogerlos? ¿Por qué no matarlos?

—Porque los que sean útiles, nos los quedaremos. Y los otros, los que han sido una espina constante en mi costado —lanzó una mirada venenosa en dirección a Lexley—. Para éstos tengo planes, planes que les harán pedir la muerte.

—¿Qué tipo de planes?

Armon se rascó la barbuda mandíbula.

—¿Todavía sabes navegar las aguas que rodean la isla del Cuervo?

—Sabes que sí —contestó orgulloso el corpulento pirata—. No en el *Fortune*, por supuesto, no lo arriesgaría a hacerse daño en las rocas. Pero ¿en una lancha? Soy el único capaz de navegar las corrientes del Cuervo y salir vivo.

—Estupendo. En ese caso, no hundas su barco todavía. Trasládalos a todos al *Fortune*, excepto a los alborotadores. Después subes a bordo del *Isobel*. Un puñado de tripulantes nuestros siguen ahí, esperando órdenes. Ordénales que aten a nuestros pasajeros indeseados. Navega hasta el Cuervo —esbozó una maligna sonrisa—. Una vez ahí, mete a los cabrones en la lancha, hazlos remar hasta la isla y déjalos ahí, para que se mueran de hambre y se pudran.

—Comprendo —dijo el otro, asintiendo admirado—. Mientras tanto tú vas en el *Fortune* a Dartmouth a hacer el cambio.

—Exactamente. Una vez que te hayas desprendido de tu carga, vas a Dartmouth en su barco. Entonces lo hundes, subes a bordo del *Fortune*, que estará en la ensenada que acordamos, y esperas mi regreso.

Dicho eso, Armon levantó el diamante negro y lo hizo girar para que sus tripulantes admiraran todas sus facetas.

—Hace mucho tiempo que espero este día. Y nadie ni nada se va a interponer en mi camino.

—Buenos días.

La profunda voz de barítono penetró la neblina que rodeaba a Courtney. Abrió los ojos y contempló la habitación iluminada por el sol, el desorden de sus mantas y sábanas, y al hombre que estaba al pie de la cama.

—¿Cómo se siente? —preguntó él.

—Se cambió la ropa —dijo ella tontamente, mirando su fino chaleco y sus lustrosas botas, que contrastaban con la camisa arremangada y las calzas

manchadas de lodo del hombre que la rescató.

Sorprendido, él se miró.

—Tengo la costumbre de hacerlo al comenzar un nuevo día. ¿Es raro eso?

—No, pero antes parecía un pescador. Ahora parece un... —frunció el ceño

—. ¿Cuál es su título, por cierto? ¿Duque? ¿Marqués?

A él se le curvaron ligeramente los labios.

—Lamento decepcionarla. Un simple conde. —Le dirigió una penetrante mirada—. No ha contestado mi pregunta. ¿Cómo se siente?

—Como si me hubieran dado una paliza, por dentro y por fuera. —Miró el enredo de sábanas, pensativa.

—Ha tenido una noche inquieta —le explicó el conde—. Cada vez que empezaba a disiparse el efecto del láudano, usted se agitaba. Espero que hoy lo pase mejor. En todo caso, debe comenzar a recuperar sus fuerzas. Cuando Matilda me avisó que estaba a punto de despertar, le pedí al ama de llaves, la señorita Payne, que le trajera té. Tal vez más tarde logre comer unas cuantas tostadas. Ésa es la única manera como puede mejorar.

Mientras el conde hablaba, empezaron a entrar feos retazos de recuerdos en la cabeza de Courtney, y fueron aumentando.

De pronto cogió las mantas y las movió, a ver si encontraba el tesoro que tenía en la mano durante su último periodo consciente.

—Su reloj está a salvo —le aseguró el conde—. Lo puse en el cajón de la mesilla de noche. Temí que lo estropeará cuando empezaba a agitarse.

Courtney se quedó inmóvil, con la garganta oprimida por la emoción.

—Gracias. En cuanto a salvar el reloj, su trabajo ha sido inútil. Ya está estropeado. Se estropeó el día que murió mi padre. —Hundiendo la cara en la almohada, añadió con la voz temblorosa—. Rogaba que al despertar descubriera que todo esto era sólo una horrible pesadilla.

—Comprendo.

Ella levantó lentamente la cabeza de su nido protector y la giró hasta que su angustiada mirada se encontró con la de él.

—No sé por qué —susurró—, pero creo que sí comprende.

Silencio.

El conde se aclaró la garganta y se cogió las manos a la espalda.

—Señorita Johnston, sé que ha pasado por una terrible experiencia, una experiencia que preferiría olvidar. Sin embargo, debo hacerle algunas preguntas, si se siente físicamente capaz de contestarlas. ¿Se ve con ánimos?

Antes de que Courtney pudiera contestar, entró en el dormitorio una mujer

esbelta, de edad madura, con una bandeja.

—El té que pidió, milord.

—Gracias —dijo él, indicándole la mesilla de noche—. Déjela ahí. Señorita Payne, ella es Courtney Johnston, la joven de la que le hablé. Se alojará aquí mientras se recupera.

—Señorita Johnston —saludó el ama de llaves con una inclinación de la cabeza—. Sé que Matilda ha estado atendiendo a sus necesidades. No podría estar en mejores manos. De todos modos, puesto que soy la jefa del personal femenino, tenga a bien decírmelo si hay algo que pueda hacer por usted.

—Gracias, señorita Payne. Es usted muy amable —logró decir Courtney, torpemente.

—Dígale a Matilda que vaya a su cuarto a descansar —le dijo el conde—. Yo le daré la siguiente dosis de láudano a la señorita Johnston. Cuando el remedio le haga efecto, dormirá hasta media tarde, así que no serán necesarias ni usted ni Matilda. Pero cuando despierte, tal vez entre las dos podríais tentarla a comer unas cuantas tostadas.

—Por supuesto —dijo el ama de llaves al instante—. Será un placer, milord. Acto seguido, sonriendo educadamente a Courtney, salió de la habitación.

Nuevamente el conde miró a Courtney con sus penetrantes ojos.

—¿Es fuerte el dolor?

—Puedo soportarlo, si es eso lo que quiere decir. Haga sus preguntas. El láudano puede esperar unos minutos.

—Condenación, me siento como un canalla.

—No se sienta así. Es evidente que su preocupación es seria.

—¿Sería? Sí. Si no, no la presionaría así. —Guardó silencio un momento—. La vida de mi hermana está en peligro.

Eso era lo último que Courtney habría esperado oír.

—¿Su hermana?

—Sí. El pirata que se apoderó de su barco la utilizó como cebo. Deseaba algo de mí, algo muy valioso. Y no es él el único. Cientos de canallas codiciosos desean el mismo premio. Y uno de ellos, no sé quién, secuestró a Aurora. Demonios, incluso podría matarla, y todo por apoderarse de esa maldita gema. Gema. Otro vivo recuerdo ocupó su lugar. El pirata, cuando la atormentaba diciéndole que moriría al instante si aquel que estaba esperando no le entregaba la piedra exigida.

—Claro, esa piedra preciosa de la que él no paraba de hablar. Su salvador se abalanzó como una pantera.

—¿Hablaban con usted?

Courtney miró su hermoso rostro atormentado.

—Sólo decía una que otra frase. —Por fin logró encontrar las palabras para hacer la pregunta que había deseado hacerle muchas veces desde que despertó en la barca de pesca, la pregunta que se convertía en nada cada vez que intentaba hacerla—. ¿Quién es usted?

Por un momento pareció que él no la había oído. Entonces contestó:

—Slayde Huntley. Conde de Pembourne.

—Huntley...

Como en un movimiento reflejo, se incorporó en la cama, y tuvo que volver a tenderse, emitiendo un gemido.

—Veo que ha oído hablar de mí. No hace falta preguntar en qué contexto. Aunque me sorprende un poco. No sabía que la historia de mi familia fuera tan horrible que llegara a oídos de todos los que viajan al extranjero.

—No iba de viaje. El *Isobel* es mi hogar, y su capitán, Arthur Johnston, es mi padre. Era —enmendó, con la voz quebrada—. Ahora los he perdido a los dos.

Algo brilló en los ojos de lord Pembourne, un destello del pasado, un relámpago de una angustia evocada.

—Tiene mi más profunda compasión. Es evidente que su padre significaba muchísimo para usted.

Esas palabras las dijo con franqueza, en un tono absolutamente sereno. Courtney pensó que tal vez sólo se imaginaba la compasión que parecía flotar bajo la superficie, dado que acababa de enterarse de quién era él, y recordar las historias de su trágico pasado. Tal vez esa tragedia ya estaba bien olvidada y la compasión que percibía era un simple truco de su mente. Pero fuera válida o no, esa percepción bastó para disolverle el último resto de autodomínio que le quedaba.

Se cubrió la cara con las dos manos y se echó a llorar, sollozando como si se le fuera a romper el corazón, sin hacer caso del dolor de la cabeza y las costillas, que aumentó con sus sollozos.

Percibió que el conde vacilaba un instante y luego lo sintió dar la vuelta a la cama. Al llegar junto a ella, la cogió en sus brazos y la estrechó con fuerza, hasta que la cara le quedó hundida en su chaqueta de lana. Agradecida, aceptó ese pequeño consuelo.

—Lo siento —sollozó.

—No. Yo lo siento. —Suavemente le cogió la cabeza y se la afirmó, para

aquietar sus bruscos movimientos—. Si pudiera devolverle esta pérdida, lo haría.

—No puede haber muerto. —Hundió las manos cerradas en la camisa de él—. No ha muerto. No lo creeré.

—Lo sé —dijo él, con una convicción que sólo podía haberle dado una experiencia personal—. Y usted cree que no lo puede soportar. Pero podrá. No ahora, después. Por ahora, llore. Llore hasta que se le acaben las lágrimas. Y eso hizo Courtney, lloró hasta que no le quedaba nada dentro, nada, aparte de un vacío infinito, sin esperanzas.

Finalmente se apartó y agradecida cogió el pañuelo que le ofreció Slayde.

—Ha sido más que generoso, lord Pembourne. Nuevamente, gracias. — Temblando bajó la cabeza hasta las almohadas—. Le diré todo lo que recuerdo. Es lo mínimo que puedo hacer.

A él se le movió un músculo de la mandíbula.

—¿Se encuentra bien para eso?

—Sí.

Él acercó la silla y se sentó, con las manos apoyadas en las rodillas. — Cuénteme lo que ocurrió, los detalles.

Los fantasmas la atormentaban.

—Ese monstruo y sus tripulantes, creo que eran seis, abordaron el *Isobel*... — ¿Cuándo?

Ella frunció el ceño.

—Mi sentido del tiempo sigue confuso. ¿Cuánto tiempo he estado aquí? —Un día y medio, casi dos.

—Entonces hace una semana. Fue cinco días antes de la noche en que usted hizo el canje cuando él se apoderó de nuestro barco. Obligó a Lexley, el segundo de a bordo, a que arrojara a mi padre por la borda. A mí me dejó prisionera abajo. No permitía que me hicieran visitas, ni que me llevaran alimento ni agua. Me hizo atar a una silla y me dejó ahí en mi cabina. Por lo tanto, me enteraba muy poco de lo que ocurría arriba, hasta la noche en que me subieron y me metieron en ese saco.

Se apagó la esperanza en los ojos de Slayde.

—O sea que no puede contarme nada.

—No he dicho eso. —Le había vuelto el punzante dolor de cabeza, pero se negó a sucumbir a él—. En primer lugar, puedo describir al canalla de la cabeza a los pies. Era ancho y bajo, pero fornido. Pelo negro rizado, ojos negros, y estaba echando barriga. No era joven, unos cuarenta diría yo. Tenía

cicatrices en la nariz. Se la habían roto, seguro, yo creo que más de una vez. Llevaba un anillo de plata en el meñique de la mano izquierda. Tenía grabada la letra A.

Slayde enarcó las cejas.

—Está claro que lo examinó minuciosamente.

—Muy minuciosamente —contestó Courtney, adelantando el mentón—. Memorice sus rasgos, su manera de andar, su voz. Quiero identificarlo en el preciso instante en que lo vuelva a ver u oír, y en ese momento tengo la intención de matarlo por todo lo que le hizo a mi padre.

—Comprendo.

—Sí, creo que lo comprende. —Tragó saliva—. En todo caso, hacía repetidas visitas a mi cabina, para asegurarse de que estaba bien atada, y entonces mascullaba que yo valía una fortuna para él, y que él era mucho más inteligente que esos dos, sean quienes sean esos dos.

—Supongo que se refería a mi bisabuelo y a Geoffrey Bencroft, el difunto duque de Morland.

—Morland. ¿No era ése el otro noble que rivalizaba con su bisabuelo por la recuperación del diamante negro cuando desapareció por primera vez?

—Me admira.

—No se admire. He pasado muchos años en el mar escuchando las historias que contaban los tripulantes de mi padre. Y su familia es legendaria. —Se movió un poco, para cambiar de posición, y el dolor que le produjo el movimiento casi la hizo gritar—. ¿Dónde estaba? Ah, el pirata no paraba de jactarse de la maravillosa trampa que había ideado, una trampa que le conseguiría su tesoro.

—Desde luego —dijo Slayde, con los labios estirados en una delgada línea—. Y esa trampa era usted.

—No entiendo.

—Aurora, mi hermana, y usted tienen un increíble parecido. Al menos en todo lo que importaría a esa codiciosa víbora: su constitución menuda, su pequeña estatura, y lo más esencial, el pelo, que no sólo es similar en su textura sino en su extraordinario color. Hasta yo me engañé. —Se levantó y comenzó a pasearse por la habitación—. Ah, ese canalla sabía muy bien lo que hacía cuando me envió esas notas exigiendo rescate.

El dolor de cabeza se iba haciendo insoportable.

—¿Notas de rescate? ¿Qué notas?

Slayde la miró muy serio.

—El dolor es atroz, ¿verdad?

—¿Qué notas exigiendo rescate?

—Contestaré esa pregunta, pero sólo ésa —dijo él firmemente—. La conclusión de nuestra conversación tendrá que esperar.

—De acuerdo —dijo Courtney. No podía hacer otra cosa, el dolor era horroroso.

—Desde el instante en que desapareció Aurora, hoy hace una semana, empezaron a llegarme misivas prometiéndome su vida a cambio del diamante negro. La mayoría eran trampas, clarísimamente. Pero las dos que recibí del pirata que la tenía a usted, eran escalofriantes por lo auténticas, y más que persuasivas. Cada una contenía pelos de Aurora, mejor dicho suyos.

—¿Dónde los consig...?

—De su cepillo, de su peine, de su almohada, de cualquiera de muchos lugares. Sólo eran unos pocos pelos, pero dado su color, bastaron para convencerme. Así que corrí el riesgo y le di lo que deseaba.

—¿La piedra? Pero ahora no tiene nada... con qué negociar.

Courtney escasamente podía hablar, mucho menos podía pensar.

—Es hora de que tome el láudano. —Slayde ya había cogido la tetera y servido una taza, añadiendo la dosis de láudano—. Si le sujeto la cabeza, ¿podrá beber esto?

Ella trató de asentir.

—Estupendo. —Se sentó a su lado en la cama, le levantó la cabeza justo lo suficiente para ponerle la taza junto a los labios y le vertió el té, gota a gota, hasta que no quedó nada en la taza.

El agradable adormecimiento se produjo en unos minutos aliviando el dolor y manteniéndolo en suspenso.

—Eso sabía horroroso —declaró ella.

—No me cabe duda. Pero era necesario.

—El láudano era necesario. El té no. —Se le agitaron las pestañas—. ¿Sabe que mi padre tenía unas cuantas botellas de coñac en el *Isobel*? Para ocasiones especiales. Una o dos veces me dejó probarlo. Cuando él miraba para otro lado, yo me bebía la mitad de la copa. —Suspiró de dicha—. Sabe mucho mejor que el té.

A Slayde se le levantó una comisura de la boca.

—Coincido con usted.

—Y es más fuerte también. Hace efecto más rápido y disfraza el mal sabor del remedio. La próxima vez, querría mi lauda... láud...

—Procuraré que las próximas dosis se las sirvan en una copa de coñac.

Las pestañas de Courtney rozaron sus mejillas.

—Eso me gustará.

Estaba dormida.

Slayde miró en silencio a su paciente, extrañamente conmovido y bastante desasosegado.

No tuvo tiempo para reflexionar sobre ninguna de las dos cosas.

—¡Lord Pembourne! —exclamó Matilda, entrando precipitadamente en la habitación, con los ojos abiertos como platos—. ¡Venga, rápido!

Slayde se giró y miró fijamente a la criada, que tenía la cara blanca como papel.

—¿Qué pasa, por el amor de Dios?

—¡Lady Aurora! ¡Ha llegado!



Capítulo 3

—Aurora.

Slayde bajó la escalera volando, como un halcón. Atravesó el vestíbulo en diez largas zancadas y al llegar a la puerta y ver a su hermana, la cogió por los hombros con tanta fuerza que ella hizo un gesto de dolor.

—¿Te encuentras bien?

Lo miraron unos indignados ojos color turquesa.

—Por supuesto. Slayde, ¿te has vuelto loco?

—Eso es evidente. —Entrecerrando los ojos, la soltó y la miró de la cabeza a

los pies, comprobando, perplejo, que estaba intacta—. ¿No te hicieron daño? —¿Daño? Claro que no. Tal como lo prometí, fui a todas partes acompañada

por la vizcondesa. —Metiéndose un mechón de pelo rojo dorado detrás de la oreja,

señaló a su acompañante—. Francamente, Slayde, no es propio de ti ponerte tan

emotivo.

Slayde pasó la mirada a la elegante mujer que estaba al lado de su hermana,

mirándolo absolutamente estupefacta.

—¿Elinore?

—Hola, Slayde —saludó lady Stanwyk, observando inquieta la tensión entre los

hermanos—. Tal vez deba irme.

—No, no te vayas —protestó Aurora, negando enérgicamente con la cabeza—. Y por favor, disculpa la grosería de mi hermano.

—¿Qué quieres decir con «tal como lo prometí»? —preguntó Slayde, pasando por alto todo lo último, al captar el sentido de las palabras anteriores de su hermana. —La nota que te dejé —contestó Aurora, ceñuda—. Ahí te explicaba adónde

iría, con quién y por cuánto tiempo. Creo que estaba claro mi razonamiento. Por el

amor de Dios, Slayde, no puedo continuar prisionera en Pembourne eternamente... —¿Qué nota? No he recibido ninguna nota. Aparte de las que exigían rescate

—añadió.

Le tocó a Aurora mirarlo perpleja.

—¿Rescate? Pero ¿por qué ibas a recibir notas exigiendo rescate? —Porque la mitad de Devonshire cree que te raptaron, por eso. Porque has estado ausente de Pembourne una semana y nadie tenía idea de tu paradero. Se corrió la voz de que te habían secuestrado, y empezaron a llegar notas inmediatamente.

Aurora estaba pasmada.

—Ay, Dios mío. Slayde, no sabes cuánto lo siento. No tenía idea. De verdad te dejé una nota. No logro entender cómo no la viste.

—¿Dónde la pusiste?

—Encima de mi almohada. La mañana que me marché, hace una semana. En los ojos de Slayde brilló un destello peligroso.

—¿Y adónde fuiste, si se puede saber?

A Aurora se le iluminó la cara.

—A Londres. Ha sido maravilloso. Elinore me llevó a bailes en Almack's y en Carlton House. Paseamos en coche por Hyde Park y anduvimos de compras por

Bond Street. Incluso me asomé al White's para ver los juegos.

—¿Quieres decir que has pasado la mayor parte de la semana paseando por Londres sin ninguna protección?

Ella alzó el mentón.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—No te molestaste en mencionar esa pretendida excursión a nuestro personal

—protestó Slayde en tono duro—. ¿O es una simple coincidencia que nadie me

haya informado? Tampoco sabía nada de la visita de Elinore ni de tu

subsiguiente

partida.

Por la cara de Aurora pasó una fugaz expresión de culpa.

—Me encontré con Elinore en el faro. Ésa era la única manera de salir de Pembourne sin que me interrogaran ni me acompañaran. En la nota de confirmación

que le envié, le expliqué a Elinore que tenía que pasar primero por el faro para dejar

algo allí antes de partir, y le pedí que me fuera a recoger ahí con su coche. Aceptó.

En cuanto a nuestros criados, no sabían nada de mis planes. Simplemente salí a pie

y tomé la dirección acostumbrada. Y puesto que en mi triste guardarropa no tengo

ningún vestido apropiado para una temporada en Londres, no tenía ningún motivo

para llevar bolso o maleta. Acompañada por Elinore, compré todo lo que necesitaba

en Londres. Y por si estuvieras pensando en la posibilidad de que ella estaba involucrada en mi pequeño ardid, no lo estaba. No sabía nada hasta ahora que lo

oye. Así que ni siquiera se te ocurra culparla.

—No temas, te culpo a ti.

—Slayde, perdona que me entrometa —terció lady Stanwyk, con la elegancia y

finura que era habitual en ella. A sus cuarenta años, seguía siendo muy atractiva, su

pelo moreno peinado a la perfección y su vestido de muselina verde de exquisito

corte—. Lamento mucho que haya ocurrido este horrible malentendido. Y es cierto,

yo no sabía nada de este ardid de Aurora, hasta ahora. Y no lo apruebo. Y no habría

aceptado seguir con algo así si lo hubiera sabido. Pero respecto a su seguridad, te

aseguro que siempre ha estado sumamente protegida. En todo momento nos acompañaban dos doncellas, el cochero y cuatro lacayos. Nos alojamos en mi casa

de Londres, en donde mi personal está al completo. Por no decir que he estado con

Aurora constantemente salvo cuando dormíamos. —La vizcondesa tosió con delicadeza—. A excepción del momento en que ella saltó de mi coche en Saint James Street para ver los clubes de hombres. Pero incluso entonces, no la perdí de

vista.

—Sólo me detuve a mirar el White's —se apresuró a aclarar Aurora—. Y corrí

de vuelta al coche en el instante en que vino el lacayo a buscarme, es decir, después de haberme asomado por la grandiosa ventana salediza y echar una mirada a un grupo que estaba jugando al whist.

—Qué tranquilizador —comentó Slayde, sarcástico.

—La seguridad no ha sido un problema en ningún momento —repitió Elinore—.

Y tampoco Aurora quiso ser desconsiderada. Al fin y al cabo, he de decir en su

defensa que, a pesar de sus temerarios métodos, ella suponía que habías leído su

nota y estabas enterado de su paradero. Si cualquiera de las dos hubiera pensado

que no, habríamos vuelto enseguida a casa. Supongo que sobre eso no tienes dudas.

La impotente furia que hervía dentro de Slayde se fue apaciguando. Miró a la vizcondesa, y de repente cayó en la cuenta de su grosera conducta.

—Elinore, perdóname. Esta discusión no tiene nada que ver contigo y no debería tener lugar en tu presencia. Gracias por cuidar tan bien de ella y por introducirla en el mundo elegante que por lo visto está tan decidida a conocer.

—Tengo veinte años, Slayde —le recordó Aurora—. Y nunca me has presentado en sociedad. ¿Tan malo es que yo desee...?

—Después hablaremos de eso, Aurora —la interrumpió él, con la mandíbula apretada, en señal de aviso—. Por ahora, deseo que la vizcondesa sepa lo mucho

que agradecemos su excelente cuidado.

—No tienes por qué agradecerme que pase un tiempo con Aurora —objetó lady

Stanwyk, haciendo un gesto con la mano como para borrar las gracias—. Tus padres

eran los mejores amigos de Theomund y míos; Aurora es como una hija para mí.

Cualquier cosa que yo pueda hacer por ella, por vosotros dos, es siempre un placer. Nuevamente Slayde controló su irritación, diciéndose que Elinore no era

responsable de la naturaleza temeraria de su hermana.

—En ese caso, simplemente te preguntaré cómo has estado.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la vizcondesa.

—¿Para ser una viuda vieja? Muy bien, gracias a mi rejuvenecedora y deliciosa

excursión con Aurora.

—¿Vieja? —repitió Slayde, alzando una ceja—. Elinore, eres escasamente mayor que yo.

—Qué galante, Slayde. Pero, si no me falla la memoria, tienes treinta y un años, casi diez años menos que yo.

—Te ves y actúas como una jovencita —dijo Aurora, apoyando a su hermano. Elinore le dio una palmadita en el brazo.

—Eso porque tú me has mantenido joven esta semana. Hacía muchísimo tiempo que no iba de baile en baile como una jovencita de ojos agrandados recién

presentada en la corte. De hecho, en los dos años transcurridos desde la muerte de

Theomund, rara vez he tomado parte en una temporada de Londres, y mucho menos me he sumergido en una. —Recorrió con los dedos las gemas de su collar—.

La verdad, la excitación de las fiestas ha sido bastante agradable.

Slayde siguió con los ojos el movimiento de su mano.

—¿Ése fue un regalo de Theomund? —preguntó amablemente. Ella se miró.

—Sí. Fue el último, antes de morir. Es hermoso, ¿verdad?

—Sí —contestó Slayde, con expresión pensativa—. En realidad, me recuerda mucho un collar que tenía mi madre.

—Y es lógico, porque es casi idéntico. Tu padre encargó a un joyero que lo diseñara para tu madre como regalo de Navidad. Yo lo admiraba con tanta frecuencia que, años después, Theomund contactó con el mismo joyero para que diseñara uno igual para mí. —Apareció una arruguita de preocupación en el entrecejo de la vizcondesa—. Eso te perturba, ¿verdad? Que yo lleve un collar similar al de tu madre...

—No, por supuesto que no. Seguro que eso complacía muchísimo a mi madre.

—Sí. Pero no es eso lo que quise decir. No estaba pensando en la reacción de tu madre. —Hizo una lenta inspiración—. Estás ausente con tanta frecuencia que he

perdido de vista el hecho de que todavía podrías... —se le cortó la voz. — Mis padres murieron hace más de diez años, Elinore. Mis heridas están cicatrizadas, te lo aseguro. Sin embargo —miró de reojo a Aurora—, eso no significa

que haya olvidado cómo murieron. Tampoco he abandonado mi intención de proteger de todo daño a mi hermana.

—Por supuesto —contestó Elinore—. Lo entiendo. Es hora de que me marche —dijo a Aurora—. Está claro que tu hermano y tú tenéis cosas de qué hablar. Aurora frunció el ceño, sin duda deseosa de impedir o retrasar lo inevitable. —Pero...

—Gracias por comprenderlo, Elinore —dijo Slayde firmemente—. Buenos días. —Buenos días.

Slayde esperó hasta que la vizcondesa se recogió las faldas y salió por la puerta. Entonces se volvió hacia su hermana.

—Después hablaremos de las consecuencias de tus actos. Por ahora, ¿dónde dijiste que me dejaste esa supuesta nota?

—No es supuesta. Es muy real. —Aurora echó a andar hacia la escalera—. Y la dejé encima de mi almohada. Te la enseñaré.

Tres minutos después, Slayde estaba al pie de la cama, de brazos cruzados, muy rígidos.

—¿Y bien?

Perpleja, Aurora movió las mantas, las almohadas, revisándolo todo. —No lo entiendo. La dejé a plena vista. ¿Podría ser que una ráfaga de viento se la hubiera llevado volando?

—¿Una ráfaga de viento? ¿De dónde? La señorita Payne no ha puesto los pies aquí ni para abrir una ventana. Ha estado muy ocupada inquietándose por tu ausencia.

—Bueno, no logro imaginar... ¡ahí está! —Metió la mano por entre el colchón y la cabecera, sacó la nota y la agitó con ademán triunfal ante la cara de Slayde —. No

sé cómo se cayó detrás de las almohadas. No me extraña que no la hayas visto; había quedado escondida. Ni siquiera tus ojos de lince podían verla. Slayde cogió la hoja y la leyó.

—Condenación —masculló, arrugando el papel y tirándolo al otro lado de la habitación—. Has estado retozando en Londres mientras yo... —se interrumpió. —¿Has estado...? —lo alentó Aurora. Pensativa, bajó la cabeza —. Slayde,

nunca te había visto tan amilanado. Ah, ya sé lo apasionado que eres en el papel de

mi protector. No me cabe duda de que las notas que recibiste exigiendo rescate tienen que haber sido terriblemente inquietantes. De todos modos, no son las primeras misivas amenazantes que hemos recibido relativas al diamante, ni es la

primera vez que alguien intenta coaccionarnos con amenazas. Es evidente que, como en esas otras ocasiones, esas personas mentían. Estoy aquí. Estoy bien, sana

y salva. ¿A qué se debe, entonces, tu comportamiento tan irracional? Slayde se cogió las manos a la espalda y la miró con esa intensidad cavilosa, reservada, que ella conocía tan bien.

—Dos de las notas venían acompañadas por mechones de pelo que yo supuse eran del tuyo. Creí que eran válidas, así que cumplí las condiciones del que las envió.

—¿Qué condiciones?

—Un canje, el diamante negro por ti.

La expresión de la cara de Aurora fue de conmoción absoluta.

—O sea que tenías el diamante. Todos estos años...

—No todos estos años —interrumpió Slayde. Guardó silencio un momento—.

Hace muy poco que la piedra llegó a mi poder.

—Comprendo. ¿Cómo llegó a tu poder? ¿La encontraste?

—No. Me la dieron.

—¿Quién?

—Eso no viene al caso. El asunto es que se la entregué al hombre que yo creí que te tenía prisionera, un hombre que evidentemente se tomó muchísimo trabajo para hacerme creer que te tenía prisionera. —Movi6 lentamente la cabeza de uno a

otro lado—. En esto hay m6s de lo que se ve.

—No me importa —declar6 Aurora, haciendo un gesto despectivo con la mano

—. Me fascina que el diamante ya no est6. Por fin nos libraremos de esa horrible maldici6n.

—No hay ninguna maldici6n, Aurora —dijo 6l, mir6ndola con sombrío ceño —.

S6lo hay la codicia de aquellos que buscan la piedra, y lo que sea que acompa6e su

posesi6n, riqueza, fama, aplauso... o venganza.

Aurora exhal6 un largo suspiro.

—Sigues pensando que est6 involucrado Lawrence Bencroft. Slayde, ese hombre vive borracho, es incapaz de idear un laborioso plan para vengar la ruina de

su familia. ¿Tan dif6cil te resulta aceptar la posibilidad de que el pirata que te envi6

las notas actuara solo?

—Si actu6 solo, es extraordinariamente inteligente y concienzudo. Por no decir

r6pido para pensar. Tendr6a que haberse enterado de tu viaje a Londres inmediatamente, aprovechar al instante la oportunidad para simular un secuestro y

encontrar a una r6plica tuya perfecta en un solo d6a. Toda una haza6a, ¿no te parece?

—Yo no era invisible. Cientos de personas me vieron en Londres. Este pirata podr6a haber estado o pasado por la ciudad, me vio y envi6 una misiva inmediatamente. —De repente su expresi6n pas6 a desconcierto—. ¿Qu6 r6plica? —La joven que yo cre6 que eras t6 cuando entregu6 la piedra. La joven que

perdi6 a su padre, su hogar, y estuvo a punto de perder la vida. La mujer que

está

alojada aquí ahora, recuperándose de muchas lesiones y una grave conmoción cerebral. La mujer que, a cierta distancia, se parece mucho a ti y de la cual el asqueroso pirata cogió los mechones de pelo que me envió. Esa réplica. —Será mejor que me lo expliques —dijo Aurora, sentándose en la cama. Se le fueron agrandando los ojos a medida que Slayde le contaba los detalles de lo ocurrido dos noches antes.

—¿Quién es?

—Se llama Courtney Johnston. Su padre capitaneaba el velero del que se apoderó ese maldito pirata. Lo asesinaron al mismo tiempo que a ella la tomaban

prisionera. Eso es todo lo que sé. La señorita Johnston sólo pasa unos ratos despierta, pero incluso cuando está despierta, continúa muy débil y sufre muchísimo

dolor. Y la mayor parte del tiempo está incoherente.

—Y totalmente sola —musitó Aurora—. Dios sabe lo bien que entiendo cómo se siente. —Tragando saliva, preguntó—: ¿Qué edad tiene?

—Más o menos tu edad, diría yo.

—¿Y se parece a mí?

—Sí y no. —Slayde miró atentamente a su hermana, tratando de verla como mujer, no como la niña de la que era responsable desde hacía diez años—. Tenéis el

mismo tono de piel y de cabello, y, a excepción de los ojos, la constitución es similar.

Por lo demás, veo poco parecido.

—¿Es bonita?

—No puedo saberlo —contestó él secamente—. Está envuelta en vendas y cubierta por mantas.

—¿Cuánto tiempo estará en Pembourne?

—Eso depende de lo que tarde en sanar. —Guardó silencio, ceñudo—. Una pregunta mejor es ¿adónde irá después?

Se hizo un pesado silencio en la habitación.

—No necesita ir a ninguna parte —dijo Aurora al fin—. En realidad, me sentiría

muy contenta si se quedara aquí todo el tiempo que sea posible. Estando tú siempre

ausente, estoy prácticamente sola, aparte del ejército de criados que has

contratado

para vigilarme. Tener una acompañante sería delicioso.

Slayde la contempló, pensativo, con los ojos entrecerrados.

—Sé que detestas tu aislamiento. Siempre supuse que eso se debía a que estar encerrada en Pembourne te hacía imposible aventurarte más allá del faro o

meterte en otro tipo de diablura. La verdad, nunca se me ocurrió pensar que podrías sentirte sola.

—Son muchas las cosas que nunca se te ha ocurrido pensar —dijo ella. Se encogió de hombros—. Eres un solitario, Slayde. Por lo tanto, esperas que el resto

del mundo lo sea también. Bueno, no todos somos capaces de existir en absoluta soledad.

—No siempre hay opción.

—Tal vez, en mi caso, acabamos de encontrar una.

—No sabes si la señorita Johnston decidirá continuar en Pembourne. No es el tipo de persona que acepte algo por caridad. Percibo muchísimo orgullo debajo de ese exterior quebrado.

—Percibes muchísimo para ser un hombre que pasa poco tiempo o nada con otros.

Silencio nuevamente.

—¿La señorita Johnston entiende todo lo que ha ocurrido?

—Por desgracia sí. Y está destrozada.

—No me cabe duda. —Aurora siguió con el índice el complicado dibujo de la colcha—. Slayde, ¿puedo por lo menos hablar con ella? Sé que sólo era una niña

cuando murieron nuestros padres, pero de todos modos, tal vez haya algo que pudiera decirle. Algo que le alivie la pena, aunque sea un poquito.

Él lo pensó un momento y asintió.

—Tal vez. Pero dentro de unas cuantas horas. Acababa de quedarse dormida cuando Matilda anunció tu llegada, y va a dormir durante un buen rato, gracias al

láudano que dejó el doctor Gilbert. Cuando despierte, os presentaré. Aurora se levantó.

—Excelente. Ahora puedes sermonearme por mi escandalosa conducta y el horrendo resultado de haber acompañado a Elinore en su viaje a Londres. —
¿Serviría de algo?

—Probablemente no.

Slayde movió la cabeza de lado a lado.

—Tal vez es buena idea lo de pedirle a la señorita Johnston que se quede aquí, aunque sólo sea para desviar tu atención del mundo exterior con todo su atractivo. —O iluminarme acerca de él —propuso Aurora sonriendo de oreja a oreja. —No me tientes, Aurora. No me siento muy tolerante en estos momentos. —

Miró inquieto hacia la puerta del dormitorio—. Tengo que resolver unas cuantas

cosas antes de que despierte la señorita Johnston.

—Ve a resolverlas, entonces.

Slayde vaciló, sintiendo esa conocida incomodidad que lo asaltaba en sus infrecuentes conversaciones parentales con su hermana.

—¿Necesitas algo?

—No, pero si cambiara esa situación, soy perfectamente capaz de obtener lo que necesito. Ten presente, Slayde, que mientras estás en el extranjero durante meses seguidos, haciendo lo que sea que haces, yo me las arreglo sola. No necesito un superintendente.

—Como lo demuestra tu temeraria excursión a Londres —contestó él, sarcástico.

Aurora puso en blanco los ojos.

—Te dije que...

—Sé qué me dijiste. —Apretó las mandíbulas, en claro aviso—. El tema está concluido. No vas a marcharte nuevamente de Pembourne sin permiso. ¿Entendido? Aurora frunció los labios, en actitud rebelde, pero asintió.

—Estupendo. —Dando por concluida la conversación, Slayde se dirigió a la puerta y la abrió—. Te haré llamar cuando despierte la señorita Johnston. Aunque

eso será después de que haya tenido la oportunidad de prepararla para conocerte.

Era media tarde cuando despertó Courtney. Esta vez se sintió menos desorientada, y recordó inmediatamente donde estaba, además de todos los incidentes anteriores. El dolor de la cabeza había remitido un poco, como también el de las costillas; si eso se debía a los efectos que quedaban del

láudano o a que estaba comenzando el proceso natural de curación, no lo sabía.

Ojalá las heridas del corazón fueran igual de fáciles de curar, pensó con tristeza.

—¿Cómo se siente, señorita Johnston?

Era el ama de llaves, la señorita Payne, que llegaba con una bandeja con té y tostadas.

—Mejor —contestó, encontrando muy raro el sonido de su voz.

—La herida que tiene encima del ojo está cicatrizando muy bien. Matilda le cambió la venda mientras usted dormía. También dijo que está tan débil como un recién nacido. Y tiene razón —añadió, distribuyendo las cosas sobre la mesilla con aire de resolución—. Pero eso no es de extrañar; no ha comido nada durante días, y sólo ha bebido lo imprescindible para tomar el láudano. Bueno, vamos a cambiar eso. —Dicho eso, sirvió una taza, y la colocó sobre la bandeja junto a la cama—. ¿Le ayudo a sentarse?

—Muchísimas gracias.

Aceptó la ayuda y no pudo evitar hacer una mueca por el fuerte dolor en las costillas causado por sus movimientos.

Al cabo de un momento que le pareció una eternidad, estaba sentada, medio reclinada en dos almohadones.

—¿Está cómoda?

—Sí, muy cómoda.

—Estupendo. Ahora es el momento de recuperar fuerzas.

Eso era más una orden que una afirmación, y Courtney casi sonrió. La señorita Payne no tenía el corazón tan blando como Matilda, eso estaba claro, y por lo tanto había decidido administrarle la comida como un remedio. Bueno, intentaría no decepcionarla.

Cogió la taza ofrecida y bebió, sorprendida al descubrir que estaba muerta de sed. La señorita Payne llenó otras dos veces la taza y las dos la vació. Después les tocó el turno a las tostadas; comenzó a mordisquear los bordes antes de tomar su primer bocado normal.

Sus entrañas manifestaron su aprobación con retortijones.

—Lento —le recomendó el ama de llaves—. Su estómago lleva días vacío. Dele tiempo a su cuerpo para aceptar la comida.

Pacientemente esperó mientras Courtney alternaba entre bocados y descanso, hasta que, un cuarto de hora después, las dos tostadas habían desaparecido.

La señorita Payne se levantó.

—Excelente. Ya le ha mejorado el color.

—Sí que le ha mejorado.

Lord Pembourne estaba asomado a la puerta, observando a su huésped lamerse las últimas migas de los labios.

—¿Puedo entrar? —preguntó cortésmente.

—Por supuesto.

Curiosamente, Courtney sintió un ramalazo de nerviosismo, sin duda la reacción a recibir a un hombre en su dormitorio. Aunque él había estado antes ahí, ésa era la primera vez que ella estaba lo bastante despabilada para fijarse realmente en su entorno. Y durante todos sus años en el mar, nadie, a excepción de su padre, había cruzado el umbral de la puerta de su cabina estando ella dentro.

El conde pareció percibir su incomodidad, porque avanzó con pasos lentos, las piernas rígidas, y se detuvo a una respetuosa distancia del pie de la cama.

En ese mismo instante la señorita Payne cogió la bandeja.

—La señorita Johnston se lo ha comido todo.

—Eso veo —dijo lord Pembourne, sus ojos gris plateado observando los platos vacíos—. Y sin una gota de fortalecedor coñac. Me siento aliviado.

Recordando retazos de divagaciones anteriores, Courtney se ruborizó.

—Para la comida de la tarde le recomendaré a la cocinera que prepare caldo —estaba murmurando la señorita Payne para sí misma—, y tal vez unas galletas. Sí, eso le sentará bien. —Miró al conde, interrogante—. ¿Se va a quedar un tiempo en Pembourne, milord? En ese caso tendré que encargarme más provisiones y avisar al personal de su estancia más prolongada.

Un breve silencio.

—No lo sé muy bien. Se lo diré una vez que haya hecho mis planes. Por el momento, supongo que estaré aquí.

—Muy bien, milord —dijo ella y salió.

Courtney cogió la sábana entre los dedos y comenzó a frotarla, observando los cincelados rasgos del conde y tratando de quitarse de encima esa inusual timidez.

—¿Se ausenta mucho de casa?

—Sí, con frecuencia.

—¿Por mucho tiempo?

Él arqueó las cejas.

—En realidad, sí. Tengo que atender a muchos negocios, que me llevan por todo el mundo, la India, las Colonias, Europa.

—Qué desgracia.

—¿Desgracia? —preguntó él, sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque debe de ser muy difícil y muy solitario para usted.

—¿Por qué supone eso?

Le tocó a Courtney mirarlo perpleja.

—Me dijo que tiene una hermana, ¿verdad? Es decir, antes de que yo comenzara a divagar sobre mi predilección por el coñac.

A él se le curvaron los labios.

—Sí, la tengo.

—Entonces debe de echarla terriblemente de menos cuando está lejos. A no ser, claro, que la lleve con usted. ¿La lleva?

—No. Aurora se queda en Pembourne, donde está segura y muy vigilada, salvo en las pocas ocasiones en que es muy lista, y muy decidida, para eludir a mi personal.

Ella frunció el ceño.

—No me imaginaba que su hermana fuera una niña. Cuando habló de mi parecido con ella, bueno, me hice la errónea idea de que era una joven adulta.

—Lo es. —Los ojos de lord Pembourne se tornaron glaciales—. Pero como lo corrobora la historia de mi familia, la madurez no excluye la necesidad de protección. El desastre al que usted acaba de sobrevivir es una prueba palpable de eso. Si ese pirata no hubiera intentado hacerla pasar por Aurora, no habría ocurrido ninguno de los horrores de estos días pasados.

Courtney tragó saliva, al salir su aflicción del rincón secreto donde la tenía escondida.

—Perdone —dijo el conde al instante, su hermosa cara pesarosa—. Decir eso fue cruel y desconsiderado. Perdóneme. Lo último que deseo es afligirla.

—No tiene por qué pedir disculpas. —Cerró los ojos para contener las lágrimas y trató de vencer el temblor de la voz—: Decir o no decir las cosas no las cambia; la muerte de mi padre me atormenta en todo momento, despierta y dormida. Una y otra vez veo su cara, oigo su grito, siento su miedo. Lord Pembourne... —alzó el mentón—, quiero hacerle una proposición. Si me da unos días para mejorarme, le ayudaré a encontrar a su hermana. Conozco las aguas del Canal tan bien como cualquier marino. Puedo guiarlo por todos los recovecos, por todas las islas desiertas, por dondequiera desee ir. Quien sea el que tenga a lady Aurora, lo descubriremos. A cambio, sólo le pido que me preste un velero. Se lo devolveré intacto, tan pronto como pueda. Me compraría uno ahora mismo pero, como sabe, no tengo dinero.

—Prestarle un velero —repitió el conde en voz baja—. Para poder buscar al pirata que mató a su padre y enterrarle una espada en el vientre.

Courtney lo miró boquiabierta.

—Entiendo lo que siente —continuó él, al ver su evidente asombro—. Demasiado bien, en realidad. He experimentado esa rabia que siente. Pero créame, lo que planea no va a borrar lo ocurrido. Ni le aliviará el sufrimiento por haber perdido a su padre.

—No me importa. —Esta vez las lágrimas asomaron profusamente a sus ojos—. Voy a encontrar a ese canalla, encontrarlo y matarlo. Y luego voy a navegar de un mar a otro hasta recuperar el cuerpo de mi padre. Se merece un entierro apropiado, en esa colina cubierta de hierba de Somerset, junto a mi madre. Donde puedan estar juntos. Ay, Dios —bajó la cabeza hasta cubrirla con las dos manos—, ¿por qué no habré muerto con él?

La cama se hundió cuando lord Pembourne se sentó a su lado y la estrechó en sus brazos sin nada de la vacilación que acompañara su anterior gesto de consuelo.

—Porque no estaba destinada a morir —musitó, acariciándole el pelo—, aunque sé qué poco consuelo le da eso ahora.

—Si estoy destinada a vivir, sólo puede ser para vengar la muerte de mi padre.

—Señorita Johnston... Courtney, escúchame —dijo él dulcemente, rozando con su aliento la venda que le envolvía la frente—. Estás mal herida. Hasta pasada una semana no estarás lo bastante recuperada para caminar fuera de la casa, y mucho menos para navegar por el Canal. Además, como acabo de decir, la venganza no es tan dulce como parece. —Hizo una inspiración entrecortada, y Courtney tuvo la extraña sensación de que no era sólo a ella a quien quería convencer—. Habiendo dicho todo esto —continuó, volviendo a tratarla de usted—, le hago una promesa: encontraremos al asesino de su padre, y no sólo por usted sino también por mí.

—¿Por usted?

—Sí. Sea quien sea ese pirata, no hizo esto él solo. Estoy seguro de eso. Y la persona que lo ayudó a idear su plan, lo hizo por algo más que el diamante negro.

—Se refiere a los motivos que hay detrás del secuestro de su hermana.

—Ése es el misterio que tenemos. No hubo secuestro.

—No entiendo.

—Hace unas horas, sólo unos minutos después de que usted se durmiera,

Aurora entró por las puertas de Pembourne. Está tan intacta como yo. El aburrimiento la impulsó a hacer un viaje a Londres para experimentar el ambiente de la temporada.

Courtney pestañeó, sorprendida.

—Comprendo. No, en realidad no comprendo.

Una leve sonrisa curvó los labios del conde.

—Yo tampoco. De todos modos, tal vez después de que la conozca, lo comprenderá. Aurora no es lo que uno llamaría una damita contenta, satisfecha con su vida.

—Pero si fue voluntariamente a Londres, ¿por qué usted recibió esas notas exigiendo rescate?

—Ésa es mi pregunta, exactamente. Además, ¿cómo pudo una sola persona, vale decir, el pirata que mató a su padre, haber tenido el tiempo para observar y reconocer a Aurora, luego subir a su barco, navegar hasta llegar al suyo, apoderarse de él y mantener cautiva a la tripulación varios días?

—Eso es imposible —repuso Courtney, negando con la cabeza—. El *Isobel* iba en dirección a las Colonias, estaba a tres días del puerto cuando él atacó. Eso significa que tuvo que haber navegado por lo menos ese mismo tiempo, aun cuando supiera nuestra situación exacta y nos hubiera seguido. Y eso sin mencionar el tiempo que le llevaría ocultar su barco bajando las velas y continuar a remo hasta el *Isobel* al amparo de la oscuridad.

—¿Y qué motivo tenía para enterarse del rumbo de su barco y para seguirlo? Aun en el caso de que ya supiera de su existencia, y de su parecido con Aurora, idea bastante rebuscada, puesto que Aurora no aparece en público, no habría tenido ningún motivo para actuar hasta que vio a Aurora en Londres y comprendió que estaba vulnerable. Y eso suponiendo que ya tenía ideado su plan y sólo estaba esperando una oportunidad para ponerlo en acción.

—Sigo sin entender —musitó Courtney—. Si usted tiene razón, si ese pirata trabajó con alguien, ¿cómo pudo ese alguien haber sabido de las intenciones de lady Aurora de viajar a Londres? Está claro que su decisión de marcharse fue impulsiva.

—Pero no sin precedentes. Aurora es muy creativa, si bien no muy exitosa, en sus intentos de ver el mundo. Normalmente sólo llega hasta el faro, que está poco más allá del límite de Pembourne, a la orilla del mar. Sin embargo, de vez en cuando se vuelve más ambiciosa. Para cualquiera que esté observando la propiedad sería obvio que está ansiosa de más libertad.

—Cualquiera que esté observando la propiedad —repitió Courtney—. Es

decir, usted cree que Pembourne está vigilada.

—Sí.

—¿Por quién?

Él la miró muy serio.

—Por el hombre cuya familia nos ha vigilado y condenado generación tras generación. Desde la búsqueda de ese maldito diamante.

—¿Los Bencroft? ¿A esa familia se refiere?

—Sí. Si alguien tiene un motivo, al menos en su mente retorcida, para enterrarme un cuchillo en el vientre, ése es Lawrence Bencroft, el actual duque de Morland. El odio que nos tiene ese hombre es más profundo de lo que se puede imaginar.

—¿Tan profundo que simula un secuestro con el fin de atormentarlo?

—No sólo para atormentarme —enmendó Slayde—. Para desconcertarme, burlarse de mí y humillarme, y luego robarme un tesoro que él considera legítimamente suyo, un tesoro que, si mi suposición es correcta, está en su poder en estos momentos.

Courtney empezaba a sentir que se le intensificaba el dolor de cabeza al desvanecerse el efecto del láudano.

—¿Qué va a hacer? —preguntó con el rostro contraído, apoyándose en él sin darse cuenta.

—Algo que mi familia no ha hecho en sesenta años: ir a Morland. Visitar a ese canalla borracho. Y si es él el inventor de este asqueroso plan, revelar al mundo qué cabrón manipulador es. —La miró y vio que tenía la cabeza gacha—. ¿Le traigo más láudano?

—No, por favor. No quiero dormir. Cuando duermo vuelven las pesadillas. Además, no puedo pensar con claridad cuando estoy drogada, y quiero entender y encontrarle sentido a lo que acaba de decir. —Desesperada, trató de resistir el sordo dolor de cabeza—. Si lo que ha dicho es cierto, si el duque de Morland contrató a ese asqueroso pirata para que se apoderara del barco de mi padre, entonces debe saber dónde encontrarlo, aunque sólo sea para coger la joya.

—Eso supongo yo, sí. —Frunció el ceño—. ¿Está segura de que puede continuar esta conversación? Por su aspecto, es evidente que siente mucho dolor.

—Estoy segura. Por favor, milord, necesito pensar, necesito hablar. Sólo un rato. Cuando ya no pueda soportar el dolor, me tomaré el láudano, pero todavía no.

Lord Pembourne asintió, tocándole el pelo con el mentón.

—Como quiera. —Ante la sorpresa de ella, no hizo ademán de apartarlo; lo que hizo fue cogerle la nuca para apoyarle la mejilla en su chaleco—. ¿La alivia esto?

—Mucho, gracias.

La verdad, era más que alivio, era maravilloso. Al cogerle la cabeza en su potente mano, le aliviaba la opresión de la cabeza, a la vez que le ofrecía un resistente apoyo para descansar. Incluso sentía menos comprimidas las costillas.

—Se pasarán, ¿sabe?

Las palabras retumbaron en su pecho y por ahí le llegaron al oído.

—¿Qué?

—Las pesadillas. No durarán eternamente. Disminuirán, primero en intensidad y luego en frecuencia. Finalmente la asaltarán sólo de vez en cuando. Y de repente, descubrirá que son soportables. Su fuerza no la aplastará. Y comenzará a vivir otra vez.

—Espero que tenga razón —suspiró ella.

—La tengo. —Titubeó un momento—. Señorita Johnston, antes de que reanudemos nuestra conversación, quiero pedirle un favor, si me lo permite.

—¿Un favor? —preguntó ella en tono cargado de ironía—. Me salvó la vida, me ha acogido en su casa, y ahora me ha ofrecido consuelo y ayuda, por no decir esperanza. Puede pedirme lo que quiera. Y por favor —añadió en voz baja—, tutéeme, llámeme Courtney, como hizo hace unos minutos. Sé que eso no es muy ortodoxo que digamos, pero tampoco lo es el que haya acogido en su casa a una desconocida y que ahora la esté visitando en su habitación. Además, para ser sincera, jamás en la vida me han llamado «señorita Johnston», a excepción de un odioso año que pasé en el Internado para Señoritas de Madame La Salle. Y ése es un periodo de mi vida que deseo olvidar, como, no me cabe duda, madame La Salle estará haciendo lo imposible por olvidarme también.

El conde la sorprendió, y se sorprendió a sí mismo, riendo, con una risa ronca que pasó por ella como miel caliente.

—Qué ignominia. Muy bien, entonces, Courtney. El favor que te pido es el siguiente: ¿considerarías la posibilidad de quedarte en Pembourne como acompañante de Aurora? No sólo mientras te recuperas, sino después, hasta que mi aventurera hermana te agote la paciencia y desees marcharte. Me harías un enorme servicio.

Courtney tragó saliva, contemplando fijamente la camisa blanca.

—¿Un servicio? A mí eso me parece más un caritativo ofrecimiento disfrazado. Al fin y al cabo, su hermana no está en edad de necesitar una institutriz. No, lord Pembourne, no puedo aceptar, aunque se lo agradezco desde el fondo de mi corazón. Ya me resulta difícil estar acostada aquí dejando que su personal me sirva. Pero tan pronto como mi cuerpo esté lo bastante fuerte, me pondré en camino. No quiero aprovecharme de su amabilidad, valerme de su personal y de su casa cuando no puedo hacer nada para pagárselo.

—Créeme, dada la naturaleza de Aurora, soy yo el que estará en deuda contigo, no al revés. —Se aclaró la garganta—. Courtney, voy a ser franco contigo. Tú y yo hemos decidido que compartimos un objetivo común, descubrir a los involucrados en simular el secuestro de Aurora y el asesinato de tu padre. Contéstame esto: si te marcharas de Pembourne mañana, ¿no irías en busca del pirata?

Ella asintió.

—Bueno, yo tengo la intención de entregarme justamente a esa tarea, comenzando por investigar a un hombre que creo podría conducirnos directamente al asesino de tu padre, vale decir, Lawrence Bencroft. Haré todo lo que sea necesario para determinar si el duque de Morland está involucrado.

—¿Y si el duque no está involucrado?

—Pues, descubriré quién lo está. Además, tengo muchos más recursos que tú. ¿Por qué, entonces, lanzarte sola cuando quedándote en Pembourne puedes beneficiarte de lo que yo descubra?

—¿Aportando qué a cambio? —preguntó ella, con tranquila dignidad—. No aceptaré caridad.

—Me parece que no comprendes cuánta paz me darías manteniendo a Aurora distraída y entretenida. Traducido, eso significa segura y cuidada, algo que al parecer mi enorme elenco de criados no logra hacer. Por los informes que recibí cuando regresé de la India hace diez días, Aurora logró escapar de Pembourne dos veces en tres meses, tomando en cuenta este último viaje, un récord incluso para mi hermana. Y eso sin tomar en cuenta los seis o siete intentos de suplicar, chantajear o engañar para eludir al personal.

—¿Y adónde desea ir?

—Me estremece pensarlo. Por suerte, normalmente se conforma con ir al faro. Está fascinada por el señor Scollard, el farero. No tengo idea de por qué, ni me interesa descubrirlo. Lo único que sé es que va a verlo cada vez que tiene

la oportunidad. Y finalmente, uno de mis lacayos la trae a casa.

La risa le brotó burbujeante a Courtney, la primera verdadera risa en más de una semana.

—Milord, si no le molesta que se lo diga, debe de tener los criados más agotados de toda Inglaterra y la más resuelta de las hermanas. No logro imaginarme una mujer que necesite una casa llena de gente para vigilarla.

—Imagínatela. No has conocido a Aurora.

—Está claro que no. En ese caso, supongo que acepto su proposición. ¿Se le ha ocurrido pensar que si su hermana es tan voluntariosa como dice podría no estar dispuesta a aceptar nuestro convenio?

—Está más que bien dispuesta; está eufórica. Fue ella la que me dio la idea. No tienes por qué preocuparte en ese aspecto. Cuando la dejé hace unos momentos, se estaba paseando por los corredores, impaciente por conocerte. Courtney se sintió extrañamente conmovida por esa idea.

—Muy bien, entonces. Su lógica es sensata, aunque sigo dudando de la justicia de nuestro convenio. Pero me quedaré en Pembourne, por el momento, y haré el papel de dama de compañía de lady Aurora. Aunque cómo diablos voy a contrarrestar el atractivo del mundo exterior, no tengo idea. Pero lo intentaré, milord.

—Gracias. —El conde le presionó brevemente la nuca, contradiciendo su tono despreocupado y alertándola de la importancia de sus siguientes palabras—: Por cierto, en cuanto a tuteo y nombres de pila, el mío es Slayde, no milord.

—De acuerdo..., Slayde. —De mala gana se apartó de él, sin poder reprimir un ligero gesto por el dolor que le produjo el movimiento—. Supongo que ahora me vas a presentar a lady Aurora.

Ya disipada su momentánea tensión, él la ayudó a bajar hasta la almohada.

—No mientras no hayas descansado.

A ella la atenazó el terror, gritándole que dormir significaba revivir el horrible fuego del infierno.

—No quiero dormir.

—Entonces no duermas. Pero descansa. —Astutamente observó su expresión afligida—. Sugiero media dosis de láudano, la suficiente para aliviar el dolor y adormecerte un poco. ¿Qué te parece eso?

—¿Media dosis? —musitó ella, en tono esperanzado.

A él se le curvaron los labios.

—Mmm, mmm. En una dosis completa de coñac. Un muy necesitado coñac, podría añadir, para fortalecerte para tu encuentro con Aurora.

—¿Te quedarás conmigo mientras descanso?

La humilló notar que la voz le salió como la de una niña asustada. Pero, Dios la amparara, así era exactamente como se sentía.

—Sí, me quedaré.

Él podría haber llamado a Matilda o a la señorita Payne, pero no las llamó. Simplemente se levantó, sirvió una copa de coñac y le añadió una pequeña cantidad de láudano.

—Bebe esto —dijo, levantándole y sosteniéndole la cabeza—. Todo, y estoy seguro de que te va a gustar.

Courtney sonrió, tomó unos cuatro o cinco agradables tragos, descansó un poco y bebió el resto.

—Muy bien. Admirable —dijo él, mirando sonriente la copa vacía y depositándole la cabeza en la almohada.

—Gracias.

—De nada. —La miró con los párpados entornados y una expresión que a ella le fue imposible interpretar—. Ahora, esperemos que el remedio haga su efecto. Cuando remita el dolor, llamaré a Aurora.

Musitando su acuerdo, Courtney se hundió en la mullida cama. A los pocos minutos empezó a sentir el cuerpo más ligero, un agradable adormecimiento, y todo a su alrededor se fue desplegando en un movimiento lento, calmante. Se le agitaron las pestañas y finalmente se aquietaron con los ojos entornados, su mente libre de pensamientos, todo su ser dichosamente libre de dolor.

Slayde observó cómo esos ojos verde mar se desenfocaban y luego se cerraban, y lo asaltó la misma extraña y desconcertante sensación que había experimentado antes, extraña porque no era un hombre dado a las emociones ni a afinidades personales de ningún tipo. En realidad, la evaluación que hiciera Aurora de él era bastante correcta. Era un solitario, un hombre que sólo se fiaba de sí mismo en cuanto a la lealtad. Jamás hasta ese momento había puesto tanto empeño en convencer a una mujer de que se quedara con él, y jamás le había pedido a nadie, ni a hombre ni a mujer, que lo tutelara y lo llamara por su nombre de pila. Sin embargo, acababa de hacer ambas cosas, con una mujer que era, tal como dijera ella misma, prácticamente una desconocida.

¿Por qué?

¿Podría ser que ella hubiera pulsado una cuerda de su memoria? Dudoso. Se había recuperado de la muerte de sus padres hacía muchos años.

Tal vez se sentía responsable de ella. Como quiso el destino, le había salvado

la vida. Esa idea era aún más descabellada que la anterior. Al fin y al cabo la decencia no va emparentada con el sentimiento.

¿Entonces qué?

Acercó la silla, se sentó y se inclinó a mirarle la cara a Courtney, como si allí fuera a encontrar una respuesta. Ella ya estaba tranquila, medio dormida, no acosada por demonios, la venda de su frente lisa, su respiración lenta y pareja. Le mintió a Aurora respecto a la belleza de Courtney. A pesar de las vendas, se veía claramente que era hermosa, sus facciones delicadas y exquisitamente formadas, los pómulos altos, los labios llenos. Su figura era igualmente delicada, como había comprobado él de primera mano, tan frágil que le maravillaba que hubiera resistido las penurias de esa semana pasada. De todos modos, debajo de ese exterior frágil percibía una fuerza que rivalizaba con la suya, una fuerza que la sostendría en lo que fuera que la esperaba, y aseguraría su supervivencia.

Sin pensarlo, alargó la mano y le cogió unas guedejas de pelo y las miró, sorprendido de sí mismo. Otro primer gesto. Jamás en su vida había sentido el impulso de tocarle el pelo a una mujer. La verdad, no era nada dado a tocar, a no ser durante una relación sexual, e incluso entonces, su deseo de contacto físico era puramente carnal, no de intimidad, y se limitaba a esos momentos en que el deseo dominaba todo lo demás. Sin embargo, en un solo día la había cogido impulsivamente en sus brazos, y no una vez, dos veces, y en ese momento sentía un deseo sin precedentes de explorar la sedosa textura de su cabello, cabello que, mirándolo más de cerca, no era en absoluto del fogoso color del de Aurora, sino una combinación más sutil de cálidos matices rojizos, dorados y miel.

Dejó deslizarse lentamente las guedejas por la mano hasta que una a una cayeron sobre la almohada y se desplegaron junto a ella como una brillante cascada.

—Estoy descansando —dijo Courtney, con los ojos cerrados, la lengua estropajosa.

—Eso veo.

Slayde esbozó una leve sonrisa. Por el motivo que fuera, se sentía atraído por esa mujer. Y debido a eso, y a sus sospechas de mucho tiempo, la ayudaría a encontrar al cabrón que había matado a su padre y a quien fuera el hombre que le pagó para que le consiguiera el diamante negro.

Que Dios amparase a Lawrence Bencroft si él era ese hombre.

La espuma del mar entraba silenciosa en la pequeña y cavernosa cala. Una

figura oscura se paseaba de aquí allá y de tanto en tanto se detenía a golpear con un guante la pared de piedra, emitiendo una furiosa maldición.

«Caramba, ¿dónde se habrá metido ese maldito pirata? Ha tenido tiempo de sobra. Tenía que estar aquí hace horas con el diamante. Mi diamante, el que he esperado toda la vida. Bueno, no voy a esperar otro día. Más le vale que se presente. Y pronto. Si se atreve a desafiarme, morirá. Otros han muerto. Otros morirán.»



Capítulo 4

—Aurora, te presento a nuestra huésped, Courtney Johnston. Courtney, mi hermana Aurora.

Aurora pasó por un lado de Slayde para acercarse a la cama. Allí se detuvo y pasó las manos por los pliegues de su falda.

—Cuánto me alegra conocerla. Lamento mucho todo lo que le ha pasado —añadió en voz más baja.

Un agradable calorcillo invadió el corazón de Courtney.

—Gracias. Y estoy encantada de conocerla.

No había nada corriente en Aurora Huntley, decidió Courtney sonriendo para sus adentros. Era de una belleza pasmosa, toda su apariencia tan vivaz como la personalidad que le detallara Slayde en su exagerada descripción. Sus cabellos eran de un vibrante color oro rojo, sus ojos grandes de un vivo azul turquesa, bellamente enmarcados por unas cejas que denotaban osadía e intransigencia, y delicadas facciones aristocráticas. En realidad, a pesar de sus rasgos más delicados y del diferente tono de piel, se parecía muchísimo a Slayde.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Aurora, que también la había estado mirando, declaró:

—Yo diría que no nos parecemos en nada.

—Coincido con usted.

—Usted es, con o sin vendas, lo que Elinore define como el tipo de mujer a la que la mayoría de las otras mujeres, terriblemente envidiosas, llaman «una belleza clásica».

Courtney pestañeó, sorprendida.

—¿Yo? Es curioso, yo iba a decir lo mismo de usted. —Frunció sus delgadas cejas—. Perdona, pero ¿quién es Elinore?

—La conexión de Aurora con el mundo elegante —contestó Slayde, irónico.

Aurora le dirigió una mirada fulminante.

—¿Puedo quedarme sola con la señorita Johnston?

—Si ella quiere —dijo Slayde, mirando a Courtney con expresión interrogante.

—Me encantaría hablar con lady Aurora —le aseguró Courtney.

Él vaciló.

Aurora miró al cielo poniendo en blanco los ojos.

—No te preocupes, Slayde. No me voy a llevar a nuestra huésped a regiones desconocidas.

—Qué tranquilizador. —Dicho eso, Slayde fue a abrir la puerta y salió—. Tienes un cuarto de hora.

Se cerró la puerta.

—Como ve, mi hermano y yo somos muy diferentes —dijo Aurora sin ningún preámbulo, luego acercó la silla a la cama y se sentó.

—Sí, es cierto.

—¿Tiene hermanos, o hermanas?

Courtney sintió la ya conocida opresión en el pecho.

—No. Sólo éramos mi padre y yo. Y ahora él ya no está.

—Slayde me contó lo ocurrido —dijo Aurora, mirándola a los ojos—. Es usted muy valiente. Cuando murieron mis padres creí que no iba a sobrevivir.

—Si recuerdo bien las historias que me contaba mi padre, usted era una niña cuando ocurrió eso. Tiene que haber sido terrible.

—Tenía diez años. Y sí, lo fue. Pero, la verdad, creo que nunca es fácil para nadie perder a un ser querido. Sobre todo cuando se trata de una muerte violenta.

Courtney bajó las pestañas.

—El dolor es más insoportable que el de todas mis lesiones juntas.

—¿Estaban muy unidos?

—Mucho. Él capitaneaba un barco. Yo iba con él a todas partes.

A Aurora se le iluminó la cara.

—¡Qué fascinante! Yo nunca he estado en ninguna parte, al menos desde que murieron mis padres, e incluso entonces, nunca estuve más allá de Escocia. Mientras que usted ha recorrido mundo, lo ha visto todo. Qué maravilloso no estar encerrada en un solo lugar.

—Es irónico lo diferentes que son nuestras perspectivas —repuso Courtney, con la voz ahogada—. A mí me habría fascinado establecerme en un lugar. Vivir en una casita sobre una colina, tener mi propia habitación, con una ventana con vistas a los acantilados y al mar. Soñaba que mi padre me sorprendería justamente con eso. Pero mi sueño no estaba destinado a hacerse realidad. La vida de mi padre era el mar, y puesto que yo deseaba estar siempre con él, se convirtió también en mi vida.

Aurora la escuchaba con una expresión tan intensa que le hacía parecerse aún más a Slayde.

—Parece que hay más de una manera de estar sola, ¿verdad? —comentó.

—Sí —contestó Courtney, pensando que debajo de esa temeridad juvenil que describiera Slayde había una mujer fuerte, perspicaz, intuitiva, una mujer de la que de pronto deseaba ser amiga—. Creo que sí.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Aurora, volviendo a su espontaneidad.

—Voy a cumplir veinte el mes que viene. —Sonrió tristemente—. El regalo de mi padre iba a ser doble: un cachorro, porque lo he deseado desde que era pequeña, y una semana entera juntos, como familia. En tierra. Sólo mi padre, el cachorro y yo. Los dos regalos me los iba a hacer después, este verano, una vez que el *Isobel* volviera de dejar su cargamento en las Colonias. Lexley, el segundo de a bordo, se iba a hacer cargo del barco para que pudiéramos viajar por el campo juntos. En coche, no en barco. Pero ahora...

Aurora se inclinó e impulsivamente le cogió la mano.

—Tal vez nosotras podamos preparar una pequeña celebración, aquí en Pembourne. Bueno, eso si decide quedarse con nosotros. Por favor, Courtney, ¿puedo tutearte? —paró un momento, pero para respirar, no para esperar el gesto de asentimiento de Courtney—. Y tú debes tutearme, llamarme Aurora. Por favor, quédate. Sé que Slayde suele ser reservado y difícil, pero no está casi nunca en casa. Y los criados, en su mayor parte, hacen su vida, no son conversadores, a menos, claro, que me busquen para ver dónde estoy, porque me vigilan, lo cual van a tener que hacer mucho menos si tengo una acompañante que me impedirá alejarme de la propiedad. Así que tendrás toda la libertad que quieras, mucha o poca. Y yo no me meteré en tu vida privada ni en tu aflicción. Pero, Courtney —otra pausa para respirar—, a veces es mejor compartir la aflicción, si no, se hace más grande, no más pequeña. Mi hermano es un ejemplo perfecto de eso. Se lo guarda todo para sí. Por lo tanto está solo. Y es un solitario, lo quiera ver o no. Bueno, yo no permitiré que eso me ocurra a mí. Ni a ti, si aceptas mi amistad. —Le apareció un hoyuelo en cada mejilla—. Veamos —musitó, como pensando en voz alta—. Somos de la misma talla, así que no será necesario comprar un guardarropa; simplemente te pondrás todos mis vestidos, a partir de la próxima semana, cuando estés levantada y puedas caminar. Poco después, estarás preparada para dar largos paseos. Tengo ya pensado el lugar que vamos a visitar. Es mi lugar favorito del mundo, y el sitio ideal para celebrar tu cumpleaños. Te llevaré allí y te presentaré al hombre más fascinante y bueno del mundo. Sus historias son maravillosas, y la vista desde su ventana, espectacular, justo acantilados y mar, con los que has soñado. — Le apretó más la mano—. Di que te quedarás.

Su aflicción temporalmente reemplazada por reverencia, Courtney la miró fijamente, conmovida por su generosidad, pensando si la joven sabría lo contagioso que era su entusiasmo, y qué sanador. Unas inesperadas lágrimas le llenaron los ojos.

—¿Sabes, Aurora? —dijo, tuteándola, como se le había pedido—, hasta este instante nunca me había dado cuenta de cuánto me faltaba la amistad. Será un honor para mí conseguir ganarme la tuya. —Le temblaron los labios al sonreír—. Sí, me quedaré. Y sí, me encanta que me tutees. Y sí, me encantará visitar tu faro.

La reacción de Aurora fue de alegría, seguida por una expresión de sorpresa.

—¿Slayde te contó lo del faro Windmouth?

—No por su nombre, no. Sólo me dijo que a ti te fascina, y que vas allí una y otra vez.

—Eso es todo lo que podía decirte. Es lo único que sabe, o mejor dicho, lo único que quiere saber —añadió, suspirando resignada—. El faro es el sueño de un aventurero, y el refugio de un vagabundo. El señor Scollard, su farero, es mi más querido amigo. Es un profeta y un genio. Nada que diga o cuente carece de sentido, si el oyente es lo bastante perspicaz para buscarlo. Recuerdo la primera historia que me contó. Yo tenía cinco años. Era sobre un contrabandista que traía un arcón con joyas a Inglaterra con la intención de enterrarlo en una cueva abandonada en Cornualles. Pero antes de que lograra llegar a tierra, su barco se estrelló en las rocas y las joyas se perdieron para siempre en el fondo del mar. A veces, ya avanzada la noche, todavía se puede ver el brillo de las joyas en las aguas del Canal. Y...

—Basta, Aurora.

Slayde estaba en la puerta, su expresión tan sombría como su tono.

—Te dije que conocieras a nuestra huésped, no que la agotaras. Tendrás tiempo de sobra para obsequiarla con las tontas historias del señor Scollard, si es que todavía está dispuesta a quedarse en Pembourne. Un cuarto de hora contigo podría muy bien haberla hecho cambiar de decisión.

—No, no en absoluto —terció Courtney—. Si acaso, la ha reforzado. —Sonrió a Aurora—. Me hace ilusión oír más. Y conocer al señor Scollard, y no verle una vez sino infinitas veces.

Una radiante sonrisa iluminó la cara de Aurora.

—La cocinera preparará un espléndido pastel cuando llegue tu cumpleaños. Lo llevaremos al faro. Tal vez Elinore pueda acompañarnos allí. ¡Ah!, preguntaste quién es. Elinore es la vizcondesa Stanwyk. Vive en Teignmouth, a

menos de dos millas de aquí. Era la más querida amiga de mi madre. Pero no te dejes engañar por su edad; es tan vibrante como una jovencita. Justamente fue con ella que pasé esta semana en Londres. Mañana, cuando hayas descansado, te contaré todos los detalles de nuestras aventuras allí. Lo importante es que estoy segura de que Elinore estará encantada de participar en nuestra celebración de tu cumpleaños. También el señor Scollard. ¿Y quién sabe? Es posible que te diga algo maravilloso sobre tu futuro.

Su futuro, pensó Courtney. Sintió de nuevo la opresión en el pecho.

—Dale las buenas noches, Aurora —ordenó Slayde—. La señorita Johnston está agotada. Ahora viene Matilda para cambiarle las vendas y traerle la cena. Después debe dormir. Mañana volverás a visitarla.

Aurora se levantó.

—Sí, claro. Que duermas bien, Courtney. —La miró un momento, desvanecido su optimismo, al ceder el paso a una solemne percepción—. El dolor remitirá —le dijo, apretándole la mano—. Y recuerda, no estás sola.

A Courtney le temblaron los labios.

—Gracias, Aurora. Lo recordaré.

El reloj de pared dio las campanadas de la medianoche. Slayde se sirvió otra copa de coñac y empezó a pasearse inquieto por su despacho.

Se había encerrado ahí para prepararse para el insólito enfrentamiento con Morland. En lugar de hacer planes, no había hecho otra cosa que pensar en Courtney.

Encontraba algo inefablemente conmovedor en ella, algo que le tocaba una cuerda interior, algo que resonaba por él como una melodía que nunca había oído pero reconocía. Lo sintió mientras la observaba dormir y después otra vez cuando ella estaba charlando con Aurora y pareció que su ánimo daba señales de revivir. No tenía nada que ver con su belleza, y ni siquiera con su fuerza interior. Su belleza le inspiraba atracción, su fuerza, admiración. Pero esto era algo distinto. Que lo colgaran si lo entendía.

Una cosa que sí entendía era que Courtney necesitaba desquitarse, castigar al cabrón que mató a su padre. Cuanto más sopesaba los hechos, más se convencía de que ese pirata no actuó solo. En algún lugar había un cómplice, o más probablemente, un empleador, que le pagó para que se apoderara del diamante negro.

Para apoderarse de la piedra o, desde el punto de vista de la retorcida mente de Morland, para recuperarla. Ese veleidoso gusano jamás había dejado de creer que la joya pertenecía legítimamente a los Bencroft. Por lo tanto, si era

él el que estaba al timón, no era sólo para obtener la riqueza que le significaría el diamante negro sino también para deshacer sesenta años de lo que su torcida mente consideraba una vil injusticia.

Si es que él estaba al timón.

Pero ¿quién otro podía ser tan retorcido para idear el simulacro de secuestro de Aurora?

Apurando la copa, se imaginó el inminente altercado. El enfrentamiento sería feo; el hombre era un enclenque, un borracho y un mentiroso, además de resentido y vengativo, y odiaba a los Huntley con todas las fibras de su ser. Fuera culpable o no, sin duda lo negaría todo y lo echaría de su propiedad.

A no ser que llegara con municiones.

Municiones en la forma de pruebas concretas o, como mínimo, argumentos lo bastante potentes para hacerlo perder su dudosa serenidad y revelar algo que lo incriminara, dados los efectos combinados del licor que no paraba de beber y la presión.

Pasándose la mano por el pelo, sopesó las posibilidades. Tendría que conseguir cierta información antes de irrumpir en su casa y acusarlo de robo, extorsión e, indirectamente, de asesinato. Visitaría a unos cuantos conocidos del duque, a ver si se enteraba de algo que hubiera hecho el idiota esas dos semanas pasadas, con quién se encontró y en qué lugares estuvo.

Después se lanzaría al ataque. Combinando habilidad con astucia, era posible que lograra hacerlo hablar demasiado y revelar algún detalle condenatorio, después de lo cual averiguaría el nombre y paradero del pirata que mató al padre de Courtney y pondría en práctica la venganza que ella deseaba.

Como también una apariencia de la suya.

Nuevamente pasaron por su mente los horrendos incidentes, y las preguntas sin respuesta de los diez años pasados, con todos sus atroces detalles.

Sus padres en el suelo en medio de un charco de sangre; los aterrados criados, todos negando con la cabeza, jurando que no habían visto ni oído nada; las autoridades que, después de semanas de inútil investigación, se encogieron de hombros y abandonaron la búsqueda del asesino. Y la odiosa, aunque no demostrada, posibilidad de que Chilton Bencroft, el hijo de Geoffrey y padre de Lawrence, hubiera ordenado esa monstruosa matanza, llevando a cabo el más horrible y fatal tipo de venganza.

Cómo deseaba haber llegado a tiempo a ver al cabrón para enterarse de la verdad, estrangulándolo si era preciso para extraérsela. Pero el anciano murió un mes después, de una debilidad del corazón de que ya sufría desde hacía

mucho tiempo.

Y la verdad murió con él.

Tal vez a través de Courtney se le daba otra oportunidad para encargarse de que se hiciera justicia. La excursión del día siguiente lo diría.

Exhalando un cansino suspiro, apagó la lámpara y salió del despacho para ir a acostarse.

La primera planta estaba en absoluto silencio. Echó a andar por el corredor pensando que era una suerte que Aurora se hubiera retirado por fin a su habitación y los criados también. Necesitaba soledad, y, afortunadamente, todos los habitantes de la casa estaban durmiendo.

Un sonido ahogado refutó ese pensamiento, llegando a sus oídos y deteniéndolo. Aguzó el oído, pensando si el sonido no habría sido producto de su imaginación.

No lo era, pues volvió a oírlo. Alguien estaba llorando, y a juzgar por la dirección de donde provenía, ese alguien era Courtney.

Evaporado todo pensamiento de soledad, volvió por el corredor y giró la manilla de la puerta sin detenerse a golpear.

La habitación estaba bañada en sombras, sólo iluminada por la tenue luz de una sola lámpara. Pero era suficiente; distinguía muy bien la delgada figura de Courtney acurrucada en el medio de la cama, llorando como si se le fuera a partir el corazón. Cerró la puerta y se acercó a ella.

—¿Courtney?

Ella levantó la cabeza y lo miró, sus ojos unos brillantes pozos color verde jade.

—Lo siento. No quería despertar a nadie.

—No me has despertado. Estaba despierto.

El sufrimiento que vio en su cara le resultó insoportable. Sin pensarlo, se sentó en la cama a su lado y la cogió en sus brazos.

Ella se apoyó en él emitiendo un desgarrador gemido y hundió la cara en la pechera de su camisa, todo su cuerpo estremecido por los violentos sollozos.

—Chhh, no son las heridas, ¿verdad?

—No.

—Eso pensé. —Le acarició tiernamente la cabeza, rozándole el sedoso pelo con los labios.

—Fue un sueño.

A Slayde no le costó imaginarse qué o con quién había estado soñando.

—No pasa nada. Ahora estás despierta.

—Ojalá no lo estuviera —sollozó ella—. Dios mío, hago todo lo posible por ser fuerte, pero no sé si puedo, y ni siquiera sé si deseo serlo. Lo siento, no era mi intención ser tan infantil, tan irracional. Pero parece que no puedo evitarlo.

—No eres ni irracional ni infantil. —Le acarició la espalda con la palma, sintiendo sus temblores a través de la delgada tela del camisón—. Has sufrido una conmoción terrible, no sólo en tu cuerpo sino también en tu vida. Debes darte tiempo para sanar.

—¿Y si no puedo sanar?

—Sanarás.

—No lo creo. El sueño... —exhalando un tembloroso suspiro, se apartó y lo miró con los ojos atormentados—. ¿Qué dirías si te dijera que creo que mi padre está vivo? ¿Que no se ahogó cuando cayó por la borda? ¿Crearías que estoy loca?

—Creería que estás de duelo. La negación forma parte de ese proceso.

Courtney se limpió las lágrimas.

—No, mi sueño fue muy real. Él me llamaba, no en un sentido espiritual sino real, de verdad. Me aseguraba que estaba vivo.

—Estás agotada, física y emocionalmente. Por no decir que has tenido una conmoción cerebral, lo cual suele confundir los pensamientos. Créeme, no estás loca. Estás perfectamente normal.

—¿Tú crees?

La respiración le salía en cortos resuellos, y cuando él la apoyó en la almohada se aferró a su camisa, sus delicadas facciones contraídas por el terror.

—Háblame —le suplicó en voz baja—. Quédate conmigo, sólo un rato. No me dejes sola con este horrible vacío.

—No me iré —dijo él, volviendo a levantarla y a estrecharla en sus brazos—. Me quedaré todo el tiempo que me necesites. No me iba a ir, sólo quería acostarte para que descanses.

—No quiero estar acostada, ni descansar. Deseo hablar, por favor.

Qué bien entendía eso él.

—Por supuesto. —Cambiando un poco su posición, la colocó apoyada en él de costado, rodeándole los hombros con un brazo. Después estiró las piernas sobre la cama y apoyó la espalda en la cabecera. ¿Estás bien así?

—Gracias —musitó ella en medio de un suspiro de satisfacción.

—El placer es mío. ¿Quieres que encienda el fuego del hogar?

—No. Estoy bien, mientras no esté sola.

—No lo estás. Estoy aquí. —Esperó a que ella asimilara sus palabras y notó cómo se le iban relajando los músculos, disipado ya el terror. Entonces buscó un tema para distraerla—. Creí oír decir a Aurora algo sobre la inminencia de tu cumpleaños.

Ella asintió.

—El mes que viene. —Tragó saliva—. El regalo de mi padre iba a ser un cachorro.

—¿Algún tipo especial de cachorro?

—No. Simplemente uno que me necesite. Y, claro, uno que sea un marinero natural.

—Como lo eres tú, supongo.

A Courtney se le escapó una risita irónica.

—¿Yo? Noo. Temía cada momento de nuestros viajes. Por eso significaba tanto para mí el otro regalo que me iba a hacer mi padre. Tenía pensado pasar una semana entera conmigo. En tierra. Es curioso —le tembló la voz—, entonces me parecía que una semana era un periodo de tiempo muy corto. Ahora me parece el más valioso de los regalos.

Slayde sintió una oleada de compasión, y otra de desconcierto.

—Si temías los viajes, ¿por qué los hacías? Supongo que tu padre no insistiría en que...

—No lo sabía —interrumpió ella—. Nunca se enteró de mis miedos. Nadie lo sabía. De hecho, eres la primera persona que lo sabe. Si se lo hubiera dicho a mi padre, habría ocurrido una de dos cosas, o bien él habría renunciado al mar, cosa que yo no hubiera podido soportar, pues el mar era su vida, o me habría llevado nuevamente al internado, lo que habría equivalido a una paliza. Ya había pasado meses suplicándole que me retirara del colegio, e igual número de meses haciendo estragos en el colegio para que estuvieran más que felices de que me marchara.

A él se le curvaron los labios.

—Parece que eras un terror.

—Lo era —repuso ella, sonriendo. Él notó su sonrisa a través de la camisa—. Créeme, Aurora es un corderito comparada conmigo.

—Horrorosa idea. Pero la primera vez que hablamos de tu padre hablaste del *Isobel* con afecto, como de tu hogar.

—Y lo era, porque mi padre estaba ahí. Pero todas las noches rezaba pidiendo

lo imposible: que él se cansara del mar y decidiera que nos estableciéramos, para formar un verdadero hogar juntos.

—Comprendo.

Slayde miró hacia el espacio, pensando por qué él, el más circunspecto de los hombres, estaba haciendo tantas preguntas indiscretas y, más importante aún, por qué se sentía impelido a saber todo lo posible acerca de su hermosa huésped.

—¿Está viva tu madre?

—No. Murió justo después de que yo naciera. No la conocí. Pero sé muchísimo acerca de ella. Mi padre hablaba de ella constantemente, de su belleza, de su naturaleza amable y cariñosa, de su entusiasmo por la vida. Claro que él era bastante subjetivo. La adoraba.

—¿Ella vivía cerca de los muelles? ¿Allí se conocieron?

Courtney se rió suavemente.

—Vivía en una mansión. Se conocieron cuando el barco de mi padre estaba atracado y ella andaba paseando cerca del puerto. Los padres de mi madre eran de sangre azul, tenían título y riqueza. No hace falta decir que no les gustó nada su elección de marido. Pero eso no les importó, ni a ella ni a mi padre. Estaban muy enamorados. No les importaba nada que ella fuera aristócrata y él un capitán marino. Finalmente triunfó su cariño. Consiguieron la bendición de los padres de mi madre y se casaron esa misma semana. —Se incorporó y lo miró interrogante—. ¿Recuerdas el reloj que rescataste? ¿El que pusiste en el cajón de la mesilla de noche?

—Lo recuerdo.

—Es el más fino de los relojes de un capitán de barco. Y el más preciado recuerdo de mi madre que él tenía. Ella se lo dio como regalo de bodas, como símbolo de su vida juntos y de su amor. No es sólo una obra de arte exquisita, la escena que tiene dentro... —se interrumpió y agrandó los ojos, animada—. ¿Quieres verlo? ¿Verlo de verdad, en detalle?

El entusiasmo que reflejaba su cara valía el precio de diez relojes juntos.

—Sí que me gustaría, mucho.

Con sumo cuidado, Courtney se giró y sacó el reloj de plata del cajón, con una naturalidad que le hizo comprender que esos dos días pasados había hecho eso repetidas veces.

—Claro que tú tienes que haberlo mirado, pero es tan hermoso que no basta una mirada somera.

Lo acarició amorosamente y se lo pasó. Él lo cogió y observó el intrincado

dibujo labrado en la tapa.

—Es muy hermoso.

—Ábrelo. Acércalo a la lámpara para que puedas ver la escena del interior.

Slayde abrió la tapa y contempló el simpático cuadro. Un barco solitario estaba en el centro de la esfera del reloj; parecía estar detenido de camino al faro que estaba a la derecha, no, no detenido, estaba inmóvil. Acunado por las apacibles aguas del mar, estaba inmóvil, como impedido de movimiento, a medio camino de su destino, suspendido en el tiempo.

—Según mi padre, mi madre aseguraba que él era el barco y ella el faro — explicó Courtney con la voz ahogada—. Por eso, hasta hace unos días, las imágenes se movían. Aparecía el brillo de la luz del faro, llamándolo, y el barco navegaba a toda prisa hacia su acogedora luz, tal como mi padre iba hacia ella. Él llevaba el reloj dondequiera que viajara, lo tuvo con él todos estos años, después de que ella murió. Era su manera de tener a mi madre con él, siempre. —Hizo una inspiración temblorosa—. Me lo dio justo antes de que lo obligaran a arrojarlo por la borda; me dijo que lo guardara como un recuerdo de ellos dos. Yo lo mantuve en la mano cerrada hasta mucho después de que ese animal me hiciera encerrar en mi cabina. Me daba miedo abrir la tapa, porque sabía lo que encontraría. Al final lo abrí, porque necesitaba ver que estaba equivocada, y entonces descubrí que no lo estaba. Tal como temía, el reloj se había parado. —Volvió a sus ojos la expresión de vacío—. No volverá a andar mientras mi padre no esté en casa, donde le corresponde estar.

—Courtney...

—No me digas que murió —interrumpió ella en un susurro ahogado. Le bajaron dos lágrimas por las mejillas—. Me niego a aceptar eso. No lo sé explicar, pero aunque aquí entiendo —se tocó la frente— que lo que digo es imposible, aquí —se puso la palma en el corazón—, creo otra cosa. —Valientemente contuvo las lágrimas—. Así que no discutamos eso, ¿de acuerdo? Hablemos de otra cosa.

Asintiendo en silencio, Slayde cerró el reloj y lo volvió a poner en el cajón.

—Es exquisito. Tu madre tenía un gusto excepcional. —Pasada una breve pausa, añadió—: Y una hija excepcional.

A Courtney se le tiñeron de color las mejillas.

—Gracias.

—De nada. —Inquieto por su sensación de desequilibrio, él buscó un terreno más seguro—. ¿Por qué detestabas navegar? ¿Era por la falta de vida privada? Ella negó con la cabeza, cogiendo una lágrima con la punta de la lengua.

—No, tenía toda la vida privada que quisiera. De hecho, pasaba largas horas en mi cabina. Sólo mi padre me visitaba allí. Los hombres tenían órdenes estrictas de no entrar jamás en mi habitación.

—Lo comprendo. ¿Una mujer hermosa en un barco lleno de hombres? Si yo hubiera sido tu padre te habría tenido encerrada.

Ella sonrió levemente, divertida.

—No era una situación comprometedor. Los hombres me trataban con el mayor respeto. Después de todo, mi padre era su capitán.

—¿Adónde viajaba vuestro barco?

—A las Colonias. Llevábamos muebles y otros artículos ingleses a Nueva York y a Boston.

—¿Te desagradaba visitar las Colonias?

—La verdad es que las encontraba fascinantes, ¿por qué?

—Simplemente se me ocurrió que ése podría ser el motivo de que te desagradaran los viajes a bordo del *Isobel*.

—No, no era eso.

—Muy bien, entonces, ¿era la comida lo que detestabas?

A Courtney se le curvaron los labios.

—En realidad, era mucho más posible que las comidas que servían en el colegio de Madame La Salle causaran una enfermedad fatal que las que servían en el *Isobel*. Además, en el colegio tenía mucha menos privacidad, más restricciones y compañía mucho menos agradable que en el mar. No, no eran ninguna de esas cosas las que detestaba.

—Bueno, estoy perplejo. ¿Qué te hacía detestar los viajes, entonces?

—Pues, que en el instante en que zarpaba el barco, me mareaba y me venían unos violentos vómitos, los que continuaban durante todo el viaje. Y, por cierto, por eso pasaba tanto tiempo en mi cabina. Es difícil caminar por cubierta con la cabeza metida en un orinal.

Resonó la risa en el pecho de Slayde.

—Me lo imagino.

—De verdad, esperaba que con el tiempo superaría esa debilidad —continuó ella, pesarosa—, pero después de veinte años eso parece improbable.

—Veinte. ¿Esos años vas a cumplir el mes que viene?

—Sí.

La alegría del momento se desvaneció para Slayde, al llegar sus feos recuerdos a atravesarle el corazón como un cuchillo.

—Yo sólo era un año mayor cuando murieron mis padres.

Echando atrás la cabeza, ella le observó la expresión y, tímidamente, levantó la mano y le rozó la mandíbula.

—No logro ni imaginarme lo terrible que debió ser eso. Por lo menos yo no vi a mi padre cuando... —se interrumpió con una inspiración entrecortada.

—Yo fui el que los encontró —dijo Slayde en tono monótono—. Esa noche volví tarde a Pembourne. Sospeché que algo iba mal cuando encontré la puerta principal ligeramente entreabierta. Estaban en la biblioteca, en el suelo. Los habían atravesado con una espada; todo alrededor estaba cubierto de sangre. Por muchos años que pasen, jamás olvidaré esa imagen; quedó grabada en mi mente para siempre.

—¿Las autoridades no descubrieron al asesino?

—Dejaron de buscarlo lo más pronto posible. El asesinato, según se declaró oficialmente, fue el lamentable resultado de un robo, pues faltaba la caja fuerte que contenía las joyas de mi madre. Ése fue el informe oficial. La verdad es otra historia, muy diferente. —Al ver la expresión perpleja de Courtney, añadió—: Para ser franco, los investigadores de Bow Street estaban aterrados. Por si tu padre olvidó decírtelo, el mundo creía, es decir «cree», que los Huntley están condenados a una eternidad de infierno. Un infierno generado por una extraña maldición inexistente, una maldición perpetuada por la misma codicia de aquellos que buscan su causa.

—El diamante negro.

—Sí, el diamante negro.

—Slayde —dijo Courtney en voz baja, con la mano suavemente apoyada en su cara—, has comprendido y aliviado mi pena. Déjame que alivie la tuya. Compártela conmigo.

Se levantó el conocido muro.

—Eso no es necesario. A mis padres los mataron hace más de diez años. Ya pasó mi lucha con el dolor.

—¿De veras?

Se miraron a los ojos, y el muro se derrumbó.

—Mi bisabuelo y Geoffrey Bencroft se asociaron en una empresa —explicó Slayde, atónito al oír salir la historia de sus labios—. La empresa consistía en localizar el diamante negro más grande del mundo, robado el siglo anterior de un templo de la India y jamás recuperado. La intención era que cuando lo encontraran lo entregarían a un príncipe ruso que ofrecía una inmensa fortuna por él. Muchos mercenarios ya habían intentado encontrar la piedra y fracasado. Mi bisabuelo y el difunto duque estaban decididos a triunfar en la

búsqueda, y acordaron que una vez que lo encontraran, se repartirían equitativamente la fortuna. El único nubarrón que amenazaba su cruzada era la mítica maldición que acompañaba al diamante, maldición que, según la leyenda, decía: «Aquel de corazón negro que toque la joya cosechará riquezas eternas y se convertirá en la carroña de la que se alimentarán otros por toda la eternidad».

Courtney se estremeció.

—Qué terrible la amenaza. Mi padre nunca dijo las palabras exactas de la maldición. Sólo me contó que se decía que tu bisabuelo volvió a Inglaterra sin el duque de Morland pero con la piedra. Y que desde entonces tu familia ha sufrido las consecuencias de la maldición.

—Yo no creo en maldiciones —dijo Slayde amargamente—. Sólo creo en aquellos que las perpetúan y en aquellos que las ponen por obra impulsados por su codicia.

—¿Crees que quienquiera que mató a tus padres deseaba el diamante por la riqueza que obtendría con él?

—Por supuesto. No era ningún secreto que el diamante vale el rescate de un rey. Tampoco era secreto que mi bisabuelo fue el último hombre que se sepa que lo tuvo en su poder, y que jamás lo entregó al príncipe ruso. El misterio era, ¿dónde lo escondió? Eso nadie lo sabe. Así que a lo largo de cuatro generaciones, ladrones y bárbaros han hecho todo lo que han podido, incluso asesinar, para descubrir el paradero de esa maldita piedra.

—¿Tu bisabuelo murió antes de que pudiera decirle la verdad a alguien?

—Sí, según mi padre, murió antes de que pasara una semana de su regreso a Inglaterra.

—¿Cómo? ¿Cómo murió?

—Se estrelló en las rocas al pie de un acantilado de Dartmouth.

Courtney se tensó, y Slayde adivinó la siguiente pregunta antes de que la hiciera.

—¿Estaba... solo?

—Si quieres decir si lo empujaron, nadie lo sabe. No hubo testigos. —Sin darse cuenta aumentó la presión de sus brazos alrededor de ella—. Cada sucesiva generación de mi familia ha sufrido derramamiento de sangre. También hemos disfrutado de una fortuna considerable, siempre en aumento. Por lo tanto, según los que creen en los mitos, la maldición se ha cumplido.

—Pero hace dos días entregaste el diamante negro a ese despreciable pirata, así que la maldición tendría que acabar para ti.

—¿Sí? No si la verdadera maldición es el odio nacido generaciones atrás y aumentado por los Bencroft. Créeme, Courtney, ese odio no acabará jamás.

—Aquel de corazón negro... —recitó ella, pensativa—. Los Bencroft creen que tu bisabuelo tenía el corazón negro, porque engañó a Geoffrey Bencroft y desapareció con la piedra.

—Sí, y nos detestan debido a eso. Verás, desde el momento en que el diamante dejó las manos de Geoffrey, la fortuna Bencroft comenzó a disiparse. Cada siguiente pérdida que sufrían aumentaba su resentimiento. Y no había ni una maldita cosa que pudiéramos hacer nosotros para cambiar eso. Es cierto que mi bisabuelo engañó a Geoffrey robándole la mitad del valor del diamante, pero también es cierto que nunca lo vendió ni cosechó ningún beneficio real, así que después de su muerte no teníamos ninguna fortuna palpable para compartir con los Bencroft. Además, no podíamos entregarles la piedra, ni aunque hubiéramos querido, puesto que no teníamos idea de dónde estaba escondida. Por lo tanto no teníamos ninguna manera de corregir ese mal.

—¿Y ellos no creyeron eso?

—Ni por un instante. Y muy pronto se acabó cualquier esperanza que hubiera podido tener mi familia de apaciguar ese odio. Antes de que transcurrieran dos semanas de la muerte de mi bisabuelo, llegó a Inglaterra la noticia de que Geoffrey Bencroft había sucumbido a una fiebre y murió durante el viaje hacia aquí. Desde ese momento, se intensificó la enemistad de los Bencroft, hasta el punto de convertirse en obsesión, obsesión violenta. Claro que en el centro de esa obsesión estaba el hijo de Geoffrey, Chilton, el nuevo duque de Morland, nuevo en cuanto al título, no en su papel. Chilton llevaba años actuando como cabeza de su familia, administrando sus propiedades, llevando todos los asuntos y negocios, mientras su padre viajaba por el globo. Cuando murió su padre, Chilton ya tenía mala reputación entre los miembros de la alta sociedad. Era cruel e implacable en sus negocios y en su trato, y los Huntley se convirtieron en su primer objetivo. Aprovechaba toda oportunidad para ensuciar nuestro apellido con calumnias y frustrar nuestras empresas. Se enfurecía cada vez que sus intentos no sólo fracasaban sino que además producían más ganancias para nosotros y más miserable pobreza para ellos.

»Un mes antes de la muerte de mis padres, hizo explosión su rabia. Acompañado por su hijo único, Lawrence, el actual duque, vino a Pembourne y por la fuerza entró en el despacho de mi padre. Lawrence se quedó atrás, furioso pero dispuesto, no, más que dispuesto, agradecido, a dejar a su padre el ataque verbal, mientras él se bebía una botella de Madeira y se paseaba con

cara hosca por la sala. Chilton, en cambio, rabiaba y gritaba como un loco, acusando a los Huntley de haber arruinado a los Bencroft, diciendo que ya era hora de que él se cobrara su venganza y los hiciera pagar. Entre los criados y yo los echamos. Pero recuerdo claramente la expresión de Chilton: había asesinato en sus ojos.

—¿Crees que él, o ellos, mataron a tus padres?

—Sólo Chilton. Y sí, lo creo, aunque las autoridades nunca pudieron demostrarlo. En cuanto a Lawrence, es muy débil, es incapaz de matar a alguien, aunque, Dios sabe, la intensidad de su odio es más que suficiente para incitar a asesinar. Y es lo bastante inteligente para lograrlo, si está sobrio. Pero no tiene la fuerza para blandir el arma; antes contrataría a otro para que se lo hiciera, alguien como el cabrón que se apoderó del barco de tu padre. Ése sí es el tipo de método que emplearía Lawrence. La verdad, cuanto más lo pienso más me convenzo de que él fue el organizador de todo. Mañana trataré de enterarme de la verdad. Y cuando lo haga, se habrá hecho una parte de justicia. Puede que generaciones de Bencroft hayan muerto impunes, pero el actual duque de Morland lo pagará, él y su cómplice pirata.

Sintió pasar un estremecimiento por el cuerpo de Courtney. Parpadeando, volvió al presente, le miró la cara y vio lágrimas acumuladas en sus ojos.

—Perdona —musitó, cogiendo con los pulgares las lágrimas que le cayeron por las mejillas—. No sé qué se apoderó de mí. Lo último que deseaba era asustarte con la historia de mi familia.

—Yo te pedí los detalles —logró decir ella con la voz ahogada—. Y no me has asustado, al menos no más de lo que ya estaba. Sólo me has hecho tomar conciencia de la magnitud de tus penurias. Dios santo, Slayde, has sufrido mucho, muchísimo más que yo. —Bajó la voz a un murmullo—: Ayer me dijiste que desharias mi pérdida si pudieras. Bueno, ahora lo único que deseo es poder deshacer las tuyas.

Esa fervorosa proclamación de empatía era la última reacción que habría esperado él, y la más impactante que había oído. Aunque antes de esa noche jamás había hablado de su historia familiar, sabía muy bien las feas elucubraciones que inspiraba el apellido Huntley. Antes, las personas con las que se relacionaba podían clasificarse en tres categorías: los pocos dichosamente ignorantes de todo; el puñado que sentía perversa curiosidad, y el grupo predominante, aquellos a los que aterraban los Huntley y la diabólica maldición.

No así Courtney. Lo estaba mirando con muchísima pena en los ojos, pena no

por ella sino por él. Deseaba deshacer su sufrimiento, erradicar su dolor. ¿Y por qué? Simplemente porque él le importaba.

Sintió moverse en su pecho algo profundo, algo que aliviaba su angustia del pasado envolviéndola en una oleada de calor.

—Ése es el ofrecimiento más generoso que he recibido en mi vida —se oyó musitar, comprendiendo, mientras lo decía, que era cierto—. Gracias, cariño.

Ese apelativo cariñoso, dicho con voz tierna y ronca, fue más íntimo que una caricia, e igualmente fundamental, dada la intensidad de las emociones generadas por esos últimos minutos.

Habían cruzado una barrera invisible.

Se encontraron y se sostuvieron sus miradas. Courtney agrandó los ojos, reflejando la comprensión en sus profundidades verde mar, sus labios entreabiertos, como para preguntar, e invitar.

Slayde sintió golpear el corazón en las costillas. Se sentía impulsado por un deseo vehemente que no había experimentado jamás antes. Movidó por ese impulso, y por un instinto que ni sabía que poseía, bajó la cabeza y se apoderó de su boca con la suya.

El mundo cambió, para siempre.

Ése fue el primer pensamiento consciente que pasó por su cabeza mientras la saboreaba, moldeaba los delicados contornos de sus labios a los suyos, la calentaba y aquietaba su temblor con su boca. Ella se tensó, se estremeció y luego se fundió con él, cogiéndole la camisa entre sus pequeñas manos, su alma buscando cual fuera el reaprovisionamiento que él pudiera ofrecerle.

Y él se lo ofrecía, pero ¿por ella, o por él?

La pregunta desapareció, sin contestar, perdida debajo del extraordinario sentimiento que se iba intensificando entre ellos. La bajó hasta la cama, la giró hasta dejarla de espaldas, encerrada entre las largas columnas de sus brazos. Enredando las manos en sus cabellos, fusionó su boca con la de ella, profundizando el beso con igual medida de necesidad y moderación. Sus lesiones, le dijo su mente aturdida. No olvides sus lesiones.

Courtney las había olvidado.

Absorta en el momento, acogió el milagro de ese beso como un bálsamo maravilloso para su sufrimiento y un sorprendente despertar de sus sentidos. Como un aroma seductor, le calmó una necesidad y lentamente le encendió otra.

—Slayde —se oyó decir en un susurro—, abrázame.

Él se estremeció y sus brazos se cerraron alrededor de ella como por voluntad

propia. Le abrió los labios e introdujo la lengua apoderándose de la de ella, acariciándosela de una manera que le provocaba estremecimientos por toda la columna. Ella respondió a su tácita petición abriendo más la boca, introduciéndolo más, mientras sus lenguas se saboreaban, acariciaban, fusionaban y retiraban, para volver a comenzar.

El tiempo dejó de existir, los segundos se fundieron en minutos, los minutos convergieron en una eternidad inconmensurable. A Courtney se le relajaron los dedos, abrió las palmas y las subió por la camisa de él hasta los hombros y allí cerró los brazos alrededor de su cuello. Él a su vez bajó el cuerpo hasta que la camisa le quedó rozando suavemente las blandas elevaciones de sus pechos, equilibrándose en los codos para no aplastarle las costillas, subiendo y bajando las manos, que no podían estarse quietas, por la sedosa piel de sus brazos, hombros y cuello, saboreando los estremecimientos que a ella le producían sus caricias.

—Courtney —dijo, en un susurro reverente, abandonando sus labios para dejar una estela de suaves besos en las mejillas, cogiendo con la lengua las lágrimas que seguían brillando ahí. Le besó la nariz, los párpados, las comisuras de la boca, y luego volvió a sus labios, acariciándoselos en un lento y elocuente movimiento de suave roce—. No llores.

—No —prometió ella, su voz casi un murmullo, empapada de sensaciones. Su inocencia, su sinceridad, intensificó las desbocadas emociones de Slayde hasta que no las pudo soportar. Con un gemido ahogado, fusionó los labios con los de ella otra vez, estrechándola más, dando como jamás había dado, tomando como jamás había deseado tomar.

Después, cuando recordaba esa locura sin precedentes, Slayde pensaba qué habría ocurrido si en ese preciso momento Courtney no hubiera hecho un gesto de dolor. Pero lo hizo, y el movimiento fue como una bofetada para sus sentidos desenfocados.

—¿Courtney? —Se incorporó y le miró la cara—. ¿Son las costillas o la cabeza?

—Las costillas. —Abrió los párpados, sus ojos todavía maravillados—. Sólo fue una punzada. Estoy bien. De verdad. —Titubeante, le rozó los labios con las yemas de los dedos, y lo miró como para verificar si era cierto lo ocurrido en esos minutos—. ¿De verdad acaba de ocurrir esto?

Él se sentía tan incrédulo como ella.

—Creo que sí, sí. —Hizo una inspiración temblorosa y se tendió a su lado, atrayéndola hacia él hasta dejarla con la cabeza apoyada en su pecho, bajo el

mentón—. Debería disculparme.

—No.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Un poco aturdida, pero bien. Más que bien, en realidad. Me siento como si estuviera flotando. Más aún, no sé si quiero bajar al suelo, o a la realidad, si es por eso. Preferiría continuar en esta extraordinaria nube en que me has envuelto.

¿Qué demonios iba a permitir que ocurriera?, pensó él.

—Courtney...

—Debo parecer ridícula —interrumpió ella, sintiéndose un poco turbada—. Lo que pasa es que éste ha sido mi primer beso. Y si bien muchas veces he intentado imaginarme cómo sería este momento, nada me había preparado para descubrir esta magia profunda, arrebatadora... —se interrumpió y él sintió el ardor de su cara en el cuello—. ¿Te has fijado que en la oscuridad uno puede decir cosas que jamás diría a la luz del día? Es casi como si el tiempo quedara suspendido hasta la aurora.

Slayde tragó saliva, mirando el cielo raso.

—Es cierto. Y esa sensación no sólo es aplicable a las palabras sino también a los actos.

—Sí, supongo que sí.

La desolación que detectó en su voz le desgarró el corazón, pero no podía hacer nada para aliviarla. Todavía atolondrado por su incomprensible conducta vio que una cosa sí estaba clarísima; tenía que dejarla, en ese mismo instante, antes de que las cosas se le descontrolaran. Courtney Johnston era una jovencita hermosa, natural, inocente, que estaba sola, vulnerable e intacta, no sólo en lo físico sino también en lo emocional. A pesar de la gravedad de su sufrimiento por la muerte de su padre, su exposición al mundo con toda su fealdad era nula. Él no podía, no debía, meterla en el infierno que estaba atado inextricablemente a su vida, por ser un Huntley, a pesar de los pasmosos sentimientos que le inspiraba.

O tal vez debido a ellos.

Una cosa era permitirle que viviera en la periferia de su existencia, como dama de compañía de Aurora, como huésped, pero ¿una relación más profunda, más íntima? ¿Cuando tenía un mundo de dolor detrás y un tesoro de vida por delante? No. Fueran cuales fueran las sensaciones sin precedentes que lo estaban despertando a la vida en su interior, fuera cual fuera la extraña

transición que lo impulsaba hacia ella, le debía combatir las, antes de que comenzaran de verdad.

Antes de que fuera demasiado tarde.

—Duerme, Courtney —musitó, bajándose de la cama y apoyándole la cabeza en la almohada—. Necesitas descansar. Y yo también. Por la mañana iré a Morland.

Ella estuvo en silencio un momento, mirándolo en la semioscuridad. Después asintió y se acomodó entre las mantas.

—Ojalá te enteres de algo, de algo que nos dé a los dos cierta paz. Y, ¿Slayde? —se incorporó, apoyada en los codos, sus cabellos cayendo sobre la almohada en una brillante cascada iluminada por la luna—. Gracias, por el consuelo y por la nube.



Capítulo 5

Un fuerte viento azotaba los acantilados rojos. Tiritando, la señorita Payne se subió el chal a los hombros al entrar en la pequeña cueva y acercarse a la imponente figura que la esperaba.

—Llegas tarde —dijo la voz glacial—. Te ordené que estuvieras aquí a las nueve. Son las nueve y veinte.

—Lo sé, le pido disculpas. Pero tenía que estar segura de que nadie me veía salir de Pembourne. El conde aún no se había acostado cuando salí. Habría sido mejor que esperara hasta que estuviera en su habitación. Pero no quería retrasarme.

Los brillantes ojos la perforaron con la mirada.

—¿De qué te has enterado?

La señorita Payne hizo una honda y audible inspiración.

—Por los retazos de conversación que he logrado escuchar, parece ser que Armon tomó el asunto en sus manos. La segunda nota llegó a Pembourne un día antes de lo ordenado por usted. Esa misma noche, su señoría salió para cumplir las condiciones del secuestrador. La chica con que volvió es la hija del capitán del barco del que se apoderó Armon, y tiene un pasmoso parecido con lady Aurora. Parece que hubo una pelea, durante la cual la chica, señorita Johnston, cayó por la borda. Lord Pembourne se arrojó al agua para rescatarla y...

—Me importa un rábano la chica. ¿Y el diamante?

Como una daga fatal, la pregunta se enterró en el vientre de la señorita Payne. Sin darse cuenta, retrocedió un paso, temiendo la reacción que provocaría su respuesta:

—Lord Pembourne se lo entregó a Armon.

Silencio.

El ama de llaves se mojó los labios, nerviosa.

—Es la primera vez que Armon hace algo tan estúpido.

—Por el contrario, su plan fue brillante. —Se oyó un frufú de ropa, que indicaba movimiento, y la figura envuelta en una capa negra salió de las sombras—. Absolutamente brillante. Es una lástima que no vaya a disfrutar jamás de los frutos de su trabajo.

Dicho eso, la figura negra pasó junto a ella y se la tragó la noche.

En Dartmouth reinaba el silencio, y el tosco camino que pasaba junto al muelle estaba desierto.

Inquieto, Armon miró hacia atrás, para asegurarse de que la ensenada donde lo esperaba el *Fortune* estaba cerca, a la vista. Lo único que tenía que hacer era entregar el diamante, embolsarse las trescientas mil libras, izar las velas y partir rumbo hacia su nueva vida, muy lejos de Inglaterra.

Echó a andar a toda prisa hacia el callejón donde acostumbraban a encontrarse. Grimes lo estaría esperando. Siempre estaba, cuando le avisaba que vendría. Y en este caso, era probable que el perista hubiera dormido en el callejón toda esa noche. Sólo saber que pronto recibiría el diamante negro, tesoro cien veces más valioso que las joyas que solían canjear, demonios, los brillantes ojillos de Grimes estarían a punto de salirse de las órbitas cuando leyó el mensaje.

Metió la mano bajo la chaqueta y la cerró alrededor de la abultada piedra, como para tranquilizarse. La maldita piedra era enorme, más de doscientos quilates, si no le fallaba la memoria. Bueno, quienquiera que la deseara, bienvenido fuera. En cuanto a él, lo único que deseaba era el dinero que ofrecían a cambio.

Exhalando un suspiro de alivio, llegó a su destino. Dio la vuelta a la esquina y se detuvo a mitad del callejón, al ver una silueta oscura a unas quince yardas.

—¿Grimes?

—Lo siento, Armon. —La figura avanzó con pasos lentos, pero decididos—. Tuve que enviar a Grimes a un asunto urgente. Así que se ha retrasado.

El color abandonó la cara de Armon.

—Esto... yo...

Una aguda risa acompañó los últimos pasos. La figura se detuvo al llegar hasta su presa.

—Vamos, Armon, si no supiera que no, diría que te ha perturbado encontrarme aquí.

En la oscuridad brilló el cañón de una pistola.

Armon retrocedió hasta la pared, haciendo trabajar veloz a su mente en busca de una forma de escapar, inexistente.

Mentir sería inútil. Huir, imposible. Morir, inevitable.

—Tengo la piedra —dijo. Bruscamente metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, rompiendo el forro, y rogando que ocurriera un milagro.

—Eso supuse.

—Aquí está. —Alargó la mano temblorosa, el diamante bien apretado—. Cójalo. Es suyo.

—Pues sí que lo es. —Le abrió los dedos. El diamante desapareció—. Ha concluido nuestro negocio. *Adieu*, Armon.

Él no tuvo tiempo para contestar.

Sonó el disparo. Una sola bala, disparada a quemarropa, golpeó el pecho de Armon con un sonido apagado. Se dobló y cayó.

Sin molestarse en algo más que echar una somera mirada al cuerpo muerto, su atacante volvió los ojos triunfantes a la valiosísima joya, y observó sus brillantes facetas.

—Por fin. Después de todos estos años, se ha hecho justicia.

El clop clop de cascos de caballos penetró la conciencia de Courtney, despertándola de un sueño a medias. Abrió los ojos y miró la pálida luz de la aurora que comenzaba a bañar tímidamente la habitación. Su primer pensamiento fue que era demasiado temprano para que viajaran las personas que vivían en tierra firme.

Su segundo pensamiento fue que era Slayde, que partía en dirección a Morland.

Automáticamente se incorporó hasta quedar sentada, y se sintió aliviada cuando la cabeza y las costillas sólo protestaron con moderación. Echando a un lado las mantas, se bajó de la cama; se le doblaron las piernas, pero se sostuvo de pie. Dio un paso, luego otro y otro, avanzando lentamente hasta la ventana, y se asomó.

El faetón ya había dado la vuelta al camino de entrada e iba atravesando el

verde campo, alejándose de la casa señorial, su único ocupante el poderoso hombre que llevaba las riendas.

Slayde.

Apoyada en la pared, lo miró hasta que se perdió de vista, deseando fervientemente haber ido con él a enfrentar a Lawrence Bencroft, y al cuerno sus lesiones.

Cerrando las manos en puños, hizo una oración en silencio, rogando que Slayde se enterara de algo, que su viaje a Morland diera resultados. Que a su regreso estuvieran un paso más cerca de encontrar al pirata que se apoderó del barco de su padre, y un paso más cerca de la paz y la conclusión.

Con pasos inseguros volvió a la cama y sacó el reloj de su padre del cajón y lo apretó en la mano. ¿Sería una locura creer que estaba vivo? O, si no locura, ¿una fe irracional? Esa noche la idea le había parecido muy lógica, posible. Pero en ese momento, a la fría luz del día, los acontecimientos de la noche pasada estaban distantes, como un sueño.

«Todos» los acontecimientos de esa noche.

Arregló los almohadones, y se acostó, reclinada en ellos. Se pasó las yemas de los dedos por los labios, al entrar nubéculas de recuerdos en sus pensamientos. Se puso a reflexionar acerca de esos inesperados momentos que pasó en los brazos de Slayde.

Inesperados, pero no sorprendentes, dada la intensidad de la conversación que los precedió, las revelaciones y emociones que se despertaron.

Lo que sí encontraba sorprendente era lo natural que le pareció: estar tan cerca de él, sentir su boca en la de ella, que le enseñara, la tomara. Ella, cuyos ideales románticos, su vida viajera y su padre protector habían excluido hasta el más inocente de los galanteos, había acogido a un hombre en su cama y participado en el despertar de los sentidos más exquisito imaginable.

Su reacción era exagerada, se dijo en silencio. Después de todo sólo fue un beso, no un apareamiento. Pero claro, tal vez eso lo hacía todo aún más conmovedor, le discutió su corazón. Ciertamente, no ocurrió nada y sin embargo... encontró tan increíblemente correcto tenerlo a su lado, hablar con él de sus respectivas penas, de sus pasados, y finalmente abrazarse.

Sintiendo la punzada del vacío, pensó en el hombre cuyas enseñanzas generaban su exagerada reacción: su padre. Él era el que le aseguraba, una y otra vez, que su corazón estaba hecho para ser despertado solamente una vez, que su enorme capacidad de amar estaba destinada para un solo hombre, el correcto; que ella estaba hecha para un hombre que la necesitara tanto como

ella a él, un hombre cuyo destino lo introduciría en su vida cuando llegara el momento oportuno.

¿Acababa de llegar ese momento? ¿O lo ocurrido esa noche fue simplemente aquello de un ser humano que le tiende la mano a otro? «Papá», se quejó en silencio, «¿cómo voy a reconocer a ese hombre si no estás tú aquí para orientarme?»

Con la garganta oprimida por las lágrimas sin derramar, contempló el reloj de su padre, desgarrada por la aflicción y la confusión. Era la misma confusión que vio reflejada en los ojos de Slayde, no durante el beso sino después. Él estaba tan afectado como ella. Y dado su recién adquirido conocimiento de su pasado, entendía por qué. Una relación emocional no era algo que él permitiría. ¿Cómo fue lo que dijo Aurora? «Se lo guarda todo para sí. Por lo tanto está solo. Y es un solitario, lo quiera ver o no.»

Pero esa noche él no se lo guardó todo para sí. Se abrió a ella, habló de su aflicción de una manera que lo sorprendió y acobardó. Y al hacerlo descubrió algo en él que no sabía que existía y no pensaba tolerar: vulnerabilidad. Entonces hizo lo seguro, lo único que podía hacer: se retiró.

El crujido de la puerta interrumpió sus elucubraciones.

—¿Courtney? ¿Cómo estás? —Aurora asomó la cabeza y su cara reflejó alivio al verla reclinada en los almohadones—. Iba de camino al faro. Oí ruidos provenientes de aquí y pensé que podrías estar sufriendo dolores.

Nuevamente Courtney se sintió profundamente conmovida por la preocupación de Aurora.

—Gracias. Estoy bien. Lo que oíste fueron mis pobres intentos de caminar por la habitación. Fui hasta la ventana y volví, y eso es lo más que soy capaz de hacer. Esto es tan frustrante que...

Aurora entró y fue a instalarse en la silla.

—Te comprendo. El encierro es horrendo. Si hubiera sabido que estabas despierta habría venido a verte antes. Creí que sólo los criados estaban en pie.

—¿Antes? —preguntó Courtney, sorprendida—. No ha pasado mucho rato desde el alba. ¿A qué hora te levantas normalmente?

—No me gusta mucho dormir —sonrió Aurora—. Sorprendente, ¿verdad? ¿Que una dama de la nobleza deteste su descanso?

Courtney también sonrió.

—No más sorprendente que el que la hija de un capitán de barco deteste el mar. —Arqueó una ceja—. ¿He de suponer que tu amigo del faro también se despierta a las primeras luces del alba? Dijiste que ibas de camino al faro.

—Sinceramente, no creo que el señor Scollard duerma alguna vez. En realidad, es difícil imaginarse que tenga casa, aparte del faro Windmouth. Todas las veces que he llegado ahí sin ser invitada, siempre ha estado en su puesto. Y he hecho eso con mucha frecuencia, a cualquier hora, desde el alba hasta medianoche.

—No me cabe duda —dijo Courtney, reprimiendo la risa—. Ese señor Scollard parece fascinante.

Aurora se inclinó hacia ella.

—Yo creo que tiene la capacidad para ver cosas que la mayoría no vemos. Es un don; llámalo intuición, sabiduría o algo más potente. Sea lo que sea, es impresionante. No veo la hora de que lo conozcas.

—Ni yo. —Exhaló un profundo suspiro, exasperada—. Me siento horriblemente impotente, por muchos motivos. Necesito estar en pie y caminando.

—Y lo estarás. Este fin de semana ya podrás caminar conmigo hasta el faro, lo verás. —Levantó la vista al oír el tintineo de platos de porcelana, que anunciaba la inminente llegada de Matilda con el desayuno de Courtney—. ¿Te parece que le pida a Matilda que me sirva el desayuno aquí? Así podríamos continuar nuestra charla. ¿O preferirías estar sola?

—Eso es lo último que deseo. Pero ¿y tu excursión al faro?

—Puede esperar. El único motivo para darme prisa a esta hora era que esperaba salir de Pembourne antes de que... —se interrumpió.

—Antes de que te viera tu hermano —terminó Courtney—. Bueno, no temas. Slayde se marchó hace unos minutos. Estará fuera todo el día, y tal vez más.

—¿Adónde fue?

Courtney se mordió el labio, pensando cuánto sabría Aurora, y luego decidió que mentir no era una buena manera de comenzar una amistad.

—A Morland.

Aurora casi se cayó de la silla.

—¿A Morland? Los Huntley no han sido bien recibidos allí en seis décadas.

—Ni lo serán ahora. Pero Slayde quiere tener un encuentro con Lawrence Bencroft.

—Cree que el duque está involucrado en la simulación de mi secuestro —dijo Aurora, ceñuda.

—Sí.

—¿Y tú lo crees?

—Aurora, no conozco a Lawrence Bencroft. De ninguna manera estoy

cualificada para juzgar si es culpable o inocente. Pero me fío de la opinión de Slayde, que se basa en años de experiencia de primera mano. Así que dado lo que él me ha dicho, sí, creo que es posible que el duque esté involucrado. — Hizo una larga inspiración—. Para ser franca, me aferro a la esperanza de que lo esté, por el bien de Slayde y por el mío. Es mi intención descubrir al asqueroso pirata que capturó al *Isobel*. Y si Lawrence Bencroft no es el hombre que me lleve a él, descubriré al que lo es.

Se abrió la puerta del dormitorio y entró Matilda con una bandeja de aromática comida.

—Lady Aurora, no sabía que estaba aquí. —Le guiñó un ojo—. Aunque debería habérmelo imaginado.

—Me conoces bien —sonrió Aurora—. Matilda, ¿sería mucho problema para ti si yo desayunara aquí con Courtney?

Un destello de aprobación iluminó los ojos de Matilda.

—Ningún problema. Sólo tengo que echarle una mirada a esas vendas. Luego dejaré esta bandeja aquí y me encargaré de que me preparen otra. —Se inclinó sobre Courtney y con los labios fruncidos le examinó la frente—. ¿Cómo se siente esta mañana, señorita Courtney?

—Mucho mejor. Gracias a sus cuidados, el dolor casi ha desaparecido. Ahora bien, si lograra superar esta debilidad...

Matilda se enderezó.

—Cómase hasta el último bocado de este plato y se fortalecerá.

Después de ese sabio consejo, salió a toda prisa a pedir el desayuno para Aurora.

—¿Y bien? —bromeó Aurora—. ¿A qué esperas? Será mejor que cuando vuelva Matilda ya te hayas comido por lo menos la mitad de ese plato, si no, te echará un rapapolvo. —Poniéndose seria, miró el reloj que Courtney seguía apretando en la mano—. Es muy bonito. ¿Quieres que te lo tenga para que puedas comer?

Courtney pestañeó sorprendida, pues por un momento había olvidado su preciado tesoro.

—Era de mi padre —musitó, dándole la vuelta en la palma—. Mi madre se lo regaló el día que se casaron. Él me lo dio a mí, fue como un legado, justo antes de que... —tragó saliva—. Desde entonces está parado. Pero seguro que te encantará mirarlo. Tiene la imagen de un faro que tal vez se parece a tu faro Windmouth. — Abrió la tapa—. Puedes... —se incorporó bruscamente, mirando la esfera del reloj.

—¿Courtney? ¿Qué pasa?

—El reloj, ha dado un salto.

—Creí oírte decir que se había parado.

—Sí. A las seis y media, la hora exacta en que mi padre cayó por la borda. Pero ahora, cuando estaba mirando la hora, y la escena, se ha movido, ha andado. Sólo una vez, y ha vuelto a quedarse parado. —Levantó la vista, con una expresión de aturdimiento en los ojos—. Podría ser, entonces, que mi padre estuviera vivo, de verdad.

—Courtney, ¿qué quieres decir?

—Tuve un sueño. Mi padre me llamaba, diciéndome que estaba vivo. Sé que parece una locura, pero ¿crees que lo que acaba de ocurrirle al reloj podría ser una señal que indicara eso?

En lugar de dudosa, Aurora la miró interesada.

—¿No lo viste hundirse en el agua?

Courtney se estremeció.

—No. Le oí gritar. Ese grito me atormentará eternamente. Pero cuando lo iban a arrojar por la borda a mí ya me llevaban escalera abajo para encerrarme en mi cabina.

—Y evidentemente nunca encontraron su cuerpo.

Aurora parecía más y más fascinada por momentos.

—Pero estaba atado —dijo Courtney, sin poder dejar de razonar en voz alta—. Con un peso; a Lexley lo obligaron a atarle un enorme saco de grano a la pierna. Sobrevivir a eso sería prácticamente imposible. Sin embargo...

—El señor Scollard —exclamó Aurora, levantándose—. Tengo que llevarte a ver al señor Scollard, con tu reloj. Si alguien es capaz de percibir lo desconocido, ése es él. Tan pronto como estés bien, iremos al faro y descubriremos si el movimiento del reloj y tu sueño son realmente señales.

—¿No crees que estoy loca?

—Noo. El señor Scollard me ha enseñado que toda creencia, toda leyenda, por rara o rebuscada que sea, contiene fragmentos de verdad. De nosotros depende descubrir esas verdades, distinguir entre la realidad y la ficción.

—Eso no siempre es fácil —musitó Courtney, medio para sí misma—. Ni práctico en todos los casos. Es digna de crédito la opinión de Slayde, que mi sueño fue simplemente una reacción a la muerte de mi padre, o más bien a mi incapacidad para aceptarla.

—¿Le dijiste todo eso a Slayde? ¿Por qué? ¿Y cuándo?

Al detectar perplejidad en el tono de Aurora, Courtney deseó poder retirar sus

palabras. Si bien los motivos de Slayde para entrar en su dormitorio esa noche pasada habían sido justificados y absolutamente correctos, el resultado distaba mucho de ser correcto. Y hablar aunque sólo fuera del prelude de ese resultado, sobre todo con la hermana de Slayde, iba a ser terriblemente difícil. Tratando de vencer su inhibición, optó por la brevedad, aunque le tembló la voz:

—Slayde me oyó llorar y vino a verme. Yo le conté mi sueño.

Aurora miró el cielo raso, poniendo los ojos en blanco, exasperada, y eso le impidió ver la incomodidad de Courtney.

—Te equivocaste de persona. Aunque mi hermano es el hombre más decente y responsable del mundo, también es el más pragmático y objetivo. No cree en nada, y muchísimo menos en lo que no se puede ver.

—Te refieres a la maldición Huntley.

Esta vez Aurora arqueó las cejas.

—¿Slayde te habló de eso?

Ése era terreno más seguro.

—Sí, pero en realidad no tenía por qué. Mi padre hablaba de ella, como también los tripulantes. Tu familia y el diamante negro son famosos en el mar.

—¿Famosos? Querrás decir notorios. —Aurora se cruzó de brazos y frotó la fina muselina de su vestido con las palmas, como para ahuyentar su turbación calentándose—. Es un tremendo alivio para mí que nos hayamos librado de esa piedra, con toda la fealdad que encarnaba. Ha destruido a mi familia, lo quiera creer Slayde o no.

—Ah, sí que lo cree. La única diferencia es que cree que la maldición no es el diamante sino aquellos que lo buscan.

Aurora la miró pensativa, curiosa.

—Sólo has estado unos días en Pembourne, sin embargo mi hermano te ha contado más cosas que a nadie, incluida yo.

—Aurora, no ha...

Aurora se apresuró a hacerle un gesto para acallar la protesta.

—No lo entiendes. No estoy molesta. La verdad es que estoy encantada de que Slayde le haya permitido a alguien aventurarse más allá de esos malditos muros que erige a su alrededor. Tal vez por fin empieza a reconocer que nadie puede sobrevivir solo. Si es así, tal vez podría haber esperanza para él, después de todo, pero sólo si acepta la realidad de que necesitar a los demás no es una desgracia sino una bendición.

Slayde no habría recibido bien la declaración de Aurora. A una milla de

Pembourne, hizo virar su faetón para iniciar la cuarta vuelta circular por el pintoresco camino rural, repreniéndose nuevamente por haber salido de Pembourne a una hora tan ridícula, las seis de la mañana.

Ridícula, porque incluso con las paradas que pensaba hacer, el trayecto a Morland, a sólo seis millas al interior de Dawlish, la pequeña ciudad cerca de la cual estaba situada su propiedad Pembourne, no le llevaría más de una hora. Además, los hombres de negocios que pensaba visitar antes de ir a ver al duque no estarían en sus oficinas a las primeras luces del alba.

Y eso significaba que no podía hacer otra cosa que vagar sin rumbo durante horas.

De todos modos, salió de casa porque lo necesitaba.

Esa necesidad en sí no era sorprendente. La mayoría de sus visitas a Pembourne eran breves, y normalmente durante ese periodo sentía un desasosiego que lo impulsaba a marcharse casi tan pronto como había llegado. Sólo se quedaba el tiempo suficiente para comprobar que el bienestar de Aurora estuviera asegurado, y luego se marchaba en otro viaje de negocios, al extranjero y lo más lejos posible del pasado.

Esta vez no.

Esta vez su problema no era desasosiego, y ni siquiera malestar, sino una miríada de emociones opuestas, cuya consecuencia era una combinación sin precedentes de ternura, resolución y culpa; y todo esto tenía que ver con Courtney, con Courtney y con lo que fuera que había tenido lugar entre ellos esa noche.

Lo que tuvo lugar fue simplemente un beso, enmendó en silencio. Lo que «ocurió» era otra historia totalmente diferente.

Jamás olvidaría la expresión de su cara cuando él estaba a punto de marcharse de la habitación: no era de pena, ni de culpa, ni siquiera de arrepentimiento, sino de maravilla. Era maravilla lo que había visto en sus ojos verde mar, una expresión jubilosa que lo hacía sentirse humilde y aterrado a la vez.

Aterrado porque él había sentido lo mismo.

Toda esa situación era una locura. La había rescatado de la muerte y llevado a su casa. Era natural que ella buscara consuelo en él y que él se lo ofreciera.

Consuelo, demonios. Ese beso había sido profundo, ardiente, avasallador, intensificado por una emoción desconocida, pero no menos profunda, que lo estremeció hasta el fondo del alma. Y eso sin contar el deseo, el deseo tan desconocido como intenso, que ardía bajo la superficie como las primeras

llamas de un fuego a punto de descontrolarse.

Siendo un hombre que llevaba vividos treinta y un años y al que, pese a su solitaria existencia, no le era desconocida la pasión sexual, le daba que pensar el sentirse más estremecido por un beso de lo que se había sentido a consecuencia de su más ardiente relación sexual.

Su comportamiento anterior a ese beso lo inquietaba más aún.

Nunca jamás en su vida había ido a la cama de una mujer sin el previo acuerdo mutuo de copular. Sin embargo esa noche, mucho antes de pensar siquiera en besarla, y mucho menos en hacerlo, se había tendido a su lado como si hacer eso fuera lo más natural del mundo, la había sostenido en sus brazos sin sentir la más mínima incomodidad, había hablado con ella, no como preludeo o proposición de unión sexual, sino como conversación propiamente tal.

Y le había dicho cosas que jamás le había dicho a nadie.

Ah, lo que le había dicho no podría definirse como grandes revelaciones, estando media Inglaterra al tanto de los detalles de la maldición Huntley. Pero él jamás había hablado con nadie de sus pensamientos ni de sus sentimientos. Tal como su vida, éstos eran suyos y sólo suyos.

Hasta esa noche pasada.

Pero no era solamente la conversación entre ellos la que lo amilanaba, y ni siquiera el beso, aunque, Dios lo amparara, no podía olvidar el sabor de su boca, la suavidad de su piel, la delicadeza de su cuerpo. Eran las secuelas las que lo estremecían.

Nunca había llevado consigo el recuerdo de ninguna mujer, y mucho menos había deseado matar a sus enemigos como deseaba matar a los de Courtney. Estaba decidido a encontrar al pirata que mató a su padre, tuviera o no tuviera que ver con Morland, y atravesar su corazón con una espada, sólo para devolverle aunque fuera una apariencia de lo que había perdido.

En resumen, concluyó, apretando fuertemente las riendas, acababa de enumerar demasiados «nuncas». Consumado realista que era, se obligó a reconocer la verdad: Courtney Johnston no sólo tenía un efecto pasmoso en él sino que además, en sólo unos días, o tal vez desde el primer instante, le había tocado algo en su interior de cuya existencia él no tenía conocimiento y de lo cual se libraría si pudiera.

Era irónico que quisiera hacer eso más por ella que por él.

Cierto, era un solitario. Toda su vida lo había sido, desde Eton a Oxford. Cuánto de ese rasgo era innato y cuánto la consecuencia de la supuesta maldición y sus ramificaciones, no tenía idea. Quedaba el hecho de que desde

que era niño sólo dependía de sí mismo. El asesinato de sus padres intensificó esa independencia y fuerza interior, porque desde ese día en adelante ya no fue un hombre libre, sólo responsable de sí mismo; lo necesitaban, Aurora y las enormes responsabilidades heredadas con el título de conde de Pembourne. Además, habiendo sufrido la profunda devastación producida por aquellos que buscaban el diamante negro, estaba resuelto a mantener su autonomía, no sólo en lo emocional sino también su autonomía de hecho.

Por lo tanto, el día que descubrió los cuerpos muertos de sus padres, se prometió que ésa sería la última generación Huntley que sufría el odio y la codicia generada por el robo de su abuelo, que ya no se volvería a derramar ni una sola gota más de sangre Huntley.

Que el apellido de su familia moriría con él.

Eso no tenía por qué ser difícil. Él y Aurora eran los últimos Huntley que quedaban. Aurora se casaría, él se encargaría de eso, y sus hijos llevarían el apellido de su marido. Después de eso, si él moría sin esposa ni descendencia, los hijos de Aurora heredarían las propiedades y la fortuna de Pembourne a la vez que continuaban inmunes a la maldición Huntley.

Eso, si él moría sin esposa ni hijos.

Así pues, su responsabilidad era olvidar toda idea de casarse y de engendrar hijos. Y había cumplido esos dos aspectos de esa responsabilidad, el primero por decisión indiscutible, y el segundo mediante disciplina y eligiendo compañeras de cama experimentadas tan resueltas como él a evitar la concepción.

Ésa no era una descripción de Courtney.

No, una mujer como ella estaba destinada a tener un marido amoroso, una casa llena de niños y toda una vida de mañanas no matizadas por problemas. Y él no podía ofrecerle nada de eso. Por lo tanto, por grande que fuera la atracción, por muy maravillado que se sintiera, ella no tenía ningún lugar en su vida. Y puesto que, claramente, era demasiado ingenua para reconocer eso, le correspondía a él protegerla.

Salvarla, otra vez, aunque esta vez sería salvarla de él.

Con las mandíbulas fuertemente apretadas, agitó las riendas para acelerar el paso de los caballos en dirección a la ciudad Newton Abbot, hacia las entrevistas que culminarían en su enfrentamiento con el duque de Morland.

Eran recién pasadas las diez de la mañana cuando Slayde hizo virar su faetón para entrar en el camino que llevaba a la casa señorial Morland.

Examinó seriamente las tácticas que adoptaría a la luz de lo que acababa de

enterarse por los conocidos y amigos del duque con los que había hablado. Sus descubrimientos eran muy sorprendentes.

Estaba claro que Morland había cambiado muchísimo esos últimos meses, no en cuanto al estado de sus finanzas, sino en su comportamiento. Según dos comerciantes y el posadero de la localidad, el duque había salido de su propiedad, no una sino varias veces, y utilizado la posada para reunirse con amigos, por cuyas descripciones él coligió que uno era un prominente banquero de Devonshire y el otro un igualmente respetado abogado.

En las reuniones había estado lo bastante sobrio para realizarlas.

Cuando visitó a esos dos hombres, se encontró ante una pared de ética profesional, y no sacó nada en limpio, aparte de su propia deducción de que Morland estaba resurgiendo en el mundo de los negocios.

¿Por qué? Más importante aún, ¿qué pudo haber inducido esa repentina y drástica transformación?

Eso era lo que pensaba descubrir.

Una irónica sonrisa curvó sus labios cuando entró por las puertas de hierro de la propiedad y contempló la desolada casa que se alzaba más allá en la colina. Primero tenía que lograr entrar, hacer a un lado a los criados y llegar hasta el duque. No hacía falta decir que no esperaba un recibimiento particularmente acogedor.

Esa suposición la confirmó cinco minutos después el mayordomo de nariz aplastada que abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó, dando a entender con su tono soso que no tenía idea de su identidad.

Pero claro, ¿cómo iba a tenerla? Él jamás había cruzado el umbral de esa puerta.

—Buenos días —contestó, en tono igualmente frío—. Ten la amabilidad de avisarle a su excelencia que el conde de Pembourne ha venido a verle.

La comprensión pareció golpear al mayordomo; el color abandonó su cara y tartamudeó:

—¿Ha dich... dicho...?

—Sí. Ahora que hemos comprobado que soy Slayde Huntley, ve a decirle a Morland que estoy en su puerta, sin la menor intención de marcharme mientras no hayamos hablado.

El mayordomo se obligó a recuperar su serenidad.

—Su excelencia está ausente.

—¿Ausente en el sentido de que no está en casa? ¿O en el sentido de que está

inconsciente, borracho?

El mayordomo sorbió por la nariz, altivo.

—No está en casa, milord.

—Muy bien. Esperaré a que regrese.

—Podrían ser horas.

—No tengo ninguna prisa. —Dicho eso, Slayde se quitó la chaqueta y la puso sobre el brazo del asombrado mayordomo—. ¿La biblioteca está por este corredor? —preguntó, echando a andar por la que le pareció la dirección lógica—. Pasaré el tiempo leyendo.

—Pero, lord Pembourne, no puede...

—Thayer, ¿de quién es el faetón que está delante de la puerta? No espero a nadie.

La voz proveniente de la puerta detuvo a los dos hombres. Los dos se giraron y vieron a Lawrence entrando en el vestíbulo.

—Ah, pero hay alguien esperándote —dijo Slayde, en tono peligrosamente tranquilo.

Morland levantó la cabeza, como un lobo que ha oído peligro y miró a su visitante con los ojos entornados.

—Pembourne.

—Ah, estás lo bastante sobrio para reconocerme. Impresionante hazaña, tomando en cuenta que no nos hemos visto desde hace... veamos, ¿cuánto hace que te encerraste aquí con sólo una botella por compañía? ¿Ocho años? ¿Nueve? Creo que son nueve, sólo un año después de la muerte de mis padres.

—¿Qué demonios haces aquí en mi casa? —Morland casi arrojó su chaqueta en los brazos de Thayer y caminó hacia Slayde con pasos furiosos, pero firmes—. Vete. O te haré arrojar fuera.

—No, Morland, no lo harás, porque sabes condenadamente bien por qué estoy aquí. Y no puedes arriesgarte a arrojarme fuera sin antes oír lo que tengo que decir, y de enterarte exactamente de cuántas pruebas tengo de tu culpabilidad. Así que abandona esta heroica exhibición y vamos al asunto que tenemos entre manos. ¿Nos reunimos en la biblioteca? ¿O quieres que airee mis acusaciones delante de todo tu personal? Tú decides.

Morland emitió un resuello, mirando a Slayde con los ojos entrecerrados, rumiando sus palabras y lo que implicaban.

—No has cambiado nada, ¿eh, Pembourne? Sigues tan cruel como siempre. Muy bien. A diferencia de los miembros de tu familia, no soy un monstruo. Aunque no logro imaginar de qué desvarías ni por qué crees que sé la

finalidad de tu visita. — Miró hacia Thayer—. Estaré con el conde en la biblioteca. No es necesario que traigan ningún refrigerio. Golpea la puerta dentro de diez minutos exactos. Trae contigo a tres o cuatro lacayos, por si lord Pembourne se pone difícil. Sea como sea, saldrá acompañado de la casa a esa hora.

—Muy bien, señor —dijo Thayer, y se alejó como un ratón al que acaban de liberar de una trampa.

Morland dirigió la marcha hacia la biblioteca. Una vez allí, cerró firmemente la puerta y sacó su reloj para echarle una rápida mirada.

—Tienes poco tiempo, así que ve al grano. ¿Qué es lo que deseas? —dijo, mirando a Slayde con ojos fríos, pero despejados.

Desviando la mirada, Slayde se fue a apoyar en la repisa del hogar y se tomó un minuto para calmarse. No había esperado la oleada de furia que acompañó su encuentro cara a cara con Lawrence Bencroft después de todos esos años. De repente había retrocedido diez años, y estaba en Pembourne, en el momento en que descubrió los cuerpos sin vida de sus padres en el suelo, luego oyendo las voces monótonas de las autoridades cuando llegaron a la conclusión de que eso era la obra de un ladrón. Y luego, lo más enfurecedor de todo, viendo la expresión atontada de Morland cuando él entró en la casa Almack's y lo acusó, o mejor dicho, acusó a su ya difunto padre, de cometer el asesinato. Con las manos tan temblorosas por la ebriedad que derramó su bebida en el suelo, y la lengua estropajosa, Lawrence balbuceó unas negaciones tan poco convincentes que cayeron en oídos sordos.

Lo único que lo refrenó de estrangularlo aquella vez, fue la posibilidad de que el estúpido borracho no estuviera al corriente de los planes de Chilton.

Pero Chilton ya había muerto, lo cual significaba que el plan actual podría haber sido de Lawrence solo.

—Pembourne, ¿has invadido mi casa sólo para contemplar los armarios de mi biblioteca? —le preguntó Morland.

Slayde volvió la mirada hacia su presa.

—No —logró decir, expulsando el pasado de su mente y volviendo al presente—. He venido a tu casa para descubrir la verdad sobre tu ardid para extorsionarme. Y la descubriré, por los medios que sean necesarios.

La implícita amenaza quedó cerniéndose entre ellos. En la garganta de Morland comenzó a latir una vena. El cabrón se ha deteriorado, pensó Slayde repentinamente. El tiempo se había cobrado su precio, como también la amargura y el alcohol. En su pelo, en otro tiempo negro azabache,

predominaban las canas, tenía encorvados los anchos hombros, y su cara estaba arrugada y fofa. En resumen, estaba convertido en un viejo.

—¿Qué extorsión? —preguntó Morland, receloso.

—La del supuesto secuestro de Aurora. Y el nombre y paradero del pirata que te ayudó.

Por la cara del duque pasó una fugaz emoción, ¿sería inquietud o sorpresa?

—No tengo la menor idea de qué hablas.

—¿No? Entonces alejémonos del tema un momento. La última vez que te vi te estaban echando del White, por tercera y última vez. Incluso sus amables miembros perdieron la paciencia con un borracho revoltoso que les debía miles de libras a cada uno. Recuerdo que estabas lívido, resentido, y apenas lograbas mantener la cabeza en alto. Al cabo de una semana, me enteré de que te habías retirado a Morland, supuestamente para siempre. Ahora, nueve años después, está claro que has abandonado la bebida y vuelto al mundo, concretamente haciendo productivas excursiones a Newton Abbot. ¿Es correcto lo que he dicho hasta aquí?

Morland tragó saliva y se le tiñeron las mejillas de manchas rojas.

—¿Por qué demonios has estado investigándome?

—Llegaremos a eso dentro de un momento. Por ahora, dime si lo que he dicho es correcto.

La respuesta fue inesperadamente franca.

—Sí. He pasado años en un estado de estupor permanente. Y sí, he pasado ese tiempo encerrado aquí, donde me retiré con la intención de que fuera para siempre. Pero lo que no has dicho es que mis borracheras y mi encierro aquí se debieron a las pérdidas causadas por los Huntley.

—Nosotros no te pusimos la botella en la mano ni te relegamos a ese aislamiento autoimpuesto. Tampoco derrochamos tu dinero ni desbaratamos tus empresas de negocio. ¿Hasta cuándo nos vas a echar la culpa a nosotros de tus debilidades?

—Mis supuestas debilidades no causaron la muerte de mi hijo.

A Slayde se le relajó un poco la mandíbula al recordar al joven pálido que estudiaba en Oxford en el mismo tiempo que él, y que murió antes de terminar su educación.

—Hugh era muy frágil, Morland.

—También era mi primogénito, el heredero de mi título y de los fondos que quedaban en mi propiedad. Y habiendo muerto su madre, era lo único que me quedaba.

—Seguías teniendo, sigues teniendo, a Julian.

—¿Julian? —repitió Morland, soltando una risa áspera—. No me insultes, Pembourne. Sabes muy bien que mi hijo menor no ha venido a esta casa desde hace años. Es tan inútil para mí como yo para él. Es la reencarnación de mi abuelo: irresponsable, egocéntrico, siempre abandonando sus deberes para lanzarse a una u otra aventura. No es una persona con la que pueda contar un padre en su vejez. Hugh era mi vida, mi futuro. Y debido a los Huntley, murió.

—Hugh murió de una fiebre, no de una maldición.

—No estoy de acuerdo. Todos los atroces incidentes que han atormentado a mi familia comenzaron el día en que tu bisabuelo robó ese diamante negro y se lo quedó, en lugar de entregarlo como habían prometido él y mi abuelo. Esa piratería generó una maldición que, a menos que se rectifique el mal que cometió, envenenará nuestras vidas eternamente.

Slayde cogió al vuelo esa intencionada afirmación, al ver la oportunidad de inducir la confesión por la que había venido.

—¿Que se rectifique? ¿Es eso lo que pretendes hacer, rectificar el pasado para anular la maldición?

—Ya estás hablando en enigmas otra vez.

—¿Sí? Entonces lo diré claramente. ¿Qué te incitó a abandonar tu encierro?

Lawrence se encogió de hombros.

—Tal vez fue comprender que me estoy haciendo viejo, el deseo de coger los fragmentos de mi vida que me quedan. Y eso no es asunto tuyo.

—Pues sí que lo es. Porque, verás, esta mañana tuve interesantes conversaciones con los comerciantes del pueblo —dijo Slayde, siguiendo con su comedia—. También las tuve con tu abogado y tu banquero. Parece que últimamente has estado ocupado en asuntos financieros, hablando de próximas inversiones y recolocación de fondos. No deja de ser sorprendente en un hombre de medios supuestamente insignificantes. Uno casi creería que te va a llegar dinero, una gran cantidad de dinero. Claro que eso sería imposible para un hombre cuyo único familiar es un hijo, con el que apenas mantiene relación y que no tiene ningún trato con el mundo, ¿verdad?

Morland dio un puñetazo en una mesita lateral.

—¿Cómo te atreves a meterte en mis asuntos!

—En este caso, son mis asuntos también —dijo Slayde, yendo a por la yugular—. Porque el crimen que cometiste para procurarte esa nueva riqueza fue un ataque a mí, y afectó a la vida de personas inocentes. No se te ocurra siquiera absolverte basándote en que fue tu cómplice el que llevó a cabo ese sórdido

plan. Tú lo ideaste, y fue por orden tuya que ese asqueroso pirata me extorsionó, capturó un barco, mató a su capitán e hirió gravemente a su hija. He jurado vengar todo eso. —Lo miró con un brillo peligroso en los ojos—. Y siendo el cruel animal que dices que soy, comenzaré por sacarte a golpes una confesión.

En lugar de encogerse de terror, Morland pareció relajarse: la vena que le latía en la garganta se normalizó.

—O sea que, respecto a quien fuera el que organizó ese crimen de que hablas, no tienes ninguna prueba.

Maldito el cabrón por estar sobrio, pensó Slayde.

—¿Cuánto vas a recibir por el diamante, Morland? —preguntó, en un último intento de desquiciarlo, presionarlo para que se le escapara algún pequeño detalle que lo condenara—. ¿Cuánto le pagaste a ese pirata para que lo obtuviera?

Morland entrecerró los ojos.

—¿Quieres decir que desapareció la piedra? ¿La piedra de cuyo paradero supuestamente tú nunca supiste nada?

—Sabes muy bien que sí. Se la entregué a tu cómplice, a cambio de la mujer que tenía secuestrada, la que yo creí que era Aurora. Y por cierto, esa mujer, la hija del capitán, está alojada en mi casa. Por tu causa está herida y huérfana. Así que por el bien de ella y por el mío, puedes comenzar por decirme dónde puedo encontrar a tu cómplice. Tengo una cuenta que arreglar con él. —Un momento de silencio letal—. Y tengo una más grande que arreglar contigo.

—Pues, hoy no la arreglarás —dijo Lawrence glacialmente—. Porque no tengo nada que decirte. Aplaudo el buen trabajo de ese pirata, sea quien sea, pero me temo que no lo conozco, y mucho menos le he ordenado que te extorsione con un secuestro para quitarte el diamante. De todos modos, cuando lo encuentres, avísame. Quiero ser el primero en felicitarlo, y quiero convencerlo de que entregue la piedra a la familia real que pagó por su recuperación. Entonces tal vez cambie verdaderamente mi suerte. —Con gesto impaciente sacó su reloj y lo miró—. Han acabado tus diez minutos. Además, puesto que, según tus entrometidas investigaciones, soy un hombre ocupado y sólo acabo de entrar por mi puerta...

—¿De dónde venías? —interrumpió Slayde, aprovechando esa inesperada oportunidad—. Ésa iba a ser mi siguiente pregunta. ¿De dónde acabas de volver? Del pueblo no, porque yo vengo de ahí, de hablar con tus amiguetes. Así pues, ¿adónde fuiste y con quién te encontraste?

La vena del cuello de Morland comenzó a latir fuerte otra vez.

—Vete, Pembourne.

—¿Qué pasa? ¿He dado demasiado cerca de la verdad? Ésa ha sido una pregunta inocente. Cuando se le hace a un hombre inocente, claro.

Morland abrió bruscamente la puerta y salió, justo cuando venían acercándose Thayer y cuatro lacayos. Indicándole con un gesto al mayordomo que cumpliera sus órdenes, volvió hacia Slayde su mirada glacial.

—Vete. Ahora mismo. Por tu propia voluntad o con la ayuda de mi personal. En cualquier caso, esta conversación ha terminado. Para siempre. No volverás a poner los pies en mi casa. ¿Está claro eso?

Sin moverse, Slayde le sostuvo la mirada, sintiendo correr el odio por su sangre, como un río torrentoso.

—Muy claro. Como también es muy clara la respuesta que acabas de darme. Fuiste a encontrarte con ese pirata, ¿verdad? A pagarle sus servicios. ¿Ya te entregó el diamante?

Temblando de furia, Morland se dio media vuelta y echó a andar por el corredor.

Entonces Slayde se movió. Al llegar a la puerta, hizo a un lado a los inquietos criados y gritó:

—No te sientas tan seguro, Morland. Te veré en Newgate.

Le contestó una risa aguda.

—Y yo te veré en el infierno, Pembourne.



Capítulo 6

Courtney estaba sentada en un sillón junto a la ventana, dejando un bollo a medio comer en el plato, cuando apareció el faetón de Slayde dando la vuelta por el camino de entrada. Al instante se tensó, y tuvo que cogerse de los brazos del sillón para dominar el impulso de salir corriendo de la habitación y bajar la escalera para enterarse de la información que él hubiera conseguido sonsacarle al duque de Morland. Su sentido práctico la refrenó. Si se le agravaban las lesiones sólo Dios sabía cuánto tiempo estaría en cama. Y lo que fuera que iba a hacer, basándose en los descubrimientos de Slayde, no le permitía estar inválida.

Se movió impaciente en el sillón, pensando por qué él tardaba una

eternidad en bajar del coche y subir a la primera planta.

¿Y si no venía directamente a su habitación?

Esa insoportable posibilidad la incitó a la acción.

Haciendo una pequeña mueca de dolor, se levantó y pasó junto a la mesita lateral. Esperó a que sus costillas terminaran de protestar, se ató el cinturón de la bata y, paso a paso, logró atravesar la habitación. Al llegar a la puerta se detuvo un instante para serenarse. Luego cogió la manilla y la abrió.

Casi chocó con Slayde en el corredor.

—¿Qué haces fuera de la cama? —preguntó él.

Courtney echó atrás la cabeza hasta poder mirar sus desaprobadores ojos. La verdad, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo alto que era. Pero claro, ésa era la primera vez que ella estaba de pie en su presencia.

—Quería hablar contigo —contestó—. Te vi llegar. Vi el faetón dando la vuelta por el camino de entrada, bajo mi ventana. Tenía que saber qué has descubierto.

—Muy poco —dijo él, ceñudo. Le cogió suavemente los codos y la instó a retroceder—. No deberías estar en pie.

—Pero lo estoy. Me levanté a mediodía. Y tengo la intención de estar en pie hasta la noche. Así que no te molestes en llevarme de vuelta a esa cama prisión. Quiero saber todo lo que ha ocurrido. Y quiero oírlo en posición erguida.

Slayde arqueó las cejas y una leve sonrisa de diversión le suavizó los surcos de tensión de alrededor de la boca.

—Estás sanando, está claro. Empiezo a ver señales de la tirana a la que madame La Salle tuvo tanto gusto en decir adiós.

—Sí.

—¿Sí a qué? ¿A que estás sanando o a que eres una tirana?

Courtney sonrió a su pesar.

—A las dos cosas. —Apuntó hacia la mesita de caoba—. ¿Ves cómo estoy mucho mejor? Estaba tomando mi merienda en el sillón.

—Entonces vamos; siéntate ahí otra vez y tendremos nuestra conversación.

—Muy bien.

Se dejó llevar y sentar en el sillón, y no pudo negar el increíble alivio que sintió su cuerpo al dejar de estar de pie.

Slayde acercó el otro sillón y se sentó.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Gracias.

—De nada.

Se encontraron sus miradas y Courtney sintió pasar un estremecimiento por toda ella, al aflorar peligrosamente los recuerdos de esa noche pasada. Slayde también estaba recordando; ella lo vio en la intensidad de su mirada y en la tensión que de repente se apoderó de su potente cuerpo.

Él desvió la vista, con visible esfuerzo, se aclaró la garganta y paseó la mirada por el dormitorio.

—Me sorprende que mi hermana no esté pegada a tu lado. Suponía que iba a estar todo el día regalándote los oídos con las fantásticas historias del señor Scollard.

—Y lo estuvo, y me las contó. —Siguiendo el ejemplo de Slayde, continuó con ese otro tema—. Aurora estuvo conmigo toda la mañana. Justo antes de mediodía, se marchó para... —se interrumpió delicadamente.

—... ir al faro Windmouth —terminó él—. Su destino de costumbre. Courtney, tu lealtad es encomiable. Pero no tienes por qué preocuparte, no traicionas las confidencias de Aurora. Mi personal está bien pagado y tiene muy claras mis órdenes. De todos los actos de mi hermana se me informa inmediatamente tan pronto como regreso a Pembourne.

—¿No encuentras que eso es algo restrictivo?

Slayde apretó las mandíbulas.

—Restrictivo, pero no excesivo.

Courtney se mordió el labio para contener la protesta que sintió subir a la garganta. La vigilancia de Slayde sobre su hermana no era asunto suyo. Además, entendía que esa sobreprotección nacía del amor, del amor y preocupación por la seguridad de Aurora.

Eso le recordó el asunto urgente. El viaje de Slayde a Morland.

—¿Viste al duque? —le preguntó, inclinándose hacia él.

—Ah, sí que lo vi —repuso él. Con expresión triste, estiró las piernas—. Pero la visita distó mucho de ser lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

Escuchó atentamente su relato de todos los acontecimientos del día, desde su sutil interrogatorio a los comerciantes de Newton Abbot hasta su feo y no resuelto enfrentamiento con Morland.

—Crees que oculta algo —dedujo, cuando él terminó.

—Por supuesto que lo creo. ¿Por qué, si no, iba a reanudar repentina y convenientemente su vida?

—Tal vez por los motivos que te dio, para coger lo que sea que le queda.

—Lo cual es nada, según él.

—¿No reaccionó cuando mencionaste a ese pirata, o a mi padre?

Slayde estiró los labios hasta dejarlos en una triste línea.

—Sólo manifestando maligna satisfacción.

—Entonces estamos de vuelta en el punto de partida.

Ya mientras decía esa insoportable verdad, se derrumbó dentro de ella una barrera emocional, empujada por una fuerza tan avasalladora que no pudo seguir intacta. Sin hacer caso de las punzadas de aviso que acompañaron sus movimientos, se puso de pie de un salto, fue hasta el ropero y sacó uno de los vestidos que le había dado Aurora.

—No puedo esperar ni un minuto más.

Slayde ya estaba junto a ella.

—¿Qué diablos pretendes hacer?

Sosteniendo un vestido azul, ella se giró y lo miró con angustiada resolución:

—Lo que debería haber hecho al comienzo, ir en busca de mi padre, y de ese asqueroso pirata que le hizo daño.

Slayde le puso suavemente las manos en los hombros.

—Courtney. No vas a ir a ninguna parte. Escasamente puedes estar de pie, mucho menos puedes salir de Pembourne.

—Me las arreglaré. Cualquier cosa es mejor que esta inactividad. No puedo estar acostada aquí ociosa ni un solo minuto más. —Subrayó las palabras con enérgicos movimientos de la cabeza, conteniendo las lágrimas de rabia y frustración—. ¿No lo entiendes? Estoy perdiendo tiempo. Si mi padre sigue vivo, me necesita. No puedo quedarme en cama, día tras día, esperando que ocurra un milagro que resuelva las cosas. —Le cogió el chaleco—. Préstame un velero, por favor. Te lo devolveré, te lo juro. Pero debo...

Los efectos de su ráfaga de actividad y vehementes movimientos de cabeza la golpearon todos juntos, de una sola vez. La habitación comenzó a girar, las piernas se le doblaban, y el dolor le perforó la cabeza en rápidas y fuertes punzadas. Supo que se iba a desmayar, tal como supo, en algún recoveco de la mente, que Slayde la iba a coger.

Pasó un relámpago de oscuridad, pasó un breve lapso de tiempo. Y entonces estaba en la cama y Slayde le estaba aplicando una compresa con agua fría en la frente.

—¿Ya estás bien?

Ella agitó las pestañas y abrió los párpados.

—Sí, gracias —logró decir, notando que la habitación ya estaba derecha y

quieta, mientras Slayde le pasaba el paño con agua fría por el cuello y las muñecas —. Lo siento. Lo que pasa es que...

—No necesitas explicarlo. Ni pedir disculpas. —Cerró su fuerte mano en la de ella temblorosa—. La impotencia es un sentimiento terrible. Eso lo sé muy bien. Pero, Courtney —le levantó el mentón—, tienes que ser realista. Estás muy débil para navegar. No tienes idea de dónde buscar a ese pirata ni a su barco. —Guardó silencio un momento, como si se preparara para insistir y estuviera buscando las palabras—. Y las posibilidades de que tu padre sobreviviera al mar revuelto, atado, amordazado y con un peso en la pierna, son nulas. Así que deja de torturarte con la idea de que deberías estar haciendo algo para recuperarlo.

A Courtney se le oprimió el corazón. La lógica combatió a la esperanza, hasta que parpadeó y se apagó.

—Hoy ha andado el reloj —dijo, apenas en un susurro—. Eso y mi sueño, ¿no podrían ser señales?

—Son señales, señales de que estás dolida por una terrible pérdida y deseas angustiosamente deshacerla.

—Pero ¿el reloj...?

—Eso fue obra de un mecanismo, no un milagro. —Se le contrajo la cara de pena—. No sabes cómo quisiera que fuera de otra manera.

Su voz ahogada penetró en la aflicción de ella; le miró atentamente la cara y comprendió que él estaba sufriendo su propio torbellino interior, reprendiéndose por no haber resuelto las cosas ese día. Le puso la palma en la mandíbula.

—Slayde, gracias por ir a Morland. Tiene que haber sido terriblemente difícil para ti. Sé que lo has hecho en parte por mí. Jamás sabrás lo agradecida que estoy.

—¿Agradecida de qué? Fui con el fin de averiguar el nombre y el paradero del hombre que mató a tu padre. He vuelto sin nada. Caramba —golpeó el colchón con el puño—, nunca me imaginé que Morland estaría sobrio, y mucho menos lleno de energía. No ha estado así desde hace más de diez años, desde que murió su hijo.

—¿Tenía un hijo?

—Dos. Hugh era el mayor. Murió de una fiebre cuando estaba estudiando en Oxford. Morland, claro, le echa la culpa a los Huntley y a esa condenada maldición; otra desgracia más que nos atribuye a nosotros. En todo caso, nunca se ha recuperado de la muerte de su hijo.

—¿Y su otro hijo?

—¿Julian? Es un año menor que Hugh. Él y su padre son tan compatibles como un zorro y una gallina. Morland es partidario de la vida casera, del hogar. Julian es partidario del desafío y la aventura. De lo que Morland no es partidario es de la transigencia y las concesiones mutuas. Así que desde hace mucho tiempo cada uno lleva su propia vida, distanciados entre sí. Por lo que recuerdo, Julian no ha ido a su casa desde hace más de cinco años.

—¿Ha estado en el extranjero todo ese tiempo?

—No, de tanto en tanto aparece por Inglaterra, para participar en alguna temporada, entre proeza y proeza. Pero no viene a la casa Morland. Ni su padre lo invita a venir.

—El duque parece ser un hombre muy inflexible.

—Es un cabrón de corazón negro. No es tan cruel como fue su padre, pero casi.

Courtney le deslizó suavemente la mano por la mandíbula.

—Enfrentar al duque, sólo verlo después de todo este tiempo, tiene que haber sido horroroso para ti. Sobre todo dadas tus sospechas de que estuvo involucrado en el asesinato de tus padres.

Silencio, terrible silencio.

—Fue horrible —dijo Slayde al fin, con la voz ronca, áspera—. Volví a ver todas las imágenes, con tanta nitidez como si todo acabara de ocurrir. Hacía años que no tenía esa pesadilla. De verdad creía que lo había superado, dejado atrás. Pero no.

—Uno nunca supera algo así, Slayde. Simplemente lo entierra, y cada vez ruega que no vuelva a aflorar hasta haber acumulado bastante fuerza para enfrentarlo otra vez. Y rezas pidiendo que a ver si tal vez, a ver si tal vez, la próxima vez duela un poquito menos.

Un maravillado respeto suavizó la expresión de Slayde.

—Eres extraordinaria, ¿sabes? Estás sufriendo una pérdida insoportable, y en lugar de buscar consuelo, intentas consolarme a mí.

—¿Y ha tenido éxito mi intento?

—Eso es lo más asombroso, sí.

—Me alegro. Eres un hombre maravilloso, Slayde. Te has pasado toda la vida siendo fuerte para otros. Esta vez has dejado que alguien sea fuerte para ti. Gracias por permitirme ser ese alguien, aunque sólo sea por un fugaz momento.

—Courtney...

Slayde le acarició la mejilla con el dorso de la mano y pasó los dedos por entre los mechones sueltos. Se le oscurecieron los ojos, pasando de plateados a un color pizarra. Courtney comprendió, tal vez antes que él, que la iba a besar. Vio reflejada en su cara su batalla interior, y el corazón le dio un vuelco cuando él se dio por vencido y bajó la cabeza hacia la de ella.

Tiernamente le pasó la mano por la nuca, diciéndole sin palabras lo que deseaba, instándolo a bajar su boca hacia la de ella.

Se unieron sus labios, se aferraron, y toda resistencia quedó hecha trizas. El beso fue igual que el de la noche anterior: profundo, ardiente; ni siquiera la claridad del día logró detener la corriente de emociones que se produjeron mutuamente.

La boca de Slayde se apoderó de la de ella con salvaje desesperación, moviéndola en círculos una vez, dos veces, y repentinamente más fuerte, exigiendo una unión más profunda, instándola a aceptar la penetración de su lengua.

Ella se abrió a él con la misma dicha pura que sintiera la noche anterior, aunque esta vez sin la seguridad de la oscuridad para esconderse detrás cuando remitiera la locura. Fue recompensada por un ronco gemido de él cuando se encontraron sus lenguas, mientras le acunaba la cabeza como para suavizar la voracidad de su beso.

Pero ella no necesitaba ninguna suavidad. Abriéndose como una flor al sol, deseó más de la magia y le echó los brazos al cuello, correspondiéndole las caricias con la lengua, enredándola con la de él.

Slayde se estremeció, su cuerpo invadido por otro tipo de tensión, una que a ella le era desconocida, pero que encontró terriblemente excitante. Él bajó la mano, la metió por debajo de la bata y la hizo retener el aliento al ahuecarla sobre un pecho, moviendo el pulgar sobre su pezón, por encima de la delgada seda del camisón.

—Slayde.

Pronunció su nombre en medio de un estremecimiento, agitándose impaciente, movida por un revoloteo de sensaciones. El pezón se le endureció y vibró, despertado por una caricia jamás experimentada, pero que sin embargo conocía. El pulgar de él describió círculos sobre el deseoso pezón, se detuvo y lo rozó suavemente, hasta que ella gimió. Una y otra vez repitió la excitante caricia, cada vez con más urgencia, su deseo tan palpable que la recorrió toda entera como fuegos artificiales.

En el pecho de Slayde vibró un gemido ronco, y deslizó la mano por las

curvas de su cuerpo, su caricia insoportablemente excitante, aun por encima de la capa de seda que los separaba. Le temblaba la mano cuando la subió hasta su pecho, esta vez no por debajo de la bata sino por debajo del camisón.

Courtney ahogó un grito ante la sensación de su cálida mano sobre su piel desnuda. Sin darse cuenta, se arqueó, presionando más su pecho en su mano, derritiéndose cuando él comenzó a acariciarla de la misma manera, pero sin que la tela se interpusiera.

El beso se descontroló, él devorándole la boca con un ávido ritmo, que seguía el de sus caricias con la mano. Continuó y continuó durante una eternidad, no interrumpida por nada, aparte de los desbocados latidos de sus corazones y el aumento del deseo.

Cuando Slayde se apartó, obligándose a separar su cuerpo del de ella, tenía la respiración agitada y ella estaba tan temblorosa que agradeció estar tendida en la cama. Las piernas no la habrían sostenido si hubiera estado de pie.

—Dios mío —resolló Slayde, sin siquiera tratar de simular una negación de lo que acababa de ocurrir entre ellos. La miró con los párpados entornados, sus ojos color plata brillantes de reverente maravilla—. Courtney...

—No lo digas —dijo ella, casi incapaz de hablar. Le puso las yemas de los dedos en los labios, siguiendo con ellas el calor dejado por el beso—. Sería muy doloroso oír palabras como «lo siento» o «esto no debería haber ocurrido».

Él asintió en silencio.

—Sólo contéstame una pregunta y no volveremos a hablar de esto —continuó ella, escrutando su rostro—. Lo que yo he sentido, la intensidad, la maravilla, ¿lo has sentido tú también?

Slayde tragó saliva, le besó las yemas de los dedos y se las apartó.

—Sí, Courtney, también lo he sentido.

—Estupendo.

—No, no estupendo.

Una trémula sonrisa le curvó los labios a ella.

—No íbamos a volver a hablar de esto, ¿recuerdas?

—Tampoco íbamos a repetirlo.

—Eso, milord, ha sido una promesa tuya, no mía.

Slayde hizo una honda inspiración, expulsó el aire resoplando y frunció el ceño, preocupado por los pensamientos que lo atormentaban.

—Prométeme que no volverás a hacer lo que hiciste antes de desmayarte —dijo de repente—. Prométeme que te estarás quieta, y dejarás que tu cuerpo

sane.

Desvanecida la frivolidad, Courtney negó con la cabeza.

—No puedo prometerte eso. Simplemente no puedo quedarme sentada dejando que ese animal salga impune de lo que le hizo a mi padre.

Se acentuó el entrecejo de él.

—Antes de volver a Pembourne hice otra parada. Contraté a un investigador. Entre él y su socio van a vigilar la casa Morland las veinticuatro horas del día, a no ser que Bencroft salga de la propiedad, y en ese caso lo van a seguir adondequiera que vaya, y me van a informar con quién o con quiénes se encuentra. Entre el trabajo de ellos y el mío, vamos a descubrir a ese maldito pirata, te lo prometo.

—Si es que es el cómplice de Morland —aclaró Courtney, dulcemente—. Slayde, tu decisión de contratar a un investigador ha sido juiciosa e increíblemente generosa, y te lo agradezco. Pero lo que acabas de explicarme no toma en cuenta una cosa: ¿y si Morland es inocente? ¿Y si, pese a tus instintos viscerales, no está involucrado en el robo del diamante negro? Tú mismo has dicho que muchos otros han intentado apoderarse de la piedra y han fracasado. ¿Y si en esta determinada ocasión fue otra la persona que organizó el robo? Entonces estarías vigilando a un hombre que no es el culpable mientras el verdadero criminal anda libre por ahí. Por favor, deja de lado tus sentimientos personales el tiempo suficiente para ser objetivo.

Pensativo, Slayde sopesó esas palabras para discernir su credibilidad.

—De acuerdo —concedió al final—. Comprendo tu argumento. Aunque mi convicción no ha disminuido —se apresuró a añadir—. Por lo que a mí respecta, Morland es el culpable.

—Lo comprendo, pero si no lo es...

—Muy bien, si no lo es... —se interrumpió, y una idea pareció destellar en sus ojos—. ¿Y si viajara a Londres, fuera a Bow Street y les pidiera que le siguieran la pista a ese pirata? Apostaría que sigue en suelo inglés. Piénsalo. No se marcharía del país sin antes haber entregado el diamante y recibido la paga. Para hacer eso, primero tendría que haber navegado hasta tierra desde el lugar de nuestro encuentro, y después hacer el canje. Y eso sin tomar en cuenta que necesitaría tiempo para recuperar su velero, trasladar a él a sus tripulantes y el cargamento que robó del *Isobel*. Todas esas tareas le llevarían como mínimo varios días. Lo cual significa que lo más probable es que siga en Inglaterra. ¿Y quiénes mejores para descubrirlo que los agentes de Bow Street? —Hizo un decidido gesto de asentimiento—. Mañana a primera hora

saldré para Londres, y les daré tu excelente descripción del pirata. Pueden comenzar inmediatamente. De esa manera, si Morland es inocente, tendremos profesionales llevando otra investigación que no tiene que ver con él, investigación que dará resultados esté involucrado él o no. ¿Te parecen suficientes esos pasos para refrenarte de salir corriendo y empeorar tus lesiones?

Courtney resistió la tentación de echarle los brazos al cuello, en parte porque habría sido demasiado pronto después de ese avasallador beso y todo lo demás, y en parte debido a la batalla que estaba a punto de empezar.

—Esos pasos serían más que suficientes. Es una idea espléndida, aunque sólo es necesaria una ligera modificación. Te acompañaré a Londres.

—¿Qué?! —tronó él, como si ella hubiera dicho que se iba a meter en la jaula de un león—. De ninguna manera.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Tienes una idea de cuánto tarda el trayecto en coche desde Devonshire a Londres? ¿De cuántas horas irías saltando, con tus lesiones, por los caminos llenos de baches?

—Supongo que pararías para pasar la noche en una posada.

—Después de todo un día de viaje y antes de otro, sí.

—Entonces dormiré profundamente y recuperaré mis fuerzas.

—No.

—Slayde, por favor. —Sin poder contenerse, le cogió las manos—. Ya te lo dije, estoy casi curada. Además, he visto muchos coches de nobles, los observaba siempre que el *Isobel* estaba en el puerto, y son más lujosos y cómodos que esta cama. Te prometo descansar en los mullidos asientos y cojines durante todo el viaje. En cuanto a los caminos llenos de baches, lo peor que me causarán serán una o dos punzadas de dolor. Créeme, el movimiento no será nada comparado con un mar azotado por una tormenta. Y las punzadas serán un cielo comparadas con el mareo y los vómitos.

—Courtney...

—Slayde —le apretó la mano—, tú has enfrentado tu pesadilla, yo debo enfrentar la mía. Déjame ir contigo.

Esas últimas palabras dieron en el blanco.

Slayde estuvo un largo rato contemplando sus manos cogidas. Finalmente asintió, lentamente, de mala gana.

—De acuerdo. Esto va en contra de lo que me aconseja mi juicio, pero sería un absoluto hipócrita si te lo negara. Además, tengo la clara sensación de que

si no me rindo, tú encontrarás la manera de llegar a Londres sola.

—Soy muy ingeniosa —dijo ella dulcemente, asintiendo—. Pregúntaselo a madame La Salle.

A él se le levantó una comisura de la boca.

—Y pensar que yo encontraba difícil a Aurora.

—Te lo advertí —sonrió ella.

—Ah, sí, claro. Muy bien, señorita Johnston, mañana partimos para Bow Street, los dos.

Resultó que Bow Street vino a ellos.

Matilda acababa de quitarle la última venda, y de darle el quinto sermón sobre los peligros de viajar tan pronto después de haber sido lesionada, cuando llegó a sus oídos el ruido de un coche en el camino de entrada.

—¿No es algo temprano para visitas? —preguntó Courtney.

—Pues sí. —Matilda le cogió el mentón y le giró la cara para examinarle la frente—. Espléndido, la herida está casi curada. Ahora sólo es una fea cicatriz. — Hizo una breve pausa—. De todos modos, todavía tiene muy sensibles las costillas, y está tan débil como una garita. Si quiere mi opinión...

—¿Quién podría venir a Pembourne antes de las siete de la mañana? — interrumpió Courtney, caminando lentamente hacia la ventana.

Matilda se encogió de hombros.

—Podría ser la vizcondesa Stanwyk. De vez en cuando viene a ver a lady Aurora. Muy bien —suspiró—, si insiste en viajar a Londres con lord Pembourne, yo la acompañaré.

Courtney se giró a mirarla, sorprendida, con las cejas arqueadas.

—¿Tú? ¿Para qué?

Entonces fue Matilda la que la miró sorprendida.

—Para acompañarla como carabina. No puede viajar sola con el conde. Es una damita soltera que debe cuidar su reputación.

—¿Reputación? —repitió Courtney, con los hombros estremecidos de risa—. Ay, Matilda, no tengo ninguna reputación, ni me importa un bledo tener una. El único año que pasé como damita decorosa fue en un internado que preferiría soportar una peste antes que readmitirme. El resto de mi vida lo he pasado en el mar. No hay ningún peligro de que me comprometa viajando con lord Pembourne.

—De todos modos yo...

Por la ventana abierta entró el sonido de tensas voces masculinas.

—No puede ser lady Stanwyk —musitó Courtney, asomándose—. Ay, Dios. —

El color le abandonó la cara—. Matilda, Slayde está hablando con un hombre uniformado. El uniforme se parece al que usan los agentes de Bow Street. — Desentendiéndose del malestar físico, se recogió las faldas del vestido que acababa de ponerse y se dirigió a la puerta—. Voy a bajar —declaró, en un tono que no admitía discusión.

—La ayudaré —dijo Matilda, corriendo a ponerse a su lado.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Slayde y el visitante ya estaban en el vestíbulo, hablando acaloradamente. La expresión de Slayde era lúgubre, y el bajo y fornido uniformado se veía decididamente inquieto, cambiando su peso de un pie a otro y manteniéndose muy cerca de la puerta, como un conejo asustado que lo único que desea es escapar. Courtney se detuvo, no sólo para observarlos, sino también para estabilizar la cabeza, que le giraba, y calmar el temblor de las piernas.

—¿Se siente mal, señorita Courtney? —le preguntó Matilda, preocupada.

—Me siento bien, Matilda, sólo estoy recuperando fuerzas.

Al oír sus voces, Slayde miró hacia ellas y su entrecejo se acentuó.

—Courtney.

Ella se preparó para el rapapolvo por exigirse demasiado.

El rapapolvo no llegó. Sin decir otra palabra, Slayde caminó hasta ellas, todo rígido, le cogió el brazo a ella y le hizo un gesto a Matilda para que se marchara.

—Yo tomo el relevo desde aquí.

—Muy bien, milord —contestó la doncella—. Iré a preparar el bolso de la señorita Courtney para el viaje.

—No.

Courtney se sobresaltó ante la dureza de su tono. Matilda también.

—Pero yo pensé... o sea...

—Perdona mi brusquedad, Matilda —interrumpió Slayde, tratando de enmendar el fallo y poner fin a la conversación al mismo tiempo—. Pero ya no es necesario preparar el bolso.

—Como quiera, señor —dijo Matilda, desconcertada, hizo su reverencia y se alejó.

—¿Slayde? —Courtney le miró la cara, sintiendo formarse un apretado nudo en la boca del estómago. Sentía y veía la tensión que emanaba de él, tensión que le decía que había ocurrido algo importante—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Ven conmigo. —Rodeándole firmemente la cintura con el brazo (si para

apoyo físico o emocional, ella no lo supo discernir), la llevó por el vestíbulo de mármol hasta donde estaba el caballero uniformado—. Rainer, ella es la señorita Johnston. El asunto que le ha traído a Pembourne le concierne a ella también. —Mirando a Courtney añadió—: El señor Rainer es de Bow Street. —Señor Rainer —saludó Courtney, notando lo temblorosa que le salió la voz. —Señorita Johnston.

El hombre de hombros cuadrados casi no la miró, tan ocupado estaba calculando la distancia a que se encontraba de la puerta.

Mirándolo glacialmente, Slayde apuntó hacia un lado del vestíbulo.

—El salón amarillo es cómodo y está cerca. Hablemos ahí.

Rainer se puso rígido y retrocedió dos pasos.

—No será necesario. Ya le he dado la información y la nota. No hay nada más que...

—Permítame que discrepe —dijo Slayde, echando chispas plateadas por los ojos—. Aún queda mucho de qué hablar, como sin duda estará de acuerdo la señorita Johnston cuando sepa el motivo de su visita. Cinco minutos de su tiempo es lo único que le pido. —Guardó silencio un momento, resentido—. Tenga la seguridad de que en el salón amarillo no hay ningún peligro. Según mi experiencia, las maldiciones afectan a las personas, no a las casas. Además, a diferencia de la enfermedad, las maldiciones no son contagiosas. El agente de Bow Street tuvo la delicadeza de ruborizarse, aunque no hizo el menor ademán de moverse para adentrarse más en la casa.

—Me dieron la orden de entregar la nota y volver a Londres inmediatamente. Slayde apretó las mandíbulas.

—¿Para investigar más el asunto?

El hombre pestañeó, sorprendido.

—¿Qué asunto? ¿La muerte de un conocido canalla? Francamente, milord, tenemos que ocuparnos de verdaderos crímenes, crímenes contra inocentes.

—Como mis padres, quiere decir.

Rainer hizo una brusca inspiración.

—Ésa fue una tragedia terrible, el conde y la condesa asesinados en su propia casa. Por desgracia, el ladrón que cometió los asesinatos no dejó ninguna pista que delatara su identidad. Bow Street hizo todo lo que pudo.

—Sí, desde luego —repuso Slayde en tono burlón. Soltando a Courtney fue hasta la puerta y la abrió de par en par—. Váyase, entonces. Ha hecho todo lo que ha podido, otra vez.

Pasando por alto el sarcasmo, Rainer asintió y casi tiró al suelo a Slayde en su

prisa por salir. Bajó corriendo la escalinata y subió al coche que lo esperaba. Unos segundos después, el coche ya había desaparecido por la curva del camino de entrada.

Courtney caminó hasta la puerta, observando las emociones que pasaban por el rostro de Slayde. Le tocó la manga suavemente.

—¿A qué vino el señor Rainer?

Slayde se giró lentamente, mirando la mano de ella en su brazo, y pestañeó, como si sólo en ese instante recordara su presencia.

—Nos ahorró el viaje. —Suspirando cansinamente, le cogió el brazo—. Vamos a sentarnos. Estás débil, y esta conversación llevará un tiempo. A pesar de la ridícula afirmación de Rainer, el motivo de su visita fue cualquier cosa menos rutinario o superficial.

—De acuerdo. —Courtney se mordió el labio para contener millones de preguntas, pero cuando ya estaba sentada en un mullido sofá del salón amarillo, le fue imposible continuar conteniéndose—: Slayde, por favor, mi imaginación está desbocada. Dime qué ha ocurrido. ¿A qué vino ese agente de Bow Street y por qué no vamos a ir a Londres?

Slayde se sentó a su lado, se cogió las rodillas y la miró a los ojos.

—Porque el pirata que esperábamos descubrir ha muerto.

—¿Ha muerto?

—Sí, la descripción que me dio Rainer coincide exactamente con la tuya, hasta el anillo en el meñique.

Courtney tragó saliva, tratando de asimilar ese inesperado giro.

—¿Quién era? —preguntó, sin ninguna inflexión en la voz. Entonces comenzaron a salir las preguntas solas, a borbotones—: ¿Cómo murió? ¿Quién lo encontró? ¿Dónde? ¿Dijo algo antes de morir? ¿Nos dio alguna pista sobre el destino del *Isobel*?

—Era Sewell Armon, corsario conocido de mucho tiempo. Él y su barco, el *Fortune*, eran famosos por capturar veleros por todo el mundo, coger prisioneros y botines. Lo encontraron en un callejón desierto de Dartmouth, que está a unas treinta millas de aquí. Lo encontró un grupo de niños callejeros que andaban en busca de alimento. Ya estaba muerto. Con una bala en el pecho.

—Comprendo.

Courtney se friccionó las sienes, y la sensación de alivio fue reemplazada al instante por la horrible comprensión de que con la muerte de Armon se acababan sus esperanzas de enterarse de algo sobre el destino del *Isobel*.

Slayde se levantó, fue hasta un aparador, sirvió dos copas de coñac y al volver le puso una en la mano.

—Bebe esto.

Sintiéndose extrañamente aturdida, ella cogió la copa y bebió dos saludables tragos.

—Ahora no encontraré a mi padre jamás —musitó.

—Courtney, ese canalla no tenía idea de lo que pudo o no pudo ocurrirle a tu padre después de que lo arrojaron por la borda. Lo único que le interesaba era apoderarse del diamante negro.

—Pero sí sabía qué les ocurrió a nuestro barco y a nuestra tripulación.

Slayde se aclaró la garganta.

—Por lo que me dijo Rainer, Armon no tenía fama de dejar pruebas de su paso.

—Pruebas. ¿Te refieres a veleros o a personas?

—A ambas cosas.

Courtney cerró fuertemente los ojos, sintiendo extenderse el frío por todo su interior, ante la imagen de su hogar destruido, sus amigos muertos.

—Entonces se acabó. —Abrió los ojos, inundada por el dolor de la pérdida, en grandes y violentas oleadas—. No, en realidad no se ha acabado. Tenías razón. Esto no se acabará nunca.

Slayde le cogió la copa y la dejó con la de él en la mesita lateral. Luego la estrechó en sus brazos, apoyándole la mejilla en su chaleco y acariciándole suavemente el pelo.

—El dolor irá disminuyendo. No te consumirá eternamente. Tampoco el odio, habiendo muerto Armon.

—La venganza es mala sustituta de la vida que me ha sido robada. Pero tú ya sabías eso, ¿verdad?

—Sólo porque pasé años obligándome a recordarlo, a pensar racionalmente. La verdad es que con o sin pruebas, ansiaba echar abajo las puertas de la casa de Morland y estrangularlo. Pero ¿qué bien habría hecho con eso? Yo estaría en Newgate y mis padres seguirían muertos.

Esa explicación de Slayde dio pie a un pensamiento.

—¿Y el diamante negro? —preguntó, apartándose para mirarle la cara—. ¿Lo recuperaron los de Bow Street cuando descubrieron su cadáver?

Silencio.

Súbitamente, ella comprendió.

—No lo encontraron en él, ¿verdad? La piedra había desaparecido,

seguramente se apoderó de ella la persona que lo mató. —Su mente acelerada no esperó respuesta—: El señor Rainer dijo algo sobre una nota. ¿Encontraron esa nota en Armon?

—Sí.

—¿Qué los motivó a traerla a Pembourne?

—Está dirigida mí.

Slayde se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre sin sellar, en el que estaba escrito: «Conde de Pembourne, Casa Pembourne, Dawlish, Devonshire». Sacó la hoja de papel y se la pasó a Courtney.

Ella leyó el contenido:

Pembourne:

El canje se hará esta noche, a las once. A diez millas al sur de Dartmouth, mar adentro, en el Canal. Coge una barca pequeña, sin armas. Ven solo, únicamente acompañado por el diamante. Obedece estas instrucciones, si no, tu hermana morirá.

—Una nota exigiendo rescate —musitó Courtney.

—Sí, lo que me extraña es que es idéntica a la que me llevó a tu barco. Courtney miró la nota, con expresión interrogante.

—No lo entiendo.

—¿Te acuerdas que te conté que esa semana, después de que desapareció

Aurora, recibí varias misivas de éstas?

—Sí, y dijiste que sólo dos eran creíbles, porque contenían mechones de pelo que tú creíste que eran de Aurora y en realidad eran míos.

—Exactamente. Y este mensaje es una réplica de la segunda de esas notas. — ¿Estás seguro?

—Muy seguro. Me la aprendí de memoria, palabra por palabra. Incluso la letra

es la misma. —Frunció el ceño—. La única diferencia es la fecha. La que recibí

estaba fechada un día antes que ésta.

—Eso no tiene ningún sentido. —Ceñuda, volvió a examinar la hoja—. ¿Para qué iba este Armon a escribir dos notas idénticas ordenándote hacer lo mismo? Más

aún, ¿por qué se quedó esta nota en lugar de enviarla? Slayde, ¿estás seguro de que estas notas son iguales? ¿Podemos comprobarlo?

Él se levantó.

—Por supuesto. En mi escritorio tengo todas las misivas de amenaza que recibí. —Vaciló—. ¿Estarás bien si te dejo sola un momento?

Ella lo pensó y asintió.

—En realidad, creo que necesito estar sola un momento. —Intentó sonreír—. Estaré muy bien.

—No tardaré. —Mirándola y evaluando sus palabras, salió.

Cuando se quedó sola, Courtney apoyó la cabeza en el cojín del sofá, tratando de asimilar las novedades del día y dejando discurrir sus pensamientos tal como le

venían.

El pirata que le arrebató todo lo que amaba ya estaba muerto. De pronto desaparecía la necesidad de descubrirlo, de desahogar su rabia y furia hasta que se

agotaran. Desaparecida también estaba su vida, al menos la que conocía, junto con

la consoladora apariencia de estabilidad que contenía. Su existencia estaba hecha

un caos, como también su bienestar emocional. Al mismo tiempo, estaba mucho

mejor físicamente y, gracias a los excelentes cuidados de Matilda, casi estaba preparada para aventurarse a salir.

A salir, ¿adónde? ¿A qué?

Para poder embarcarse en un futuro, primero tenía que hacer las paces con su pasado, dejar atrás el pasado.

Su padre, muerto.

Ya mientras se le formaba el pensamiento, su corazón lo rechazó. La verdad era que aún faltaba que la aflicción fuera reemplazada por la aceptación. Y además,

estaba claro que cada pregunta no resuelta, más la nada realista esperanza que la

acosaba, complicaban más el proceso de curación.

La única manera de impedir que el pasado siguiera atormentándola era encontrar una verdad con la que pudiera vivir. Pero ¿qué verdad era ésa y cómo

lograría encontrarla?

El señor Scollard.

Sintiendo renacer la esperanza, recordó la entusiasta descripción que le

hiciera

Aurora del farero. Tal vez un hombre tan sabio podría ayudarla a resolver sus dudas

respecto a si estaba vivo su padre o no, aconsejarla sobre cómo actuar a partir de

ahí, guiarla hacia una respuesta, ya fuera acción o aceptación, para poder seguir

adelante con su vida.

El siguiente reto era el presente. Pembourne. La necesitaban en esa casa. Y no sólo como dama de compañía de Aurora, aunque no se tomaba a la ligera ese

compromiso y en realidad le hacía ilusión ser amiga de la hermana de Slayde.

Pero

las cicatrices de Aurora eran mínimas, las llevaba muy cerca de la superficie, por lo

que eran más fáciles de ver y sanar. Las cicatrices de Slayde, en cambio, eran otra

historia, totalmente diferente.

¿Cuánto tiempo hacía que él no permitía que alguien se acercara siquiera a sus muros protectores? ¿Es que nunca había ofrecido alguna parte de sí mismo, aparte de la superficial, ni siquiera antes de la horrible muerte de sus padres?

¿Sería

posible que ella fuera la primera en percibir, en ver, las profundas emociones que él

se guardaba tan fieramente, esa vulnerabilidad que él se negaba a aceptar? Y en ese caso, ¿no le ofrecía eso la maravillosa oportunidad de enseñarle lo que se había perdido?

¿Enseñarle?, terció su conciencia, escéptica. De acuerdo entonces, aceptó en silencio, «de enseñarnos a los dos».

La verdad era innegable. Deseaba estar cerca de Slayde, deseaba explorar, reencender las extraordinarias sensaciones que él le producía en su interior; entender la base de esos sentimientos y descubrir adónde podrían conducir. Un estremecimiento de expectación le subió por la columna. ¿Ésas eran las increíbles emociones que experimentaron sus padres cuando se conocieron?

¿Era

ése el hombre destinado a necesitar su amor y a ofrecerle el suyo a cambio?

¿Era

real esa milagrosa conexión entre ellos o era sólo una efímera brizna de magia conjurada por el dolor de los dos y la mutua comprensión?

¿Por qué demonios había tal abundancia de preguntas y una falta tan frustrante de respuestas?

—Courtney.

No lo había oído entrar. Levantó la cabeza, pestañeó y logró esbozar una sonrisa, débil pero tranquilizadora.

—No me he desmayado. Simplemente estaba pensando.

—Bueno, sí que tenemos algo en qué pensar —dijo él, con expresión lúgubre

—. Mira.

Fue a sentarse a su lado, acercó la mesa y colocó las tres hojas encima, ordenadas por fecha.

Abandonando sus divagaciones filosóficas, ella miró por encima del hombro de

él, y observó atentamente las tres notas.

—Tenías razón. Aparte de la fecha, la segunda y la que acaba de traerte el señor Rainer son idénticas.

—No, tú tenías razón. No lo son. —Apuntó hacia la primera nota que recibió y luego hacia la que encontraron en el cuerpo de Armon—. Mira bien estas dos.

—

Esperó hasta que ella asintió—. Ahora examina bien la del medio. Dime qué ves. Courtney estuvo un buen rato callada, mirando atentamente cada papel, con

los ojos entrecerrados. De pronto ahogó una exclamación.

—La del medio está escrita con una letra diferente de las otras dos. — Exactamente. Es una copia casi perfecta. Alguien trabajó muchísimo para imitar la letra. Pero las curvas de las letras, los ángulos, son ligeramente distintos, no

tanto como para notarlos, a no ser que examines las notas juntas, de cerca, comparándolas. Pero son diferentes. La segunda nota la escribió otra persona.

—Espera. —Courtney agitó enérgicamente la cabeza y luego frunció el ceño, porque empezó a dolerle—. Quieres decir que quien escribió la primera y la tercera

nota es la misma persona, distinta de quien fuera la que escribió la segunda. —

Sí, y deja de mover la cabeza. Vas a agravar lo que sea que te quede de conmoción cerebral.

Courtney casi no oyó el consejo.

—Si Armon se guardó la última, no la envió, quiere decir que la reemplazó por la segunda.

—Y ésa me la hizo llegar el día que navegué hasta el *Isobel*.

—¿Quién escribió las otras dos, entonces?

—El que organizó este ardid. Mi suposición es que se las dio a Armon, con la orden de hacerme llegar la primera justo después de que Aurora se marchara de

Pembourne, y la otra el día antes de su regreso.

Courtney frunció el ceño.

—Pero, Slayde, eso supone que esa otra persona sabía del plan de Aurora de ir a Londres.

—Exactamente.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Esa pregunta tendremos que hacérsela a Aurora —repuso Slayde—. Mi respuesta inmediata sería que Elinore sabía del inminente viaje. Después de todo, Aurora recurrió a ella, para que la llevara en su coche y como acompañante. Y puesto que Elinore no tenía idea de que esta excursión de Aurora era un secreto, pudo haberle mencionado a alguien dicho viaje. —Se le endureció la expresión y sus ojos brillaron peligrosos—. Claro que podría haber otra explicación. El que organizó este ardid podría ser alguien tan deseoso de venganza que ha estado vigilando la propiedad, no sólo las dos semanas pasadas, sino continuamente. Alguien que observaba las incesantes idas y venidas de Aurora y dedujo que sólo era cuestión de tiempo que ella hiciera algo estúpido, como irse a Londres con Elinore. Y cuando ella lo hizo, él cogió al vuelo la oportunidad; le dio la primera nota a Armon y siguió al coche de Elinore hasta Londres. Allí, sólo tuvo que mantenerse lo bastante cerca de Aurora para enterarse de cuánto tiempo pensaba quedarse allí; entonces le despachó la siguiente nota a Armon, quedándose él en Londres, para asegurarse de que Aurora no cambiaba sus planes.

Courtney arqueó las cejas en reacción a esa inverosímil explicación. —No hace falta que te pregunte quién es ese «alguien».

—No.

—Eso es muy poca realidad y mucha elucubración.

—Toda tiene sentido.

—No del todo. Al margen de la participación, o no participación, de Morland,

digamos que tienes razón y Armon escribió la segunda nota para reemplazar la otra.

¿Por qué, entonces, no rompió esa otra? ¿Por qué la conservó?

—Sospecho que no fue él quien escribió esta segunda nota; llevó la tercera, la original, a un muy buen falsificador y éste la copió y se la devolvió. Entonces Armon

le pagó para que me enviara a mí la muy buena copia después de que hubiera salido con el *Fortune* en busca de tu barco. Y eso explicaría por qué la nota no

enviada seguía en posesión de Armon.

—Adelantando la fecha en un día, Armon logró hacerse con la piedra mientras su colega seguía en Londres —pensó Courtney en voz alta—. Lo que le daba tiempo

para escapar antes de que se descubrieran sus actos.

—Pero no resultó así. Armon infravaloró la inteligencia de su socio, o tal vez su

sobriedad. El cabrón le dio caza, se apoderó de la joya y lo mató.

—Lo cual nos plantea otra pregunta. Estando ya Armon en posesión de la piedra, ¿por qué se quedó en Inglaterra? Sin duda se daba cuenta de que era un blanco ambulante. ¿Por qué no abandonó el país?

—Probablemente pensaba hacerlo, una vez que cogiera su dinero. Ten presente, Courtney, que la piedra vale una fortuna. No me cabe duda de que Armon

prefería dinero en billetes a una enorme y engorrosa joya.

—Por lo tanto iba de camino hacia el que le iba a dar el dinero por la piedra cuando lo cogieron de improviso y lo asesinaron. —Bajó la cabeza—.

«Infravaloró su

sobriedad», has dicho. Volvemos al duque de Morland.

—Él tenía el motivo y tuvo la oportunidad. Acuérdate de que ya no está encerrado. Estos últimos meses ha hecho un resurgimiento milagroso y conveniente

en el mundo de los negocios.

—No nos costaría averiguar si viajó a Londres la semana pasada. —Y lo averiguaremos. Pero eso sólo no es suficiente. Tenemos que determinar dónde estaba cuando Armon... —se interrumpió y la comprensión se reflejó en su

cara—. Armon fue asesinado ayer a primera hora de la mañana o muy tarde la

noche anterior, en Dartmouth, que está a dos a tres horas en coche desde Morland.

Yo llegué a la casa Morland ayer a media mañana. El duque regresó a su casa inmediatamente después. Cuando le pregunté dónde había estado, se negó a contestar. Sé que no estaba en el pueblo; yo lo habría visto cuando estaba interrogando a los comerciantes. ¿Dónde estaba, entonces? —En sus ojos brilló un

feroz destello—. ¿Y haciendo qué, matando a su cómplice?

Courtney se esforzó en conservar la calma.

—Slayde, tu teoría es posible. Pero no tenemos ni una mínima prueba. — Entonces tendremos que encontrar alguna. —Desvió la cara y miró fríamente hacia el otro lado de la sala—. Si Morland es el hombre para el que trabajaba Armon,

es indirectamente responsable de la muerte de tu padre y del destino de tu barco. Courtney tragó saliva.

—Lo sé. Slayde, ¿y el *Fortune*, el barco de Armon? ¿Dijo el señor Rainer si lo

estaban buscando?

Slayde se rió, sarcástico.

—No necesitaba decirlo. No lo están buscando. En Bow Street le tienen terror a

los Huntley. Ya viste con qué rapidez se marchó, tenía miedo hasta de cruzar mi

umbral. No, Courtney, cualquier investigación tendremos que hacerla solos. — Pues, la haremos —dijo ella, enderezando bruscamente la espalda, y tuvo que combatir el mareo que se apoderó de ella al instante—. Comenzaremos por ir a

Dartmouth. De allí zarparemos en busca del barco de Armon. Sin duda va navegando con rumbo a mares lo más alejados posible de las aguas inglesas. Me

imagino que la tripulación huyó mucho antes de que encontraran el cuerpo de Armon. Tienen que haber esperado a su capitán en una ensenada cercana, y cuando pasaron las horas y no vieron señales de él, se aterraron e izaron las velas.

No pueden haber viajado más de cincuenta o sesenta millas. Los encontraremos. —

Se puso bruscamente de pie—. Tenemos que encontrarlos. Es posible que

algunos
de los tripulantes de mi padre todavía estén... —Se tambaleó y tuvo que cogerse de la mesa.

Slayde se levantó de un salto, la cogió por los codos y la sentó en el sofá. — Como hemos dicho, no estás en condiciones para navegar. Además, no sabemos en qué dirección va viajando el *Fortune*. Irle detrás sería una pérdida de tiempo precioso, tiempo que podríamos dedicar a reunir pruebas para demostrar la culpabilidad de Morland, o descubrir a quien sea el culpable. Piénsalo. Estoy de acuerdo contigo en que hay que encontrar al *Fortune*. Pero sería mucho más fácil si

la agencia de investigación que he contratado enviara a un navegante experimentado en su búsqueda, mientras tú y yo ahondamos en el importante asunto de desenmascarar al cómplice de Armon.

Con las manos fuertemente cerradas sobre los pliegues de su falda, Courtney trató de vencer la maldita debilidad que le frustraba todo movimiento. — Detesto esto.

—Lo sé. Haz unas cuantas respiraciones profundas y quédate quieta. El mareo pasará.

Pasado un minuto, ella asintió.

—Ya estoy mejor. —Lo miró a los ojos, muy seria—. Acepto tu sugerencia, pero sólo si ese ahondamiento incluye mi trabajo además del tuyo.

Él frunció el ceño.

—Has estado una hora fuera de la cama y escasamente puedes sostenerte en pie. Descansar en el coche durante el trayecto a Londres era una cosa, otra muy

distinta sería viajar por Devonshire haciendo lo que pienso hacer yo, buscar a desagradables peristas especializados en joyas e interrogar a otros gusanos que

podrían haber conocido a Armon y por lo tanto conducirnos a su cómplice. — Comprendo tu argumento —dijo ella, y se mordió el labio—. Muy bien — concedió—. Me quedaré en Pembourne, pasaré el día con Aurora, tal vez incluso

descubra quién sabía de su plan de ir a Londres. —Guardó silencio un momento, a ver si se le aquietaba el martilleo en la cabeza—. Haz lo que acabas de explicar; explora el puerto de Dartmouth a ver si descubres quiénes eran los amiguetes de Armon, contrata a un investigador para que vaya en pos del *Fortune*. —Alzó la barbilla en gesto obstinado—. Pero antes de que ese investigador comience su búsqueda, tráelo a Pembourne. Quiero hablar con él. Va a necesitar detalles que yo puedo darle: descripciones de los tripulantes del *Fortune* que acompañaron a Armon cuando abordó el *Isobel*, retazos de las conversaciones que oí y, lo más importante, nombres y descripciones de los tripulantes de mi padre, por si alguno de ellos hubiera sido tomado prisionero y estuviera vivo. Nada de esto tendría que retrasar la búsqueda de tu investigador un tiempo considerable. Estaría dispuesta a apostar mil libras, si las tuviera, a que, dada su exitosa retirada, los tripulantes de Armon están tranquilos, porque se sienten seguros, y ya han aminorado la frenética velocidad de su barco, razonablemente convencidos de que nadie los persigue. Y nadie los perseguía. Hasta ahora. Así pues —concluyó, notando como se le debilitaba la voz, clara advertencia de la rápida disminución de su energía—, ¿es aceptable mi plan? Slayde la miró atentamente, ceñudo.

—La idea me parece bastante sensata. Como has dicho, el *Fortune* no puede haberse alejado mucho. Un día más no les dará mucha ventaja, sobre todo si contrarrestamos esa ventaja y aprovechamos el tiempo reuniendo información para acelerar nuestra búsqueda. Además, tu idea me gusta por otro motivo. Saber que mi investigador me acompañará a casa esta noche tendría que servir para reteneros en

Pembourne, a ti y a Aurora.

—¿Aurora? ¿Qué pinta ella en esto?

—Aurora pinta en cualquier cosa que entrañe problema —repuso él, irónico—.

Le fascina la aventura. ¿No has notado cómo resplandece cuando está contando

alguna de las historias del señor Scollard? Acepta cada una de sus palabras como

una verdad absoluta, y no sólo aquellas de esas historias. Se cree todas las leyendas que llegan a sus oídos, hasta las más inverosímiles, incluso la que gira en

torno a ese maldito diamante negro. Aunque en ese caso, he de reconocer que me

alivió muchísimo descubrir que le tenía miedo a la joya y a su maldición, si no, es

posible que se hubiera escapado de Pembourne para peinar toda Inglaterra en busca de la maldita piedra.

—Es probable —concedió Courtney, recordando el brillo de los ojos de Aurora

cuando le estaba contando una de las leyendas del señor Scollard.

—¿Y ahora? —continuó Slayde—, ¿con un misterio como éste en que nos vamos a embarcar tú y yo? ¿Aquí mismo en su casa? Eso le activaría todos sus impulsos temerarios. —Miró hacia la ventana, sonriendo malicioso—. Seguro que ya

viene caminando de vuelta a casa desde el faro, donde ha estado desde el alba, impaciente, pues ha visto pasar el coche de Bow Street por nuestro camino de entrada. Por desgracia, no podemos ocultarle la visita de Rainer, porque el faro

ofrece una magnífica vista de Pembourne. Desde su torre se ve toda la propiedad. Courtney frunció el ceño, al pasar por su mente una desagradable posibilidad. —Si al decir eso me pides que le mienta a Aurora respecto al motivo de la visita

del señor Rainer, no lo haré. Es mi intención ganarme la amistad de tu hermana, y

para eso debe haber sinceridad entre nosotras. No conozco otra manera. El engaño

no tiene lugar en una relación de amistad.

Por la cara de Slayde pasó una extraña expresión.

—No, a menos que haya una causa justa, y en este caso no la hay. —Se aclaró la garganta—. No era mi intención sugerirte que le mintieras a Aurora. Sólo quería

decir que una vez que se entere de a qué vino aquí un agente de Bow Street, estará

lista para lanzarse de cabeza en lo que ella considerará una grandiosa aventura.

Tendrás que retenerla firmemente aquí para que no siga a mi coche hasta Darmouth.

Y, créeme, retener a Aurora aquí es como tratar de coger una luciérnaga. Incluso yo

sé eso.

«¿Incluso tú?», deseó decir Courtney. «Como su hermano, deberías saberlo especialmente tú.» Prudentemente se refrenó de decir esas palabras en voz alta.

Habría sido una intromisión, muy prematura. Pero algún día, pronto, si ella lograba

su objetivo, Slayde admitiría a Aurora en su corazón. Guardándose esa estimulante

posibilidad, contestó:

—No temas, milord. Despertaré el interés de Aurora hablándole de la inminente

visita del investigador. Mientras tanto, prometo tenerla ocupada.

Ocupada. Bueno, eso le inspiró otra interesante idea, una que llevó sus pensamientos en una dirección totalmente distinta. ¿No había decidido, sólo unos

minutos antes, dejar en paz su pasado? Pues bien, ¿por qué no comenzar ya, ese

mismo día? Con un poco de ayuda, podría buscar ciertas respuestas y tener entretenida a Aurora al mismo tiempo.

Eso, si lograba vencer esa insoportable debilidad el tiempo suficiente para hacerlo.

—¿Courtney? ¿Tienes mucho dolor?

—No. —Sí que se estaba debilitando rápido, pero no le iba a revelar eso a Slayde, teniendo en perspectiva el plan que acababa de formarse—. Estoy un poco

cansada, pero bien. —Hizo una temblorosa inspiración, para recuperar al menos la apariencia de fuerza—. ¿Estamos de acuerdo, entonces? Yo me quedo aquí y tú traes al investigador a Pembourne esta noche.

—Acordado.

—Estupendo. —Se levantó, esta vez más lentamente, y cogió la mano que le tendía Slayde para no perder el equilibrio—. Entonces volveré inmediatamente a mi

habitación, para descansar hasta la llegada de Aurora. Y tú te vas a Dartmouth ahora

mismo.

Slayde le rodeó la cintura con el brazo.

—Sí, pero después de acompañarte a tu habitación y de asegurarme de que no te desmayas. —Su mirada concedora le dijo a ella que su falsa bravata no había

sido nada convincente—. Me alegra que prefieras la sinceridad. Eres fatal para

mentir. Ahora apóyate en mí, si no, no llegarás ni a la escalera.

Courtney obedeció, sintiendo una oleada de gratitud y de algo más. —¿Fatal para mentir? Lo reconozco, milord. —Levantó la cara para mirarlo—.

En cambio tú, mientes demasiado bien. No sólo has engañado al mundo sino también a ti mismo. Afortunadamente, hay alguien a quien no puedes engañar, yo. La expresión de Slayde fue de pasmada incredulidad. Courtney hizo un gesto

hacia la puerta.

—¿Intentamos subir la escalera?

Él estuvo un largo rato en silencio, y ella sintió la tensión que pasaba por su interior.

—Sí. Estás agotada —dijo repentinamente.

Sin decir otra palabra, la llevó fuera del salón, la ayudó a subir la escalera, y cuando llegaron a la habitación, la entregó a las capaces manos de Matilda. —Descansa —fue lo único que dijo antes de girar sobre sus talones y salir de la habitación.

Tal vez sí que había sobrepasado los límites, pensó Courtney media hora después, hundiéndose agradablemente en la mullida cama. Pero el instinto le decía

que había hecho lo correcto. Slayde necesitaba que lo despertaran, y

despertaría. Bostezando, se acomodó bajo las mantas y el cansancio descendió sobre ella

como un pesado manto. Sentía las piernas débiles como si fueran líquidas, los párpados pesados, ya medio cerrados. En la distancia oyó el ruido del faetón de

Slayde por el camino de entrada y luego alejarse de la casa, hacia las respuestas

que deseaban, que ella esperaba.

No combatió el sueño. Se rindió a él, para recuperar sus fuerzas. Después le explicaría sus intenciones a Aurora, la que sin duda estaría

encantada e impaciente por ayudarla en la empresa que le iba a proponer: llevarla al

faro.

Y al señor Scollard.



Capítulo 7

—¿Courtney? ¿Estás despierta ya? —preguntó Aurora.

Despertando de un sueño liviano, Courtney levantó la cabeza y pestañeó. —
Creo que sí. Sí. —Apartándose mechones de pelo de la cara, le hizo un

gesto para que entrara—. ¿Qué hora es?

Aurora entró y cerró la puerta con expresión culpable.

—Las once y media. Has estado durmiendo desde que llegué a casa a las

nueve. Y Matilda no me perdonará jamás si se entera que te desperté. —
¡Las once y media! ¡Imposible! —exclamó Courtney, sentándose y mirando el
reloj de la repisa del hogar para confirmarlo—. La última vez que miré el
reloj eran
las ocho y veinte.

—Está claro que estabas más cansada de lo que creías —comentó Aurora
yendo a sentarse en un sillón cercano—, después de toda la actividad que tuvo
lugar

esta mañana —añadió, expectante.

Courtney se echó a reír.

—Aurora, pareces un cachorro a la espera de que le den un bocadito de algo.
¿Nadie te ha contado nada todavía?

—Nadie. Slayde no está por ninguna parte, y ninguno de los criados puede, ni
quiere, darme las respuestas que necesito. —Otra mirada expectante—. ¿Tú sí
puedes?

—¿Qué quieres saber?

—Para empezar, ¿a qué vinieron los de Bow Street? ¿Qué querían? ¿Tenía
algo que ver con tu padre? ¿Con tu barco? ¿Con el diamante negro? ¿Venían a
verte a ti o a Slayde? ¿Cómo se enteraron de tu paradero? ¿Te enteraste de
algo?

¿Van a volver?

—¿Sólo eso? —bromeó Courtney—. Muy bien, contestaré tus preguntas. —
Recordando la fugaz aunque importante visita del señor Rainer, se puso seria
—.

Vino un agente de Bow Street porque encontraron al pirata que se apoderó del
barco

de mi padre. Y vino a ver a Slayde; no tenían idea de mi existencia.

—Pero si encontraron al pirata... ¿no confesó?

—No podía. Estaba muerto, con un disparo en el pecho.

Aurora ahogó una exclamación.

—Muerto. ¿Dónde ocurrió eso?

—En Dartmouth. Unos niños de la localidad lo descubrieron en un callejón desierto.

—Dartmouth está aquí en Devonshire, a menos de treinta millas de

Pembourne. —Frunció el ceño—. De todos modos, no lo entiendo. Si ya está muerto, ¿qué motivo tenían en Bow Street para venir a Pembourne? No han venido

a pedirle ayuda a Slayde, eso seguro. Antes se asociarían con el diablo que recurrir

a los Huntley.

—Eso observé. El motivo para venir, si bien de mala gana, era que encontraron

una nota en el bolsillo del canalla. Estaba dirigida a tu hermano.

Lentamente, sin dejarse nada, le contó todos los detalles que tenían hasta el momento.

—Dios mío —musitó Aurora cuando Courtney terminó—, esto se va complicando más por momentos. —La compasión le suavizó los rasgos—. No me

extraña que hayas dormido tanto. Tienes que estar agotada. ¿Qué puedo hacer yo

para ayudar? —De pronto miró hacia la puerta—. ¿Y dónde está Slayde? —

Ha ido a Dartmouth a ver si logra descubrir a ese cómplice de Armon.

También va a contratar a un investigador para que vaya en busca del barco de Armon.

—¿En busca del barco de Armon sin nosotras? —exclamó Aurora, su reacción tan igual a lo que describiera Slayde que Courtney casi sonrió—. Tú eres la que viste

a los hombres de Armon y puedes identificarlos. Por no decir...

—Espera —dijo Courtney levantando la mano con la palma abierta—. Antes de

que te lances a decir la misma parrafada que solté yo hace menos de cuatro horas,

déjame que te tranquilice. Slayde ha prometido traer a Pembourne a ese

investigador para que yo pueda hablar con él, antes de que comience su

búsqueda. Aurora enderezó la espalda.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—Esta noche.

—Excelente. Lo único mejor sería que estuvieras lo bastante bien para que lo acompañemos en sus exploraciones.

—¿Lo acompañemos?

Aurora sonrió de oreja a oreja.

—Pues claro, las dos. De eso va que seas mi acompañante. Tenemos que ser inseparables.

—Sobre todo si significa investigar un seductor misterio —dijo Courtney, irónica.

—Sobre todo —concedió Aurora sin el más mínimo intento de fingir otra cosa —.

En todo caso, puesto que no estás en condiciones para viajar, es nuestra responsabilidad aprovechar bien este día. Debemos reunir todo lo que sabes y tener

preparadas todas nuestras preguntas antes de que llegue ese investigador, para poder sacar el máximo partido de su visita y él pueda descubrir rápidamente al

cómplice de Armon.

—Coincido contigo —repuso Courtney, recordando la promesa que le hizo a Slayde: explorar el asunto con Aurora y ver qué luz podía arrojar ella sobre la posible

identidad de ese cómplice—. Aurora, acabas de preguntarme en qué puedes ayudar.

Hay una cosa que puedes hacer, algo muy útil, que podría cambiarlo todo. Piensa,

¿le comunicaste a alguien tu intención de viajar a Londres la semana pasada?

¿Quién podría haber sabido que te ibas a marchar de Pembourne?

Aurora estuvo un buen rato pensando. Con el mentón apoyado en la mano, se estrujó los sesos en busca de respuestas.

—Comprendo a qué quieres llegar. Te interesa saber si alguien pudo aprovechar mi marcha de Pembourne para simular un secuestro con el fin de exigirle

el diamante a Slayde. La idea es sensata. Pero el problema es que no le dije a nadie

mis planes. A nadie, a excepción, lógicamente, de Elinore, que iba a ser mi

acompañante, y del señor Scollard, que es mi único confidente y jamás repetiría

nada de lo que yo le revelara.

—Supongo que esa confianza se aplica a la vizcondesa también. Estás segura de que ella te guardaría el secreto.

—Sí y no —contestó Aurora, francamente—. Y el «no» se debe a que no le dije

que era un secreto.

—Me he perdido.

—Si Elinore hubiera sabido que mi viaje a Londres era confidencial, no se lo habría comunicado a nadie en el mundo. Pero si hubiera sabido que no estaba aprobado por Slayde, habría cancelado el viaje, y por eso no me atreví a decirle la

verdad. Ella creía que yo contaba con la aprobación de Slayde, que él lo sabía todo,

aparte de las fechas, y éstas se las especificué en la nota que le dejé. Así que la respuesta a tu pregunta es sí, Elinore es absolutamente digna de confianza, cuando

se le pide el silencio. En este caso, no se lo pedí.

—Comprendo. —Courtney se mordió el labio—. ¿Cuánto tiempo llevabas planeando ese viaje?

—Casi dos semanas.

—O sea que es posible que ella lo haya comentado con alguien. —Totalmente posible. Slayde estuvo ausente hasta justo antes de mi partida, así que en realidad no me importaba quién lo supiera. Mientras no lo supiera Slayde... —se encogió de hombros—. Él es mi único obstáculo. —Se quedó callada

un momento, pensativa—. Lo que puedo hacer es pedirle a Elinore que venga a Pembourne. Estará feliz de decirnos con quién pudo haber hablado de mi inminente

llegada a Londres.

Courtney asintió.

—Ésa es buena idea. Tal vez podría venir mañana, si no tiene algún otro compromiso.

—Le enviaré una misiva inmediatamente. —Se revolvió nerviosa en el asiento—.

Ojalá pudiéramos navegar con el investigador. Por desgracia, tú no estás en

forma

para eso.

—Cierto, pero tal vez estoy bien para una caminata.

Aurora la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y con eso quieres decir...?

—Quiero decir que deseo intentar ir al faro hoy. —Se inclinó hacia ella, mirándola fijamente—. Aurora, debo determinar si mi padre está vivo o no. Y si el

señor Scollard es tan perceptivo como dices...

—Lo es —confirmó Aurora—. Le he contado todo de ti, justo esta mañana, por

cierto. Le hace ilusión conocerte, y ayudarte.

—¡Entonces, vamos! —exclamó Courtney, echando atrás las mantas y bajando las piernas. Con sumo cuidado se puso de pie y se afirmó en el poste de la cama

hasta que se le pasó el mareo—. Si me ayudas a vestirme, podemos evitar que Matilda se entere de nuestro plan. —Dio un cuidadoso paso, luego otro—. Después

se enterará, por supuesto, pero no tenemos por qué preocuparla por adelantado. Diciendo eso caminó hasta el ropero y lo abrió, con movimientos lentos,

inseguros.

Aurora la observaba con la indecisión reflejada en la cara. Pasado un momento

se levantó, se le acercó y sin ninguna ceremonia sacó uno de los vestidos que le

había prestado.

—Courtney, nada me gustaría más que llevarte al faro —dijo, pasando una mano por la suave muselina—. Pero ¿estás segura de que estás bien para esto?

El

señor Scollard no se va a marchar. Y tú todavía estás muy débil. Podríamos pasar el

día preparándonos para nuestra conversación con el investigador, y dentro de dos o

tres días ir al faro, cuando estés más fuerte.

Courtney cerró las manos en puños.

—Por favor, no me apacigües como si fuera una niña pequeña. Las dos

sabemos que podemos «prepararnos», como lo llamas, en menos de una hora. En cuanto a esperar dos o tres días para ir a ver al señor Scollard... —se le cortó la voz—. No soporto estar en cama, hora tras hora, asaltada por el miedo y la

incertidumbre. Así que, sea capaz o no, debemos intentarlo. Hoy.

Su desesperación debió transmitirse, porque Aurora se giró hacia ella, con las cejas arqueadas y asintió.

—De acuerdo. Entonces lo intentaremos. Saldremos de la casa por la puerta de atrás. Así no nos verán ni Matilda ni los demás criados, aparte, claro, de los

contratados por mi hermano concretamente para vigilar todos mis actos. Pero la

mayoría de esos hombres están apostados en diversos lugares del terreno, no en la

casa. Y no nos darán ningún problema; están bastante acostumbrados a mis idas y

venidas del faro Windmouth.

Courtney le sonrió agradecida.

—Entonces parece que el objetivo ya está conseguido.

Una hora después, había cambiado de opinión.

Apoyándose en un roble, uno que estaba a un tercio de camino hacia su destino, contempló los interminables campos verdes que se extendían ante ella. Se

apartó de la frente unos mechones mojados, con la respiración agitada y superficial. —Jamás me imaginé que tu propiedad fuera tan inmensa —logró decir—.

Hemos caminado una eternidad.

—Courtney, creo que deberíamos volver —dijo Aurora, abandonada toda diplomacia—. Estás a punto de caerte. Venga, déjame que te ayude. —Le cogió el

brazo y añadió alegremente—. Si no te preocupas por ti, preocúpate por mí. Slayde

querrá mi cabeza si soy responsable de empeorar tus lesiones.

Courtney dio otro desganado paso.

—No eres responsable, soy yo. Como te dije antes, no soy una niña. Soy adulta...

Le cedieron las piernas y emitiendo un gemido, cayó sobre la hierba. —

¡Courtney! —exclamó Aurora, acuclillándose junto a ella, totalmente alarmada.

—Estoy consciente —musitó Courtney, apoyando la cara en la fresca hierba y deseando poder dormir hasta que se le pasara la debilidad y el mareo—. Pero sospecho que... tienes razón. Deberíamos... volver... a la casa.

Eso bastó. Aurora se puso de pie de un salto.

—¡Cutterton! —gritó, agitando la mano hacia un grupo de árboles situado en el sector este de la propiedad—. ¡Le necesito!

Silencio. Al cabo de un momento, se movieron ramas y apareció un hombre bajo y fornido, de edad madura. Mirándola incrédulo, avanzó hacia Aurora. — Dese prisa.

—Lady Aurora —dijo él, al llegar hasta ella, en un tono preñado de incredulidad

—. ¿Cómo sabía que podía llamarme a mí?

Ella lo miró igualmente sorprendida.

—¿A quién iba a llamar, si no?

—¿Cómo sabía que yo estaba ahí detrás de esos árboles?

Ella puso los ojos en blanco.

—No sea ridículo, Cutterton. Todo este sector de la propiedad es su dominio.

Así como el lado oeste es el de Plinkert. Tiene hombres estacionados a convenientes intervalos entre ustedes, exactamente como ordenó Slayde. El pobre hombre parecía incapaz de recuperarse.

—¿Todo este tiempo sabía que yo estaba ahí?

—Pues, claro. Ahora, por favor, necesito su ayuda. La señorita Johnston no puede caminar. Tenemos que llevarla de vuelta a la casa.

—Por supuesto, milady.

Sin dejar de mascullar en voz baja, Cutterton se agachó y levantó en brazos a Courtney, aparentemente sin el menor esfuerzo.

—Perdóneme, señorita Johnston, pero creo que sus piernas no la van a sostener.

Ella le sonrió débilmente.

—Gracias, Cutterton.

Apenas tuvo conciencia del trayecto de regreso a la casa, hasta que Siebert, el mayordomo, hizo venir a Matilda, sacándola de sus quehaceres.

—Pero ¿en qué estaba pensando? —preguntó la afligida doncella mientras la metía en la cama—. Y usted también, lady Aurora. ¿No se imaginaría, supongo, que

la señorita Courtney iba a ser capaz de atravesar toda la propiedad en su estado? —Matilda, no le eches la culpa a Aurora —logró decir Courtney—. Trató de disuadirme. Yo me negué a hacerle caso. La culpa es mía, y sólo mía. —Le sonrió débilmente—. Pero seré debidamente castigada, teniendo que escuchar los gritos del conde esta noche. Así que ten piedad de mí.

Matilda sofocó una sonrisa.

—Si lo que intenta es conseguir mi silencio, no se moleste. Aun en el caso de que yo aceptara no decirle nada a lord Pembourne, Cutterton no tardaría en dejar al descubierto nuestro engaño. Sin duda ya está vigilante esperando el regreso de lord

Pembourne, preparado para informarlo en el instante en que su faetón entre por las

puertas. Así que mi blando corazón no puede impedir la furiosa parrafada del conde. —Ni debería —dijo la señorita Payne, entrando en la habitación, su tono tan

almidonado como su uniforme—. Yo tomaré el relevo, Matilda. Es evidente que se

necesita una mano más firme para asegurar que la señorita Johnston tenga una total

y rápida recuperación.

Una fugaz expresión de sorpresa pasó por la cara de Matilda.

—Muy bien.

—Gracias por su preocupación, señorita Payne —terció Courtney, sin poder soportar el azoramiento y pena que vio en los ojos de Matilda—, pero de verdad

haría falta un ejército para tenerme encerrada tanto tiempo. Matilda ha hecho un

trabajo maravilloso. Después de todo, según lord Pembourne, el doctor Gilbert me

creía tan débil y agotada que suponía que tardaría una semana o más en estar lo

bastante fuerte para sostenerme sobre mis dos pies. Y en la mitad de ese tiempo,

mis lesiones y heridas están prácticamente curadas, estoy levantada largos periodos de tiempo, y estoy impaciente por poner fin a mi periodo de encierro. — Sonrió—.

Los expertos cuidados de Matilda y la pericia de la cocinera con mi dieta, son los responsables de ese milagro. Por desgracia, no pueden extender sus habilidades a remediar mi falta de sentido común. Así que, por favor, no condene a nadie por mis estúpidos actos.

La señorita Payne pareció ablandarse un poco.

—Matilda sabe muy bien que no la reprendía a ella —dijo, haciendo un gesto de aprobación hacia la doncella—. Es tan excelente cuidadora como usted ha dicho.

Sólo quise decir que tal vez necesitaba la ayuda de alguien con el corazón ligeramente menos tierno.

—Sólo si ese alguien tiene también los pies más ligeros —terció Aurora alegremente—. Como sabe, señorita Payne, soy experta en escapar del encierro, aun cuando hacerlo sea una estupidez. Bueno, está claro que mi nueva dama de compañía es igualmente experta. Me parece que el personal de Pembourne va a tener muchísimo trabajo.

—¿Dama de compañía? —preguntó la señorita Payne mirando al suelo. —Sí. Slayde le pidió a Courtney que se quedara. —A Aurora se le curvaron los labios—. Para colaborar en mantenerme en línea.

—El Señor nos ampare —dijo Matilda mirando al cielo y poniendo en blanco los ojos.

—Comprendo —dijo la señorita Payne, ocupadísima en cerrar un poco las cortinas para aminorar la luz del sol de la tarde que entraba a raudales en el dormitorio—. Matilda, ¿podrías ir a buscarle una bandeja con merienda a la señorita

Johnston? Debería comer algo antes de echar una siesta.

—Por supuesto.

Sonriéndole a Courtney, agradecida, la doncella se apresuró a salir. —Siebert

dice que iban de camino al faro —comentó la señorita Payne en tono despreocupado, observando el jarro para ver si tenía agua fresca—. ¿A qué? —A ver al señor Scollard, ¿a qué, si no? —contestó Aurora—. Deseaba que Courtney lo conociera.

—¿Tanto lo deseaba que arriesgó su salud?

—Como he dicho, fue culpa mía —repitió Courtney—. Esperaba que el señor Scollard me ayudara con su percepción, me revelara algo que me diera cierta paz.

Le rogué a Aurora que me llevara. Ella no tenía otra opción, aparte de atarme a la

cama.

—Bueno, trate de recordar que el cuerpo no siempre es capaz de hacer lo que se le ordena que haga.

—Sí, lo intentaré.

La señorita Payne se alisó su uniforme.

—Iré a ayudar a Matilda. Pero volveré —añadió adrede—, a asegurarme de que sigue en la cama.

En el instante en que dejaron de oírse sus pasos por el corredor, Aurora se desternilló de risa.

—Pobre señorita Payne. Se toma muy en serio su trabajo. Ha trabajado para mi familia más de veinte años. Mi padre la contrató antes de que yo naciera. No creo

que alguna vez se adapte a mi imprevisible comportamiento, por mucho que lo intente.

—Entonces dudo que le vaya bien conmigo —dijo Courtney, esbozando una leve sonrisa, que al instante se desvaneció—. Lo siento si mi estupidez tiene consecuencias desagradables para ti. No era mi intención meterte en dificultades. Aurora se encogió de hombros.

—Siempre estoy en dificultades. He aprendido a desentenderme de ellas. Y ahora que estás tú aquí, tengo a alguien con quien desentenderme.

—Nada de esto va a hacer muy feliz a Slayde —dijo Courtney, medio para sí misma—. No quería llevarme a Londres, debido a mi debilidad. Creo que sintió un

enorme alivio cuando el viaje se hizo innecesario. Y esta mañana prácticamente me

ordenó que me quedara en Pembourne hasta que él volviera con el investigador esta

noche, y yo le hice creer que lo haría.

Aurora la estaba mirando con los ojos como platos.

—¿Convenciste a Slayde de que te llevara a Londres? ¿Cuándo? —Esta mañana íbamos a partir, con la esperanza de encontrar a Armon. Pero la visita del agente de Bow Street...

—No me refería a cuándo iríais —interrumpió Aurora—. Quise decir cuándo lo convenciste.

Sonaron campanillas de advertencia.

—Ayer. Cuando volvió de Morland.

—Increíble —dijo Aurora, moviendo la cabeza—. En veinte años, jamás he logrado «convencer» a mi hermano de nada. Bueno, aparte de que te persuadiera de quedarte aquí.

Courtney sintió subir el rubor por el cuello.

—Aurora...

—Por favor, no pidas disculpas. Lo encuentro absolutamente extraordinario. No

veo la hora de ver adónde conduce.

—¿Adónde conduce? —Courtney tenía la garganta tan oprimida que casi no podía hablar—. Aurora, le das demasiada importancia a eso. Tu hermano es un hombre bueno. Eso, combinado con su trágica experiencia, lo hace muy compasivo

conmigo, por mis lesiones y por haber perdido a mi padre. Quiere ayudarme. Y, sí,

en cierto modo, nos entendemos. —Al ver a Aurora arquear las cejas, escéptica,

añadió—. Muy bien, hay atracción entre nosotros. Pero eso es todo. No hay nada más.

—Todavía.

—¿Qué te hace pensar que lo habrá?

—La forma como se te iluminan los ojos cuando dices su nombre. El que te ha hecho confidencias que juraba firmemente no hacer jamás, y ni siquiera comentar, ni

a mí ni a nadie. —Se cogió del poste de la cama y la miró francamente a los ojos—.

Courtney, no puedo decir que conozco bien a mi hermano. Pasa más tiempo en el extranjero que en casa. Pero soy lo bastante lista para comprender el motivo de eso.

Huye de algo; sólo es cuestión de tiempo que caiga en la cuenta de que ese algo es

él mismo y que, por lo tanto, no puede escapar. Si tú eres la destinada a ayudarlo a

percibir eso, darle un motivo para quedarse aquí, estoy feliz.

Courtney tragó saliva, bajó la vista y fijó los ojos en los dibujos de la colcha.

—¿Crees que eso es posible?

—¿Le tienes afecto? —le preguntó Aurora a su vez.

—Sí —ese «sí» le salió apenas en un murmullo—. Sé que aún no hace una semana..., pero cuando estamos juntos, me siento... Sí.

—Entonces ya tienes tu respuesta.

—No del todo —dijo Courtney, sonriendo tristemente—. Creo que es necesario

que Slayde me corresponda el sentimiento para que tus suposiciones se hagan realidad. Y dado su fuerte deseo de autonomía, me parece que tengo una formidable

tarea por delante.

—Cierto. Vas a luchar contra toda una vida de soledad y sólo Dios sabe qué más. Pero por lo que he visto, eres una excelente luchadora.

A Courtney se le ensanchó la sonrisa.

—Sí que lo soy, y también soy una horrorosa perdedora.

—Entonces no pierdas —repuso Aurora, haciéndole un guiño de complicidad.

—Haré todo lo que pueda.

—Y triunfarás, porque, además de tus sentimientos y resolución, tendrás muchísimas oportunidades, ofrecidas por la mejor cómplice de todas, yo. Courtney se incorporó un poco para cogerle la mano y se la apretó. —A pesar de la tragedia que me trajo a Pembourne, me alegra que nos hayamos conocido.

—A mí también.

Aurora se quedó callada al ver entrar a la señorita Payne con una humeante bandeja en las manos.

—Mandé a Matilda a su cuarto a descansar un poco —anunció ésta, dejando la bandeja en la mesilla de noche—. La cocinera ha puesto dos porciones de

todo,

para que estas dos damitas puedan hablar mientras comen. Pero cuando hayan terminado, la señorita Johnston debe descansar. ¿Está claro eso?

—Muy claro —contestó Aurora—. Gracias, señorita Payne.

—De nada. Cómase todo lo que tiene en su plato —dijo a Courtney—. Está tan delgada como un junco. La buena alimentación acelerará su recuperación. — Sí, señora.

Después de quitar unas motas de polvo imaginarias de algunos muebles, la señorita Payne salió de la habitación.

—Yo serviré —dijo Aurora, mientras se levantaba para coger los dos platos y le

pasaba uno a Courtney—. Cómelo todo, hasta el último bocado —bromeó, volviendo a sentarse en su sillón. Cortó un trozo de cordero y, antes de llevárselo a

la boca, miró a Courtney con expresión interrogante—. ¿De veras Slayde cree que

alguien supo de mi viaje a Londres por pura casualidad y aprovechó la oportunidad

para exigirle el diamante negro?

—No —contestó Courtney, con la boca llena.

—Ya me lo parecía. —Comió un poco—. Cree que el responsable es el duque de Morland.

Courtney terminó de tragar el bocado.

—Sí. En su opinión, el duque sabía de tu naturaleza inquieta y deseos de escapar, porque llevaba tiempo haciendo vigilar la propiedad y estaba al tanto de tu

comportamiento, por lo tanto sólo estaba esperando una oportunidad como la que le

ofreciste cuando te marchaste a Londres. Entonces actuó. —Contempló su plato—.

Yo encuentro bastante inverosímil esa teoría. Por otro lado, estoy de acuerdo en que

el duque es el sospechoso más lógico. Odia a tu familia y ha codiciado el diamante

negro desde hace años. Y está el hecho de que no estaba en su propiedad en el momento en que asesinaron a Armon.

—Y estaba sobrio cuando volvió —añadió Aurora, recordando ese detalle del

relato que le hiciera Courtney—. A lo mejor la idea no es tan estrambótica como parece. Sobre todo dada la irracional intensidad del odio que nos han tenido los Bencroft generación tras generación. Ah, es cierto que nunca he creído mucho en la capacidad de Lawrence para vengarse, como creía Slayde, con todos estos años que se ha pasado borracho y encerrado en su casa. Pero ahora que ha cambiado eso, las sospechas de Slayde son más que justificadas.

Courtney se aclaró la garganta.

—¿Tú crees que los Bencroft estuvieron implicados en el asesinato de tus padres?

La cara de Aurora se contrajo de pena.

—¿Sinceramente? No lo sé.

—Perdona —se apresuró a decir Courtney, arrepentida de haberle causado aflicción—. No era mi intención apenarte con mi pregunta. No quiero hacerte sufrir.

Olvidalo.

—No, de verdad, no me duele hablar de eso. Dios sabe cuántas veces lo repasé todo para contestar las preguntas de los investigadores, y luego una y otra

vez con Slayde. Me pasé meses, años, estrujándome el cerebro en busca de algún

detalle que pudiera haber olvidado, algo que sirviera para identificar al asesino. El

problema es que entonces yo sólo tenía diez años, por lo tanto estaba profundamente dormida en mi habitación, que está a una planta y a casi la mitad de

la casa de distancia de donde tuvo lugar el asesinato. No oí nada, ni ruido ni gritos; por lo tanto la pregunta es, entonces, ¿mis padres conocían al asesino y lo hicieron pasar a la casa de buena gana? ¿O acaso el asesino los cogió por sorpresa y actuó tan rápido y silencioso que nadie de la casa lo oyó?

Sencillamente no lo sé. Pero sí

puedo decir una cosa, creo que Chilton Bencroft era capaz de cometer asesinato. —¿Lo recuerdas?

Aurora se estremeció.

—Sólo lo vi una vez, ese horrible día en que irrumpió en la casa. Eso me bastó.

Chilton Bencroft no era un hombre que se pudiera olvidar. Sobre todo tratándose de

una niña. Era el tipo de hombre que deja una imagen terrible, duradera, en la mente

de una chiquilla. Sus ojos parecían arder de una furia que rayaba en la locura. Su

voz podía apagar el ruido de un trueno, y las amenazas que le gritó a mi padre se

oyeron en toda la primera planta, las oí yo y los criados. Y, por supuesto Slayde, que

fue el que lo obligó a marcharse por la fuerza.

—¿Y Lawrence? ¿Lo recuerdas?

Aurora frunció el ceño.

—Tengo un recuerdo muy vago. Sólo recuerdo a un hombre alto, de pelo negro, con una copa en la mano. Chilton era tan imponente que casi no me fijé en su

hijo. ¿Era Lawrence capaz de asesinar? No lo sé.

—Bueno, Slayde cree que lo era, en ese tiempo hasta cierto punto, ahora, totalmente. Chilton ya no está. Si Lawrence contrató a Armon para que matara a mi

padre, se apoderara de su barco y extorsionara a Slayde para obtener el diamante

negro, lo hizo solo.

—¿Cómo piensa demostrar eso Slayde?

—Está investigando todas las actividades de Lawrence desde que dejó su encierro en casa, como también todos sus tratos y transacciones de negocios.

Si el

duque tiene en su poder el diamante negro o está relacionado con Armon de cualquier manera, Slayde lo descubrirá y usará esa información para condenarlo a

Newgate.

—Y los asesinatos de tu padre y de los míos quedarán vengados —concluyó

Aurora fervientemente.

Courtney siguió con un dedo el dibujo de la tela de la servilleta. —Vengados,

sí, pero eso no cambiará la realidad de sus muertes. La primera vez que hablamos, cuando yo recuperé el conocimiento, Slayde me dijo que la venganza no me aliviaría el dolor. Tenía razón. Si mi padre murió, no hay venganza ni castigo que lo pueda resucitar. Eso forma parte de todos los conflictos y dudas que Slayde se ha esforzado en resolver todos estos años. Anhela justicia, pero sabe que eso no le va a aliviar esa sensación de pérdida que ha sufrido desde la muerte de vuestros padres. —Tragó saliva—. Ay, Dios, cómo querría poder ayudarlo. —Yo creo que lo estás ayudando, más de lo que él se da cuenta. —Aurora le miró atentamente la cara—. Tal vez más de lo que tú te das cuenta también. Come —dijo entonces, haciéndole un gesto hacia su plato—. Necesitas tus fuerzas, para hablar con el investigador y soportar el rapapolvo de mi hermano cuando se entere de tu intento de ir al faro. —Sonriendo, cortó otro trozo de cordero—. No te envidio. Las risas de las dos jóvenes llegaron al corredor, donde se encontraba la señorita Payne fingiendo estar absorta revisando su lista de quehaceres. Metiéndose el papel en el bolsillo, miró hacia ambos lados, y comprobó que no había nadie en el corredor. Tranquilizada, echó a andar a toda prisa, muy consciente de la urgente responsabilidad que acababa de presentársele. Era imperioso que informara de todo lo que se había enterado. Lo más pronto posible.



Capítulo 8

—Aurora, necesito hablar contigo inmediatamente.

Aurora se levantó del escritorio, cogió la misiva a la que acababa de poner la dirección y lo miró muy tranquila.

—Sí, claro, ya me lo imagino. —Desentendiéndose de la formidable presencia de su hermano en la puerta, pasó junto a él y salió al corredor—. ¿Constance? —dijo a una criada que pasaba por allí en aquel momento—, ¿me haces el favor de llevarle esta carta a Siebert y pedirle que la haga llegar a lady Stanwyk antes de que anochezca?

—Por supuesto, milady. —La chica cogió la carta, hizo una reverencia y se alejó a hacer el recado.

—¿Planeando otra excursión? —preguntó Slayde, sarcástico.

La sonrisa de Aurora fue radiante como un rayo de sol.

—Si lo estuviera, habría sido lo bastante lista para hacerlo mientras estabas en Dartmouth. Pasa, por favor —añadió, entrando en la habitación.

Él entró y cerró la puerta.

—Por el amor de Dios, Aurora, ¿en qué estabas pensando?

Ella lo miró, cruzada de brazos, sin simular siquiera que no entendía la causa de su preocupación.

—¿Que en qué estaba pensando? En que Courtney estaba desesperada por hacer algo, por encontrar la manera de resolver en algo sus dudas y por poner orden en su vida. En que si me hubiera negado a acompañarla ella habría intentado ir sola hasta el faro... y en ese caso yo no habría estado ahí para pedir ayuda y ella podría haber sufrido una recaída.

—¿Quieres convencerme de que esa caminata fue idea de Courtney?

—No quiero convencerte de nada. Como le dije a Courtney, en veinte años jamás he conseguido eso, así que ya he renunciado. Simplemente te he dicho la verdad.

Slayde hizo una inspiración entrecortada.

—Courtney no me dijo nada de sus intenciones, y la vi esta mañana justo antes de marcharme.

—Supongo que sabía cuál sería tu respuesta y prefirió el secreto a la guerra.

—No lo encuentro divertido.

—No, eso ya lo veo. —Bajó la cabeza un momento—. ¿Contrataste a un investigador? ¿Vino aquí contigo?

—Sí, está en la biblioteca con Courtney —repuso Slayde. La miró atentamente; su expresión, aunque muy controlada, era de preocupación—.

¿Está bien?

Aurora casi sonrió al notar esa vulnerabilidad sin precedentes en su tono.

—¿No la has visto?

—Sólo de paso. La presenté al señor Oridge, que quería hablar con ella un rato. Dentro de un momento bajaré a reunirme con ellos.

—Primero tenías que darme la paliza a mí.

—No te he dado una paliza. Sólo te he interrogado.

—Acusado, querrás decir —corrigió Aurora, y continuó sin esperar respuesta—. Creo que no te has dado cuenta de lo resuelta y fuerte de carácter que es Courtney. No le hace ninguna falta que alguien le meta ideas en la cabeza. Ella lo hace muy bien sola.

—Eso me ha dicho. —Se suavizó la mirada de Slayde—. Si he sido injustamente duro, te pido perdón. —Se aclaró la garganta—. Ahora, si me disculpas, bajaré a la biblioteca.

—Sí, por supuesto.

Aurora lo observó salir, sus labios curvados en una satisfecha sonrisa. «Ha pedido perdón. Su segundo acto sin precedentes del día.»

Tal vez era el momento de dejar de buscar aventuras fuera de las puertas de hierro de Pembourne. Al parecer, la vida en casa se iba a volver muchísimo más interesante.

Cuando Slayde llegó a la biblioteca, no había nadie allí. Perplejo, echó a andar por el corredor, asomándose a las salas. En ninguna había nadie.

—¿Pasa algo, milord? —le preguntó Siebert desde el vestíbulo.

—Tenía la impresión de que la señorita Johnston y el señor Oridge estaban en la biblioteca. Por lo visto, estaba equivocado.

—Creo que estuvieron unos diez minutos o algo así, señor. Después se retiraron a sus respectivas habitaciones.

—Comprendo.

Slayde ya iba subiendo la escalera, de a dos peldaños.

—Adelante —contestó Courtney a su golpe en la puerta.

Entró y al instante la vio asomada a la ventana abierta, mirando hacia el camino de entrada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, cerrando la puerta.

—Muy bien —respondió ella, sin volverse—. Estaba pensando que desde esta ventana no se ve toda tu propiedad. Los terrenos de Pembourne son mucho más extensos de lo que me habría imaginado. —Suspirando se giró a mirarlo, como un prisionero ante un pelotón de ejecución—. Pero claro, supongo que mi encuentro con tus terrenos es exactamente el tema que has venido a tratar.

—Primero dime por qué fue tan breve tu conversación con Oridge.

Courtney comenzó a jugar con los pliegues de su vestido.

—Tu investigador es un hombre muy sagaz. Creo que se dio cuenta de que yo estaba muy alterada. Y puesto que piensa estar aquí la mayor parte de mañana, reuniendo toda la información que pueda, me sugirió que dejáramos para entonces nuestra conversación a fondo, y después de eso subirá a bordo de uno de tus barcos y zarpará inmediatamente.

—Sensata idea.

—Fue del señor Oridge. —Se metió un mechón suelto detrás de la oreja y le sonrió traviesa—. Pero claro, puesto que encuentras sensata la sugerencia, sin duda imaginaste de quién era. Tengo la clara impresión de que en estos momentos no tienes muy buena opinión de mis ideas.

Él no le correspondió la sonrisa.

—O sea que Aurora me dijo la verdad. Fuiste tú la que inició esa estúpida excursión al faro.

—¿Ya hablaste con Aurora? —preguntó ella, moviendo la cabeza exasperada—. Ojalá tuvieras más fe en tu hermana. No es una idiota ni una niña. Y tampoco es una mentirosa. Espero que no hayas desahogado tu furia con ella.

—Empecé, pero ella me paró.

—Estupendo, porque es cierto que intentó disuadirme de ir. Yo no le hice caso.

—¿Por qué?

Las pestañas de Courtney se posaron en sus mejillas.

—Sabes la respuesta. Necesito hacer algo. Pensé que tal vez una conversación con el señor Scollard me daría alguna especie de señal.

Slayde se le acercó y la cogió por los hombros.

—¿Una señal de qué? ¿De que tu padre está vivo? Courtney, el señor Scollard sólo es un hombre, no un dios, sea lo que sea que te haya dicho Aurora.

Ella contestó con un apenado silencio.

Slayde deseó retirar sus palabras y al mismo tiempo zarandearla e inculcarle un poco de juicio.

—Courtney...

—Slayde, ésta es una discusión inútil. Además, tenemos cosas más importantes de qué hablar. —Echó atrás la cabeza y le miró a la cara—. ¿Te enteraste de algo en Dartmouth?

—No de mucho.

Al instante su mirada pasó a sus labios. Condenación. ¿Qué tenía esa mujer que le reducía a cenizas toda su resolución, todas las promesas que había

cumplido todos esos años? Todo el trayecto en coche hasta Dartmouth lo pasó repitiéndose los motivos para mantenerse alejado de ella, para no hacer caso de la atracción entre ellos. Y aún no hacía una hora que había vuelto a casa, y no era capaz de pensar en otra cosa que cogerla en sus brazos y saborear su boca.

—¿Slayde? —dijo ella, mirándolo interrogante—. ¿Me ocultas algo?

—No —repuso él, obligándose a recordar el asunto fundamental que tenían entre manos—. Hice muchísimas preguntas, obtuve los nombres de tres comerciantes que tienen fama de ser expertos falsificadores y según los rumores llevan a cabo transacciones ilícitas. Pero resulta que dos de ellos están en la cárcel y el otro se fue a establecer en París, para explorar el terreno en busca de clientela nueva. Ninguno de ellos ha estado en Dartmouth en todo este mes, por lo tanto ninguno pudo haber sido el contacto de Armon. Me hablaron también de un cuarto individuo, un tal John Grimes, un desagradable comerciante que al parecer vende de todo, desde cuadros a joyas valiosas. Por desgracia, ha estado ausente de la ciudad desde ayer, y no esperan su regreso hasta la próxima semana. No dije mi nombre, sólo dije que ando buscando un determinado cuadro y si me podían dar su nombre porque tal vez él podía tener alguna información. Así no estará prevenido ni intentará huir. Pero cuando vuelva de sus vacaciones, estaré esperándolo.

»En cuanto a los contactos de Armon —continuó, frunciendo el ceño, con asco—. Estuve en todas las tabernas de Dartmouth, y repartí montones de billetes de libra. Los gusanos que frecuentan esos lugares cogieron mi dinero, dijeron que conocían a Armon y luego me explicaron exactamente lo que yo ya sabía: que Armon capitaneaba el *Fortune*, que él y su tripulación eran archiconocidos por los botines que obtenían en el mar; que últimamente había empezado a jactarse de que pronto le llegaría una inmensa suma de dinero, suficiente para mantenerse gordo y feliz el resto de su vida. Nada de eso fue una gran revelación. Así que, efectivamente, no tengo nada concreto de que informar.

—Comprendo —dijo ella.

Él sintió en las manos cómo se le tensaban los hombros.

—Acabamos de empezar —le dijo tranquilamente—. Resolveremos este misterio. No olvides que te di mi palabra.

Ella hizo esa apenada sonrisa.

—No lo he olvidado. Eso es lo que me mantiene cuando todo lo demás parece sin esperanzas.

—Cutterton dijo que caíste al suelo —dijo él, notando lo ronca que le salió la voz—. Que te trajo de vuelta a la casa.

—Es cierto. Fue muy, muy amable.

—Y tú estás muy, muy débil. —Le enmarcó la cara con las manos—. ¿Qué debo hacer para impedirte que pongas en peligro tu recuperación? ¿Encerrarte con llave en tu habitación?

—Eso depende. ¿Estarías aquí encerrado conmigo?

En el instante en que ella dijo esas palabras, él notó que se sentía tremendamente humillada, como si quisiera hundirse en el suelo y morir. También notó su cara caliente en las palmas, y dos manchas casi tan rojas como su pelo le tiñeron las mejillas.

—Perdona...

—Sí —se oyó decir él, conmovido por esa sinceridad e impulsado por algo más fuerte que su resistencia—. Sí, estaría aquí contigo.

Dicho eso, bajó la cabeza y le cubrió la boca con sus labios.

Fue tan natural como avasallador, sus corazones y cuerpos cobraron vida al mismo tiempo, y pedían más. El beso se calentó, ardió y explotó, y los preliminares fueron dejados de lado, por indeseables e insoportables.

Emitiendo un sonido de dicha, Courtney le echó los brazos al cuello, abrió la boca para que él se la penetrara y se puso de puntillas para facilitárselo.

Slayde cogió lo que le ofrecía, ardientemente, ansioso de abrazarla, saborearla, absorber el milagroso bálsamo que ella le procuraba, llenar ese desconocido vacío de su interior que de pronto le parecía infinito, insoportable.

—Courtney.

Cerró los dedos en su pelo, cogiendo a puñados esa fresca y exquisita seda, poseyendo su boca con la lengua, fundiéndola con la de ella. Sintió pasar por ella un estremecimiento y sintió aumentar la presión de sus brazos en su cuello, profundizando el beso que ya estaba descontrolado.

Al diablo el control.

La estrechó con más fuerza y con los labios le fue dejando una caliente estela de besos por el cuello, la garganta, la elevación superior de sus pechos. Recordaba la sensación de su piel desnuda en su palma, su pezón endurecido, su pecho hinchándose con sus caricias. Dios santo, se había vuelto medio loco recordando, deseando fervientemente no volver a tocarla jamás y deseando más fervientemente aún no haber parado nunca.

—Slayde, eso es tan...

Él sintió vibrar su nombre en los labios cuando los iba deslizando por su corpiño.

—Lo sé.

Volvió a apoderarse de su boca, devorándosela con una urgencia que excluía todo lo demás. Con las manos temblorosas le desabotonó el vestido, y al tocarle la suave piel de la espalda, se estremeció con el punzante deseo generado por ese simple y muy inocente contacto.

Sin pensarlo y sin importarle, la cogió en los brazos y fue a depositarla en la cama, bajando con ella, sintiendo correr por él el deseo como ríos de fuego.

—Te deseo —dijo con la voz áspera, junto a su boca—. Dios santo, Courtney, jamás en mi vida había deseado así.

Si ella contestó, él no la oyó. Habiéndole bajado ya el vestido por los hombros, le bajó la camisola, casi loco por la necesidad de verla, saborearla, acariciarla. Apenas podía respirar por el golpeteo del corazón en el pecho, golpeteo que se intensificó con el primer vislumbre de su belleza absolutamente sin mácula. Durante un momento infinito, se limitó a mirar, pasmado por los suaves y delicados montículos, los pezones rosa claro que se empezaron a endurecer con sólo su mirada.

—¿Slayde?

En alguno de los confusos recovecos de su mente, la oyó. Se obligó a apartar la mirada de sus pechos para mirarla a los ojos, que lo miraban tímidos e inseguros.

—¿Qué?

—¿Estoy bien?

Él casi no podía hablar.

—¿Que si estás bien? Eres... —¿cómo demonios encontrar las palabras correctas cuando todavía no se habían inventado?—. Eres un milagro.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tú eres un milagro.

Slayde sintió atravesado el corazón por una punzada de culpa.

—No, cariño. —Bajó la cabeza y le besó el valle entre los pechos, tratando de fortalecerse para parar ahí—. Soy cualquier cosa menos un milagro.

—Me salvaste la vida —musitó ella, introduciendo los dedos en su pelo—. Y me despertaste a sentimientos que no sabía que existían. Si eso no es un milagro, ¿qué es?

Esa conmovedora declaración le dio a él la fuerza que le faltaba. Se incorporó lentamente y miró sus ojos empañados.

—Soy un Huntley, cariño. Eso es una maldición, no un milagro.

—No creo en maldiciones. Y tú tampoco. Tú mismo me lo dijiste.

—Dije que no creo que el diamante negro esté maldecido —enmendó él—. Lamentablemente, su búsqueda sí lo está. Y mi familia está en el medio de esa búsqueda.

—La búsqueda terminó.

—Pues no.

A eso siguió un pasmado silencio, sólo interrumpido por el tic tac del reloj.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella al fin.

Slayde se sentó, desgarrado entre la emoción y el pragmatismo, entre el deseo de protegerla y la sinceridad.

—Tenemos que hablar.

—Eso está claro.

Courtney se sentó y se subió el vestido con movimientos torpes, inhibidos.

—Permíteme —dijo él, arreglándole la ropa, deseando poder retirar sus francas palabras.

Condenación, jamás había hecho intervenir a nadie en sus decisiones, jamás había revelado sus pensamientos ni sus actos a nadie, y mucho menos en un momento como ése, en que había tantas cosas en juego. ¿Qué le pasaba, que no era capaz de mantener cerrada la boca? ¿Es que además del corazón estaba perdiendo el juicio también?

—No llego a los botones —dijo Courtney, con la voz ahogada, por tener la cabeza gacha, tratando de llegar a los botones de la espalda—. Abotónamelos y yo me arreglaré el resto.

Mirando su brillante corona de pelo rojo dorado, Slayde sintió una oleada de vergüenza y remordimiento. Él era el responsable de que Courtney se estuviera censurando y se sintiera humillada. Había actuado egoístamente, incitado por esos sentimientos que eran nuevos para él, algo que no tenía derecho a hacer. Porque aunque ella le anulaba el autodomínio, la razón y la cordura, se había aprovechado de ella, sabiendo que no podía haber ningún futuro para ellos, sabiendo que no le causaría otra cosa que sufrimiento. ¿Qué podía decirle, por el amor de Dios, para aliviarle la confusión e inseguridad que sentía?

¿Aliviarle? Demonios, sólo se las iba a intensificar.

Le levantó el mentón con el índice.

—Courtney, antes de lanzarme a darte una explicación que será muy complicada, es importante para mí que sepas que dije en serio cada palabra

que te dije hace un momento. Eres hermosa, y jamás en mi vida he deseado a nadie como te deseo a ti.

Ella levantó la cabeza y él se sorprendió al no ver ni la vergüenza ni el pesar que se había imaginado. Por el contrario, la expresión de esos ojos verde mar que le escrutaban la cara era dulce, no contrita ni preocupada.

—Te creo —dijo ella—. No necesitas convencerme. Ni consolarme. No lamento ni un solo instante de lo que acaba de ocurrir, de lo que casi ocurrió —enmendó—. Lo que sí lamento son tus motivos para apartarte.

—No sabes cuáles son esos motivos.

—Tal vez no, pero sospecho que nacen de tu concepto de protección. Quieres protegerme a mí y protegerte tú.

Esa evaluación lo distrajo de lo que iba a decirle.

—¿Protegerme yo?

—Por supuesto —suspiró ella—. Eres más experto en protegerte tú que en proteger a otros. De esto último eres consciente, de lo otro no.

Esa capacidad de percepción era pasmosa, y si la constricción que sentía en las entrañas era un indicio, tenía razón.

—Dime, puesto que no soy consciente, ¿de qué me protejo?

—Del sufrimiento. De permitir que alguien entre en tu vida, en tu corazón. De permitir que alguien penetre esos treinta y un años de soledad, soledad reforzada por el dolor de la muerte de tus padres. —Le puso la palma en la mandíbula—. Te comprendo, Slayde. Es mucho más fácil, mucho más seguro, continuar solo, sin afectos.

—Más seguro, sí —dijo él, irónico, moviendo la cabeza—. Pero ¿más fácil? No, desde que te conocí.

Ella sonrió, con los labios temblorosos.

—Yo también lo siento, lo sabes.

—Sí, lo sé. Y aunque sea protegerme, esto no debe ocurrir, nunca. —Se levantó y caminó hasta la ventana—. No debe ocurrir nada entre nosotros.

—¿Dónde está el diamante, Slayde?

—No tengo idea. —Cogió la cortina y arrugó la fina tela en el puño—. Jamás lo he visto.

—¿Qué le diste a Armon, entonces?

—Una falsificación. Una excelente, hecha por el mejor y más discreto joyero de Inglaterra.

La oyó ahogar una exclamación.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudo un joyero hacer una réplica de algo que no ha

visto ni un alma viviente? ¿De qué modelo se sirvió? ¿Y cómo pudo hacerlo lo bastante auténtico para engañar a un ojo conocedor?

—Una joya que nadie ha visto nunca es con mucho la más fácil de imitar. Al fin y al cabo, no hay nadie que pueda negar la autenticidad de su forma. ¿Su valor? Ah, ésa es otra historia. Así pues, en respuesta a tu última pregunta, mi imitación no engañaría a un ojo conocedor. Afortunadamente, Armon no poseía ese ojo, como tampoco, si es por eso, el hombre para el que hizo el trabajo, a no ser que dé la casualidad de que sea una autoridad en joyas. Lo más probable es que sólo el experto que finalmente compre la piedra tenga el conocimiento para descubrir la verdad. —Miró, sin ver, los campos de Pembourne—. Yo estaba en un apuro inconcebible. Creía que Aurora estaba secuestrada; el cabrón que la tenía me exigía algo de cuyo paradero no sabía nada. Mi única opción era convencerlo de que le entregaría la piedra a cambio de la vida de Aurora. Ah, supongo que podría haber explorado todas las cuevas de Cornualles rogando a Dios que me hiciera tropezar con el diamante. Pero, dada la cantidad de hombres que, generación tras generación, han hecho eso y fracasado, las posibilidades y el tiempo estaban en mi contra. Sólo tenía unos pocos días para encontrar una alternativa. Así que la encontré. Acudí a un excelente joyero que da la casualidad es también un amigo, y de confianza. El improvisó un diamante. Fue bastante fácil. Al fin y al cabo, no nos importaba la exactitud de cada una de las facetas. Como he dicho, no hay ninguna persona viva hoy en día que haya visto esa piedra, y las descripciones son tan legendarias como variadas. En cuanto al color, el ónix fue un excelente sustituto. La falsificación resultó tan condenadamente buena que yo mismo medio me creí que era el auténtico.

—¿Por qué hiciste creer a todos, incluidas Aurora y yo, que entregaste el verdadero diamante a Armon?

Slayde apretó los labios hasta dejarlos en una resuelta línea.

—Ese instinto protector al que acabas de referirte. A Aurora le aterra la maldición. Si lo recuerdas, cree que es cierta. No quería destruirle la paz mental con la verdad. ¿Y a ti? Tú tienes una mente tan activa como la de Aurora. Si te hubiera dicho la verdad, al instante te habrías puesto a contemplar las posibles consecuencias: ¿Descubriría el engaño Armon? Y si lo descubría, ¿tomaría represalias? ¿Y cómo? No, Courtney —negó enérgicamente con la cabeza—. No necesitabas más preocupaciones para estorbar tu proceso de curación. —Guardó silencio un momento—. Además, no tengo la costumbre de hacer confidencias.

—Eso ya lo sé. Y te agradezco mucho que hayas decidido hacer una excepción conmigo. Tienes mi palabra, jamás traicionaré tu confianza.

A él se le formó un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—¿Entonces, por qué, Slayde? ¿Por qué no puede ocurrir nada entre nosotros? Él soltó la cortina que seguía teniendo aferrada en el puño y la observó alisarse y flotar hasta quedar en su lugar.

—Me hice una promesa el día que murieron mis padres —reveló, en voz baja y áspera—. Juré no permitir jamás que otra persona sufriera a causa de esa maldita maldición.

—¿Qué tiene que ver eso con...? —se interrumpió haciendo una fuerte inspiración—. ¿Temes que si yo formo parte de tu vida, estaría en peligro también?

—Exactamente. Es sólo cuestión de tiempo que se descubra mi engaño. Entonces estaremos de vuelta en el punto de partida. Todos los codiciosos buitres del mundo andarán buscando el diamante negro, y a los Huntley.

—Pero ¿cómo podrían llegar a mí, y hacerme daño? Tienes Pembourne vigilado como una fortaleza.

—¿Y te gustaría vivir dentro de las paredes de una fortaleza?

—Estoy haciendo eso ahora.

—Ahora estás lesionada y débil. Además, Aurora te necesita. Pero ninguna de estas dos situaciones será permanente. Cuando cambien, podrás marcharte de Pembourne, sin miedo y desconectada de los Huntley.

—Slayde...

Él oyó el frufú de su vestido cuando ella se levantó y fue a ponerse a su lado.

—Nunca podré estar desconectada de los Huntley, nunca, después de todo lo que ha ocurrido. —Le tocó la manga—. La unión física no es el único tipo de lazo que une a las personas. En realidad, creo que queda pálida comparada con otro tipo de unión, más profunda, como la de la mente y el corazón...

—Para —dijo él, cogiéndole los codos y acercándola, hasta ver el tormento reflejado en sus ojos—. ¿No entiendes lo que quiero decir? Mi intención es que el apellido Huntley muera conmigo. No habrá esposa, no habrá hijos, no habrá ningún legado que mantenga viva la maldición. Sólo habrá generaciones de hombres codiciosos arrojándose a un infierno en vida, saqueando el planeta en busca del diamante y criando a otros para que hagan lo mismo. Pero no tendrán ninguna otra presa Huntley con qué alimentarse.

Courtney ahogó una exclamación al comprender lo que implicaba esa

declaración.

—¿Te harías eso? ¿Vivir y morir solo, con el único fin de proteger a personas que no aceptarían esa protección si se les preguntara?

—Sí.

—¿Y Aurora? Es una Huntley. Y, como acabas de decir, no puedes tenerla encadenada toda la vida dentro de las paredes de Pembourne.

—No pretendo hacer eso. Mi objetivo para Aurora es encargarme de que se case bien, con un hombre que le dará su apellido y su protección; una vez que se case dejará de ser una Huntley.

—¿Eso es lo que querías decir, entonces, cuando dijiste que Aurora sólo me necesita temporalmente?

Slayde asintió.

—Aurora se marchará de Pembourne, pronto, para hacer su propia vida, una vida de seguridad y libertad. Y de riqueza. Además de la riqueza que su futuro marido pueda y quiera darle, también heredará toda la propiedad Huntley.

—Después de que tú mueras.

—Después de que yo muera —repitió él.

—Maldita sea, Slayde —exclamó ella, echando chispas doradas por los ojos—. ¿Cómo puedes hablar de tu vida como si no fuera otra cosa que un mal ajeno pero necesario, un simple peldaño para otros? Eres un hombre maravilloso. No te vas a condenar a toda una vida de soledad simplemente para mantener a raya una tragedia que igual podría no ocurrir jamás. —Alzó un poco el mentón—. No te lo permitiré.

—No me lo permiti... —se interrumpió, mirándola atónito.

Cual fuera la reacción que había esperado, no era ésa. En realidad, pensándolo bien, sabiendo lo tierno que era el corazón de Courtney, había esperado una apenada compasión, seguida por una triste aceptación. O, dada la intensidad de su reciente encuentro físico, tal vez desencanto por haber permitido él que las cosas entre ellos avanzaran hasta ese punto cuando prácticamente no había ninguna esperanza para un futuro.

Pero no, ella desafiaba su decisión y juraba resucitar su vida, resuelta a salvarlo de sí mismo.

Su autónomo corazón cedió un poquito más, pero su precaria resolución se intensificó.

—Gracias —dijo, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Me siento humilde. Jamás nadie ha... —Se aclaró la garganta—. También sigo firme en mi decisión. Ahora más que nunca. —Silenció su protesta, colocándole

suavemente el índice en los labios—. No sigas. No cambiaré mi decisión. Y te aseguro que ni siquiera tu voluntad es tan fuerte como para doblegar la mía. — Haciendo un tremendo esfuerzo, la soltó y se alejó—. Saldré mañana a primera hora.

—¿Mañana? —repitió ella, con la voz temblorosa, si a causa de lo que acababa de decir él o por la discusión, difícil saberlo—. Pero el señor Oridge está aquí —añadió.

—Lo sé, pero necesita hablar contigo, no conmigo.

—En otras palabras, vas a huir.

Slayde se giró y la miró con los ojos entrecerrados.

—No. Iré a Morland. O por lo menos a las afueras de la propiedad, donde está apostado mi investigador. Quiero averiguar si se ha enterado de algo de interés; si Morland ha hecho algún viaje inesperado, si se ha encontrado con alguien de importancia o de recursos. Después volveré al pueblo, visitaré a su banquero y a su abogado y ejerceré más presión, la suficiente, espero, para amilanar a uno de ellos para que revele aunque sea el más pequeño detalle que lo incrimine. En cuanto a Oridge, volveré con tiempo de sobra para reunirme con él antes de enviarlo en busca del *Fortune* en uno de mis barcos.

—Comprendo —dijo ella, en un tono que le dijo que seguía creyendo que iba a huir.

Demonios, y tenía razón. Iba a huir.

—¿Slayde?

—¿Sí?

La vio avanzar hacia él, y tuvo que combatir el deseo de estrecharla en sus brazos, enviando al cuerno sus promesas.

—El duque podría ser peligroso —musitó ella, poniéndole la palma en la mandíbula—. Ten cuidado.

—Lo tendré.

La tensión crujió entre ellos.

De pronto, Courtney se empinó, le echó los brazos al cuello y le atrajo la boca hacia la de ella.

Emitiendo un ronco gemido, él la estrechó en sus brazos y la besó con desesperación, durante un largo, insoportable y decisivo momento.

Cuando se sobrepuso y puso fin al beso, sintió un palpable vacío al separarse sus cuerpos, y deseó fervientemente ser cualquier otra persona, no un Huntley. Dios santo, no deseaba soltarla. Lo único que deseaba era sumergirse totalmente en el regalo que ella le ofrecía.

Pero no podía hacer eso. La quería demasiado, más de lo que había creído hasta ese momento.

Mascullando una maldición en voz baja, giró sobre sus talones y dejó atrás el abrazo, el dormitorio y a Courtney.

Porque debía hacerlo.



Capítulo 9

Corriendo por el sendero que llevaba a la casa, Aurora miró la posición del sol; no podía ser mucho más de las siete, calculó. Estaba oscuro cuando salió en dirección al faro a las cinco y media. Pero a esa hora el personal ya estaría en pie y habría comenzado la actividad. Estaba impaciente por volver a tiempo para la reunión de Courtney con el señor Oridge, y para la inminente visita de Elinore.

Cuando quedó a la vista el camino de entrada, se detuvo, sorprendida al ver el faetón de Slayde listo para partir y a él subiendo al pescante y cogiendo las riendas.

—¡Slayde! —gritó, corriendo más aprisa para cubrir la distancia.

Slayde levantó la cabeza y frunció el ceño, con una expresión tan malhumorada como la que ponían sus guardias después de una de sus escapadas.

—¿Qué pasa, Aurora?

—¿Adónde vas? ¿No va a hablar con Courtney el señor Oridge esta mañana?

—Voy a Newton Abbot. Y sí. ¿Contestadas bien tus preguntas?

Pestañeando sorprendida, le observó las profundas ojeras. No había pegado ojo esa noche, eso seguro.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No pasa nada —ladró Slayde, apretando más las riendas—. Estoy impaciente por ponerme en marcha. Y por si lo has olvidado, no tengo ninguna obligación de darte cuenta de mis idas y venidas. Si recuerdo bien, es al revés, aun cuando no sigas ese principio. Buenos días.

Acto seguido, con un brusco movimiento de las riendas, puso el coche en marcha.

Aurora se quedó donde estaba, mirándolo boquiabierta, pensando cuál sería el motivo de ese malhumor. ¿Se habría peleado con Courtney? Muy posible,

sobre todo si le había hecho pasar muy mal rato con el sermón por el intento de ir al faro. ¿O sería otra cosa, algo relacionado con el misterio?

Eso era digno de una investigación inmediata.

Al entrar corriendo por la puerta principal, chocó con Siebert y casi lo arrojó al suelo.

—Ay, perdóname, Siebert. Es que traigo una prisa terrible.

Suspirando resignado, Siebert recuperó el equilibrio y la dignidad.

—Eso ya lo veo, milady.

—¿Dónde está Courtney? ¿Está despierta? ¿Desayunando? Aún no se ha reunido con el señor Oridge, ¿verdad?

—No, milady, todavía no. La señorita Johnston está tomando el desayuno en su dormitorio, para conservar sus fuerzas para su conversación con el señor Oridge.

—Ah, ya. Gracias. —Recogiéndose las faldas subió volando la escalera y al llegar a la puerta de Courtney la golpeó con fuerza—. ¿Courtney? ¿Puedo entrar? —preguntó, girando la manilla y entrando directamente.

Sentada ante la mesa junto a la ventana, Courtney estaba con la cabeza gacha contemplando un objeto que tenía en la mano. Levantó la vista y le sonrió tolerante.

—Parece que ya estás dentro.

—Perdona. No debería haber irrumpido así, como una niña malcriada. —Miró desde las lágrimas que Courtney tenía en las pestañas al reloj que tenía en la mano—. Disculpa, he sido muy grosera. Volveré más tarde.

—No, quédate, por favor —repuso Courtney, haciéndole un gesto para que se acercara—. Me vendrá bien la compañía, de verdad.

—Si estás segura —dijo Aurora, vacilante, desgarrada entre la compasión y la impaciencia.

—Sí, segura.

Eso decidió el asunto.

—Estupendo. —Aurora cerró la puerta y fue a sentarse a su lado—. Estabas pensando en tu padre.

Courtney acarició el reloj.

—Sí, estaba pensando que ojalá estuviera él aquí para aconsejarme. Soy muy novata, me parece.

—¿Novata? ¿En qué? Tal vez yo pueda aconsejarte.

—No. No sé por qué, pero creo que no estás en mejor posición que yo para dar consejos. En esto, quiero decir.

—Podría sorprenderte. Ponme a prueba.
Silencio.

—Slayde —dijo Aurora. Sonrió al ver la sorpresa de Courtney—. No te sorprendas tanto. Puede que yo sea «una novata», como dices tú tan bien, en los asuntos del corazón, pero no hace falta tocar una llama para saber que quema. Además, vi a mi hermano cuando se preparaba para marcharse. Eso fue una primicia, por decir lo mínimo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me habría atropellado alegremente, por lo molesto que estaba. La verdad, estaba decididamente irracional. Y, créeme, Courtney, Slayde no es nunca irracional. Exagerado, sí; objetivo, absolutamente. Pero ¿irracional? No. Hierve a fuego lento bajo la superficie, arde de emociones que jamás se permite expresar. Pero por fuera siempre está sereno, impassible, incluso cuando nada le gustaría más que darme una buena paliza. Sencillamente no hace cosas como explotar o descontrolarse, es decir, hasta ahora. —Se le ensanchó la sonrisa—. Según mi evaluación, sólo dos personas podrían haber sido la causa de que mi hermano perdiera su inquebrantable autodomínio: Lawrence Bencroft o tú. Teniendo presente eso, llego a tu habitación y te encuentro con los ojos empañados y alterada. Si sumamos esas dos cosas, no hace falta ser un genio para saber cuál de esas dos personas fue la causa.

—Supongo que no.

—¿Reñisteis?

—Noo, no. Una riña habría sido grata comparada con la conversación que tuvimos.

—¿Qué tipo de conversación? —Al ver que Courtney se movía incómoda en el asiento, añadió—: Sé que es intromisión, pero no puedo ayudarte a superar los obstáculos si no sé cuáles son esos obstáculos.

Suspirando, Courtney dejó el reloj de su padre en la mesa.

—El único obstáculo que veo es también el más difícil de superar, el propio Slayde.

—¿Estás enamorada de él?

Courtney sonrió levemente.

—Ya me hiciste esa pregunta, ¿no?

—No. Lo que te pregunté fue «¿Le tienes afecto?», y tú respondiste «Sí». Ahora te pregunto algo más. ¿Estás enamorada de mi hermano?

—Sí —se oyó decir Courtney, sorprendiéndose en el instante mismo en que

salió esa afirmación de sus labios.

Es cierto, pensó, inundado su corazón por la comprensión. La respuesta que buscaba me ha encontrado, tal como predijo mi padre.

—Insoportablemente —añadió en voz baja.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura.

Aurora estaba fascinada.

—Nunca he estado enamorada.

—Yo tampoco.

—¿Entonces cómo puedes estar tan segura? ¿En tan poco tiempo?

A Courtney se le curvaron los labios.

—Una amiga mía muy inteligente me dijo una vez: «No hace falta tocar una llama para saber que quema».

—Ah, una amiga muy sabia —dijo Aurora, con los ojos chispeantes—. Muy bien, a la luz de tu respuesta, debemos hacer cambiar a Slayde sin tardanza.

El humor desapareció de la cara de Courtney.

—No tienes idea de lo formidable que promete ser esa tarea.

—No infravalores sus sentimientos por ti, Courtney. Creo que está igualmente enamorado de ti. Lo cual, para un hombre como Slayde, acostumbrado a depender sólo de sí mismo, equivale a ahogarse.

—Está en juego algo más que la independencia emocional de Slayde —le confió Courtney—. Es... —se interrumpió, para sopesar bien lo que iba a decir. Le había prometido a Slayde no revelar lo del diamante falsificado, y estaba decidida a cumplir esa promesa—. Teme por mi seguridad, y no sólo por la mía, sino por la de todos sus seres queridos. Ha jurado evitar cualquier posible peligro renunciando a todo lazo futuro.

Aurora frunció el ceño, extrañada.

—El diamante negro ya salió de nuestra vida, junto con su horrorosa maldición. Colijo entonces que lo que dices tiene algo que ver con los Bencroft y la creencia de Slayde de que están resueltos a castigarnos y a vengarse eternamente.

—Exactamente, eso es. Slayde no cree que la maldición esté en el diamante sino que acompaña a los hombres que lo codician. Muy especialmente los Bencroft, cuyo odio, está convencido, no se apagará jamás. Tú mejor que nadie sabes con qué firmeza cree eso. Por eso te tiene tan vigilada y quiere saber en todo momento tu paradero. Bueno, pues esa convicción protectora va más lejos aún. —Miró los ojos interrogantes de Aurora—. Para decirlo sin

tapujos, se niega a continuar el apellido Huntley, ya sea por matrimonio o engendrando un hijo. Está resuelto a lograr que el odio muera con él.

Aurora se enderezó bruscamente.

—¿Te dijo eso? ¿Que tiene la intención de no casarse ni engendrar hijos jamás?

—Sí.

Ante la sorpresa de Courtney, Aurora batió palmas de alegría.

—Esto es más maravilloso aún de lo que yo pensaba.

—Aurora, ¿oíste lo que acabo de decir?

—Claro que lo oí. La pregunta es, ¿lo oíste tú?

Courtney estaba comenzando a pensar que había perdido el juicio. —¿Oí qué?

—¿Oíste lo que acabas de decir, o, mejor dicho, lo que implica eso? —

Moviendo impaciente la cabeza, continuó a borbotones—: No, está claro que no; si lo hubieras oído no estarías tan abatida. Courtney, ¿por qué te iba a decir algo tan intencionado, tan íntimo, si no estuviera enamorado de ti? La respuesta está clara. —Se levantó de un salto y se puso casi a bailar de alegría —. La tarea va a ser más fácil de lo que me imaginaba.

—Tiene la intención de no casarse ni engendrar hijos jamás —repitió Courtney, tanto para ella como para Aurora—. ¿No encuentras desalentador eso?

Aurora se encogió de hombros.

—No particularmente. No me sorprende. Como acabas de decir, sé lo seguro que está mi hermano de que los Bencroft han orquestado todas las tragedias que han sufrido los Huntley. También, dada su propensión a la soledad, supongo que nunca se imaginó que alguna vez necesitaría a alguien, mucho menos que amaría a una mujer lo suficiente para cambiar su decisión. Pero todo eso ya ha cambiado. Está enamorado. Está vulnerable.

—Y lo va a combatir a cada paso, con uñas y dientes —le recordó Courtney.

A Aurora se le iluminó la cara.

—Claro que sí. Pero ¿qué desafío sería si no lo combatiera, eh?

Courtney sintió subir un borboteo de risa.

—Eres asombrosa.

—No me parezco en nada a Slayde, ¿verdad? —bromeó Aurora.

Courtney se puso seria.

—Por el contrario. Os parecéis mucho más de lo que me pareció al principio. Los dos tenéis mucho carácter, sois leales y obstinados, tenéis corazones enormes y mentes brillantes. La diferencia está en la forma de expresar esos

rasgos, no en vuestros caracteres intrínsecos.

—Yo no entiendo a mi hermano —dijo Aurora francamente—, y él a mí me entiende menos aún.

—Eso lo sé —musitó Courtney.

«Y también me encargaré de cambiar eso», se prometió para su colete. «Ése será mi regalo especial para los dos, tal vez el único que pueda hacer para agradecerlos lo que me habéis dado.»

—En todo caso, la tarea de cada una está clara —concluyó Aurora—. Tú debes aprovechar todas las oportunidades que se te presenten para hacerle ver la verdad: que su amor por ti es mucho más fundamental que cualquier estúpida promesa que haya hecho antes de que os conocierais. Y que juntos podéis superarlo todo, incluso a los Bencroft.

—¿Sólo eso? —bromeó Courtney—. Oye, ¿y es igual de fácil tu tarea?

—No fácil, sino creativa. Mi trabajo será procurar que tengas innumerables oportunidades para hacer el tuyo.

—Ah, ¿he de recordarte que Slayde es un solitario experto y consumado que está firmemente decidido a continuar así?

—No, no hace falta —repuso Aurora, con una ancha y traviesa sonrisa—. Me parece, amiga mía, que dos novatas están a punto de derrotar a un experto.

Oridge hizo unas cuantas anotaciones más y luego levantó la cabeza, fijando en Courtney su penetrante mirada de investigador.

—Muy bien, señorita Johnston. Hemos repasado todos los detalles que recuerda desde el momento en que Armon se apoderó del *Isobel* hasta cuando lord Pembourne la rescató de las aguas del Canal. Me ha dado una detallada descripción de los piratas que acompañaban a Armon. Y me ha dado una lista con los nombres de todos los tripulantes del *Isobel*.

—Sí, señor.

Courtney se friccionó las sienes, con la esperanza de que le remitiera el dolor de cabeza. Pero claro, ¿cómo le iba a remitir así tan fácil? Llevaba una eternidad encerrada en la biblioteca con el señor Oridge, armando y rearmando las piezas de los acontecimientos que la llevaron a Pembourne.

Sin darse cuenta, su mirada se posó en el reloj de pared. Las tres y media. Con la excepción de la comida de media hora en el salón contiguo y la muy necesitada siesta de una hora en su dormitorio, había estado sentada en ese sofá desde las nueve de la mañana, reviviendo la más horrorosa experiencia de su vida. Se sentía absolutamente agotada, emocional y físicamente. Y la conmoción por el golpe en la cabeza tenía muy poco que ver con eso.

—¿Se siente mal, señorita Johnston?

Sobresaltada giró la cabeza, y al ver la expresión de verdadera preocupación en la cara del investigador, sintió una punzada de culpabilidad.

—Perdóneme, señor Oridge. Me siento muy bien.

—No hace ninguna falta pedir disculpas —dijo él, cerrando su maletín—. Comprendo lo difícil que tiene que ser esto para usted. —Se aclaró la garganta y continuó en voz más baja, tranquilizadora—: Contestar interminables preguntas es agotador, mucho más agotador que hacerlas.

Courtney le sonrió, agradeciéndole ese intento de tranquilizarla.

—Me fastidia que tarden tanto en sanar estas lesiones. Si pudiera recuperar mis fuerzas, saldría yo misma en busca del *Isobel*.

—Entonces es una suerte que su fuerza no haya colaborado —dijo Oridge secamente, desaparecida toda apariencia de compasión. Se inclinó hacia ella, con las manos sobre las rodillas y una expresión muy seria—: Señorita Johnston, voy a ser franco. Cruzar el océano como hija del capitán del barco no la hace una navegante experimentada. Tal vez cree que sabe mucho de barcos, pero, créame, no lo sabe. No sabe nada tratándose de asuntos peligrosos como perseguir el barco de un pirata y luego tratar con los piratas cuando se los ha encontrado. Así que si tiene la heroica idea de lanzarse sola, olvídela. Soy bueno en mi trabajo. Si es posible encontrar el barco de Armon, lo encontraré. Y usted continuará viva mientras tanto. ¿He hablado claro?

—Muy claro.

—Estupendo. Entonces sólo me queda por hacerle una pregunta más. ¿Qué tipo de cargamento llevaba el *Isobel*?

—Si la pregunta es si el cargamento era lo bastante valioso para robarlo, la respuesta es sí. Transportábamos muebles y otros artículos manufacturados a las Colonias.

—¿Muebles? Poco probable —musitó Oridge—. Otros artículos, ¿cómo qué, por ejemplo?

—¿Perdón?

—¿Llevaban cosas por las que pudieran obtener una bonita suma pero no tan engorrosas de trasladar como los muebles?

—Ah, sí —dijo ella, sin saber qué línea de pensamiento seguía Oridge, pero contestó—: No vi una lista completa de todo lo que llevábamos, pero sí recuerdo que había piezas de plata, jarrones y varios relojes caros de madera. ¿A ese tipo de cosas se refiere?

—Exactamente a ese tipo de cosas —repuso Oridge, levantándose—. Gracias,

señorita Johnston, me ha sido de enorme ayuda. Le sugiero que ahora suba a su habitación a descansar.

Courtney se levantó con la misma rapidez que él.

—¿En qué le he ayudado? ¿Qué posibilidades ve?

—Como he dicho, está pálida y cansada —contestó él, mientras iba hasta la puerta y la abría. Le hizo un gesto para que pasara—. No me cabe duda de que el conde le dirá lo que sea que necesita saber.

Courtney caminó lentamente y se detuvo al llegar a la puerta.

—No me va a decir nada, ¿verdad, señor Oridge?

—No, señorita Johnston.

Ella asintió, sintiendo chillar de frustración todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

—No me gusta su respuesta, pero la respeto. El conde es su empleador. Cualquier conclusión que saque, debe hablarla con él primero.

—Gracias por su comprensión —dijo él, con la formalidad de un hombre de negocios.

—De nada.

Salió al corredor, muy frustrada y cansada, pero tan nerviosa y estimulada que ni siquiera podía pensar en descansar. Mientras no volviera Slayde y le contestara sus preguntas, sería incapaz de dormir.

—Perdone, señorita Johnston.

Se giró y vio a Siebert a unos pocos palmos de ella.

—¿Sí?

—Lady Aurora me pidió que le diera un mensaje cuando terminara de hablar con el señor Oridge. He supuesto que había terminado. —Al ver el gesto de asentimiento de ella, continuó—: Me pidió que le dijera que fuera a reunirse con ella y la vizcondesa en el salón amarillo. Es decir, si no está muy fatigada. Lady Aurora especificó que lo comprendería si prefería retirarse a sus aposentos.

El tono de Siebert daba a entender claramente que lady Aurora no comprendería nada de eso.

—Gracias, Siebert —repuso, sintiendo una chispa de humor—. Iré inmediatamente.

Recordaba dónde estaba el salón amarillo, así que allí se dirigió y golpeó educadamente antes de entrar.

—Adelante —gritó Aurora. Se le iluminaron los ojos al ver quien entraba y se levantó de un salto—. Ah, Courtney, cuánto me alegra que hayas podido venir.

Por fin puedo presentarte a Elinore.

La elegante mujer que estaba sentada al lado de Aurora se levantó, con una acogedora sonrisa en la cara.

—Señorita Johnston, encantada. Aurora me ha hablado de usted con mucho entusiasmo.

—Como habla de usted —dijo Courtney, sintiéndose repentinamente tímida.

Lady Stanwyk no era en absoluto la figura materna regordeta y canosa que se había imaginado. Era exquisita, toda seda color rosa y brillantes joyas, su pelo moreno recogido en lo alto de la cabeza, con rizos y bucles así y asá, su porte elegante, regio.

Sin duda la vizcondesa percibió su inhibición, porque le hizo un gesto invitándola a acercarse.

—Siéntese, querida mía, a tomar una taza de té. —Sirvió una taza y se la pasó, junto con un plato de bollos—. Aurora me estaba contando los horribles acontecimientos de la semana pasada. Acepte mis condolencias, por favor. La pérdida de su padre tiene que ser muy dolorosa. Y eso sin contar lo difícil que ha tenido que ser para usted toda esta mañana, entre contestar interminables preguntas y revivir su horrorosa experiencia. Agradezco que haya tenido la amabilidad de reunirse con nosotras cuando sin duda habría preferido irse a la cama.

—Eh... gracias. —Courtney cogió la taza y el plato y se sentó en el sofá, agradecida. Ya sentía disiparse la timidez, ante la amabilidad y la compasión de lady Stanwyk—. En realidad, me alegra tener compañía. Cuando Siebert me encontró, estaba pensando qué podría hacer, pues el agotamiento no me permite mantenerme activa, y estaba demasiado despabilada para ir a acostarme. El té y una agradable conversación es exactamente lo que necesito.

—Perfecto —proclamó Aurora—, porque de eso justamente estamos disfrutando Elinore y yo, té y agradable conversación. —Cogiendo otro bollo, fue a sentarse al lado de Courtney—. Elinore recibió mi misiva, y tuvo la generosidad, como siempre, de responder inmediatamente.

—No tenía idea de lo que estaba ocurriendo en Pembourne —dijo la vizcondesa, acomodándose en su asiento. Cogió su taza y bebió un poco, con mucha delicadeza—. Todavía me cuesta digerir todo esto. Cuando Slayde dijo que había recibido notas exigiendo rescate durante tu ausencia, no me imaginé que se refería a algo de esta magnitud.

—¿Cómo te lo ibas a imaginar? —dijo Aurora, y explicó a Courtney—: Recibimos cartas de amenaza constantemente. O mejor dicho, recibíamos —

enmendó, con el alivio reflejado en su voz—. Debido a ese maldito diamante. Gracias a Dios, ya estamos libres de él.

Courtney sintió una punzada de culpabilidad, la que aplastó firmemente, diciéndose que Slayde se decidió por ese engaño pensando en el bienestar de Aurora.

—Comprendo lo que sientes —dijo.

—Y yo entiendo por qué ese horrendo pirata eligió el barco de su padre para atacarlo —terció Elinore, mirando atentamente a Courtney y luego brevemente a Aurora—. El parecido entre las dos es pasmoso. Superficial, por supuesto, pero más que suficiente para engañar a Slayde una noche oscura en el mar. El pobre debe de haber estado desquiciado. No me extraña que estuviera tan airado cuando llegamos de Londres.

—Hablando de Londres... —Aurora se inclinó un poco hacia ella—. Eso nos lleva al motivo de mi misiva. Elinore, esperé a que llegara Courtney para tocar el tema, porque tenemos que hacerte una importante pregunta, sobre algo que a Courtney afecta tanto como a mí, o más aún. Ojalá tu respuesta nos arroje alguna luz sobre la identidad de la persona que trabajó con Armon, si es que alguien trabajó con él.

Elinore frunció el ceño.

—Por supuesto, lo que sea. ¿Cuál es la pregunta?

Aurora exhaló un suspiro.

—A riesgo de sacar a colación un asunto espinoso, tiene que ver con mi viaje a Londres, el que acabamos de hacer tú y yo.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Recuerdas si lo comentaste a alguien durante las dos semanas que estuvimos planeándolo? O si no contarle, ¿mencionar la posibilidad de que yo llegara a la ciudad?

Un destello de afecto iluminó los ojos de Elinore.

—Por supuesto que lo comenté. Estaba tan entusiasmada que no habría podido guardármelo. Además, ¿de qué otra manera habría podido asegurar el diluvio de invitaciones que nos esperaban cuando llegamos? Cuando lady Southington y lady Hucknell vinieron a tomar el té la semana anterior, procuré hacerles entender la situación, lo importante que era que las personas convenientes nos incluyeran en su lista de invitados. Al fin y al cabo era tu primera visita a Londres; quería que ésta fuera para ti muy especial. Expliqué justamente eso a mis criados, cuando envié a más de veinte de ellos a abrir la casa y prepararlo todo. Quería que todo estuviera perfecto para ti, tu habitación, tu agenda

social. —Al ver que Aurora se desmoronaba en el sofá, se quedó callada y se apagó la chispa de sus ojos—. Parece que no era eso lo que querías oír.

—No. Pero la culpa es mía, no tuya. No te dije que quería que el viaje se mantuviera en secreto, muy probablemente porque deseaba todo lo contrario, que la alta sociedad me recibiera con los brazos abiertos. La verdad, me habría fascinado que se hubiera enterado todo el maldito mundo, mientras no lo supiera Slayde.

Elinore la miró severa.

—Entonces Slayde tenía razón. De verdad intentabas marcharte sin que él lo supiera.

—No. Sólo quería partir sin que él lo supiera, y marcharme lo más lejos posible para que él no pudiera obligarme a volver. Además, suponía que él encontraría la nota que le dejé y aceptaría mi decisión, aunque fuera de mala gana. Si hubiera sabido... —se le cortó la voz.

—No sé si entiendo tu línea de pensamiento —dijo Elinore, moviendo la cabeza, perpleja.

—Perdóneme, lady Stanwyk —terció Courtney—. Todo esto fue idea mía. Pensé que era posible que hubiera otra persona involucrada en el falso secuestro de Aurora, una persona que se enteró antes, por adelantado, del tiempo que ella estaría en Londres, y lo dispuso todo para que Armon enviara las notas y se apoderara del *Isobel* durante su ausencia.

La comprensión se reflejó en la cara de Elinore.

—Comprendo. Y esperaba que yo pudiera arrojar un poco de luz sobre quién podría ser esa persona.

—Exactamente.

Aurora agitó la cabeza, fastidiada.

—Y la respuesta a eso es cualquiera de entre quinientas personas, gracias a mí.

—Basta —dijo Courtney apretándole el brazo—. Tú no tenías manera de saber ni de Armon ni de su plan. Simplemente planeaste un agradable viaje con la vizcondesa.

—Yo también me siento fatal —musitó Elinore, dejando su taza en la mesa.

—No se culpe usted, milady, por favor —dijo Courtney—. Ni usted ni Aurora hicieron nada malo. Yo no esperaba que esto nos llevara a alguna parte; la idea ya era rebuscada. Simplemente no quería dejar ni una piedra sin remover. Lo último que deseo es que las dos se sientan culpables. Así que, por favor, dejemos este tema. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Elinore estuvo un momento callada, evaluando el abatido estado de Courtney—. Tengo una sugerencia —dijo al fin—. Es tarde, y está agotada. ¿Y si vuelvo mañana y las tres pasamos una agradable tarde juntas? Hablaré con la cocinera de aquí y le pediré que nos prepare una merienda campestre. No sentaremos en el jardín, comeremos, charlaremos y nos relajaremos. ¿Os parece bien eso?

Courtney sintió evaporarse los últimos vestigios de timidez.

—Gracias, milady. Aurora no exageró al hablar de su amabilidad.

—Entonces, tal vez aceptará tutearme y llamarme Elinore. Yo pienso llamarte Courtney. Así sentiré que no sólo eres amiga de Aurora sino mía también.

—Me gustaría eso..., Elinore —sonrió Courtney, levantándose. Un ramalazo de debilidad le recordó lo cansada que estaba—. Creo que seguiré tu consejo y me iré a descansar. Pero me hace muchísima ilusión nuestra merienda en el jardín.

La sonrisa de Elinore fue tan radiante como sus joyas.

—Maravilloso. Hasta mañana, entonces. Buenas noches, Courtney.

El silencio la despertó. Se sentó, y por la oscuridad y la quietud comprendió que era tarde, muy tarde.

Bajó las piernas de la cama, encendió la lámpara y frunció el ceño al ver que las manecillas del reloj anunciaban que era pasada la medianoche. No sólo había dormido durante la hora de la cena, sino también la del regreso de Slayde, y por lo tanto se perdió la conversación de éste con el señor Oridge.

Bueno, ya estaba totalmente despierta. Y no tenía la menor intención de seguir ignorante.

Se puso el mismo vestido de día, se pasó rápidamente el cepillo por el enredado pelo, y salió de su cuarto. El corredor estaba oscuro; sin duda la mayoría de los criados ya estaban acostados.

¿Dónde podría estar Slayde?

Antes de empezar a explorar la casa en la que todavía no sabía orientarse, decidió buscar a alguien a quien preguntar.

No le sorprendió encontrar al ama de llaves todavía en pie, justo fuera de la puerta de la biblioteca, al parecer haciendo la lista de los quehaceres del día siguiente.

—¿Señorita Payne? Me alegra haberla encontrado.

El ama de llaves pegó un salto y casi se le cayó la pluma.

—Señorita Johnston. Me ha sobresaltado. ¿Qué hace en pie a esta hora? ¿Se siente mal?

—No, estoy muy bien. Disculpe, no era mi intención asustarla. Tampoco quiero interrumpirla, ya veo que está muy ocupada. Sólo quería saber dónde está el conde.

—Vamos, en la cama, supongo. Volvió a Pembourne antes del anochecer, y desde entonces no le he visto.

—¿Podría decirme dónde están sus aposentos?

La pluma cayó al suelo.

—¿Cómo ha dicho?

—Los aposentos de lord Pembourne —repitió Courtney pacientemente—. ¿Dónde están?

—Eh... bueno... —La señorita Payne se aclaró la garganta varias veces—. Al final del ala este.

—Ésa es el ala donde están mis aposentos, ¿verdad?

Un gesto de asentimiento.

—Estupendo. Entonces los encontraré yo y no la molestaré más. Y como es imperioso que hable con él sin dilación, voy inmediatamente. Gracias, señorita Payne. Buenas noches.

—Buenas noches —logró decir el ama de llaves.

Hasta aquí llega la reputación que tanto desea proteger Matilda, pensó Courtney, sonriendo para sus adentros. Mañana ya llevaré la etiqueta de mujer caída.

Pero bueno, no había nadie en el mundo con quien le gustaría caer, fuera de Slayde.

Se le desvaneció la sonrisa cuando llegó a su puerta. La finalidad de su visita esa noche no tenía nada que ver con esos sentimientos que estaban naciendo entre ellos.

Golpeó.

—¿Sí?

La respuesta llegó ahogada, pero fue muy pronta. O sea que no estaba durmiendo.

—¿Puedo entrar?

Entró en la habitación semioscura, sin saber cuál sería su reacción al verla. Aliviada observó que él estaba en pie y vestido, junto a la ventana, sumido en sus pensamientos, con el ceño fruncido.

—Courtney, entra, por supuesto —dijo él, al parecer más sorprendido que otra cosa. Avanzó hacia ella, los surcos de cansancio marcados en su cara, sus ojos grises oscuros de preocupación—. ¿Pasa algo?

De repente, sí.

Se le oprimió la garganta al tomar conciencia su cuerpo de la proximidad de él. Notaba algo extraordinariamente íntimo en estar en su habitación, aun cuando los dos estaban totalmente vestidos y la intención de ella era virtuosa. Apoyó la espalda en la puerta cerrada, mirando su hermosa cara, tratando de aquietar sus temblores, de recordar a qué había ido allí.

—No. Sólo que después de que hablé con el señor Oridge... él sugirió... yo pensé... —se interrumpió. No tenía idea qué estaba diciendo.

Después trataba de recordar quién de los dos abrazó al otro primero. En ese momento, no importaba.

Estaba en los brazos de Slayde, donde le correspondía estar, apretada a su cuerpo, su corazón latiendo junto al suyo. Su boca le estaba devorando la de ella, tomando posesión, sin preguntarlo, saboreando todas las sensibles superficies. Sus manos la recorrieron entera y finalmente se detuvieron ahuecadas en sus pechos. Le frotó los pezones con los pulgares hasta que se endurecieron.

—No puedo quitarte las manos de encima —musitó él, con la voz ronca, enredando los dedos en su pelo y echándole la cabeza atrás, para besarle el cuello, los hombros, el pulso de la garganta—. Cada vez que estoy cerca de ti, esto es lo único que deseo. —La sintió estremecerse y levantó la cabeza, ceñudo—. ¿Te hago daño? ¿Las costillas?

—No. —Le acarició la mandíbula, el suave vello de la nuca—. Nunca podrías hacerme daño. Slayde...

—Escucha —interrumpió él, su rostro endurecido por la resolución—. Contestaré todas las preguntas que has venido a hacerme. Después te girarás sobre los talones y saldrás de aquí, antes de que yo le eche llave a esa maldita puerta y te lleve a la cama. ¿Entiendes?

Una oleada de calentura la recorrió toda entera.

—Entiendo. Que obedezca, eso es otra historia.

—Debes hacerlo. No permitiré que ocurra esto, Courtney. No te haré eso. —No me lo harías a mí. Nos lo haríamos mutuamente.

Él sonrió levemente.

—Créeme, cariño; no es lo mismo.

—¿Por qué? ¿Porque tu reputación no importa y la mía sí?

—Por todos los motivos que enumeré ayer. Porque quiero que sólo conozcas felicidad para el resto de tu vida. —Se le contrajo la cara de pena—. Porque estoy tan terriblemente enamorado de ti que me siento tambalear. —La soltó,

le dio la espalda y se alejó—. No digas nada. Déjame hablar a mí. Y luego sal de aquí. Después... —tragó saliva—. Mañana a primera hora me iré a Londres. Estaré ausente casi una semana, tiempo suficiente para recuperar mi maldito autodomínio.

—¿Irás a Londres? —preguntó Courtney, todavía aturdida por el impacto de su declaración. La amaba. Eso era el mayor milagro de su vida—. ¿A qué? —preguntó, reprimiendo la alegría que deseaba expresar—. ¿Por qué te vas? ¿Por mi causa?

—No, aunque Dios sabe que no puedo estar contigo sin portarme como un muchacho imberbe. Voy a Londres debido a lo que me informó el investigador que tengo apostado en Morland. Al parecer, Bencroft se encontró con su banquero y su abogado, los cuales, me enteré muy pronto, se marcharon a Londres inmediatamente después de esa reunión. Quiero descubrir por qué.

—¿Crees que hay una conexión entre eso y el diamante negro?

—Estoy seguro. —Se giró a mirarla—. Piensa en todos los hechos, los que ya sabes, y supón por el momento que Morland es culpable. Si hubiera intentado vender el diamante, ya sabría que es falsificado. El mundo nos habría dado alcance. Morland nos habría dado alcance. Por lo tanto, está claro que no ha intentado cambiarlo por dinero. Mi suposición es que Morland pretende cumplir el objetivo de su abuelo, hacer llegar la piedra a Rusia, a la familia real que pagó por su recuperación, con lo que conseguirá dos objetivos: obtener la parte del pago que le corresponde a su familia y librarla de la maldición.

Courtney frunció el ceño.

—¿Dónde entran el banquero y el abogado del duque en esto?

—Tiene que hacer provisiones. Concretamente, debe embarcar la piedra, para lo cual necesita que alguien se encargue de concertar las disposiciones con una compañía naviera discreta. Después llegaría una inmensa suma de dinero a nombre de Morland. Alguien tiene que recibirla, colocarla discretamente en el banco, y tal vez transferir una parte a Newton Abbot.

—Comprendo —musitó Courtney—. O sea que vas a ir a Londres a hacer averiguaciones, a ver si sale algún barco con un envío insólito, de último momento, hacia el Continente.

—O cualquier encuentro que tenga lugar entre el banquero de Morland y otros funcionarios de banco. En cuanto a Oridge, viajará conmigo. Él pensó en una posibilidad que ni a ti ni a mí se nos ocurrió: la de que los hombres de Armon hayan navegado hasta Londres para vender el botín que robaron del *Isobel*

antes de partir hacia algún lugar desconocido.

—¿No sería arriesgado eso?

—Son piratas, Courtney. Su prioridad es el dinero que obtienen de sus robos. Si pueden forrarse los bolsillos con dinero antes de abandonar las aguas inglesas, lo harán. Además, como me hizo ver Oridge, ¿por qué podrían creer que se los busca? Cuando Armon bajó del *Fortune* llevaba el diamante con él. Si lo interceptaron, sería el que lo interceptó el que tiene la piedra, no los tripulantes. Por lo tanto, no tienen ningún motivo para sentirse en peligro.

A Courtney se le iluminaron los ojos.

—Entonces es un absoluto error mi teoría de que huyeron como el viento. Tal vez es posible entonces cogerlos fácilmente.

—Eso es lo que espera Oridge, exactamente. Piensa hacer varias visitas en Londres por si los piratas continúan allí. Si no, determinará cuándo se marcharon y zarpará inmediatamente para seguirlos.

—¿Y tú? —preguntó ella, dulcemente—. ¿Qué harás una vez que tengas las respuestas que buscas? ¿Volver a Pembourne? ¿O continuarás huyendo de algo de lo que no puedes escapar y de lo que no deberías desear escapar?

Slayde se tensó.

—Creo que he contestado tus preguntas, al menos aquellas para las que tengo respuesta. Ahora vete a la cama.

—Sí —contestó ella, absolutamente inmóvil, reteniéndolo con sólo su mirada—. Todas, a excepción de la última. Incluso me has dado una maravillosa respuesta a la pregunta que me ha atormentado estos días. —Alzó el mentón, obligándolo a ver la magnitud de sus sentimientos—. Ahora me toca a mí. Te amo, Slayde, con todo mi corazón. Y por mucho que lo combatas, por lejos que viajes, ese amor estará aquí cuando vuelvas. —Se puso de puntillas y le dio un suave beso—. Buen viaje.



Capítulo 10

El resto de la semana transcurrió con sorprendentes contrastes para Courtney; mientras su cuerpo sanaba, su corazón sufría.

Los días eran agradables, con frecuentes visitas de Elinore, largas conversaciones con Aurora, y paseos por los campos, que fueron aumentando en número y duración a medida que avanzaba la semana.

Las noches, sin embargo, eran interminables. Le costaba dormirse debido a la preocupación, y su sueño estaba plagado de pesadillas, en las que su padre la llamaba, la necesitaba, y luego su imagen cambiaba por la de Slayde, haciendo lo mismo. Una y otra vez despertaba empapada de sudor, y se acurrucaba en el centro de la cama, hasta que se le normalizaban la respiración y el pulso. Entonces encendía la lámpara, sacaba el reloj de su padre del cajón y lo aferraba desesperada en la mano, pensando por qué esos sueños iban en aumento en lugar de disminuir.

¿Serían una indicación de que su padre estaba vivo? ¿O serían una simple manifestación de su torbellino interior por causa de Slayde? Fueran lo uno o lo otro, al final de la semana tenía los nervios tan tensos que parecía que iban a estallar. Ya no tenía ninguna excusa. Su cuerpo estaba casi recuperado. Era el momento de actuar.

Cuando despertó, el sexto día desde la marcha de Slayde, tenía todo decidido. No había dormido mucho, entre planificar el día y darse vueltas y vueltas en la cama en el inútil intento de descansar su atiborrada mente.

Ése sería el día. Entre las tres y las cuatro de la mañana había decidido que, aunque Aurora todavía no lo sabía, después de desayunar harían la tan esperada caminata hasta el faro, y esta vez lo conseguiría.

Quitándose de la cara los mechones enredados de su cabello, caminó, ceñuda, hasta el tocador. Lo que de verdad deseaba era salir en dirección al faro Windmouth inmediatamente, y al cuerno el desayuno. Pero Elinore iba a venir a desayunar con ellas, y se sentiría mal si al llegar no las encontraba en la casa, así que la conversación con el señor Scollard tendría que esperar unas cuantas horas más.

Pensativa, puso agua fría en la jofaina. Si todo iba bien, atendería bien a Elinore, conocería al señor Scollard y a media tarde estaría de vuelta en Pembourne, por si acaso estaba de regreso la otra causa de su inquietud.

Slayde.

El instinto le decía que él llegaría a casa pronto. La sola idea le aceleraba el pulso, activando diversas reacciones distintas, cada una tan potente como contradictoria. Deseaba arrojarse en sus brazos para darle la bienvenida; deseaba quedarse atrás para ver si realmente cumplía su promesa de refrenar sus sentimientos por ella, y deseaba interrogarlo sobre lo que había descubierto en Londres.

Y deseaba hacer todo eso al mismo tiempo. Mirando al techo puso los ojos en blanco. No era de extrañar que no hubiera podido dormir. Escasamente lograba pensar estando despierta.

Los trinos de pájaros que entraban por la ventana le dijeron que ya era el amanecer. Muy bien, estuviera o no estuviera preparado el día para ella, ella sí lo estaba para él. Se estaba echando agua fresca en la cara cuando se abrió la puerta.

Asomó la cabeza Aurora.

—¿Courtney? Por fin has despertado. ¿Olvidé decirte que Elinore iba a venir a desayunar?

—Me lo dijiste cuatro veces —contestó Courtney, sacando un vestido verde lima del ropero—. Y cada vez me encantó.

—Pero no estás lista —dijo Aurora, todavía en el umbral de la puerta.

—La vizcondesa no estará aquí hasta dentro de una hora o más —declaró Matilda, entrando en la habitación—. En ese tiempo podemos vestir y arreglar a la señorita Courtney. Eso, si no tengo interrupciones —añadió, arqueando una ceja y mirando afectuosamente, aunque con intención, a Aurora.

—Muy bien —suspiró Aurora.

—De todos modos pensaba ir a buscarte antes del desayuno —dijo Courtney a Aurora, con una significativa mirada—. Si te parece, podríamos hacer ese paseo de que hemos hablado, tan pronto como se marche Elinore.

A Aurora se le iluminó la cara.

—Por supuesto, sé de qué paseo hablas.

—Yo también —terció Matilda, irónica—. ¿Está segura de que está en condiciones para eso, señorita Courtney?

—Muy segura —contestó Courtney. Sonriendo, hizo un simulacro de pirueta—. ¿Lo ves? Estoy como nueva.

—Casi —enmendó Matilda.

—¡Excelente! —exclamó Aurora, dándose media vuelta para marcharse, infinitamente más alegre que cuando llegó—. Iré a ver si la cocinera necesita

ayuda.

—Llegaré a tiempo para el desayuno —le gritó Courtney—. Sin dejar de sonreír se volvió hacia Matilda—. Si tuviera la suerte de tener una hermana, me gustaría que fuera igual que Aurora.

—Es posible que esa suerte llegue —dijo Matilda, preparando el vestido mientras Courtney se quitaba el camisón y se ponía la ropa interior.

Courtney detuvo el movimiento de atar las cintas de la camisola.

—¿Qué quieres decir?

Matilda sonrió, maliciosa.

—Venga, cariño, métase en esto. —Le pasó el vestido por el cuerpo, teniendo buen cuidado de no tocarle la parte sensible de las costillas, que acababan de sanar—. Quiero decir que usted y lady Aurora podrían llegar a ser hermanas, si no de sangre, por matrimonio.

Courtney notó que se le resecaba la boca.

—¿Qué te hace pensar que podría ocurrir eso?

—Vamos, señorita Courtney, he trabajado en Pembourne desde antes de que naciera el conde. Me doy cuenta de todo lo que ocurre aquí, y también de lo que no ocurre. Y tendría que ser ciega para no ver cómo se miran usted y lord Pembourne. Si alguna vez hubo dos personas enamoradas, éstas son ustedes.

—Eres muy perceptiva —musitó Courtney—. Pero, Matilda, una cosa es el amor y otra muy distinta el matrimonio.

—El conde no tiene ni un solo hueso clasista en su cuerpo. Así que si lo que teme es la diferencia de clases...

—Esto no tiene nada que ver con la posición social. Ni con nuestros sentimientos. Lo que pasa... —se interrumpió, sin saber cuánto revelar. Matilda le abotonó el último botón.

—Lord Pembourne es un hombre complejo. Ha sido un solitario toda su vida. Esa tendencia se ha intensificado estos diez últimos años, por motivos obvios. Pero, en mi opinión, tiene una inmensa capacidad para amar y ser amado, una capacidad que ha tenido enterrada en el fondo de él y sólo estaba esperando que la hiciera salir la mujer apropiada. —Sonrió de oreja a oreja, alisándole el corpiño, luego le levantó suavemente el mentón con el índice—. Creo que esa mujer está en este momento delante de mí. Más aún, ella lo sabe. Ahora bien, ¿le arreglamos el pelo antes de que llegue la vizcondesa?

Chispas de expectación bailaron en los ojos de Courtney.

—Y rápido, porque tengo un hambre canina.

—Estás espléndida. Vamos, hay un color en tus mejillas que no había visto

hasta ahora —dijo Elinore, mirando a Courtney por encima de su taza de café, asintiendo aprobadora.

—Me siento mucho mejor —contestó Courtney, hincando el diente en una galleta—. Y de eso debo agradecerlos a ti y a Aurora.

—Y a eso hay que añadir que Slayde volverá pronto a casa —dijo Aurora.

Courtney le dirigió una mirada fulminante.

—Yo creo más bien que las visitas de Elinore y las comidas de la cocinera han acelerado mi recuperación.

—Limitémonos a decir que la llegada de mi hermano va a completarla —insistió Aurora.

Elinore se aclaró la garganta.

—¿He de colegir que le tienes mucho afecto a Slayde?

—Ha sido muy generoso y heroico, al salvarme la vida y abrirme las puertas de su casa —repuso Courtney, eligiendo con sumo cuidado las palabras—. También tenemos muchas cosas en común. Sí, le tengo mucho afecto.

—Y él también te lo tiene —añadió Aurora alegremente.

—Qué maravilloso —dijo Elinore, pasando los dedos por su collar de perlas, sus ojos chispeantes de interés—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—No ha ocurrido nada —repuso Courtney, pensando si tal vez la perspectiva preocupaba a Elinore.

Después de todo, había sido la mejor amiga de la madre de Slayde. Tal vez deseaba para él algo más que la hija de un capitán de barco.

—No ha ocurrido nada «todavía» —enmendó Aurora—. Pero ocurrirá.

—Eso espero, por supuesto —dijo Elinore, y sorprendió a Courtney añadiendo —: Dios sabe que eso le daría una finalidad, algo que debería haber ocurrido hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

Elinore miró a Aurora.

—Courtney sabe todo lo concerniente al asesinato de mis padres —explicó Aurora, respondiendo a su tácita pregunta—. Slayde se lo ha contado todo, puesto que cree que los Bencroft son los responsables tanto de ese crimen como del asesinato del padre de Courtney.

—Comprendo. —Elinore miró a Courtney—. Entonces comprendes cómo piensa Slayde, lo obsesionado que ha estado desde la muerte de sus padres. He intentado, una y otra vez, convencerlo de que entierre su pasado, de que continúe con su vida, pero ya han pasado más de diez años y se ha ido replegando cada vez más en sí mismo. Si tú puedes darle otra cosa en qué

interesarse, un futuro al que mirar con ilusión, le habrás pagado tres veces su heroísmo y generosidad.

Se desvaneció el recelo de Courtney.

—¿Conoces a Slayde desde que era niño?

Elinore asintió.

—Yo tenía dieciséis años cuando me casé con Theomund y me vine a vivir en Stanwyk. Aurora aún no había nacido, y Slayde tenía unos seis años. Ya entonces era callado y serio, y se pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a sus estudios, o en el mar en su esquife. En todas las actividades que ha emprendido a lo largo de los años, ya sea leer, escribir, navegar o cazar, siempre ha sido sobresaliente, y siempre las hacía solo.

—¿Le veías a menudo?

—En realidad, no. Poco después de mi matrimonio, Slayde se marchó a Eton, y sólo volvía en vacaciones. Después fue Oxford, Europa, la India. —Exhaló un suspiro—. Rara vez se quedaba en Pembourne un periodo largo de tiempo, sobre todo después de que murieran sus padres. Era como si sus horrorosos recuerdos lo alejaran.

—Eso, seguro —musitó Courtney, metiéndose automáticamente la mano en el bolsillo y sacando el reloj de su padre—. A veces los recuerdos son insoportables.

—¿Qué es eso? —preguntó Elinore, con las cejas arqueadas de curiosidad.

—Mi reloj. Siempre lo dejo en el cajón de la mesilla de noche, pero hoy —miró a Aurora de reojo— lo necesitaba conmigo. Era de mi padre. Me lo dio justo antes de que lo arrojaran por la borda de nuestro barco. —Lo abrió para enseñarle a Elinore la escena de la esfera—. Fue en ese momento cuando se paró. No ha vuelto a andar, fuera de una vez, cuando... ¡oh!

Se quedó en silencio, con la mirada fija en el reloj.

—¿Courtney? ¿Qué te pasa, querida mía?

—El reloj. Ha vuelto a andar, justo en este momento. Como la última vez. Es como si mi padre... —se levantó bruscamente—. Debo saberlo. —Miró a Aurora, afligida—. Tenemos que ir al faro. Ahora mismo. Por favor, Aurora. Si mi padre está vivo... si yo pudiera saber algo...

Aurora se levantó al instante.

—¿Nos disculpas, Elinore? —dijo, siguiendo a Courtney hacia la puerta—. Tenemos que ir a ver al señor Scollard. Courtney ya está bastante bien. Y si hay alguien que pueda ayudarla, es él.

Elinore las estaba mirando absolutamente desconcertada.

—Pero por supuesto. ¿Hay algo que pueda hacer yo?

—Sólo comprender —contestó Aurora por encima del hombro y desapareció en el corredor—. No queremos ser groseras. Lo que pasa es que...

El resto de la frase fue ahogada por el sonido de la puerta principal al cerrarse.

El faro Windmouth estaba situado al pie de la colina, invitándolas como un conocido y amoroso amigo.

—Qué hermoso —musitó Courtney, deteniéndose a recuperar fuerzas y echando atrás la cabeza para admirar la torre de piedra desde su base.

—Tiene cincuenta y siete pies de altura —le informó Aurora, tan orgullosa como si la hubiera construido ella sola con sus manos—, y más de cien años. Pero el señor Scollard lo mantiene todo como si fuera nuevo. No sólo se ocupa de la luz sino también del mantenimiento de todo el edificio. No hay ni una sola piedra rota o mellada, ni un solo trozo en el balcón que no esté recién pintado. —La cogió del brazo—. Venga, entremos. Ya tienes casi agotadas las fuerzas.

—Tienes razón en eso —dijo Courtney, apoyando la frente en la fresca piedra, mientras Aurora abría la puerta, que estaba sin llave—. ¿No deberíamos golpear? —preguntó, siguiéndola y luego deteniéndose en el umbral.

—No es necesario. El señor Scollard sabe que hemos llegado. ¿Ves? Ya tiene encendido el fuego y preparado el té. Ven, te conviene sentarte a descansar un poco.

—¿Cómo supo...?

Se interrumpió al entrar en la salita de estar, pestañeando sorprendida. Lo que fuera que hubiera esperado, no era esa sala pintorescamente decorada, con acuarelas colgadas en la pared donde estaba adosado un sofá, sillones gemelos situados a cada lado de un hogar de ladrillos con un glorioso fuego, delante del cual había una bandeja sobre una mesita, con una humeante tetera con té y tres tazas.

—Es perfecta esta habitación, ¿no crees? —dijo Aurora.

—Perfecta —repitió Courtney, mirando la bandeja con refrigerios—. ¿Cómo supo el señor Scollard que vendríamos?

Aurora se encogió de hombros.

—Tal como lo sabe todo. Mira ahí —apuntó hacia un esconce en la parte de atrás de la sala—. Eso lleva a sus aposentos. Nunca los he visto, pero sé que los construyó él, para poder estar en su puesto en un abrir y cerrar de ojos, sin el estorbo de viajar. Todas las tardes, al primer indicio de la puesta del sol,

sube a la torre a encender la lámpara. Nunca se ha retrasado ni dejado de encenderla una sola noche. Siempre que vengo a visitarlo, sea por la mañana, a mediodía o por la noche, él me acompaña a la torre. Me encanta mirar los barcos y las olas, y oírlo contar sus leyendas. Todas abundan en aventura y emoción. —Sonrió afectuosa—. He visitado el faro desde que era niña, y en todos estos años, al señor Scollard nunca se le han agotado las leyendas ni la paciencia.

—Parece ser un hombre maravilloso. —Fascinada por esa descripción, Courtney se sentó en el sofá y vio un atisbo de la interminable escalera de caracol que llevaba al refugio de Aurora—. ¿Está en la torre ahora?

—Normalmente, está allí. Se pasa la mayor parte de las mañanas brillantando las linternas y comprobando que todos los aparatos estén en perfectas condiciones para la tarde. Pero dada nuestra visita, me imagino que está en sus aposentos.

—¿Le dijiste que tal vez podríamos venir hoy?

—No, nunca necesito decirle nada al señor Scollard. Él prevé las cosas solo, y por eso sin duda está en esta planta, no en la torre. Sabe que tú estás muy débil todavía para subir por esa empinada escalera. —Al ver la expresión de perplejidad de Courtney, sonrió de oreja a oreja—. Créeme, el señor Scollard se reunirá con nosotras dentro de unos minutos. Entonces podrás formarte tu propia opinión.

Aún no terminaba de hablar Aurora cuando se oyeron unos pasos ligeros en la parte de atrás. Courtney se giró a mirar, expectante.

Pasado un minuto, entró un anciano secándose las manos en su delantal. En su arrugada y curtida cara, bajo una mata de pelo níveo, brillaban unos ojos del azul más vivo que Courtney había visto en su vida, cuya mirada parecía tan penetrante como una tachuela. Fascinada, se lo quedó mirando fijamente.

—Bienvenida, señorita Johnston —dijo él, sin el menor asomo de sorpresa en su bronca voz—. ¿Lo ves, Rory? Tu amiga sanó rápido. Casi tan rápido como a ti te gusta.

—Nada es nunca lo bastante rápido para mí, señor Scollard —replicó Aurora, sonriendo.

—Cierto —dijo él, emitiendo un gruñido—. No tienes paciencia. Ni un poquito. Después de todos estos años... —Su mirada se posó en la tetera—. Pero ¿aún no se ha servido el té?

Courtney consiguió encontrar su voz.

—Le estábamos esperando.

—No hacía falta. Necesita su fuerza. Si no, deshará todo el arduo trabajo de Matilda. —Sirvió una taza y se la pasó, con su mano tan firme como la de un muchacho—. Tenga. Está cargado. Demasiado cargado para Rory, pero tendrá que conformarse. Usted es la invitada hoy. Así que el té está tal como le gusta, cargado y negro. Eso es lo que ocurre cuando se vive entre marineros, se cogen sus hábitos. Jamás he conocido a un marinero que le guste el té simple. —Paseó la mirada por la sala, buscando con sus vivos ojos—. En realidad, podría beber un poco de ese coñac que tanto le gusta. Tengo una botella por aquí. —Se encogió de hombros—. Tal vez después. Sí, después sería mejor. Los licores atontan mucho. Y si no está con la cabeza despejada, no podremos examinar ese reloj suyo. —La miró con una ceja arqueada; ella seguía mirándolo boquiabierta—. Bébase el té antes de que se enfríe —le aconsejó—. Después puede mirarme.

—Perdone —dijo ella bajando los ojos—. No era mi intención mirarle tan fijo. Lo que pasa es que...

¿Qué diablos podía decir? ¿Que hasta ese momento creía que los adivinos sólo existían en los libros?

—El té —le recordó él.

Asintiendo, ella bebió un sorbo, luego otro. Era con mucho el mejor té que había saboreado en su vida, y el más fortalecedor. Ya empezaba a sentir una renovada fuerza por todo el cuerpo.

—Ese pirata tonto —dijo el señor Scollard, sirviendo las otras dos tazas—. Usted no se parece en nada a Rory. Pero supongo que por la noche, el tono de piel, el color del cabello podría engañar a alguien, sobre todo a alguien que mira pero no ve. Al menos entonces no veía. Ahora ve. Bien por usted —añadió, haciendo un gesto de aprobación. Se giró a pasarle la taza a Aurora—. Ten, Rory, bebe. Pensaba teneros de esos pastelitos escarchados que tanto te gustan, y que resulta que a la señorita Johnston también le gustan. Pero puesto que ninguna de las dos tiene apetito, y que la perturbadora experiencia de esta mañana ha dejado a la señorita Johnston demasiado nerviosa para comer, decidí dejar los pasteles para otra ocasión. Tal vez para su cumpleaños. Eso es, para su cumpleaños. —Asintió, aprobando su estupenda idea. Acercando una silla, se sentó y alargó la mano—. ¿Qué tal si ahora le echamos una mirada a ese reloj?

Sin decir palabra, Courtney lo sacó del bolsillo y se lo colocó en la palma.

—Mmmm. —Le dio la vuelta y miró atentamente los dibujos labrados—. Bonita hechura. Caro también. Eso no me sorprende, dado lo mucho que lo

amaba su madre.

—¿Cómo supo...?

Courtney cerró la boca, renunciando. Algo le decía que continuar preguntándole al señor Scollard de dónde provenían sus conocimientos no sólo era inútil sino también una tonta pérdida de tiempo, y ya había desperdiciado demasiado tiempo.

—¿Puede decirme algo? —preguntó al fin.

—Puedo decirle que es tan impaciente como Rory. Y en su caso, eso es más estorbo aún. La paciencia es una aliada que va a necesitar las próximas semanas. Paciencia de la cabeza «y» del corazón. Así que aprenda a tener un poco.

Courtney no supo si echarse a reír o a llorar. Lo único que sabía era que él tenía razón, en la evaluación y en el remedio. Paciencia. Después de casi veinte años, tendría que adquirir un poco.

—Sí, señor —dijo—. Tómese su tiempo. Yo me serviré otra taza de té.

—Excelente idea. —Sus penetrantes ojos azules la perforaron, observándola llenar la taza y luego beberla—. Es una jovencita valiente. Es bueno que ya haya recuperado casi del todo su fuerza, porque la va a necesitar. Toda, hasta la última gota.

El plato de Courtney golpeó sonoramente la mesa.

—¿Quiere decir que mi padre se ha ido?

—¿Ido? Interesante palabra. Se ha ido, sí, de los ojos, de los oídos. Pero ¿de la mente? ¿Del corazón? De ahí no se ha ido. Algunos lazos se pueden romper. Otros no. Su trabajo es ver la diferencia.

Courtney se inclinó hacia él.

—¿Lazos? ¿Qué lazos? ¿Se refiere a lazos físicos o a lazos espirituales?

—Si los recuerdos no se pueden silenciar, los lazos espirituales no se pueden romper. No ocurre así con los lazos físicos. «Si», condicional. —Abrió la tapa y contempló la escena de la esfera del reloj—. Este barco busca el faro, pero está impedido.

—El reloj se paró —explicó Courtney—. Después anduvo, dos veces. ¿Qué significa eso?

—Está confundida. No luche contra la confusión. Normalmente da paso al esclarecimiento. Lo que vemos, lo que oímos, todo significa algo si lo miramos el tiempo suficiente, pacientemente, hasta ver su finalidad. Lo más difícil de todo son aquellas ocasiones en que tenemos que esperar a que esa finalidad nos encuentre. Esas ocasiones requieren la paciencia que acabo de

mencionar.

—¿Y ésta es una de esas ocasiones?

—Sí.

Courtney hizo una brusca inspiración.

—Señor Scollard, por favor, dígame. ¿Está vivo mi padre?

—Eso tendrá que descubrirlo usted. Mi visión sola no la puede ayudar. Pero otro puede.

—¿Otro? ¿Otra persona? ¿Quién?

—Escuche con el corazón. No le fallará. —Diciendo eso, cerró la tapa y le entregó el reloj—. El té ya debería haber hecho su efecto. Será mejor que vuelva a Pembourne. A prepararse. Para el final de un viaje y el comienzo de otro. —Se levantó y le revolvió el pelo a Aurora—. A ti te veré mañana.

Aurora frunció el entrecejo, desconcertada.

—¿No puedo traer a Courtney conmigo?

—Puedes, pero no podrás —contestó él, luego se volvió hacia Courtney y la miró con un penetrante brillo en los ojos—. No veré a la señorita Johnston durante un tiempo. —Le puso una cálida mano en el hombro—. Vaya con fuerza, vuelva con sabiduría.

A Courtney se le llenaron de lágrimas los ojos, sin saber por qué; un relámpago de intuición le dijo que la próxima vez que estuviera en esa sala, todo habría cambiado.

—El cambio es esencial para crecer, Courtney —dijo el señor Scollard dulcemente. Inclino su mata de pelo blanco—. ¿Puedo tutearte, Courtney, verdad? Dado que lo prefieres.

—Puede y debe —contestó ella, tratando de sonreír.

Él la miró profundamente a los ojos, su mirada tan tranquilizadora como perceptiva.

—No dudes de tu fuerza, Courtney. Invócala. Te servirá bien. —Dicho eso cogió las tazas y las colocó en la bandeja—. Es hora de ir a limpiar las linternas. Antes de que nos demos cuenta, el crepúsculo estará sobre nosotros. Buenos días, señoras.

Limpiándose las manos en el delantal, subió la escalera hacia la torre y desapareció.

57 pies: 17,30 metros. (N. de la T.)

Courtney cambió de posición en el sillón del jardín, y aspiró la fragancia de las rosas y lilas, contemplando los campos oscurecidos de Pembourne.

Tenía cogido el reloj en la mano sobre la falda, apenas consciente de que ya hacía rato que había desaparecido el sol tras el horizonte, y el jardín estaba en sombras.

Llevaba horas sentada ahí, desde que con Aurora volviera del faro, y tenía la cabeza acosada por preguntas. Después de la larga caminata en silencio, comprendiendo su necesidad de soledad, Aurora se limitó a apretarle la mano, en gesto de tácito apoyo, y la dejó sola en su contemplación.

Fuera de Aurora nadie sabía dónde estaba, cosa que agradecía muchísimo. Tenía mucho que pensar y sopesar, mucho examen y meditación que hacer, necesidad activada por las profundas palabras del señor Scollard y sus implicaciones igualmente profundas.

Paciencia, le dijo. Fuerza. Hay lazos que se pueden romper; hay otros que no. El final de un viaje y el comienzo de otro.

Como volutas de humo se fueron desplegando los fragmentos del camino que quería tomar. Por fin ocupó su lugar una pieza del rompecabezas, relativo al comienzo de su inminente viaje.

Cerró la mano sobre el reloj. Le bajaron dos lágrimas por las mejillas.

«Papá, nunca te irás. Pero de mí depende encontrar la paz, distinguir lo físico de lo espiritual. Por lo tanto, debo hacer la primera etapa del viaje de que habló el señor Scollard, volver al lugar donde comenzó la pesadilla. Es posible que ahí encuentre las respuestas a mis preguntas.»

Apretando con fuerza los pliegues de la falda, se enderezó y miró hacia el mar, hacia el Canal, preparándose para encontrar su finalidad, tal como predijera el señor Scollard. Se pondría en marcha inmediatamente, a buscar sus verdades.

Pero ¿cómo llegar allí? En uno de los barcos de Slayde.

Se levantó al instante y se recogió las faldas, obsesionada por un solo objetivo: correr hasta el muelle y partir.

«Debes decírselo a Slayde primero» —objetó su conciencia.

«Imposible —alegó su urgencia—. Slayde está en Londres y no tengo idea de cuándo volverá. No tengo tiempo para esperarlo.»

«Pero ya es casi de noche —le dijo entonces su sentido común—, la peor hora del día para zarpar hacia regiones desconocidas.»

«No voy a permitir que eso, ni ninguna otra cosa, me detenga. Debo ir.»

Sólo había dado tres pasos cuando resonó otra voz interior y la hizo parar en seco.

«Paciencia, Courtney. Debes aprender a tener un poco.»

Era el señor Scollard, hablando con tanta claridad como si estuviera a su lado.
—¿Señor Scollard?

Miró alrededor, desconcertada, pero lo único que vieron sus ojos fueron cuadros de flores y árboles.

«Escucha con tu corazón, Courtney —insistió la bronca y omnisciente voz—. No te fallará.»

Suspirando resignada, desanduvo los pasos y volvió a sentarse en el sillón.

—Muy bien —dijo, nada sorprendida por la invisible presencia del señor Scollard—. Lo intentaré.

Casi lo vio sonreír.

Debió de quedarse dormida. Unas manos firmes le cogieron los brazos y la movieron suavemente para que despertara. Desorientada, abrió los ojos y se estremeció, extrañada de que soplara un aire tan frío dentro del dormitorio.

—Matilda, ¿me haces el favor de cerrar la ventana? Hace mucho frío.

—No me extraña —dijo la voz profunda de Slayde—. Es la una de la mañana y estás durmiendo en el jardín vestida sólo con ese delgado vestido de muselina.

—¿Slayde? ¿Estás en casa?

—Llegué hace unas horas. —La movió hacia delante y le puso su chaqueta en los hombros—. Horas pasadas recorriendo la casa buscándote. Todos creían que estabas en tu cama, lo que refutó mi visita a tu dormitorio. Todos a excepción de Aurora, que no quería revelar ni una maldita cosa. Casi tuve que echarle abajo las paredes de su cuarto a gritos para que por fin me dijera dónde estabas. Está claro que has estado aquí desde media tarde. Ven, te llevaré a la casa, no sea que te enfermes.

Courtney negó con la cabeza, repentinamente muy despierta.

—No. Necesito hablar contigo. A solas.

—Si es sobre lo que averigüé en Londres —la levantó en los brazos y echó a andar—, te aseguro que puede esperar hasta mañana.

—Por favor —musitó ella, volviendo a negar con la cabeza—. No es eso... es sobre otra cosa.

Él se detuvo a mirarla. Lo que fuera que vio en su cara lo convenció.

—De acuerdo. —Volvió al sillón y se sentó, con ella en los brazos, envuelta en la chaqueta.

Rendida por el cansancio, ella se acurrucó en su regazo.

—Te he echado de menos —susurró, renunciando a la idea de mantenerse reservada—. Me alegra que hayas vuelto.

Él tragó saliva audiblemente.

—He pensado muchísimo en ti; estaba preocupado. Tú y Aurora juntas... medio me imaginaba que mi personal hubiera dimitido durante mi ausencia.

Ella sonrió.

—Tenía la impresión de que me considerabas una buena influencia para Aurora.

—Una acompañante maravillosa. Una buena amiga. Pero ¿una buena influencia? No. ¿No recuerdas? Tú misma me has contado tus travesuras del pasado. —Le apartó el pelo de la cara—. Estás preocupada. ¿Qué pasa? Según Matilda has sido una paciente modelo, atendiendo a Elinore en sus visitas, paseando por los campos con Aurora y, ah, sí, Cutterton me informó de la visita que hicisteis hoy al faro.

Courtney suspiró, exasperada.

—¿Hay algo que Cutterton no sepa?

—No. Ahora dime. ¿El señor Scollard te perturbó de alguna manera? Es bastante inofensivo, aunque un poco excéntrico.

—Es extraordinario. También lo es su té, el que, por cierto, estoy convencida de que tiene propiedades curativas. Y no, no me perturbó. Pero sí me ha hecho pensar. —Hizo una honda inspiración y lo miró a los ojos—. Necesito pedirte prestado un barco, uno pequeño, de preferencia con uno o dos tripulantes. Soy una navegante bastante buena cuando no tengo la cabeza metida en un orinal. Por desgracia, eso no es muy frecuente, así que no puedo ir sola. Pero debo ir. Mañana al alba. —Le acarició la mandíbula con las yemas de los dedos—. Por favor, no digas que no.

A él se le habían ido endureciendo las facciones con cada palabra.

—Armon ya ha muerto. ¿Qué quieres buscar?

—El lugar donde abordó al *Isobel*. Necesito estar ahí otra vez, para ver dónde cayó mi padre. No sé por qué, pero es la única manera que se me ocurre para encontrar paz. Tal vez, puesto que no lo vi caer por la borda, me resulta más fácil negar que era inevitable su muerte. No lo sé. Sólo sé que debo ir. Consideraré la posibilidad de hacerlo antes de que tú volvieras, pero algo que me dijo el señor Scollard... —se mojó los labios—. En todo caso, te esperé. No me hagas lamentar haberte esperado, por favor.

En la cara de él se reflejó una batalla entre emociones contradictorias.

—Muy bien —dijo al fin—. Saldremos a primera hora.

Ella se enderezó bruscamente.

—¿Saldremos?

—Saldremos —repitió él—. Que me cuelguen si te dejo ir sola. ¿Necesitas tripulación? Yo te daré una: yo. Soy experto navegante, la mar de bueno, y no me mareo, así que no necesito orinal. —Entrecerró los ojos y la miró inflexible—: Vale más que aceptes, porque sólo con esa condición te prestaré el barco.

En ese momento Courtney lo amó más de lo que habría imaginado posible amar a alguien.

—Eso es más que aceptable, milord —musitó, posando los labios en el hueco de su garganta—. Éste es otro milagro.



Capítulo 11

El quechemarín zarpó al mismo tiempo que se disipaban los últimos vestigios de la oscuridad.

Courtney se apoyó en la baranda y se arrebujó más el chal al arreciar el viento, hinchando las velas e impulsando al pequeño velero hacia su destino. Contempló los acantilados rojos a medida que se alejaban hasta convertirse en una vista panorámica, maravillada por lo hermosa que era esa región de Inglaterra, qué perfecta para una casita de campo con jardín.

Un hogar.

Con un nudo en la garganta, le dio la espalda al paisaje, pensando si se atrevería a seguir con la esperanza de que su sueño pudiera convertirse en realidad.

Ese viaje lo diría.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Slayde, mirándola desde la rueda del timón.

Ella forzó una sonrisa.

—Muy bien. Todavía no se me ha revuelto el estómago. Cuando me empiece el mareo, verás cómo bajo corriendo.

—Tal vez te convendría bajar ahora al camarote —repuso Slayde, serio—. Tienes aspecto de estar agotada. ¿No dormiste nada anoche?

—No. —No tenía ningún sentido mentir—. No pude. —Fue a ponerse a su lado, se cogió del mástil y miró hacia el mar—. Maniobra con cuidado para

entrar en el Canal. Si no recuerdo mal, por esta parte hay capas de piedra caliza y bancos de arena.

Slayde enarcó una ceja.

—Gracias, pero no tienes por qué preocuparte. Vamos hacia el sur, estamos lejos de Portland, y nos vamos alejando de las precarias aguas de la bahía Lyme. Te prometo que no nos estrellaremos en las rocas.

Al captar su tono guasón, Courtney sonrió, una sonrisa de verdad.

—Perdona mi intromisión. Parece que conoces las aguas mejor que yo.

—Sólo las que rodean Devonshire. Por la tarde dependeré de tu conocimiento del Canal, cuando nos hayamos alejado de la costa inglesa.

—Ojalá recuerde el lugar donde Armon atacó al *Isobel*.

—Lo recordarás.

Courtney bajó la cabeza y lo miró de reojo.

—Elinore dijo que navegabas muchísimo cuando eras más joven.

—Sí, me gustaba la absoluta soledad que encontraba en mi esquiife.

—¿Y ahora?

Él se encogió de hombros.

—¿Ahora? Ahora viajo principalmente de pasajero, para ocuparme de mis negocios.

—Y para escapar, tal como hacías entonces.

A él se le endurecieron sus hermosas facciones.

—A veces escapar es esencial.

—Otras veces es imposible.

Silencio.

—¿Me contarás lo que averiguaste en Londres? —preguntó ella, cambiando prudentemente el tema.

—No fue mucho. Según las averiguaciones que hice, no se ha enviado ninguna remesa dudosa a ningún puerto europeo grande, ni hay noticias de ninguna importante suma de dinero depositada ni transferida. Claro que eso no significa que no hayan ocurrido estas dos cosas. Mis contactos no pueden averiguar las transacciones secretas de todos los bancos de Londres ni los cargamentos de todos los veleros que entran o salen de los muelles de la ciudad. De todos modos, mi instinto me dice que si hubieran enviado el diamante fuera de Inglaterra, de alguna manera se habría filtrado la noticia. Entre la enorme suma de dinero que supone y la viejísima leyenda, una cosa así es demasiado fascinante para que no se haya propagado algún rumor.

—¿Y respecto al abogado y al banquero del duque?

—Aparentemente no hicieron nada aparte de encontrarse con otros hombres de negocios prominentes que están pasando la temporada en Londres.

Courtney se mordió el labio, pensativa.

—Slayde, tú mismo le dijiste a Morland que estabas investigando sus actividades. ¿Sería posible que él se diera cuenta de que seguías a sus amigos a Londres y les haya aconsejado que esperaran a que te marcharas para actuar?

—Supongo que sí. La verdad, me cuesta atribuirle tanta astucia a un borracho débil como Morland. Pero claro, ya no es el hombre que yo recuerdo. Y es hijo de Chilton. —Agitó la cabeza, frustrado—. Sinceramente, Courtney, no lo sé.

—¿Y Oridge?

—Ah, Oridge. Es el único que logró algunos resultados. Cuando llegamos a Londres nos separamos, y unas horas antes de que yo emprendiera mi regreso a casa, nos encontramos en un pub de un barrio apartado. Según sus informantes, habían visto a unos cuantos hombres de mala catadura, que responden a las descripciones que le diste, vendiendo objetos de plata cerca del Puente de Londres.

—¿Cuándo fue eso? ¿El señor Oridge está seguro de que los hombres eran de la tripulación de Armon?

—Dos días antes de nuestra llegada, y sí, lo confirmó varias veces. Lo cual significa que su teoría era correcta; los hombres de Armon no abandonaron inmediatamente el país. Es posible que todavía sigan en Inglaterra o, en el peor de los casos, que hayan viajado una corta distancia. Sea como sea, Oridge los encontrará, y también su barco. De eso no me cabe la menor duda. Ahora bien, la pregunta es, ¿te dará paz eso? ¿A cuáles de los tripulantes de tu padre podrían haber dejado vivos esos asquerosos piratas?

—Me he hecho esas mismas preguntas, sobre todo pensando en Lexley. —Tragó saliva para deshacer el nudo que se le formó en la garganta—. Y sin duda las respuestas serán dolorosas. Pero debo enfrentarlas de todos modos.

—Lo sé —dijo él, contemplando el suave oleaje—. Además de los caminos que están explorando mis investigadores, quiero seguirle la pista a ese desagradable comerciante, Grimes, para ver si él era el contacto de Armon, con el que iba a encontrarse la noche o la mañana que lo asesinaron. Cuando volvamos de esta excursión, pienso ir a Dartmouth. Es posible que Grimes ya haya vuelto de dondequiera estuviera. Si sabe algo, lo «instaré» a colaborar.

A Courtney se le revolvió el estómago, si en reacción a la conversación o por el habitual mareo, no lo sabía.

—Creo que será mejor que baje —dijo, estremecida, con la voz tan alterada como su estómago.

—¿Necesitas ayuda?

Ella ya iba caminando.

—No. Sólo espero que hayas tenido el buen juicio de poner un orinal en el camarote.

La hora siguiente fue una que a Courtney le habría gustado olvidar, tal como deseaba olvidar todas las innumerables veces que había pasado arrodillada en el suelo de una cabina sintiendo bascas hasta que le dolían todos los músculos. Menos mal que la noche anterior había comido poco, aunque al parecer eso no le importaba nada a su cuerpo, que protestaba por los movimientos del barco con atroces espasmos que continuaron hasta mucho después de que hubiera vaciado totalmente el estómago.

Finalmente acabó la tortura y se echó en el suelo, hecha un ovillo, absolutamente agotada, tan cansada que ni siquiera hizo el intento de sentarse. Oyó entrar a Slayde, como si estuviera muy lejos, y balbuceó algo agradecida cuando la llevó en brazos a la litera y le limpió la cara y el cuello con un paño mojado en agua fría.

—Descansa.

—Pero es que tengo que... —se sentía tan débil como una muñeca de trapo—. Tengo que dirigir nuestra ruta.

—No te preocupes, pronto lo harás. Por el momento seguiré el rumbo que habría tomado el *Isobel*, hacia las Colonias. Te despertaré cuando te necesite.

A Courtney se le cerraron los ojos.

—¿Slayde?

—¿Mmm?

—Gracias.

Dicho eso, se durmió.

Cuando despertó se sobresaltó, al ver un rayo de sol y darse cuenta de que era pasado el mediodía y era necesaria su intervención para llegar a destino. Bajó de la litera, algo tambaleante todavía, y cuál no sería su alivio al ver la jofaina con agua que le había dejado Slayde. Bebió, se lavó y, más restablecida, salió del camarote y subió a cubierta a reunirse con Slayde, que estaba en el timón.

—Hola —lo saludó, contenta de ver que el mar estaba bastante en calma. Él se giró a mirarla con los ojos entrecerrados.

—Estaba a punto de ir a despertarte. ¿Cómo estás?

—Mejor —contestó sonriendo pesarosa—. Como he dicho, no soy muy buena

marinera, aunque jamás antes me había mareado tanto, nunca hasta el punto de quedarme profundamente dormida después.

—Nunca antes habías estado en recuperación de graves lesiones, casi inanición, torbellino emocional y agotamiento físico. Es posible que todo eso tuviera que ver con tu reacción.

—Es posible. —Miró hacia el mar, tratando de orientarse—. ¿Qué hora es? —Algo más de la una —repuso él—. Estamos de suerte; el viento está a nuestro favor, y hemos avanzado mucho más de lo que había esperado. —Se frotó la mandíbula—. Dijiste que el *Isobel* estaba a tres días del puerto cuando Armon os atacó. ¿Recuerdas cuánto de ese tiempo navegasteis a cierta velocidad?

—Si la pregunta es cuánto de ese tiempo lo pasamos en alta mar, no mucho. Había neblina cuando salimos de Londres. A medio camino por el Támesis, el viento empezó a soplar en contra. Recuerdo que mi padre se las vio negras para sortear las Dunas, procurando evitar las Arenas Goodwin. Sólo cuando salimos del estrecho de Dover comenzamos a coger velocidad.

—Las Goodwin son un estorbo para el mejor de los navegantes. Pero en este caso, el hecho de que obstaculizaran el avance del *Isobel* está a nuestro favor. Eso, sumado a la situación occidental de Devonshire y al viento beneficioso que nos empuja, me convence de que nos queda muy poca distancia hacia el oeste por cubrir para llegar al lugar donde fue atacado vuestro barco.

—Sí, veo que vas en dirección casi sur —musitó ella, pensativa—. Es de esperar que me lleguen los recuerdos cuando más los necesite.

Mientras hablaba, en su interior sonó la voz del señor Scollard: «Tu memoria prevalecerá, Courtney. Ahora invoca tu fuerza. Y no olvides escuchar con el corazón. No te fallará».

Tres horas después, se confirmó la profecía del señor Scollard. En esas últimas millas el mar se había agitado, y un fuerte oleaje azotaba al quechemarín, meciéndolo de lado a lado. Curiosamente, el estómago de Courtney se mantuvo firme y quieto. Ahogando una ronca exclamación, corrió hasta la baranda.

—Papá —exclamó, mirando hacia las negras profundidades del Canal.

Sacó el reloj y lo mantuvo en la mano mientras en su mente se iban desplegando visiones en fragmentos: Armon saltando al barco con sus tripulantes; Lexley luchando valientemente en defensa de su capitán; su padre, atado, amordazado y con un peso en la pierna, arrastrado hacia...

—Papá —volvió a decir, en un susurro, oyendo su grito, sintiendo su miedo cuando cayó al agua y se hundió—. Dios mío, papá.

Un repentino viento la zarandeó, y le entró en el cuerpo, produciéndole un frío que tenía poco que ver con la temperatura.

Slayde dejó la rueda del timón y fue a ponerse a su lado.

—Este es el lugar —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

Ella tragó saliva, sintiendo pasar el dolor por toda ella como un cuchillo, contemplando las agitadas olas.

—Sí. La corriente es fuerte.

—Muy fuerte —dijo él, cogiéndole la mano y apretándosela.

—Así estaba ese día. Pero no sé, creo recordar que iba en dirección opuesta, hacia Inglaterra, no hacia fuera. Si eso fuera cierto, mi padre podría haber sido arrastrado hasta la orilla. En cuanto a... —cerró fuertemente los ojos, sintiendo la presencia de su padre en el corazón, en el alma, pero no en un lugar donde pudiera tocarlo—. No está aquí —afirmó sin más, abriendo los ojos. Reverente, acunó el reloj entre las manos—. Podemos volver.

Courtney no habló en todo el trayecto de regreso; tampoco lloró. Simplemente se mantuvo de pie en cubierta, sin sentir nada, aparte de un inmenso vacío y una profunda sensación de soledad. Estaba acabado. Había hecho el viaje, buscado sus respuestas, y por atroces que fueran esas respuestas, las había encontrado.

Después sentiría. Por el momento, no sentía nada.

Pestañeó sorprendida al ver titilar luces en la distancia, lo que le hizo tomar conciencia no sólo de que ya había caído la noche sino también de que el barco se iba acercando a tierra.

—¿Dónde estamos? —logró preguntar, notando que sólo le salió un hilillo de voz.

—Ya estamos en Cornualles —dijo él haciendo virar el barco para entrar en el puerto—. Es pasada la medianoche. Pasaremos la noche en una posada y mañana al alba continuaremos hacia Pembourne.

Ella lo miró aturdida.

—¿Por qué? —En el instante de hacer esa pregunta visualizó la preocupada y

bien intencionada bienvenida que los aguardaba—. No pasa nada —se apresuró a corregir—. Una posada nos irá muy bien.

Hizo todos los movimientos necesarios para ayudar a Slayde a atracar y amarrar el quechemarín, luego lo acompañó hasta una pequeña posada, donde él tomó dos habitaciones contiguas comunicadas entre sí. Le dio las buenas noches, entró en su habitación y, sin siquiera mirarla, se desvistió, dejándose puesta la camisola. Se metió en la cama, con la esperanza de que, metida en ella, se le quitara el frío que atería su cuerpo.

Pero fue inútil, no logró entrar en calor.

Hundiendo la cara en la almohada, se obligó a llorar. Cualquier cosa sería mejor que sentir ese vacío insoportable.

Se abrió y se cerró la puerta de la habitación contigua. Ella no tuvo que mirar para saber que era Slayde. La cama se hundió con su peso cuando él se sentó a su lado.

—Courtney —dijo, apartándole suavemente el pelo de la frente—. No tengas miedo. Ese vacío forma parte del dolor de la pérdida. No va a durar eternamente.

Ella se incorporó, apoyada en los codos, y le escrutó la cara.

—¿No? A ti te ha durado.

En la cara de él se reflejó el sufrimiento.

—Te equivocas.

—Eso espero —musitó ella, con una inspiración entrecortada—. Creo que no soportaría vivir así, tan vacía, tan fría.

Él se inclinó y la cogió en sus brazos.

—No eres fría, cariño. Y no continuarás vacía.

La desesperación se apoderó de ella, chillando en busca de alivio.

—Slayde, no soporto esto. Quítame este vacío.

A él se le oscurecieron los ojos plateados, con emoción reprimida.

—Sabe Dios cuanto lo deseo. —Le rozó las mejillas y el puente de la nariz con los labios—. Si pudiera, absorbería todo el dolor y el frío, te llenaría hasta el último agujero de vacío. Pero, créeme, eres demasiado extraordinaria, cálida y generosa para continuar vacía. Con el tiempo, tu misma naturaleza llenará el vacío. —Guardó silencio un momento—. Tal como ha llenado el mío.

Courtney pestañeó sorprendida, sintiendo entrar un rayito de alegría, formado por algo más potente que el vacío. Jamás se habría imaginado que Slayde fuera a admitir algo así, admisión que, para él, equivalía a reconocer que la

necesitaba. Eso, combinado con su declaración de la semana anterior...

—Slayde —dijo, para hacer la pregunta que la atormentaba desde el momento en que fue a verlo a su habitación—. La noche anterior a tu marcha de Pembourne, dijiste que me amabas. ¿Lo dijiste en serio?

Él le sostuvo la mirada.

—Lo dije en serio.

—Entonces dílo otra vez. Si es posible que mi amor llene tu vacío, tal vez el tuyo pueda llenar el mío.

Él le enmarcó tiernamente la cara entre las manos.

—Te amo —dijo, simplemente—. Tu dolor es mío.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quédate conmigo. No te vayas.

—No me iré.

—Te necesito.

Él se estremeció.

—Yo también te necesito.

Se encontraron sus miradas, y se sostuvieron. Pasaron unos silenciosos segundos mientras cada uno asimilaba, en suspenso, todo el impacto de lo que estaba ocurriendo.

Sin un asomo de duda, Courtney le desató el nudo de la corbata, se la quitó y la arrojó lejos. Entonces se acercó a besarle el hueco de la base de la garganta.

—Hazme el amor —musitó.

—No.

La palabra le vibró a ella en los labios, con más trazas de rendición que de rechazo. Batallando con lo inevitable, él la apartó, aunque dejó los dedos enredados en su pelo, y le giró la cara hacia él.

—Courtney..., no —repitió con voz ronca, su cuerpo temblando, su mirada fija en su boca.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Sí. Síii.

La boca de Slayde estaba sobre la de ella antes de que terminara de hablar, perdida la batalla por los potentes sentimientos que ardían entre ellos, que le ordenaban tomar lo que ya era de él.

Ella abrió los labios, acogiendo lo que ya era de ella.

Y el mundo explotó.

El beso fue desesperado, urgente, fundiéndose el dolor y el vacío, que

clamaban por ser apaciguados por algo mucho más potente. Slayde la bajó hasta dejarle la cabeza en la almohada, y continuó devorándole la boca con una avidez insaciable.

—He soñado contigo todas las noches. Ardo por ti cada día. Dios santo, te necesito más de lo que necesito respirar.

—Yo también te necesito —dijo ella, en tono igualmente urgente, acercándolo más, cogiéndole los pliegues de la chaqueta con la intención de quitársela—. Te deseo tanto que me duele.

Slayde reaccionó a esa tácita súplica sin perder un instante. Se incorporó, impaciente, se quitó la chaqueta, y casi rompió la camisa y el chaleco en su prisa por quitárselos. Con el pecho desnudo, volvió a los brazos de Courtney. Los dos gimieron ante el contacto, tan fuerte fue la sensación, aun con la barrera de la camisola en medio.

—Más, necesito más. —Depositándole besos en el cuello y la garganta, él no tardó en soltarle el lazo de la camisola, quitársela y tirarla al suelo—. Eres tan condenadamente hermosa... —resolló, descubriendo con sus labios todo lo que se había negado esas semanas—. Dios santo, tan terriblemente hermosa... A Courtney se le escapó un grito cuando sintió sus labios alrededor del pezón. La excitación corrió por toda ella en violentas oleadas, calentándole la sangre y llenando todos los huecos vacíos de su interior. Le cogió la cabeza con las dos manos, para impedirle que parara los maravillosos estragos que estaba haciendo en sus sentidos.

Parar no era ni siquiera una remota posibilidad.

Slayde estaba perdido, más allá de todo pensamiento o razón, embriagado por el aroma y sabor de Courtney, el calor de su piel, el milagro de su respuesta. Una y otra vez le succionó el duro pezón, describiendo círculos con la lengua como para memorizar su sabor. Finalmente pasó al otro pecho, prodigándole la misma exquisita tortura, mientras Courtney se agitaba sobre las sábanas, gimiendo de placer y deseo.

El hambre lo agujoneó. Levantó la cabeza, echó atrás las mantas y sus ávidos ojos se dieron un festín con el resto de su belleza. Siguió tiernamente con los labios los moretones de sus costillas, dejando una estela de besos sobre cada uno.

—Ni siquiera éstos pueden estropear esta perfección —musitó, deslizando los labios hacia abajo, por la depresión de su abdomen y continuando por la sedosa piel de sus muslos. Con la palma le cubrió los rizos castaño rojizos de la entrepierna, calentándola y poseyéndola al mismo tiempo.

—Eres un milagro —dijo, deslizando también la mano hacia abajo e introduciendo los dedos en la mojada hendidura que lo invitaba—. Un milagro que no creía que existiera.

Courtney sintió una especie de extraño rugido en la cabeza, y reaccionó por instinto, sin vergüenza, abriéndose a la magia de esa caricia, levantando las caderas en silenciosa invitación. Lo oyó gemir, sintió el calor de su aliento.

Y entonces, sintió su boca ahí.

Abrió los ojos, sorprendida, y la recorrió un estremecimiento al primer movimiento de su lengua sobre la excitada hendidura. Gimió su nombre, y enredó los dedos en su pelo, y los muslos se le separaron más, como movidos por propia voluntad.

Él la estaba poseyendo absolutamente, con más ardor del que podía soportar; parecía quemarla, hacerle subir rayos por las piernas, que entraban en ese centro, haciéndola gemir, arquearse y pedir más. Esas caricias la hacían arder: su lengua, sus labios y luego sus dedos, deslizándose dentro de ella, abriendo un pasaje que ansiaba que él llenara.

A Slayde le latía el corazón con tanta fuerza que pensó que podría explotarle y salirse del pecho. Ya tenía la respiración agitada, sus sentidos llenos del aroma y el sabor de Courtney, de su increíble estrechez y excitación. Le era desconocida esa cegadora y devoradora pasión; jamás se imaginó que existiera. En ese momento no importaba nada ni nadie, sólo Courtney y lo que estaba ocurriendo entre ellos.

La barrera de sus calzas se le hizo insoportable. Se apartó de ella, bajó de la cama, se arrancó las calzas y de una patada las hizo a un lado.

Courtney abrió ligeramente los ojos para verlo desnudo; sentía arder las mejillas por esa pasión recién descubierta y en aumento.

Él ya estaba sobre ella, besándola con la ferocidad que los dos ansiaban.

—Tus costillas... —logró decir.

—No las siento. Sólo te siento a ti —repuso ella, jadeante, rodeándolo con los brazos y explorándole los musculosos planos de la espalda.

A él se le oscurecieron los ojos hasta quedar casi negros.

—Ábrete a mí. Necesito estar dentro de ti.

Al instante ella separó los muslos hasta que quedaron acunándole las caderas.

—¿Así?

—Sí —dijo él, con los dientes apretados para conservar aunque fuera la apariencia de autodominio—. Ahora abrázame con las piernas. —Lo recorrió un violento estremecimiento y le brotó sudor en la frente—. ¡Ohhh!

Ella levantó las piernas para abrazarle los costados y facilitarle la entrada en su estrecha y mojada abertura.

—Qué bien lo siento —susurró.

—Courtney...

Volvió a apoderarse de su boca, introduciendo la lengua, avasallado por la necesidad de poseerla toda entera, todas sus partes al mismo tiempo. Presionó las caderas suavemente, se detuvo, las movió en círculos, preparándola para la penetración.

—Dime si te duele. Si te duele, pararé.

Ya mientras hacía esa promesa dudaba mucho de ser capaz de cumplirla. Ya estaba sumergido en un rugiente diluvio de sensaciones, olvidada la razón. Estaba temblando, mojado de sudor, muy cerca del umbral del orgasmo, y ni siquiera estaba totalmente dentro de ella.

—No me duele —lo tranquilizó ella—. Es...

Se interrumpió y ahogó una exclamación, al penetrarla él otro poco más, ensanchándola, llegando a la delgada barrera de su virginidad.

Slayde se obligó a levantar la cabeza y se afirmó en los codos.

—¿Courtney?

Ella le cogió la cabeza y atrajo su boca a la de ella.

—Te amo. No pares.

Eso fue demasiado. Emitiendo un ronco gemido de necesidad, embistió, rompiendo la frágil membrana y enterrando el miembro hasta la base. La oyó gemir, la sintió tensarse, y enterró los puños en la almohada, tratando de recobrar la cordura.

—¿Mi amor?

Ella no contestó inmediatamente, por lo que él se maldijo cien veces por causarle ese dolor. Estaba a punto de retirarse, le costara lo que le costara, cuando ella se movió, desaparecida la tensión de su delicado cuerpo.

—Slayde —dijo ella, pronunciando su nombre con reverencia, el sonido más exquisito que él había oído en su vida. Como una preciosa flor, se abrió a él, se fundió con él, introduciéndolo más en su maravilloso calor—. Ya no siento dolor, sólo... el cielo.

—El cielo es donde ocurren los milagros —dijo él con la voz ronca, moviéndose lentamente y presionando—. Muévete conmigo. Toca el cielo en mis brazos.

—Ya lo he tocado.

Gimiendo muy suave, Slayde le enmarcó la cara y le sostuvo la mirada

mientras se retiraba parcialmente; volvió a penetrarla, más profundo, e inició el embriagador ritmo que se apoderó de sus respiraciones, de sus almas, generando unas ansias infinitas que fueron aumentando con los movimientos cada vez más rápidos y fuertes.

A Courtney se le agrandaron los ojos al sentir cómo su cuerpo reaccionaba solo, impulsándola a moverse y arquearse, como desesperada por encontrar alivio al placentero tormento que le prodigaba Slayde.

—Slayde...

—Sí —susurró él, acelerando el ritmo, sintiendo contraerse los músculos interiores de ella, apretándole el miembro de una manera que lo hacía arder, acercándolo cada vez más al orgasmo que hasta ese momento había tratado de reprimir.

Sonaron campanillas de aviso, y fueron silenciadas, ahogadas por el rugido de su cabeza, y la excitación y pasión que lo recorría todo entero en llamaradas.

—Courtney —resolló, llevándola hacia la cima con él, balanceándose en el borde—. Mírame, déjame verte la cara cuando ocurra.

—Ahh... ahh —exclamó ella, arqueándose violentamente, enterrándole las uñas en la espalda, encontrando la liberación en una serie de contracciones que le apretaban el miembro a todo lo largo, una y otra vez, precipitándolo en la liberación sensual.

—¡Courtney! —exclamó él, enterrándose en ella con toda la urgencia del alma, explotando en una liberación infinita, sintiendo salir disparada su simiente de su cuerpo e inundar el de ella.

Quedaron desmoronados en un enredo de brazos y piernas, la cabeza de él hundida en el hueco del hombro de ella, todo su ser aturdido por la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Al tratar de inspirar, para llenar los pulmones, comprendió, con los vestigios de cordura que le quedaban, que su peso era excesivo para ella, sobre todo para sus costillas.

Haciendo acopio de sus fuerzas, cambió de posición, y entonces notó lo mojada que estaba ella con su semen, recordatorio palpable de su descontrol sin precedentes, y de sus posibles consecuencias.

Apretando los dientes, rodó hacia un lado, muy consciente del oscuro nubarrón de culpabilidad y miedo que se cernía más adelante, listo para envolverlo y dejar su punitiva consecuencia.

Pero, Dios lo amparara, ese nubarrón no había bastado. Ni la maldición, ni su promesa, ni su férrea voluntad lograron apartarlo, impedirle que vaciara todo su ser en el de ella.

Sintió moverse a Courtney a su lado.

—¿Slayde? —dijo ella entonces, con voz soñolienta, interrogante.

—Estoy aquí.

La abrazó y acunó suavemente en sus brazos.

—Mmm —murmuró ella, ya medio dormida, acurrucándose más—. Fue un milagro, ¿verdad?

Slayde tragó saliva, besándole la cabeza.

—Sí, mi amor, un milagro, y más.

—Te quiero.

Dicho eso, se quedó dormida.

Totalmente despierto, siguió acunándola, mirando hacia la pequeña ventana del otro lado de la habitación, contemplando cómo la noche se iba convirtiendo en aurora, sin parar de reprenderse.

Pero ¿qué demonios acababa de hacer? ¿En qué estaba pensando? La respuesta a esa última pregunta era evidente: no estaba pensando, sólo deseando, sintiendo, y, lo peor de todo, necesitando.

Y a causa de eso, había cogido algo de Courtney a lo que no tenía ningún derecho.

Si Arthur Johnston estuviera vivo lo retaría a duelo sin dilación, para defender el honor de su hija, y con toda razón.

La ironía era que, si él no fuera un Huntley, no sería necesaria ninguna defensa. Amaba a Courtney y, por el mismo milagro que los reunió, daría su alma por acompañarla por el pasillo de la iglesia, ponerle un anillo en el dedo y, ante Dios y los hombres, hacerla suya.

Condenándola así ¿a qué? A toda una vida de aislamiento y encierro.

¿Y si la abandonaba?, alegó su corazón. ¿A qué la condenaría, entonces? ¿A toda una vida de soledad y desesperación? Impensable. Conocía esas dos emociones desde hacía años y jamás sometería a Courtney a ninguna de las dos. Se le apagaría su radiante corazón, se aplastaría su espíritu.

Lo cual dejaba ¿qué?

Courtney era una mujer que sólo podría amar una vez. Eso él lo sabía con tanta certeza como la que tenía de sus propios sentimientos. Ella jamás se entregaría a otro hombre, ni física ni legalmente, después de lo que acababan de compartir; y ni siquiera antes, habiéndolo bendecido con el regalo de su corazón, que sólo regalaría una vez.

Y de su vida pasada no le quedaba nada, con su padre asesinado, su hogar destruido. ¿Qué podía ofrecerle el mundo, entonces, que le reforzara a él la

convicción de que debía dejarla libre, acallar la urgente voz que le ordenaba que la uniera a él, que la hiciera su esposa, y al diablo el diamante negro?

—¡Papá!

El sobresalto lo sacó de sus cavilaciones. Centró toda la atención en Courtney, que estaba debatiéndose para liberarse, empujándole el pecho como si él fuera el obstáculo que se interponía entre ella y su padre.

—¡No! ¡Suélteme! ¡Papá!

—Courtney. —La remeció, primero con suavidad, después con más firmeza, hasta que ella abrió los ojos—. Cariño, despierta.

—¿Slayde? —Lo miró, totalmente desorientada, todo su cuerpo temblando por el recuerdo.

—Chhh, sí. —Le acarició la espalda hasta que se acabaron los temblores—. Sólo fue un sueño.

—Un sueño —repitió ella, acurrucándose en sus brazos—. Parecía muy real.

—Siempre lo parece.

Apretó las mandíbulas. Qué bien recordaba esas horribles noches que siguieron al asesinato de sus padres, cuando despertaba empapado en un sudor frío como hielo, cuando revivía una y otra vez el horrendo momento en que los descubrió...

Haciendo una estremecida inspiración, Courtney se apartó y le escrutó la cara.

—¿Era igual para ti?

—Sí.

—¿Qué hacías?

—Lo peor posible: enterrarlo. No sé por qué creía que enterrando los recuerdos los haría desaparecer. Qué estupidez. Sólo cuando te conocí a ti comprendí que la única manera de librarse del dolor es compartirlo.

Ella sonrió levemente, a pesar del miedo.

—Sí que has cambiado.

Él le acarició las mejillas con los pulgares.

—Eso te lo debo a ti.

—Y a Aurora —dijo ella—. Lleva años intentando sacarte de tu soledad.

—Tal vez yo no la oía.

—Tal vez deberías. Tu hermana te entiende mejor de lo que crees. Ya no es una niña, Slayde. Es una mujer, una mujer muy especial. ¿No es hora de que la conozcas?

A él le volvió la ternura.

—¿Otro regalo, mi bello milagro?

—No, milord, sólo es una sugerencia.

—Muy bien. Sugerencia aceptada. Pero a cambio debes aceptar una mía. —Le enmarcó la cara con las palmas y la miró a los ojos—. Cuéntame tu sueño, y los recuerdos que tuviste cuando estabas mirando el mar. Fueron lo mismo, ¿verdad?

A Courtney le temblaron los labios.

—Sí.

—Cuéntamelo.

—Fue principalmente lo que ya te he contado. Yo estaba al lado de mi padre en el alcázar, él al timón. Oí gritar a alguien. Cuando me giré a mirar, Armon y sus piratas estaban abordando el barco. Unos dos o tres bajaron corriendo para coger a los tripulantes que estuvieran en la cabina de oficiales. Armon y otros dos saltaron al alcázar. Uno me cogió a mí mientras Armon y el otro cogían a mi padre. Lo maniataron y amordazaron y luego lo empujaron hacia Lexley, al que tenían cogido a punta de pistola. Entonces Armon le ordenó que le atara un peso a la pierna y lo arrojara por la borda. —Se echó a temblar otra vez—. Recuerdo la afligida expresión de Lexley mientras obedecía. Dios mío, cómo deseé librarlo de eso y salvar a mi padre. Lo intenté. Luché, con brazos y pies, dando patadas, pero esos monstruos me bajaron a rastras por la escalera y me dejaron atada en mi cabina. Fue cuando iba por la escalera cuando oí el grito de mi padre. —Le bajaron lágrimas por las mejillas—. Ayer, cuando llegamos a ese lugar del Canal y miré hacia el fondo del mar, sentí su terror. Fue horroroso, como si lo hubiera estado viviendo a través de él.

Slayde la estrechó en sus brazos, calentándole el alma.

—Lo estabas. Y todavía lo estás —añadió dulcemente, mientras su mente se ponía a trabajar.

Algo que captó en ese segundo relato lo preocupaba, tocaba una nota discordante. Con el ceño fruncido, trató de aclarar qué era, y por qué no lo captó la primera vez que ella le refirió esos detalles. Tal vez porque estaba preocupado por la seguridad de Aurora y sólo oyó aquellas cosas que podrían darle una pista de su paradero. Pero esta vez...

En silencio, repasó el relato de Courtney, comenzando por el ataque de Armon al *Isobel* y terminando con la horrible muerte de Johnston, su grito al caer a una muerte segura.

¿Un grito?

Se tensó. Si el hombre estaba bien atado y amordazado, ¿cómo pudo gritar?

Gemir, sí. Un grito ahogado, tal vez. Pero ¿un grito fuerte que se oyera? No. ¿Habría logrado Johnston soltarse la mordaza? O tal vez, más posible, ¿habría encontrado Lexley la oportunidad de soltársela? Y en ese caso, ¿podría el primer oficial haberle soltado también las ataduras y el saco de grano que le había amarrado antes a la pierna? ¿Sería posible, realmente, que Lexley hubiera encontrado el tiempo para intentar salvarle la vida a su capitán?

La prudencia le advirtió que su teoría era muy, muy, oscura, y no le convenía arriesgarse a perturbar a Courtney con ella. Además, aun en el caso de que su idea fuera la correcta, aunque Lexley hubiera ayudado a Johnston, cortándole las ataduras en un momento en que nadie lo estaba mirando, de todos modos la corriente lo habría arrastrado mar adentro. La supervivencia era casi imposible.

Casi.

Pero ¿y si, por un golpe de suerte, las premoniciones que había tenido Courtney eran correctas? ¿Y si Arthur Johnston estaba vivo? ¿Y si, pese a lo imposible que parecía, había una pequeñísima posibilidad de que Courtney recuperara su pasado?

Ésa era la idea más inverosímil que había pasado por su cabeza en toda su vida, y más inverosímil aún sería actuar según ella. Él era un hombre que creía en absolutos, jamás en sueños, en señales ni en esperanzas imposibles.

Ni en milagros.

Reverente, miró el milagro que tenía en los brazos, arrojó al viento todos sus principios anteriores e hizo una nueva y silenciosa promesa, una más decisiva que cualquiera que la hubiera precedido.

Si Arthur Johnston estaba vivo, él lo encontraría.



Capítulo 12

Courtney se sentía casi tan impotente como se sintió cuando Armon atacó al *Isobel*.

Suspirando se puso de espaldas y se quedó mirando el cielo raso de su dormitorio. Se sentía de todo, pero no cansada. De todos modos, fingir agotamiento era la única manera de estar a solas con sus pensamientos. Y no era que no agradeciera la cantidad de caras preocupadas que la recibieron a su llegada. Jamás se había sentido tan parte de una familia como cuando Aurora

casi la deshizo en un abrazo y le dijo «Éste es tu hogar ahora. Nosotros te ayudaremos a sanar». O cuando los compasivos ojos de Matilda se llenaron de lágrimas, las que se apresuró a limpiarse con el delantal, y luego empezó a parlotear sobre lo cansada que se veía ella, y la terrible necesidad que tenía de una comida caliente y luego dormir. Incluso Siebert se esmeró en atenderla, ordenando a los lacayos que acompañaran a la señorita Johnston a la sala que ella prefiriera, insistiendo en que se ocuparan de que estuviera cómoda. Y cuando ella eligió el salón amarillo, la señorita Payne en persona llevó los refrigerios, revoloteando como una abeja en torno a una flor.

Ese cariñoso recibimiento significaba para ella mucho más de lo que podría expresar jamás.

Aunque ojalá Slayde no hubiera desaparecido en su despacho en el instante mismo en que llegaron, llamando a Siebert una o dos veces para despachar mensajes sólo Dios sabía adónde, y ni siquiera salió para reunirse con ella en la cena.

Renunciando a todo intento de descansar, se levantó y se dirigió a la ventana para ver la puesta de sol. A medio camino se detuvo, al atisbar un reflejo de ella en el espejo. Se acercó, para mirarse más detenidamente.

Desde el espejo la miró la misma cara, tal vez más delgada, bastante más ojerosa, pero por lo demás, su misma cara de siempre. Y su cuerpo cubierto por el camisón se veía igual que siempre, sin revelar nada de la metamorfosis que había tenido lugar en él.

Curioso lo falsas que pueden ser las apariencias.

Lentamente levantó la mano y se rozó los labios y la mejilla con las yemas de los dedos. Seguía dentro de ella el vacío, aunque eclipsado por la gloria de lo ocurrido en esa sencilla posada.

Jamás se había imaginado que hacer el amor pudiera ser tan bello, una compleción tan inmensa. Jamás se había imaginado siendo tan absolutamente una con otro ser humano. Esas horas pasadas en los brazos de Slayde le habían cambiado la vida y triplicado su amor, y no las cambiaría por nada del mundo. Le dolía la pena que los reunió, pero en el fondo de su corazón sabía que su unión había sido inevitable, tan natural como se funde la aurora con el día.

Si Slayde no estuviera sufriendo...

Bajó el brazo al costado y continuó su camino hacia la ventana.

Slayde la amaba. No había la menor duda en su mente de esa realidad, ni de la realidad de que él sabía tan bien como ella que eran el uno para el otro. Sin embargo estaba combatiendo ese conocimiento, y combatiéndolo a brazo

partido.

Lo irónico era que lo que combatía no eran los sentimientos de él sino los de ella. Después de años de soledad, Slayde ya aceptaba que necesitaba a alguien que no era él, que su corazón ya no era suyo.

Lo que no lograba aceptar era que ella lo necesitara a él.

Maldita esa horrible maldición, pensó, golpeando el alféizar con el puño.

¿Qué podría hacer para convencerlo de que su intención de protegerla era inútil? ¿Cómo lograr que creyera que ella se sentía segura ahí, que no se sentiría a gusto en ninguna otra parte, que alegremente viviría encerrada con llave antes que sacrificar la oportunidad de compartir su vida?

No podría.

La única posibilidad de que él no sólo cediera sino que también acogiera bien la perspectiva de su compromiso, era que el diamante negro desapareciera de sus vidas para siempre.

Bueno, no tenía idea de dónde podía estar la piedra. Pero claro, eso tampoco lo sabía ninguna otra persona.

Levantó la cabeza al ocurrírsele una idea. Nadie sabía que la joya que Slayde le entregó a Armon era una falsificación del diamante. Bueno, en realidad, nadie sabía mucho de nada, aparte de rumores transmitidos de generación en generación, aumentados y exagerados. Todo lo relativo al diamante negro se susurraba nerviosamente tras puertas cerradas, y los retazos de rumores y chismes iban pasando de boca en boca.

¿No era hora de que el mundo se enterara de la verdad? ¿Se enterara de que el infame diamante negro ya no estaba en poder de los Huntley?

Una leve sonrisa le curvó los labios. Si algo había aprendido en los años en que simulaba ser una apasionada marinera y no una pasajera mareada era que muchas veces la percepción es más importante que la realidad. Era el momento de poner en práctica ese principio.

—¿Courtney? —dijo la voz de Slayde fuera de su puerta—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto. —Se giró a mirarlo y se le oprimió el corazón al ver los surcos de sufrimiento en su cara. Resueltamente se dijo que estaba a punto de aliviárselo—. No estuviste en la cena.

—No tenía hambre. —Cerró la puerta y la miró atentamente a la cara—.

¿Cómo te sientes?

—Siento emociones encontradas —contestó ella sinceramente—. Sigo conmocionada por mi padre, desgarrada entre la aflicción y la negación. Pero ya no me siento vacía, gracias a ti.

A él se le oscurecieron los ojos por la emoción.

—¿Sientes algún malestar?

—No. —Negó con la cabeza, más conmovida que azorada por la pregunta—.

Me di un baño caliente. Me siento muy bien.

—Estupendo. —Se aclaró la garganta—. Quería que supieras que mañana iré a Dartmouth, a ver si ha regresado Grimes.

—Me hablaste de eso cuando estábamos en el barco.

—Espero que resulte ser él el contacto de Armon. Si lo es, me encargaré de que nos dé toda la información que tenga, tal vez incluso quién es el que escribió esas notas.

Courtney lo miró atentamente, pensando en su interés por esa búsqueda.

—Todavía esperas que sea Morland. Y piensas que demostrando que él organizó este ardid, vengarás no sólo la muerte de mi padre sino también la de los tuyos.

Slayde asintió, su cara tensa.

—Sí, mentiría si dijera que no. Pero no es esperanza lo que siento, sino convicción. De verdad creo que los Bencroft son unos asesinos, que han asesinado dos veces.

—Lo sé.

Se le desvaneció un tanto la esperanza, al comprender que anunciando públicamente que los Huntley ya no tenían el diamante negro sólo le daría a Slayde una parte de lo que él anhelaba. Aseguraría la seguridad de su familia, sí, pero lo que de verdad a él le faltaba, lo que necesitaba para sentirse entero, era paz, una paz que sólo podría conseguir resolviendo y olvidando el pasado. Eso significaba encontrar a los asesinos de sus padres.

Sea pues. Alzó el mentón. Ya estaba bien, no tenía que responder ante nadie y ninguna responsabilidad, aparte de servir como dama de compañía de Aurora. Siendo así, ¿por qué no podía hacer por Slayde exactamente lo que él estaba haciendo por ella?

Podía y lo haría.

Le renació la esperanza, con toda su fuerza, reforzando también la segunda parte de su decisión. No sólo eliminaría el estigma de la maldición Huntley, también haría lo imposible por enterarse de quién mató a los padres de Slayde.

Y empezaría con el duque de Morland.

—Courtney —dijo él, ceñudo—. ¿Te he perturbado?

—No, no, en absoluto. —Le sonrió tranquilizadora—. Agradezco lo que haces

por mí. ¿A qué hora pensabas salir para Dartmouth?

—Inmediatamente después del desayuno.

—¿Y después de que hables con Grimes volverás directamente a casa?

—A menos que él me dé algún motivo para quedarme allí, sí —la miró interrogante—. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, despreocupadamente.

—Es que mañana tenía pensado ir con Aurora a visitar al señor Scollard, que tiene una manera única de distraerme la mente de la pena. Pero quiero estar aquí cuando vuelvas, por si tienes alguna información importante.

—Comprendo. Muy bien, podríais hacer esa visita por la mañana. No creo que yo vuelva antes de media tarde.

—Excelente —dijo ella, ya impaciente por empezar.

—Debo dejarte descansar —dijo él. Abrió la boca para continuar, pero titubeó, batallando con su propio conflicto interior—. Courtney —dijo al fin, con la voz ronca —, anoche me diste un regalo más precioso de lo que yo podría haber imaginado jamás. Me siento indigno y agradecido, y muchísimo más. Mis sentimientos... —se interrumpió.

—Tú me diste lo mismo —repuso ella, con callada comprensión—. No necesitas ponerle palabras a lo que compartimos.

—No hay ninguna palabra para ponerle. No existen esas palabras.

Silencio.

Ahogando una exclamación, él atravesó la habitación y la cogió en sus brazos, besándola con más emoción de la que podían soportar.

—Duerme bien, mi hermoso milagro. Y sabe que estoy reviviendo cada momento, tal como tú.

Con los ojos cerrados, Courtney oyó el suave clic de la puerta al salir él. Continuó allí, inmóvil, saboreando el beso, sus caricias, su declaración, y todo eso le reforzó la resolución, aumentándola al doble.

Abrió los ojos y esperó, esperó a darle tiempo de sobra para que llegara a donde fuera que iba.

Pasado un cuarto de hora, salió sigilosamente de la habitación y se dirigió a la de Aurora, rogando que estuviera ahí y no hubiera salido a dar uno de esos desasosegados paseos por el jardín o, peor aún, hubiera ido al faro. Lo último que le hacía falta era vagar por la casa o los alrededores, corriendo el riesgo de encontrarse con Slayde.

—¿Aurora? —preguntó al golpear—. ¿Estás ahí?

La puerta se abrió al instante y la recibió la preocupada cara de Aurora.

—Courtney, pasa. —De un tirón la hizo entrar, cerró la puerta y la miró atentamente de la cabeza a los pies—. Te ves mejor. ¿Te sirvió descansar?

—No, y sí. —Courtney se dejó caer en un sillón—. El descanso no me sirvió de nada. No pegué ojo. Pero sí, tengo mejor aspecto, porque me siento mejor.

—Se sentó derecha, con los ojos brillantes—. Tengo un plan.

—¿Un plan? Pensé que estarías afligida en tu habitación por lo decisivo de lo que descubriste con Slayde en vuestra búsqueda.

Courtney apretó fuertemente los pliegues del camisón.

—Lo estuve..., en parte. Pero la aflicción sólo fue una de las emociones. Hubo... muchas más.

Aurora la miró evaluadora.

—¿Por qué será que me parece que ocurrió algo más en ese viaje?

—Porque eres muy lista. —La miró fijamente, inclinándose un poco—. ¿Me ayudarás?

—¿Ayudarte en qué?

—En mi plan. Si resulta, Slayde será otro hombre, libre de las cadenas del pasado y dispuesto para un maravilloso futuro, conmigo, espero.

—¿Ayudarte? —dijo Aurora, pestañeando—. Por conseguir eso movería montañas. —Fue a sentarse en la cama—. Soy una atenta oyente.

—Para empezar, tenemos que convencer al mundo de que el diamante negro ya no está en poder de los Huntley.

—Y no lo está.

Courtney tuvo que morderse el labio para no revelar la verdad.

—Lo importante es que nadie sabe eso. La alta sociedad se alimenta de rumores; es hora de que les demos uno para saborear, uno que eliminará el peligro y el nubarrón negro que envuelven el apellido de tu familia.

—Pero es que mi bisabuelo robó la piedra. ¿Cómo podemos demostrar que no?

—No podemos. Ni tenemos por qué. Aurora, mi madre era de sangre azul, noble, al menos por nacimiento. Mi padre me contó muchísimas historias sobre la aristocracia. Decía que si los escándalos decidieran a cuáles aristócratas acoger bien y a cuáles excluir, los salones de baile de los elegantes estarían vacíos. No es el delito de tu bisabuelo la causa de que el mundo os aisle sino el miedo que todos le tienen a la maldición. Si corregimos esa historia, continuará el estigma del pasado, pero se acabará el miedo. La alta sociedad os admitirá, aun cuando no sea con los brazos abiertos. Ahora bien, para ser franca, no es ése el resultado final al que deseo llegar. Mi

objetivo es eliminar la amenaza a vuestra seguridad, además de la obsesión de Slayde por continuar su vida solitaria. Esas dos cosas se lograrían convenciendo al mundo de que los Huntley y el diamante negro se han separado.

—¿Y cómo te propones convencerlos de eso?

—Ahí es donde entras tú. ¿Sabes dónde guarda Slayde sus papeles importantes?

Aurora asintió, perpleja.

—En el primer cajón de la derecha de su escritorio.

—Excelente. Entonces tiene que haber colocado ahí las notas que recibió de Armon. Necesito que las encuentres y las cojas. También busca y coge papel de cartas con el timbre personal de Slayde.

—¿Por qué?

—Porque entre tú y yo vamos a escribir una carta explicando las circunstancias que llevaron a la entrega del diamante negro. Luego tendrás que convencer a Cutterton de que envíe a uno de sus hombres de más confianza a Londres para que lleve la carta y las tres notas. —Frunció el ceño—. Tiene que ser un hombre absolutamente de confianza, que traiga esas notas de vuelta tan pronto como las hayan leído y copiado. Esto significa que tendremos que ocuparnos, como sea, de impedir que Slayde se entere antes de que yo decida decírselo. Tendremos que mantenerlo lejos de su despacho unos tres o cuatro días. Además, el hombre que elija Cutterton tiene que ser uno cuya ausencia no note Slayde; dile que elija un guardia que no sea muy visible. Inventa la explicación que haga falta. Dile que es asunto de vida o muerte, y que eso es necesario. Simplemente, convéncelo para que colabore. ¿Podrás hacerlo?

Aurora seguía boquiabierta.

—¿Ir adónde en Londres? ¿Y de qué servirá la carta si la escribimos nosotras?

—Al *London Times*, y por lo que se refiere al diario, la carta la habrá escrito Slayde. Será su firma, falsificada, la que verán al final, será su explicación la que leerán, y las notas que él recibió las que tendrán como prueba. Las publicarán con enorme placer para que todo el mundo las lea y crea. Y ése será el fin de los peligros que acompañan a ser un Huntley. —Ahora bien — añadió, bajando la cabeza —, ¿serás o no capaz de convencer a Cutterton para que colabore en esto?

Aurora esbozó una radiante sonrisa.

—Aunque tenga que fingir un desmayo. —Se levantó de un salto—. Empezaré inmediatamente. Esto es más emocionante que tratar de escapar de Pembourne.

—E igual de precipitado —dijo Courtney, con toda intención.

Aurora se giró a mirarla.

—¿He detectado un tono de censura?

—Pues claro. Sé que eres impaciente. Yo también lo soy. Pero entrar en el despacho de Slayde esta noche sería un error. Si él entrara cuando estás ahí, se estropearía totalmente nuestro bien pensado plan. —Le hizo un guiño—. Por otro lado, sé de cierto que mañana saldrá para Dartmouth tan pronto como acabe de desayunar, lo cual eliminará el peligro de que te descubra y te hará mucho más fácil la tarea. Yo distraeré a los criados mientras tú sacas las notas y el papel de cartas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Aurora, desandando los pasos de mala gana.

—Hay más —la tentó Courtney.

El cebo tuvo el efecto deseado. A Aurora se le iluminó la cara de curiosidad.

—Dime.

—La primera parte de mi plan sólo conseguirá eliminar la preocupación de Slayde por la amenaza del mundo en general.

—Pero no hace nada para eliminar su aprensión por Lawrence Bencroft —terminó Aurora.

—Exactamente. Slayde no sólo cree que el duque contrató a Armon para que atacara al *Isobel*, también cree que el difunto padre del duque asesinó a vuestros padres. Y yo creo que es hora de resolver ese asunto de una vez por todas.

—¿Cómo?

—Mañana, mientras Slayde esté ausente, iré a hacerle una breve visita al duque de Morland. Lo enfrentaré con pruebas y es posible que obtenga una reacción de él.

—Pero no tienes ninguna prueba.

—Fingiré que las tengo. Simularé que estoy tan desquiciada por mis emociones que decidí ir a descargar mi furia en él. Le diré quién soy, que sé que él contrató a Armon para que se apoderara del barco de mi padre. Después le soltaré cómo se jactaba Armon de su intención de engañar a su empleador quedándose con la piedra. Como estaré tan desquiciada que no seré capaz de controlar la lengua, le diré que encontré el diario de Armon, en el que lo explica todo, y nombra a todos los que participaron en el ardid, o sea que tengo una prueba por escrito. Y terminaré informándole de que he meditado muchísimo sobre su pasado y tengo pruebas de que él y su padre asesinaron a los difuntos conde y condesa de Pembourne. Lo amenazaré con un

ultimátum. O confiesa su conexión con Armon o iré a Bow Street a exponer sus crímenes, el último de los cuales fue un asesinato a sangre fría, que se castiga con la horca.

Aurora la escuchaba pasmada, y al final movió la cabeza.

—Eres increíble. Nunca me imaginé que fueras tan... tan...

—¿Parecida a ti? —bromeó Courtney—. Ten presente que estaba enferma cuando me conociste. Soy tan ocurrente, y tan problemática, como tú.

—¿Y dónde entro yo en todo esto? No te permitiré ir sola a Morland.

—Eso ya me lo imaginaba. Tu trabajo allí será distraer al investigador de Slayde, precaución necesaria para el caso de que Slayde le hubiera dicho nuestros nombres. Si sabe mi nombre y me oye decirlo en la puerta, sin duda correrá a detenerme, estropeándolo todo. Necesito el tiempo para entrar en la casa y enfrentar al duque. No me importa si me ve al salir. De todos modos Slayde se va a enterar de nuestra visita muy pronto, por el propio duque, si éste reacciona según mi plan. Pero necesito tener la oportunidad de hacer lo que he ido a hacer antes de que me saquen de ahí a rastras.

Aurora había palidecido.

—Courtney, ¿y si es cierto que Lawrence Bencroft asesinó a mis padres? ¿Y si es peligroso? Podrías resultar herida.

—Slayde cree que era Chilton el Bencroft verdaderamente peligroso, y éste ya murió. Además, Lawrence no me atacaría delante de todo su personal. —Se mordió el labio, pensativa—. Nos vamos a fijar un tiempo límite. Si no he salido, digamos, pasada media hora, se lo dices al investigador de Slayde para que corra a rescatarme. ¿Qué te parece eso?

—Bien —repuso Aurora, también pensativa—. ¿Te das cuenta de que podríamos vengar a tu padre, descubrir a los asesinos de mis padres y darle a Slayde una verdadera vida, todo de una vez?

—Eso, exactamente, es lo que deseo que ocurra.

Aurora guardó silencio un momento.

—Hay una cosa que no hemos hablado.

—¿Y es?

Aurora exhaló un suspiro, desgarrada entre la impaciencia por seguir el plan y la sinceridad. La sinceridad ganó.

—La acogida de la alta sociedad. Tú tocaste el tema y lo dejaste de lado, tal vez sin considerar su importancia. He oído tantas historias como tú acerca del mundo elegante. Según Elinore, los aristócratas saben ser muy crueles. Durante mi única incursión en la temporada de Londres, me acompañaba ella,

lo cual impedía que muchos me apuntaran con el dedo y me dirigieran miradas glaciales. Pero no me engaño. A pesar de mi euforia por asistir a tantos bailes grandiosos, sabía que murmuraban de mí a mis espaldas. Al fin y al cabo, soy una Huntley. Si de verdad hiciera mi presentación en sociedad, del brazo de Slayde, me someterían a descarados rechazos y exclusión, incluso después de que las dos hubiéramos tenido éxito en lo que acabamos de hablar. Como tú misma has dicho, tu plan, si bien absolutamente brillante, eliminará el miedo de los aristócratas, pero no hará nada para borrar el escándalo que ha durado tantísimos años. Por mí, eso no me importa. Soportaré la no muy amable acogida sólo para estar entre gente, para ver el mundo. Pero para ti, que ya has visto y hecho tanto, no resultará ningún beneficio, y sí muchas posibilidades de sufrimiento. Ten presente que una vez que estéis casados tú y Slayde, los cotilleos sobre los Huntley se extenderán a ti. ¿Estás segura de que estás preparada para eso?

A Courtney le brillaron los ojos.

—Estoy segura de que amo a tu hermano. En cuanto al mundo, me importa un bledo lo que digan o no digan de mí. Que cotilleen, que murmuren. Nada me haría sentirme más orgullosa que estar al lado de Slayde, como su esposa y tu hermana. —Se levantó y fue a apretarle las manos—. Eso no es ningún problema, de verdad. Pero te agradezco tu preocupación por mí.

Por entre ellas pasó una corriente de comprensión.

—Ahora, volviendo a nuestro plan —continuó Courtney—, mañana desayunaremos todos juntos. Una vez que se marche Slayde, yo montaré guardia mientras tú buscas los papeles. Cuando lo tengamos todo listo, yo iré al establo a buscar dos caballos mientras tú haces la petición o súplica a Cutterton. —Frunció los labios, pesarosa—. No soy muy buena amazona, pero me las arreglaré en la corta distancia a Morland. Iremos a caballo al faro, haremos la visita prescrita, y luego iremos a Morland desde allí. Le diré a Matilda que estoy impaciente por ver al señor Scollard, pero muy cansada para ir a pie. Eso explicará por qué vamos a caballo.

—Perfecto.

Courtney volvió a apretarle las manos.

—Nuevamente, gracias.

—No, Courtney, soy yo la que debo darte las gracias a ti —dijo Aurora, mirándola—. Creía que el destino te trajo a Pembourne por mí. Y lo hizo..., en parte. —Asintió, con la mirada desenfocada—. Pero la parte más pasmosa...

—Sonrió—. Mi hermano es un hombre muy afortunado.

—Ah, os estaba esperando. —El señor Scollard bajó los últimos tres peldaños de la escalera a la torre y fue a saludarlas, en el momento en que iban entrando por la puerta— En realidad, habéis llegado un poco antes de lo que esperaba —añadió, echándole una mirada a su reloj—. Dadas las limitadas dotes ecuestres de Courtney, supuse que necesitaríais un tiempo extra. —Se encogió de hombros—. No importa. El té está preparado.

Courtney se echó a reír, desabrochándose la capa.

—Y tenía razón. «Yo» necesitaba ese tiempo extra. Por desgracia, mi caballo no. Bajó la colina como una bala. Él galopaba. Yo rezaba. Moviendo de arriba abajo su blanca cabeza, el señor Scollard sirvió el té en las tres tazas.

—Las oraciones no tienen precio, como vas a descubrir muy pronto. —Le pasó una taza, mirándola con esos penetrantes ojos azules—. No preví otra visita tuya tan pronto. Me alegra que hayas encontrado tu camino.

—Yo también —contestó Courtney, comprendiendo que se referían a algo más que la excursión de ese día.

—El viaje continúa —avisó él, pasándole la taza a Aurora—. Tú y Rory vais a entrar en una zona oscura, pero en la que debéis embarcaros, con cuidado. Bebed.

Aurora bebió un largo trago y habló sobre el tema que la había atormentado toda esa hora pasada.

—Señor Scollard, le pedí a Cutterton que enviara a uno de sus hombres a dejar nuestra carta a Londres, y aceptó, sin hacer ninguna pregunta.

Él asintió, con toda naturalidad.

—Es un buen hombre ese Cutterton. Muy entregado en su trabajo.

—Pero insoportablemente sobreprotector, como usted bien sabe por mis constantes quejas. Su actitud esta mañana fue muy rara, absolutamente contraria a su manera de ser. Yo pensé que tendría que rogarle, suplicarle de rodillas, fingirme terriblemente enferma, a punto de desmayarme, no sé, inventar alguna mentira descabellada. Y resulta que tan pronto como le hice mi petición, con las estipulaciones y todo, partió en busca de Mathers, el que, me dijo, era el hombre adecuado. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Usted tuvo algo que ver con esa repentina e inexplicable buena disposición a colaborar?

El farero arqueó una ceja.

—¿Yo? No he hablado una palabra con él.

—Su poder es de largo alcance.

—Como lo es tu resolución —rió él.

Aurora exhaló un suspiro.

—No me va a contestar, como siempre, ¿verdad?

—Pensé que te había contestado.

Ella probó, entonces, con otra pregunta igualmente importante.

—Señor Scollard, ¿qué consejo nos puede dar? Sé que no puede, o no quiere, prever el resultado de nuestro plan, pero ¿qué atisbos nos puede comunicar?

Él sonrió afectuoso.

—Se van a celebrar veinte años. Tal como celebramos los tuyos, Rory.

—Mi cumpleaños —dijo Courtney—. Dentro de dos semanas. Lo había olvidado.

A él le chispearon los ojos.

—Has estado preocupada, y muy creativa también. Alabo tu plan.

—¿Va a tener éxito? —preguntó ella, inclinándose hacia él.

—Tal como me ocurre a mí, ves mucho, y mucho no ves. —De repente frunció el ceño y apareció una extraña luz en sus ojos—. Peligro —musitó—. Sólo ahora está cobrando forma. Un peligro terrible. Mira muy al fondo. Se está fraguando muy cerca.

—¿Un peligro muy cerca? —repitió Courtney—. ¿Se refiere al duque? ¿Él va a frustrar mi plan? ¿Voy a fracasar?

Él la miró, su ojos sagaces pero preocupados.

—A veces tenemos que fracasar para triunfar.

—Ojalá comprendiera el sentido de sus palabras —replicó Courtney, suspirando exasperada.

—Si lo comprendieras, yo no lo diría. —Se le evaporó la seriedad con la misma rapidez con que le sobrevino—. Ahora bebe. Bebed las dos. Una vez fortalecidas, os marcharéis a toda prisa. El conde estará en casa a media tarde y tenéis muchas cosas que hacer antes de que llegue. —Miró nuevamente su reloj—. Vaya, por Dios, es más tarde de lo que creía. Será mejor que cojáis el faetón. Lo traeré a la puerta. Courtney, tú conduces. Si no recuerdo mal, tu padre te enseñó a conducir durante una de vuestras estancias en las Colonias.

Courtney asintió, ya sin sorprenderse.

—Sí.

La taza de Aurora golpeó sonoramente su plato.

—¿Faetón? ¿Qué faetón?

—Pues, el mío.

—¿Cuándo compró ese faetón?

Él frunció los labios, pensando.

—No me acuerdo. Lo único que sé es que está a mano cuando lo necesito.

Ella lo miró, incrédula, dolida.

—¿Entonces todos estos años, todas las veces que he llorado aquí, contándole lo desesperada que estaba por escapar de las paredes de Pembourne, usted podría haberme ayudado y no lo hizo?

El señor Scollard se le acercó y le colocó sus curtidas manos en los hombros.

—Ah, pero Rory, sí que te he ayudado. Lo que pasa es que todavía no lo comprendes. —Le dio unas palmaditas en la mejilla—. Pero lo comprenderás.

Y pronto, me alegra decir. Muy pronto.

Acto seguido, salió a toda prisa.

Diez minutos después, los caballos de Aurora y Courtney iban tirando del faetón, a muy buen paso, por el tranquilo camino rural en dirección a Morland, dirigidos con mano firme por Courtney.

—Mi padre estaría orgulloso. Está claro que aprendí bien las lecciones. Lo que es un alivio, dado lo patética que soy montada a caballo.

—Eres torpe, no patética —protestó Aurora—. No olvides que te has pasado la mayor parte de tu vida en un velero mercante, en el que cabalgar no es lo que se diría una prioridad. —Apuntó hacia el suroeste—. La propiedad de Morland está a seis millas al interior. Si continuamos por este camino llegaremos a Newton Abbot, el pueblo que está en las afueras de Morland. En esa bifurcación tomamos a la derecha, y ese camino nos llevará directamente a Morland.

Courtney la miró sorprendida.

—Yo pensaba tomar ese camino, pero sólo porque a los tripulantes de mi padre los he oído decir que Newton Abbot está al interior, alejado de la costa. Creía que desde ahí tendríamos que fiarnos de nuestro ingenio.

Aurora sonrió.

—A veces, aunque rara vez, lo reconozco, el conocimiento supera al ingenio. Ésta es una de esas veces.

—¿Cómo conseguiste esos detalles tan precisos?

—Me tomé la libertad de preguntárselos a Siebert, de la manera más despreocupada posible, por supuesto. Siebert es una rica fuente de información, lo sabe todo. Esta vez, claro, no sabía mis intenciones. Ni

siquiera él se imaginó que yo invadiría la propiedad de los Bencroft. Pensó que sólo le hacía las preguntas movida por mi insaciable curiosidad, y me dio todo tipo de detalles orientativos, en un discurso que él creía sólo teórico.

—Y encuentras que «yo» soy ocurrente.

Se desvaneció la sonrisa de Aurora.

—Hablando de ser ocurrente, ¿dónde guarda un faetón un farero?

—Ésa sólo es una de las mil preguntas sobre el señor Scollard de las que jamás tendremos la respuesta. —La miró de reojo—. Ya no estás resentida con él, ¿verdad?

—Supongo que no. Si él dice que ha actuado pensando en mi bien, debo tener fe y creerle.

—Coincido contigo. —Courtney cogió las riendas con más fuerza—. Se me ocurrió que si Slayde tiene razón y Morland ha estado haciendo vigilar Pembourne con algún propósito siniestro, al marcharte en un faetón, escapando de verdad de Pembourne, podrías haberte expuesto vete a saber a qué. Piensa en eso.

—Tienes razón —concedió Aurora—. Tal vez el señor Scollard se refería a eso. —La miró preocupada—. Y eso no me hace sentir más tranquila respecto a tu visita a la casa del duque.

—No tengo otra alternativa. Debo verlo. —Guardó silencio un momento—. ¿Puedes decirme algo sobre él que pudiera servirme?

—Nada. Ni siquiera recuerdo cómo es, aparte de su aspecto y de que tenía una copa en la mano. Por Slayde sé que es un recluso y un borracho. Creo que eso es lo único que puedo decirte.

Courtney apretó las mandíbulas.

—Bueno, tal vez muy pronto yo pueda decirte algo más sobre él.

Al cabo de treinta minutos estaban delante de las puertas de hierro.

—Formidable vivienda —comentó Aurora mientras Courtney maniobraba para tomar el camino de entrada.

—Se ve descuidada —dijo Courtney. Observó el denso bosque y la nada invitadora casa señorial—. Y sombría.

—Para justo antes de que empiece la curva que lleva a la fachada de la casa, para poder esconder el faetón en el bosque. Tú entras; yo me esconderé entre los árboles, exagerando con muchos aspavientos mi furtividad. Eso tendría que despertar las sospechas del investigador de Slayde, llamar su atención hacia mí y desviarla de ti, lo que te dará tiempo para llegar hasta el duque. Después, bueno, ya se me ocurrirá algo para que su atención continúe centrada en mí.

Media hora. Si pasa un segundo más, comenzaré a gritar pidiendo auxilio.

—De acuerdo. —Courtney entrecerró los ojos para observar la casa que ya estaba más cerca—. Parece que no hubiera nadie. Espero que el duque no haya elegido este determinado momento para salir.

—Lo dudo. Es muy temprano. Todavía están cerradas todas las tiendas y oficinas.

Aurora guardó silencio mientras Courtney hacía virar el coche para internarlo en el bosque. Cuando el coche se detuvo detrás de un tupido grupo de árboles, se giró hacia ella, con la expresión lúgubre.

—Buena suerte.

—Gracias —repuso Courtney, con una triste sonrisa.

Acto seguido, bajó del faetón, salió al camino y echó a andar, con pasos decididos y el corazón martilleándole el pecho. Al llegar a la puerta, subió los dos peldaños de piedra y golpeó.

Se abrió la puerta y apareció un mayordomo de aspecto altivo.

—¿Sí?

—He venido a ver al duque.

El hombre enarcó una ceja.

—¿Y quién es usted, si se puede saber?

Courtney alzó el mentón.

—Una mujer que tiene asuntos que tratar con su señor, no con usted. Dicho eso, pasó junto a él y entró en el vestíbulo.

«Excelente —se felicitó—. Logré entrar sin identificarme. Ahora bien, aunque Slayde le hubiera dicho mi nombre a su investigador, este hombre no tendría idea de mi identidad.»

—¿Dónde puedo encontrar a su excelencia? —preguntó, reanudando su actuación.

—Señora, no puede irrumpir aquí así e insistir en ver al duque. Debo saber...

Courtney se giró y lo miró echando chispas por los ojos.

—¿Acaso el duque le pide que dé su aprobación a todas sus mujeres? No sería muy hombre, que digamos, si lo hiciera —dijo, pensando a quién escandalizaba más con eso, si a ella o al mayordomo.

—Esto... —el mayordomo se mojó los labios—. Su excelencia no me ha dicho nada de..., espere aquí.

Cerrando la boca, se alejó, tan rígido como la cuerda de un arco. Fijándose en la dirección que tomaba, Courtney esperó un momento y lo siguió, silenciosamente, dejando bastante distancia entre ellos para que él no

advirtiera su presencia.

—¿Excelencia? —lo oyó decir al entrar en una habitación—. Hay una joven aquí que ha venido a verle. Dice que usted la llamó.

—¿Una mujer? —preguntó el duque, en tono de perplejidad—. Pero ¿qué tontería...?

—No he dicho que me hubiera llamado —interrumpió Courtney, pasando junto al mayordomo y entrando en la sala, que parecía ser un despacho—. Simplemente dije que tenía un asunto que tratar con el duque. Y lo tengo.

Lawrence Bencroft se levantó y sus ojos oscuros la miraron desconcertados.

—¿Quién es usted? ¿Qué asunto quiere tratar conmigo?

—Un asunto personal. —Lo miró de una manera que esperaba fuera sugerente, y luego ladeó la cabeza, con intención, hacia el mayordomo.

Bencroft la contempló pensativo, y luego asintió.

—Puedes dejarnos, Thayer.

Thayer no necesitó que se lo repitieran. Salió al instante y cerró la puerta.

—Ahora bien.

El anciano duque dio la vuelta al escritorio y la miró sonriendo solícito, una sonrisa que ella se imaginó que en otro tiempo habría sido encantadora, en una cara en otro tiempo bastante hermosa pero ya surcada por arrugas de amargura y vejez.

—Es usted muy hermosa. Esclarázcame, por favor. ¿Cuál de mis amigos tuvo la amabilidad de enviármela?

—Nadie me ha enviado. Como he dicho, he venido por un asunto personal.

Él pareció divertido.

—¿Ah, sí? Entonces, me encantará oír qué tipo de asunto tenemos que tratar.

—El asunto de mi padre y de cómo usted lo mató.

Morland paró en seco, desvanecida su sonrisa, y le miró la cara con los ojos entrecerrados.

—¿Quién es usted?

—Courtney Johnston. —Se cogió del respaldo de un sillón para aquietar sus temblores—. La hija de Arthur Johnston.

—¿Y quién diablos es Arthur Johnston?

—Era el capitán del *Isobel*, el barco que atacó su cómplice, el pirata Armon, con el fin de extorsionar a Slayde Huntley para que le entregara el diamante negro.

Morland apretó los labios hasta dejarlos convertidos en una severa línea.

—¿Pembourne la envió?

—No, he venido por mi cuenta —exclamó ella, elevando la voz a un tono agudo para dar a entender que le iba en aumento la histeria, aunque, la verdad, no era mucho lo que tenía que simular. El corazón le golpeaba tan fuerte las costillas que casi no podía respirar—. Soy la mujer que Armon hizo pasar por Aurora Huntley para apoderarse de esa maldita piedra. No tiene ningún sentido negarlo —añadió, sosteniéndole la mirada—. El propio Armon me dijo que usted le pagó para que se apoderara del diamante. También se jactaba ante mí, una y otra vez, de que no tenía la menor intención de entregarle la piedra, que pensaba venderla y huir del país. A usted lo llamaba viejo estúpido.

Morland continuó con la expresión impasible.

—Es evidente que está desquiciada —dijo tranquilamente—. O eso o está conchabada con Pembourne en un maligno intento de desprestigiarme. Él también se presentó en mi casa hablando de un pirata al que supuestamente yo pagué para que les quitara el diamante negro a los Huntley. Ahora que lo pienso, gritó algo sobre que tenía alojada en Pembourne a la hija de un capitán de barco asesinado. Sin duda usted es esa hija desamparada. Muy bien, le seguiré la actuación teatral de aficionada y le diré exactamente lo que le dije a su cómplice, mantenedor, protector o cual sea el papel que ha asumido en su vida. No conozco a ese individuo «Armon», jamás lo he visto. Ahora bien, si consiguió arrebatarnos la joya a los Huntley para entregarla a su legítimo dueño, lo alabo. Y si lo que desea es escapar, espero que encuentre la manera.

—Murió —ladró Courtney—. Pero usted ya sabe eso. Al fin y al cabo, usted lo mató.

Silencio pétreo.

—No he matado a nadie —dijo él al fin.

—¡Miente! —exclamó ella, y la voz le salió temblorosa al asestar el golpe decisivo—: Usted mató a mi padre, mató a Armon, y hace diez años, mató al conde y a la condesa de Pembourne.

Eso sí produjo una reacción en él. La cara se le tornó roja, le relampaguearon de odio los ojos, y apretó fuertemente los puños a los costados.

En ese momento sí parecía un asesino.

—¿Cómo ha dicho? —gruñó, por entre los dientes apretados.

—Lo sé todo —dijo Courtney, calculando mentalmente la distancia desde ahí a la puerta principal, y rogando que Aurora estuviera vigilante—. Encontré el diario de Armon. Ahí explica todo el plan ideado por usted para extorsionar a lord Pembourne con un falso secuestro, para apoderarse del diamante. Lo

explica todo, incluso pone su nombre y los detalles de su participación. —Al ver que la furia de Morland iba en aumento, buscó el valor para continuar; visualizó la cara de su padre, los ojos angustiados de Slayde y en eso encontró el incentivo que necesitaba—. Cuando leí el diario, juré hacerle pagar la muerte de mi padre. Así que investigué sus actividades, su pasado y su familia, y encontré exactamente lo que necesitaba, y eso me costó muy poco trabajo, podría añadir. Es evidente que los investigadores de Bow Street no llevaron a cabo una investigación minuciosa. Si lo hubieran hecho, ellos también habrían encontrado las pruebas irrefutables que encontré yo.

—¿Qué pruebas irrefutables? —tronó Morland.

—Las de que usted y su padre asesinaron a sangre fría al conde y a la condesa de Pembourne. —Disimuladamente retrocedió dos pasos hacia la puerta, con la mano levantada—. No se moleste en negarlo. Mis pruebas son tan concluyentes como si lo hubieran sorprendido junto a los cadáveres con la espada en la mano. —Retrocedió otro poco, hasta tocar con la mano la manilla de la puerta—. Y éste es mi ultimátum, excelencia —continuó, acentuando con desprecio la última palabra—, o reconoce públicamente que le pagó a Armon para que cometiera su crimen, lo que a usted sólo lo condenaría como ladrón y cómplice indirecto en el asesinato de mi padre, que murió ahogado, o entregará a Bow Street todas las pruebas que tengo. Entonces lo arrestarán y condenarán por asesinato.

Morland emitió un sonido gutural y avanzó dos pasos hacia ella.

Y eso bastó.

Courtney abrió la puerta y echó a correr. Al llegar al vestíbulo, pasó como un celaje por un lado de Thayer, abrió la puerta, bajó volando los peldaños y llegó al camino de entrada.

—¡Courtney! ¡Aquí, junto al faetón!

Mirando en dirección a la voz de Aurora, reanudó la carrera y entró en el bosque, apartando las ramas, rehaciendo el camino por donde había salido, rogando recordar el lugar donde dejó oculto el coche.

De repente chocó con un sólido pecho y un par de brazos musculosos.

—No grites —se apresuró a decir Aurora, mientras Courtney se debatía para soltarse—. Es Rayburn, el investigador de Slayde.

Courtney dejó de debatirse. Echó atrás la cabeza y se encontró con la severa mirada de un hombre no muy alto pero fornido, de mandíbula cuadrada.

—¿Cómo se encuentra, señorita Johnston? —le preguntó él, en tono áspero.

—Creo que bien. —Miró atrás por encima del hombro—. Morland podría

haberme seguido.

—Entonces no nos arriesguemos. —Sin perder un instante, las ayudó a subir al faetón, luego subió él y cogió las riendas—. Estaremos en Pembourne en tiempo récord.

Rayburn fue fiel a su palabra. Veinte minutos después pasaron por las puertas de hierro y continuaron a toda velocidad por el camino de entrada.

El faetón se detuvo delante de la puerta principal. Aurora miró hacia la puerta, inquieta, y luego miró a Courtney.

—No siento un entusiasmo terrible por entrar.

—Yo tampoco.

Hacía unos diez minutos que Courtney había dejado por fin de temblar. Pero al imaginarse la reacción de Slayde a la noticia de dónde habían estado, pensó si no estaría más segura con Morland.

Rayburn se apeó de un salto.

—A pesar de sus reservas, estaremos mejor dentro. Por si Morland hubiera decidido seguirnos —añadió. Entrecerró los ojos y miró en dirección a las puertas—. Aunque no vi ninguna indicación de eso.

Eso las convenció a las dos. Bajaron del faetón y a toda prisa subieron la escalinata y entraron.

—¿Lady Aurora? ¿Señorita Johnston? —exclamó Siebert, ceñudo, al verlas tan apresuradas—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí que ha ocurrido —contestó Rayburn, mirándolas—. Estas damitas necesitaban a alguien que las escoltara y yo les proporcioné ese alguien, yo. — Entonces miró al mayordomo—. Usted debe de ser Siebert. Yo soy Rayburn. El conde ha contratado mis servicios en un determinado asunto. Sé que salió esta mañana temprano. ¿No ha vuelto aún?

Un destello de comprensión iluminó los ojos de Siebert.

—No. Su señoría me puso al tanto de que le había empleado, y para qué trabajo. También me advirtió que en algún momento usted podría venir a Pembourne a verle. Supongo que esa ocasión ha llegado. Tenga la amabilidad de ponerse cómodo en el despacho del conde. Tendría que estar aquí dentro de una hora.

—¡No! —exclamó Courtney.

Los dos la miraron sorprendidos.

—Lo que quise decir es que sería mejor hacerlo pasar al salón amarillo. Es mucho más cómodo que el despacho. Y podríamos ofrecerle algún refrigerio, hasta que regrese el conde. —Miró a Aurora, indicándole con la mirada que

no debía ser el despacho—. ¿No te parece, Aurora?

—Por supuesto. El salón amarillo sería ideal.

—Lo que pasa es que allí está la vizcondesa —terció Siebert, mirándolas como si se hubieran vuelto locas.

—¿Está aquí Elinore? —preguntó Aurora.

—Sí, llegó hace cerca de una hora.

—Espléndido. Entonces tomaremos el té todos juntos. —Le cogió el brazo a Rayburn—. ¿Nos haría el favor de acompañarnos? Aún tengo muchas preguntas que hacerle. Por ejemplo, ¿cómo supo quién era yo? Cuando se acercó a mi escondite detrás de ese árbol, supuse que creía que era una intrusa. Y entonces me llamó por mi nombre y quiso saber qué hacíamos en casa de Morland, y, más concretamente, qué estaba haciendo allí la señorita Johnston. Estoy tremendamente admirada.

—No se admire —contestó él, delatando cierta diversión en su tono—. Su hermano me dio los nombres y descripciones de usted y de la señorita Johnston. Es muy rutinario para mí conocer a las posibles víctimas del sujeto que estoy vigilando.

Siebert ya tenía la cara verde.

—¿Fueron a la mansión de Morland?

Aurora puso los ojos en blanco.

—Sí, Siebert, fuimos. Y estamos de vuelta, sanas y salvas. Ahora, por favor, te ruego que no nos sueltes un sermón. Es posible que Slayde nos estrangule con sus propias manos. —Miró a Courtney con la cara iluminada por el interés—. Cuéntame otra vez cómo estaba Morland justo antes de que salieras corriendo. ¿De veras crees que lo provocaste para que revelara su culpabilidad?

—Eso espero —masculló Courtney—. Si no, me he quitado diez años de vida y estoy a punto de que me estrangulen por nada.

—Será mejor que hagan pasar al señor Rayburn al salón amarillo —graznó Siebert—. Yo iré a ordenar que lleven el té.

—No es necesario —dijo entonces la señorita Payne, saliendo a toda prisa de una antesala cercana—. Iba de camino a buscar un refrigerio para la vizcondesa. Será un placer preparar un poco más para lady Aurora, la señorita Johnston y... perdón —saludó al investigador con una venia y lo miró interrogante— ¿señor...?

—Rayburn.

—Señor Rayburn.

Siebert sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Gracias, señorita Payne. Entonces continuaré en mi puesto. —Miró de reojo a Aurora—. A la espera del regreso del conde.

Elinore se levantó garbosamente cuando Courtney y Aurora entraron acompañadas por Rayburn en el salón. Les sonrió.

—Veo que habéis traído un invitado.

—Hola, Elinore —saludó Aurora, y le hizo un gesto a Rayburn invitándolo a sentarse en el sofá—. Es el señor Rayburn. Es investigador. Slayde lo contrató para que vigilara la propiedad de Morland. —Al ver el gesto de sorpresa de él, explicó—. Elinore es como de la familia. No tenemos secretos con ella.

Él asintió, aunque de mala gana.

—Rayburn, la vizcondesa Stanwyk.

—Milady —saludó él, inclinándose.

—Señor Rayburn —respondió Elinore.

Él esperó cortésmente a que las tres estuvieran sentadas para sentarse en el borde del sofá.

Elinore se cogió las manos en el regazo y miró preocupada a Aurora.

—Colijo que Slayde sigue tan empeñado como siempre en demostrar la culpabilidad de Lawrence Bencroft.

—Nosotras también —contestó Aurora.

—Si es que es él el culpable —enmendó Courtney.

Aurora la miró sorprendida.

—¿No estás convencida a pesar de su reacción a tu amenaza?

—Sí que se puso amenazador —reconoció Courtney—, pero lo único que hizo fue decir que no conocía a Armon ni su plan.

—Eso podría ser astucia, no inocencia.

—Claro que podría. Su reacción a mis acusaciones tendría que decidir si es lo uno o lo otro.

—¿Fuisteis a la casa de Morland? —preguntó Elinore, horrorizada—. ¿Las dos?

—Sí —repuso Aurora, orgullosa—. La idea fue de Courtney. Fue increíblemente valiente al ir a enfrentar cara a cara a ese monstruo.

—Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

—Eso, ¿por qué? —sonó la furiosa voz de Slayde, como un latigazo.

Cuatro cabezas se giraron, y cuatro pares de ojos se clavaron en el hueco de la puerta.

Irradiando furia de todo su potente cuerpo, Slayde avanzó con movimientos envarados, por el esfuerzo que hacía en controlarse para no explotar. Al llegar

al sofá, hizo un breve gesto a Rayburn.

—Gracias por su diligencia —le dijo, y continuó.

Aurora, que estaba sentada al lado de Rayburn, retuvo el aliento, esperando.

Por primera vez en su vida, su hermano pasó de largo y fue a detenerse ante Courtney.

Y ahí sí se le acabó el autodomínio. La cogió por los codos y la levantó bruscamente, obligándola a mirarlo.

—¿En qué estabas pensando? —rugió.



Capítulo 13

Slayde se paseaba por la sala de estar, de tanto en tanto lanzaba furibundas miradas a Courtney, que estaba sentada en el sofá, mirándolo tranquilamente.

—¿De verdad creías que Morland se iba a descargar confesando sus crímenes?

—Noo. Y cuando pares de reprenderme como si fuera una niña pequeña, tendré mucho gusto en dar las explicaciones a tus dos preguntas. La que me acabas de hacer y la que me disparaste antes de nuestra discreta retirada a esta salita. — Se le curvaron los labios—. Pobre Elinore, daba la impresión de estar aprendiéndose de memoria el número de gemas de su pulsera, de tanta atención con que se la miraba. Puede que no estalles con frecuencia, milord, pero cuando estallas eres muy formidable.

—No me lo tomo a risa, Courtney.

—Ya lo sé. —Suspiró—. Muy bien. ¿En qué estabas pensando? En que Morland necesitaba un buen susto, a la manera antigua. Que si alguien, una persona distinta de ti, tenía pruebas palpables de sus delitos, eso lo induciría a actuar.

—¿A actuar? ¿Cómo? ¿Hiriéndote? ¿Matándote?

—No podía matarme de un disparo ahí en su casa, en medio de un montón de criados. No, yo esperaba que se aterrara, que viniera aquí, y reaccionara a mi ultimátum.

—¿Ultimátum?

Ella asintió.

—Le advertí que a menos que hiciera una confesión completa respecto a su conexión con Armon, el simulacro de secuestro para apoderarse del diamante

negro, y su responsabilidad indirecta en la muerte de mi padre, llevaría a Bow Street pruebas escritas de que él y su padre asesinaron a tus padres.

Slayde la miró boquiabierto.

—Le advertiste... —tragó saliva, con el fin de recuperar el autodomínio—.

¿Qué pruebas?

—En cuanto a Armon, un supuesto diario en que éste da detalles y nombres. En cuanto a tus padres, no me quedé el tiempo necesario para enumerarlas. Cuando le asesté ese golpe decisivo, perdió la serenidad, y mi sentido común me aconsejó que saliera corriendo. Pero sabe quién soy y en casa de quién estoy residiendo. Es mi esperanza que irrumpa aquí en Pembourne y haga algo irracional, algo que nos dé la prueba que buscamos. —Sonrió traviesa—. Fui muy, muy convincente.

Soltando una maldición en voz baja, él fue a sentarse a su lado.

—No me cabe duda. Convincente y temeraria. Maldita sea, Courtney, si te hubiera ocurrido algo...

—No estaba sola. Tenía una colaboradora excepcional.

—Qué tranquilizador, Aurora —masculló él, sarcástico—. Cuando te pedí que te quedaras como acompañante de Aurora, esperaba que la reformaras, no que la superaras.

—Estoy bien, Slayde —dijo ella dulcemente, poniendo la mano en la de él, comprendiendo mejor que él que junto con el amor y la necesidad viene el miedo a la pérdida—. Lamento haberte causado pena. Pero tal vez, sólo tal vez, mi plan tenga éxito.

Él le apretó la mano.

—¿Cómo lograste pasar más allá de ese centinela, Thayer?

Courtney se preparó para otro estallido.

—Le di a entender que... que me habían enviado a... —se mojó los labios, que de repente estaban reseco—, a atender las necesidades del duque.

Slayde giró bruscamente la cabeza para mirarla.

—Las necesidades del duque... —repitió, absolutamente incrédulo—. Te hiciste pasar por una...

—Sí —se apresuró a interrumpir ella—. Más o menos. Morland pareció bastante complacido, hasta que se enteró del objetivo de mi visita.

Él parecía estar realmente afligido.

—No me cabe duda. No sé si zarandarte hasta dejarte inconsciente, aplaudirte, o simplemente dar gracias a Dios de que escaparas ilesa.

—No me gusta la primera opción. Una combinación de la segunda y la tercera

sería muy de mi gusto.

Emitiendo un gemido, Slayde, la atrajo hacia él y le apoyó la cabeza en su pecho.

—Me vas a hacer envejecer. Los milagros no deberían hacer eso.

Ella sonrió, escuchando los fuertes y uniformes latidos de su corazón.

—Te quiero. Los milagros sí deben hacer eso.

Lo sintió tensarse. «Dios mío, permíteme que lo ayude. Permíteme que lo sane para que podamos tener nuestro futuro. Te lo ruego.»

—Encontré a Grimes.

Courtney se apartó y le miró la cara.

—¿Y?

—Hizo lo imposible por eludirme. Prácticamente tuve que arrinconarlo en el cuchitril al que llama despacho, y cogerlo cuando trató de escapar.

Courtney enderezó la espalda.

—¿Entonces era él el contacto de Armon?

—No sólo su contacto, también fue el que falsificó la nota. Está claro que el señor Grimes es un hombre de muchos recursos, todos ilícitos. Pero con bastante coacción y doscientas libras en billetes, me dio la información que buscaba. Parece que hacía muchísimos negocios con Armon. Hace varias semanas, Armon fue a verlo y le dijo que pronto tendría en sus manos el infame diamante negro y necesitaba un comprador. Grimes no es ningún tonto; sabe cuánto vale esa maldita piedra. Así que aceptó pagarle trescientas mil libras, una simple fracción de lo que podría sacarle a la piedra, sin hacer preguntas. Entonces Armon le dijo que el asunto tenía una dificultad; necesitaba que le copiara una nota.

—La nota exigiendo el rescate.

—Exacto. Bueno, a Grimes no le importó. Demonios, eso no era ninguna dificultad para él, con su pericia para falsificar. Copió la nota, sólo cambiando la fecha, se la entregó a Armon y le devolvió la otra. Ah, y le recomendó que guardara la nota original, por si la volvía a necesitar, por ejemplo si yo no cumplía con las condiciones y eso lo obligaba a hacer otra copia.

—Eso explica por qué la tercera nota, la que Grimes llama la original, estaba en el bolsillo de Armon cuando lo mataron.

—Exactamente. Tal vez pensaba esperar a que hubiera terminado la transacción, tuviera el diamante en su poder, para romper la nota que Grimes usó de modelo.

—¿Te dijo Grimes quién era el que le iba a comprar el diamante?

—Según él, tenía varios posibles compradores. Además, aún no había contactado con el más prometedor de esos posibles: la familia real que ofreció una fortuna por la recuperación de la joya. Te aseguro que Grimes sabía muy bien cuánto podría ganar. Pero no tuvo la oportunidad de hacerse con ese inmenso beneficio. Cuando llegó al callejón donde había quedado con Armon para hacer la transacción, se encontró con Armon muerto y el diamante desaparecido.

Después de hacer una lenta inspiración, Courtney hizo la pregunta más importante:

—¿Sabía Grimes para quién trabajaba Armon? Cuando hicieron el acuerdo, cuando le falsificó la nota, ¿mencionó Armon el nombre de su empleador?

—No, según Grimes. Me juró que Armon nunca se refirió a su empleador por su nombre. Y, créeme, lo presioné, muchas veces, apretándole el cuello con el brazo. O bien dijo la verdad, o le tiene más miedo al hombre que protege que a mí.

—Eso podría ser. Recuerda que cuando Armon estaba a bordo del *Isobel*, pasaba muchísimo tiempo en mi cabina alardeando. Sin embargo ni una sola vez llamó por su nombre a su empleador. Tal vez era muy listo, y ni siquiera se lo dijo a Grimes.

—Tal vez —concedió Slayde, no muy convencido—. Habría insistido, pero Grimes ya estaba blanco como un papel, y temblaba como una hoja. Si supiera que oculta algo, lo habría golpeado hasta dejarlo sin sentido, pero mi conciencia no me permitió golpear a un hombre que tal vez no sabía más de lo que revelaba. Además, no me conviene que se asuste y huya a algún lugar desconocido. Así que lo solté, y lo apacigué, para darle una sensación de seguridad. Así continuará en Dartmouth, por si necesitáramos volver a interrogarlo más adelante. —Suspirando resignado, apoyó la espalda en los cojines.

—Estás cansado —observó Courtney dulcemente.

Él la miró por debajo de los párpados entornados.

—Fatigado, desfallecido, no cansado. Envejecí diez años cuando Siebert me dijo dónde habíais estado tú y Aurora. —La miró apenado—. Ojalá hubieras tenido más fe en mí. Te prometí que encontraría al cómplice de Armon, y lo encontraré.

Courtney se le acercó más, negando con la cabeza.

—Nunca he dudado de ti, Slayde —dijo, pensando que era el momento de

revelarle su verdadero motivo para ir a enfrentar a Lawrence Bencroft, de explicarle lo que esperaba conseguir—. Vengar la muerte de mi padre no fue mi motivación para ir a enfrentar al duque. Tampoco lo fue determinar si él era el cómplice de Armon. Lo que deseaba era provocarlo para que...

—¿Lord Pembourne?

El firme golpe en la puerta de Siebert interrumpió su revelación. Slayde se levantó al instante, al detectar la urgencia en la voz del mayordomo.

—Sí, Siebert, pasa.

—Perdone que interrumpa, señor. Pero usted me dijo que le avisara inmediatamente si recibía mensaje del señor Oridge. —Le enseñó un sobre—. Acaba de llegar esta carta.

—A lo mejor ha encontrado algo —dijo Courtney, que también se había levantado.

Slayde cogió la carta, rompió el sello y leyó rápidamente su contenido.

—Oridge ha localizado al *Fortune*. Ya había salido del Támesis, dado la vuelta a la costa y pasado Sandwich, en dirección sur por las Dunas. Lógicamente Oridge esperó el momento oportuno y lo acorraló, hasta que cayó víctima de las Arenas Goodwin. Lo van a llevar a Londres, remolcándolo. Oridge me pide que me encuentre con él allí.

—Iré a preparar mi bolso —dijo Courtney caminando a toda prisa hacia la puerta.

Slayde le dio alcance en el corredor.

—Courtney.

—Ni se te ocurra pedirme que me quede aquí.

Él sonrió, divertido.

—No tenía la menor intención de hacer eso. Simplemente te iba a sugerir que partiéramos hoy, en lugar de por la mañana. Ya son pasadas las dos, pero podríamos viajar unas cinco o seis horas hasta que oscurezca, y así ya tendríamos bien avanzado el viaje cuando paremos para pasar la noche. Nos alojaremos en una posada en algún pueblo de Somerset, y estaremos descansados y listos para reanudar la marcha al alba. ¿Es aceptable eso?

—Como si mi bolso ya estuviera listo.

Courtney se giró para seguir caminando y de pronto cayó en la cuenta de que tenían público.

Aurora, Elinore, Rayburn y Siebert estaban cerca, todos escuchando, y al darse cuenta de que acababan de terminar, hablaron todos casi al mismo tiempo.

—¿Vuelvo a mi puesto, señor? —preguntó Rayburn, que fue el primero.

—Iré a llamar a Matilda para que ayude a la señorita Johnston —dijo Siebert.

—Courtney, ¿puedo ayudarte en algo? —ofreció Elinore al mismo tiempo, con mucho tacto.

—¿A qué vais a ir a Londres? —preguntó también Aurora, con voz sonora. Slayde los miró a los cuatro, sorprendido.

—Estabais como una manada de centinelas esperando que saliéramos. ¿Es que creíais que yo le iba a hacer daño físico a Courtney?

Fue Aurora la que contestó, típico de ella:

—¿Y no nos diste motivo para estar preocupados? Slayde, casi le pegaste a Courtney antes de arrastrarla fuera del salón, y después de haber gritado tan fuerte al llegar que sin duda provocaste una estampida en el establo. Para ser un hombre que se precia de su autodomínio, te comportaste como un jabalí enloquecido.

Se oyó un coro de exclamaciones ahogadas, y todos esperaron la respuesta de Slayde. Ante el asombro de todos, él se echó a reír.

—Tienes razón, Aurora, aunque no encuentro nada halagüeña tu analogía. De todos modos, veo la similitud, ahora que me la haces ver. —Poniéndose serio, pasó la mirada a Rayburn—. Sí, vuelva a su puesto. Quiero saber si Morland echa aunque sea una mirada en dirección a mi propiedad.

—Sí, señor —dijo el investigador, ya alejándose.

—Siebert, el señor Rayburn va a necesitar un medio de locomoción —continuó Slayde—. ¿Un coche, tal vez?

—¿Mmm? —Siebert lo miraba como si fuera un desconocido—. Ah, el señor Rayburn. Sí, señor, por supuesto.

Haciendo una enérgica venia, Siebert se alejó a cumplir la orden, aunque se detuvo una o dos veces a mirar por encima del hombro, como para confirmar que el hombre que había gritado y acababa de reírse era realmente el conde.

—Slayde —dijo entonces Elinore—, ¿ha ocurrido algo importante? ¿Por eso vais a ir a Londres?

—Localizaron el barco de Armon. Iré con Courtney a Londres a recuperar a los tripulantes de su padre que estén a bordo. ¿Me disculpas? —añadió, frunciendo el ceño—. Tengo que ir a hablar con mis guardias para prepararlos para la posibilidad de que Morland se presente aquí cuando no estemos. —Se le oscurecieron los ojos plateados y su mirada se endureció al fijarla en Aurora—. Te quiero dentro de la casa hasta que volvamos. Nada de paseos, ni faro ni nada. ¿Has entendido bien?

Al ver la conocida expresión rebelde en la cara de su amiga, Courtney añadió, en apoyo de Slayde:

—Hoy hemos removido un nido de avispas, Aurora. Si Morland es el criminal que sospechamos, mi provocación lo habrá vuelto más peligroso que nunca. No discutas con Slayde ni hagas nada estúpido, por favor. Esta vez no, podría estar en peligro tu vida.

La rabia de Aurora se enfrió un tanto.

—Tienes razón. Muy bien. Me quedaré muy cómoda, resguardada y aburrída en la casa hasta que volváis. A no ser —añadió, esperanzada—, que queráis que os acompañe en este viaje.

—De ninguna manera —repuso Slayde al instante—. Ya tendré las manos muy ocupadas impidiendo que Courtney se meta en problemas. Por lo menos saber que tú estás segura me dará algo de paz mental.

Aurora asintió, resignada.

—Vete, Slayde —lo instó Elinore—. Yo ayudaré a Courtney hasta que llegue Matilda a tomar el relevo.

—Gracias.

—Que tengas suerte —gritó la vizcondesa a su espalda cuando ya él se alejaba. Lo observó un momento con el entrecejo fruncido de preocupación y luego le cogió las manos a Courtney—. ¿Estás segura de que esto no va a ser muy penoso para ti, querida mía? No tienes idea de qué tripulantes de tu padre han sobrevivido ni en qué condiciones estarán. Además, verlos te va a traer horribles recuerdos.

—Tienes razón —concedió Courtney—, pero debo hacerlo. —Alzó el mentón—. No sólo deseo rescatar a los tripulantes de mi padre, también quiero registrar el barco de Armon palmo a palmo, hasta encontrar alguna pista respecto a la identidad de su cómplice. Tiene que haber algo, yo qué sé, una nota, una carta, un diario. Le dije a Lawrence Bencroft que tenía una prueba escrita. Bueno, este fin de semana tal vez ese alarde se haga realidad.

Acababa de caer la oscuridad sobre el diminuto pueblo de Somerset cuando entró en él el coche de los Huntley.

El trayecto había transcurrido en silencio, sus dos ocupantes sumidos en sus pensamientos acerca de lo que les aguardaba. Courtney pasó las últimas horas durmiendo, cediendo a las protestas de su cuerpo por el agotador día a que lo había sometido, primero la visita a Morland, luego la ira de Slayde, y además ese viaje.

Dios santo, sí que estaba cansada.

—Iré a decirle a Seaford que se ocupe de los caballos y averigüe dónde está la posada más cercana —declaró Slayde, cuando se detuvo el coche—. Comeremos, descansaremos y mañana viajaremos todo el día.

Courtney estiró los músculos entumecidos y doloridos.

—Muy bien.

Con el ceño fruncido él le pasó los dedos por las oscuras ojeras. —Estás agotada.

—No tengo ningún motivo para estarlo. He dormido durante casi todo el trayecto.

—El agotamiento no siempre lo cura el sueño, como tampoco siempre lo causa su falta —dijo él, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

La ternura de su voz, su caricia, le oprimió el pecho, como también la comprensión de por qué él hacía ese viaje, y por quién.

Entonces recordó la revelación que estaba a punto de hacerle cuando el golpe de Siebert en la puerta los interrumpió, destrozando ese momento de íntima compenetración, la que después fue eclipsada por el mensaje de Oridge y luego olvidada durante el largo y nervioso trayecto hasta Somerset.

Era hora de restaurar ese momento. Pensativa, miró su hermoso rostro. Era necesario que él entendiera su verdadera motivación para ir a ver a Morland, que comprendiera que lo hizo inspirada por el amor, no por falta de fe en él. Su fe en él era incondicional; sabía que él lograría llevar a Morland a la justicia o a quien fuera el cómplice de Armon.

Él lo haría por ella.

Pero la persona por la que ella había ido a provocar a Morland era él. Era el pasado de él el que deseaba resolver, su futuro el que ansiaba asegurar, su corazón al que deseaba darle paz.

Y, hubiera peligro o no, lo haría.

De repente le desapareció el cansancio.

—¿Te pasa algo? —le preguntó él, mirándola interrogante.

—Nada, simplemente estoy contenta de que hayamos parado para pasar la noche. Quiero acabar la conversación que dejamos inconclusa.

—Yo también —dijo él, y pareció que deseaba decir algo más, pero se contuvo. Abrió la puerta del coche y bajó—. Iré a ocuparme de disponer todo lo necesario. No tardaré más de unos minutos. Tú descansa.

¿Descansar? De eso ni hablar.

Mientras él iba a hablar con el cochero, ella también bajó para estirar las piernas, pensando cómo reaccionaría él cuando le dijera que el haber ido a

provocar a Lawrence Bencroft sólo era uno de los pasos que había dado para silenciar los ecos del pasado.

Estaba el otro paso.

Sonrió, saboreando la perspectiva segura de que al día siguiente el hombre de Cutterton llegaría a Londres, entregaría la carta y las notas al *Times*, se encargaría de que las copiaran, las recuperaría y volvería a Pembourne. Dentro de unos días todo el mundo estaría comentando que el diamante negro ya no estaba en manos Huntley.

Y el futuro de Slayde sería de él.

Se dio una sacudida a las faldas y echó a caminar alejándose del coche; estaba tan desasosegada que no podría permanecer ni un momento más quieta y encerrada. Hizo una honda inspiración, llena de esperanza y emoción, con el presentimiento de que estaba a punto de ocurrir algo que le cambiaría la vida. La noche estaba neblinosa, y una ligera brisa rumoreaba por entre los árboles; continuó por la acera, sintiendo la agradable brisa en la cara y en el pelo, agitándose suavemente.

No oyó a su atacante.

Un instante iba caminando inmersa en sus sueños y al siguiente oyó a Slayde gritar su nombre y sus sonoros pasos corriendo, advirtiéndola de un inminente peligro.

Sobresaltada, giró la cabeza, y un grito se le congeló en los labios al ver, como salido de ninguna parte, a un jinete abalanzándose hacia ella. El brillo de una pistola no dejaba ninguna duda acerca de sus intenciones.

Sonó el disparo y la bala pasó silbando junto a su cara, justo en el instante en que la golpeaba algo con fuerza, arrojándola de costado en el frío y duro suelo.

Tronaron los cascos del caballo y el jinete desapareció en la oscuridad.

Slayde se apartó de ella y la miró con la cara contraída por el miedo.

—Courtney, ¿cómo estás?

Ella levantó la cabeza, aturdida por la conmoción, sin comprender lo que había pasado y todavía sin aliento. Lo miró, luego se miró ella. En algún recoveco de la mente comprendió que él había sufrido la peor parte del golpe, al amortiguar su caída protegiéndole el cuerpo con el de él.

—Contéstame —ordenó él, acariciándole la cara y mirándole atentamente el cuerpo, por si había alguna señal de sangre—. No estás herida, ¿verdad?

La bala. Se refería a la bala. Alguien trató de matarla. Se estremeció al caer en la cuenta. Se tocó el pecho.

—Me cuesta... respirar.

—Tranquila, lo sé —dijo él, casi temblando de alivio. Le friccionó lentamente la espalda—. Fue la caída. Relájate, la respiración se te irá normalizando. — Volvió a mirarla, preocupado—. Tus costillas, traté de protegértelas...

—Están bien. —Se le fueron calmando los estremecimientos y normalizando la respiración—. Slayde... —sintió que la sangre le abandonaba la cara, con la comprensión—, ese hombre ha tratado de matarme.

—Sí —dijo él, con expresión asesina en los ojos.

—¿Era Morland?

—No lo sé. Llevaba una capa negra y una máscara que le cubría la cara y la cabeza. Ni siquiera logré distinguir su volumen, fue imposible por la oscuridad. —Se le movió un músculo de la mandíbula—. Pero dada tu visita a Morland esta mañana...

Llegó el cochero corriendo.

—¡Milord! ¿Está herido?

Slayde se levantó, levantó a Courtney y la miró de arriba abajo atentamente.

—Creo que no, Seaford —dijo, rodeándole a ella la cintura con el brazo—. Pero será mejor que llevemos a la posada a la señorita Johnston. —Con expresión letal miró hacia el camino, en el que ya no había nadie. Sintió moverse a Courtney a su lado y volvió la cara hacia ella—. ¿Puedes caminar? Ella asintió.

—No tengo nada roto. —Lo miró preocupada—. ¿Y tú? Te golpeaste más fuerte que yo.

—Estoy bien —repuso él en tono abrupto—. Vamos.

No volvieron a hablar hasta entrar en la posada, los dos todavía conmocionados por lo ocurrido. Slayde tomó dos habitaciones contiguas y pidió que les llevaran agua caliente para bañarse.

Aunque le pareció una eternidad, treinta minutos después Courtney se sumergía agradecida en una humeante bañera, pensando que el agua caliente le aliviaría el miedo y el malestar. Se lavó a toda prisa, impaciente por hacer desaparecer los recuerdos de lo que acababa de ocurrir, y más impaciente aún por irse a la cama y dormir, no hacer nada.

No pensar en nada.

Después de lavarse el pelo se relajó y se sumergió más, hasta dejar la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Entonces cerró los ojos y vació la mente.

Esto es maravilloso, un cielo, pensó, ya medio adormecida. Un cielo.

—Pareces una bella sirena —dijo la voz profunda de Slayde en su oído—.

Pero el agua se está enfriando. Además, tenemos que meterte en la cama.

Courtney pestañeó sorprendida, pensando en qué momento había entrado él en la habitación. No lo oyó entrar, pero ahí estaba, acuclillado junto a la bañera, quitándole de la cara mechones de pelo mojado.

—Dormiré aquí —balbuceó.

Él se echó a reír.

—Nada de eso, a no ser que quieras arrugarte hasta quedar en nada.

La sacó de la bañera, envolviéndola en toallas, y la llevó a la cama.

Sintió maravilloso su calor. Protestó cuando él la depositó sobre la sábana, y luego suspiró feliz al sentirlo bajar con ella y envolverla con su sólido y fuerte cuerpo. Se pegó más a él, y al frotar la mejilla en su pecho descubrió que éste estaba desnudo.

—Estupendo —declaró, medio para sí misma—. También te bañaste.

—Mmm. —El ronco sonido le hizo cosquillas en la oreja—. Después me puse las calzas para venir a verte. —Tragó saliva y añadió con la voz extrañamente ahogada—. ¿Tienes hambre?

Courtney abrió los párpados, derrotado el cansancio por la comprensión. Lo miró con los ojos empañados de emoción.

—No. —Le puso la palma temblorosa en la mandíbula—. Ésta es la segunda vez que me salvas la vida.

Volvió la angustia a la cara de él. Pasó los dedos por entre sus cabellos mojados.

—Creí que no llegaría a tiempo. En esa fracción de segundo en que vi brillar el cañón de la pistola y a ti en su camino, los únicos pensamientos que pasaron por mi cabeza fueron que no alcanzaría a llegar a ti... —hizo una temblorosa inspiración—, y que sin ti, no hay nada.

—Slayde. —Le acarició la cálida piel y cerró los brazos alrededor de su cuello.

—Nada, Courtney. —La besó, primero suave y tiernamente, luego con urgencia, una urgencia que hasta ese momento ella no había conocido—. Dios me ampare si te perdiera. Dios me ampare...

Courtney le correspondió el beso con la misma intensidad y desesperación, sintiendo arder los ojos por las lágrimas contenidas. Ese amor mutuo era otro milagro, un milagro que, si no hubiera sido por la gracia de Dios, por esa fracción de segundo, les podrían haber arrebatado.

Y eso lo hacía aún más precioso.

Con las manos temblorosas, Slayde le apartó las toallas, la adoró toda entera

con los ojos un momento y, bajando la cabeza, le depositó ardientes besos en el cuello, la garganta, la elevación superior de los pechos. Después cambió un poco de posición y empezó a lamerle y mordisquearle un pezón, hasta dejárselo endurecido y mojado; entonces lo cogió con la boca y succionó, primero lento y suave y luego más fuerte, una y otra vez, hasta que ella estaba gimiendo de deseo y él tenía agitada y dificultosa la respiración. Pero continuó, y pasó al otro pecho, prodigándole la misma y exquisita tortura, hasta que Courtney estaba segura de que se iba a morir.

—Dios santo, te necesito toda entera —musitó él con la voz ronca, deslizando la mano hacia abajo, separándole los muslos e introduciéndola ahí, todo en un solo movimiento.

—Slayde —musitó ella en un sollozo, abriéndose a su caricia.

Levantó las caderas cuando él le introdujo un dedo, lo retiró y volvió a introducirlo, una y otra vez, en un ritmo enloquecedor.

—Slayde —logró decir, arqueándose para responder a sus caricias—. Me voy a morir.

—Yo también.

Se levantó, se quitó las calzas, las tiró al suelo y se arrodilló entre sus muslos separados, su mirada ardiente, salvaje.

Necesitaba más. Ahogado por el deseo y la emoción, le levantó las piernas, las pasó por encima de sus hombros y enterró la boca en su dulzura.

A la primera caricia de su lengua, Courtney sintió la inminente liberación, las sensaciones tan fuertes, el placer tan intenso que era imposible retrasarlo. Se oyó gemir, sintió la erupción dentro de ella, las estremecidas contracciones, una tras otra, que la arrojaron en un desenfreno sensual demasiado hermoso para experimentarlo sola.

—Slayde —jadeó, cogiéndole los brazos cuando él levantó la cabeza y la miró con un anhelo infinito—. Te necesito dentro de mí.

Con un gemido de rendición, él obedeció. Acomodando el cuerpo al de ella, la penetró hasta el fondo, en una embestida perfecta, inexorable. Las contracciones de ella lo acogieron a todo lo largo, haciéndole trizas el autodominio, lanzándolo al abismo de la embriagadora sensación.

—Courtney.

Continuó las embestidas, violentas, incontrolables, enterrando los dedos en sus caderas, apretándose al ritmo de sus frenéticos movimientos.

—Courtney.

Se puso rígido, todo su ser concentrado en ese inmenso pináculo de

sensaciones.

Llegó a la cima, apretándola a él, vaciándose en ella en ardientes embestidas, buscando su matriz, con la natural necesidad de darle todo, su amor, su alma.

Su hijo.

—Sí —dijo ella, abrazándolo apasionadamente, sintiendo la misma indómita necesidad, abriéndose para recibir su simiente.

Se estremeció, sus contracciones intensificadas por la euforia de saber que ella y Slayde eran uno, que él era parte de ella y ella de él.

Slayde se desmoronó sobre ella, todo su potente cuerpo todavía recorrido por estremecimientos. Con los ojos cerrados, inspiró un poco de aire, saboreando los últimos vestigios de sensación, muy consciente de que su caliente semen no estaba desparramado en la sábana sino muy en el fondo de Courtney.

Esperó el asalto del sentimiento de culpa.

Éste no llegó.

Pero sí llegó la preocupación, en el instante en que sintió flácida a Courtney debajo de él.

Apoyando su peso en los codos, le apartó el pelo mojado de la cara, y sintió pasar el miedo por él como un rayo al ver que ella seguía inmóvil y con los ojos cerrados. ¿Le habría hecho daño? Ella era menuda, delicada, y Dios sabía que no había habido nada delicado en la forma como acababa de poseerla. Estaba loco, frenético por su necesidad de poseerla, de asegurarse de que estaba viva, entera y en sus brazos. Sucumbiendo a sus crudas emociones, se había olvidado de las costillas de ella, de su cabeza, de su roce con la muerte, el segundo en dos semanas, de todo, aparte de la urgente necesidad de llenar el doloroso vacío de su alma.

—Courtney —dijo, apremiante—, mírame.

Ella agitó las pestañas y se movió un poco, dejándole ver un atisbo de sus ojos verde mar aturcidos.

—¿Te hice daño?

Ella sonrió, como si estuviera muy lejos.

—¿Daño? Noo, no.

Lo inundó el alivio en enormes y fuertes oleadas. Entonces se entrometió la razón, recordándole que, se diera cuenta ella o no, él pesaba demasiado. Comenzó a apartarse, y al instante descubrió que eso era absolutamente imposible, no porque estuviera incapacitado físicamente sino porque sus emociones no se lo permitían. Separar su cuerpo del de Courtney era una opción insoportable.

Resolvió el problema rodando hacia un lado llevándola con él. La acunó suavemente en sus brazos, apoyándole la cabeza en su pecho, bajo el mentón, su miembro todavía dentro de ella.

—¿Qué tal así? —musitó.

Ella se apretó más a él.

—Mmm.

Una miríada de emociones, intensas, extraordinarias, le oprimieron el pecho formando un nudo. Tiernamente le besó la coronilla de pelo rojo oro.

—Lo siento, mi amor. Perdí la cabeza. Me descontrolé totalmente. ¿Estás bien?

Ella apartó la cabeza para mirarlo, los labios entreabiertos, las mejillas todavía sonrosadas por los efectos de la pasión compartida.

—¿Bien? No. Arrollada, eufórica, aturdida, pasmada, sí. Pero ¿bien? No. Nunca jamás. —Sonrió con los labios trémulos y le rozó los labios con las yemas de los dedos—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Él le besó la palma.

—No. Me siento humilde. —Le besó la muñeca, el antebrazo, el hombro—. Estoy borracho de descubrimientos. —Levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Estoy tan enamorado que me asombra.

—Como yo —dijo ella, muy seria—. Estoy tan enamorada que no podría dejarte jamás, ni aunque me echaras.

A él se le oscurecieron los ojos.

—Dios me ampare, no tendría la fuerza para echarte.

—Eso no sería fuerza, sería estupidez.

—Eso en cuanto a mi futuro —matizó él, expresando su miedo—. Pero ¿y en cuanto al tuyo?

—Mi futuro está contigo. Traiga lo que traiga ese futuro.

Slayde gimió y le acercó la cabeza para que se tocaran sus frentes.

—Deseo eso con tanta desesperación que me aterra. Porque no tengo derecho. No tengo derecho a sentir lo que siento, a desear lo que deseo. Pero, Dios mío, cuánto te necesito, yo, que jamás he necesitado a nadie en mi vida. Necesito que llenes mi vida, que me llenes a mí, todo lo que no sabía que tenía vacío.

— Tragó saliva—. Cuando perdí los estribos hace un momento, se debió a que estaba frenético, desesperado por fundirme contigo en uno, fundir todo tu ser con todo mi ser. Ansioso por darte... —se interrumpió.

—Tu hijo —terminó ella dulcemente, las pestañas brillantes de lágrimas, mirando sus ojos atormentados—. Yo estaba igual de frenética, ansiosa por

concebir a tu hijo, llevarlo en mí, parirlo. —Le sonrió llorosa—. Deseo todos tus hijos. Una casa llena de Huntley, animosos, llenos de fuego, de fuerza. ¿Cómo podrían no ser bendición los bebés nacidos de nuestro amor?

Él sintió que se estaba desmoronando su resolución. ¿O tal vez ya se había desmoronado, en el momento en que la sacó de ese saco, la abrazó mientras lloraba, desnudó todas sus cicatrices para que ella las viera? Courtney era un verdadero milagro, un milagro que se merecía una vida de libertad y seguridad, no de miedo y aislamiento. Condenación, ¿por qué no podía ofrecerle eso?

—Courtney —aumentó la presión de sus brazos, como para anular el posible resultado de sus palabras—, es mucho lo que no te puedo dar.

—Mi amor, me has dado todo lo que he soñado en mi vida —protestó ella, su expresión tan hermosa y seria que él deseó estrecharla en sus brazos y no soltarla jamás—. Me has dado pasión y ternura. Me has dado consuelo, amor, un trozo de cielo. —Miró hacia abajo, deslizó la palma por entre ellos y la posó en su abdomen—. Y ¿quién sabe? Tal vez me has dado algo más que ninguno de los dos puede ver.

A él se le formó un nudo en el estómago con el impacto de esas palabras.

—Te amo —musitó apasionadamente—. Pero tengo un miedo terrible, por ti, por nuestros hijos...

Courtney le besó la mojada garganta.

—Ya lo sé. Y me niego a permitirlo. Así que he dado pasos para relegar ese miedo al pasado, junto con los incidentes que lo provocaron.

—¿Qué?

Ella sintió vibrar la pregunta en sus labios. Lo sintió tensarse, apartarse. Él le cogió los brazos.

—¿Qué pasos, Courtney?

—Ya sabes lo de mi visita a Morland, aunque interpretaste mal el motivo —repuso ella, tan segura de que había hecho lo correcto, que no la perturbó en lo más mínimo el tono de él—. No era mi intención provocarlo para que revelara el nombre del cómplice de Armon, aunque me habría gustado si lo hubiera dicho. Lo que esperaba lograr, lo que es muy posible que haya logrado, era asustarlo tanto que se fuera de la lengua y reconociera de una vez por todas que su familia fue la responsable del asesinato de tus padres. Lo que aún no sabes —continuó, resuelta a decírselo todo— es que también envié al *Times* las tres notas que recibiste, más una carta supuestamente escrita por ti. Entonces muy pronto el *Times*, mediante su enorme cantidad de ejemplares,

notificará a todo el mundo que el diamante negro ya no está en poder de los Huntley. —Sonrió al ver la expresión pasmada de Slayde—. Ya está. He dicho mi parlamento.

—Bueno, yo no he dicho el mío —replicó él, sorprendido; su mente seguía tratando de asimilar todas las implicaciones de esa revelación—. ¿Hiciste qué? ¿Cómo lo conseguiste? —frunció el ceño—. No necesito preguntar con quién.

—No, no hace falta. Aurora fue la más espléndida de las cómplices. Yo compuse la carta, ella la escribió; imita bellamente tu letra y tu firma. Yo hice el trabajo de explicar cómo cambiaste la piedra por su vida. Nuestro paquete debería llegar a Londres mañana por la tarde. Así pues, en cuestión de días, todos los que buscan el diamante negro sabrán que tienen que buscar en otra parte, y con eso se pone fin a tu preocupación por nuestra seguridad y la seguridad de todos los futuros Huntley.

Terminada la explicación, bajó la cabeza y puso los labios sobre su pecho, mordisqueándole suavemente la cálida piel, deslizando la lengua por sus contornos ásperos por el vello. Notó que se le tensaban los músculos.

—¿Todo eso hiciste... por mí?

—No, lo hice por nosotros.

Él tragó saliva.

—Pero, como sabemos, el diamante todavía está... —le salió el aliento en un silbido porque ella le lamió una tetilla.

—Sólo nosotros sabemos eso —concedió Courtney, disfrutando de su masculinidad, de su involuntaria reacción a ella, hinchándose, endureciéndose, vibrando dentro de ella, llenándola y excitándola, haciéndola derretirse—. Nadie más lo sabe. —Le depositó ardientes besos hacia abajo, con la boca abierta, y luego subió otra vez, para darle la misma atención a la otra tetilla—. Has pasado demasiado tiempo insistiendo en la verdad y no el suficiente en pensar en una distracción. Yo simplemente te he dado una.

—Ah, sí que eres toda una distracción —le aseguró él con la voz espesa. —Cogiéndole la nuca le subió la cabeza hasta poder apoderarse de su boca—. Aun tengo que asimilar el total impacto de esto. Cuando lo asimile, tendré cien preguntas, y no permitiré que dejes ni una sola sin contestar. —Bajó las manos hasta sus nalgas y en un solo movimiento rodó con ella acomodando sus cuerpos—. Después —gimió cuando ella lo rodeó con las piernas—. Mucho después.

Hicieron el amor toda la noche, primero con avidez, después lento, profundo,

susurrándose ardientes fragmentos de palabras, explorando el mareante placer que producían sus cuerpos unidos, descubriendo todas las facetas del milagro que era de ellos.

La culminación de ese milagro llegó con las primeras luces del alba.

Estaban haciendo el amor, tiernamente, con las manos entrelazadas a los lados de las cabezas, mirándose a los ojos.

—Te quiero —musitó Courtney.

A Slayde se le oscurecieron más los ojos, le apretó más las manos y presionó con más fuerza las caderas, con una intensidad y urgencia que trascendía lo físico.

—Cásate conmigo —dijo con voz ronca—. Courtney, cástate conmigo. —Era a la vez una orden y una súplica, desde el fondo del pecho, salidas del alma—. No importa lo que nos traiga el futuro. No puedo vivir sin ti. Sé mi esposa. Courtney levantó un poco la cabeza para rozarle los labios con los de ella.

—Sí —respondió, con los ojos llenos de lágrimas, pero no los cerró ni desvió la mirada—. Yo tampoco puedo vivir sin ti. No vivía antes de que nos conociéramos. Sí, enfrentaría cualquier cosa por ser tu esposa.

Él llegó a la liberación del orgasmo y apretó los dientes ante la inesperada oleada de placer que lo recorrió, vaciándose en ella en un torrente de sentimientos más profundos de lo que se pueden expresar con palabras.

Pero los expresó de todos modos.

—Te amo —exclamó, nuevamente recorrido por los estremecimientos—. Dios mío, cómo te quiero.

El orgasmo de él desencadenó el de ella, y le pareció que se desintegraba, recorrida por contracciones de placer, disolviéndose en un millón de fragmentos de luz y amor.

Después no hablaron, simplemente estuvieron unidos en silencio, observando la salida del sol.

—Nunca te había visto tan hermosa —dijo Slayde, acunando su cuerpo de espaldas al de él, con el mentón sobre su cabeza.

Courtney sonrió, recordando las palabras del señor Scollard.

—Eso se debe a que antes mirabas pero no veías.

—¿Mmm?

—La primera vez que fui al faro, el señor Scollard dijo que Armon fue un tonto al hacerme pasar por Aurora, porque, en su opinión, no nos parecemos nada. Pero dijo que por la noche nuestro tono de piel y el cabello podían confundirse, «sobre todo», cito sus palabras exactas, «a alguien que mira pero

no ve». Luego añadió, «Al menos entonces no veía. Ahora ve». —Se giró a mirarle la cara—. Después hizo un gesto de asentimiento y me dijo, «Bien por usted».

—¿Scollard dijo todo eso?

—Cada palabra.

—Se refería a mí —dijo él, sonriendo—. A nosotros. Tal vez es cierto que es un visionario.

«Gracias, señor Scollard», dijo Courtney en silencio, acurrucándose en los brazos de Slayde.

—No has terminado de explicarme lo de tu envío al *Times* —le recordó él. Ella sonrió.

—¿Qué quieres saber?

—Cómo te las arreglaste, lo de encontrar las notas, encontrar transporte para hacerlas llegar al *Times*.

—Era una tarea sencilla para dos mujeres ocurrentes como Aurora y yo. Aurora sacó las notas y papel de cartas de tu escritorio. Yo compuse la carta, explicando exactamente lo ocurrido, y por qué te viste obligado a buscar el diamante y luego entregarlo a Armon. Te hice parecer muy heroico —sonrió traviesa—, heroico pero modesto. Entre eso y la indignación que producirán las notas, la compasión por lo que tuviste que sufrir, es posible que te armen caballero.

—Eso lo dudo —dijo él, sarcástico—. Por cierto, ¿dónde encontré la piedra?

—Eso no lo especificué. Tú elige el escondite.

Slayde puso en blanco los ojos.

—¿Y quién llevó todo eso a Londres?

—Mathers.

Slayde levantó bruscamente la cabeza.

—¿Mathers? ¿Quién lo autorizó para...?

—Cutterton. Le ordenó llevar los papeles, esperar a que los copiaran y luego volver inmediatamente a Pembourne con ellos. Y antes de que accuses a Cutterton — se apresuró a añadir—, creo que la brujería del señor Scollard tuvo algo que ver con su insólita buena disposición a colaborar. Accedió a la petición de Aurora sin hacer ni una sola pregunta ni un comentario.

—Tienes razón. Scollard es un brujo. —Suavemente la giró hacia él y le enmarcó la cara con las palmas—. Gracias, Courtney. Nadie ha hecho jamás...

—se interrumpió para buscar las palabras— Lo que has hecho por mí...

Courtney lo silenció poniéndole un dedo en la boca.

—Yo también te amo, Slayde.

Por la cara de él pasó una expresión de pena.

—Y ahora que me has puesto a salvo, ¿cómo puedo yo hacer lo mismo por ti? ¿O has olvidado lo que ocurrió anoche?

—No, no lo he olvidado. Ojalá supiéramos de cierto que el jinete era Morland. Pero lo sabremos, cuando volvamos a casa. Rayburn nos dirá si el duque salió de su propiedad.

—A menos que Rayburn no estuviera en su puesto en ese momento. Ten presente que Morland pudo haberlos seguido cuando ibais con Rayburn hacia Pembourne y luego esperado y seguido a nosotros hasta aquí.

—Aunque así fuera, Rayburn volvió a su puesto hace horas. Si el duque intentó matarme con ese disparo y luego volvió a Morland, Rayburn lo habrá visto llegar. — Le chispearon los ojos—. Si es así, tendremos más de las municiones que buscamos. Además, voy a aprovechar bien nuestro tiempo a bordo del *Fortune*, para registrarlo de arriba abajo. Armon podría haber tenido algo por ahí, una misiva, cualquier cosa, en que se mencione el nombre de su empleador. Y si ese nombre resulta ser el del duque, se verá bien y debidamente implicado. Ese conocimiento debería bastar para descontrolarlo.

—Courtney, si fue Morland el que te disparó anoche, ya está descontrolado. No debemos provocarlo más.

—Debemos. Justamente el objetivo de este plan es presionarlo para que confiese que fue el autor del asesinato de tus padres.

Slayde la estrechó con más fuerza.

—No, ya no lo es. ¿No oíste lo que dije? Sin ti no hay nada. Te necesito, maldita sea. Y es mi intención tenerte segura. Si Morland es culpable, ese hijo de puta lo pagará. Lo pagará por el pasado, sí, pero más importante aún, por el futuro que casi nos robó, un futuro que nunca me imaginé y al que no pienso renunciar. — Se le movió un músculo de la mandíbula—. Así que encontraremos una manera de desenmascararlo con prudencia, sin poner en peligro tu vida. Nuestra vida — enmendó, con la voz cargada de emoción—. ¿No lo entiendes, cariño? Antes estaba la venganza, ahora estás tú.

Al captar la magnitud de esa declaración a Courtney se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —musitó—, ésa es la declaración de amor más hermosa que podría haber esperado oír.

La expresión de Slayde se ensombreció.

—Hay una cosa que debo preguntarte —dijo de repente—. Y quiero que lo

pienses detenidamente antes de contestarla.

—Muy bien.

—Si tu padre siguiera vivo, ¿afectaría eso a tu decisión de casarte conmigo?

—¿Qué?

—Si tu padre estuviera vivo, sano y salvo, si pudieras volver a tu antigua vida en lugar de adoptar la pasión y los riesgos de la mía, ¿elegirías eso? Quiero la verdad.

—Muy bien, aquí está, entonces. —Le rodeó la cintura y lo estrechó fuertemente—. Eres un hombre maravilloso y compasivo, lord Pembourne, pero también eres un bobo. ¿De veras crees que he aceptado tu proposición de matrimonio porque estoy sola? La acepté porque te quiero, Slayde. Sí, ojalá quisiera Dios que mi padre estuviera vivo. Pero si lo estuviera, lo único que cambiaría de nuestra boda sería que él podría entregarme oficialmente, y compartir la dicha que sentiré cuando me convierta en tu esposa. —Le temblaron los labios—. Y sí que compartiría esa dicha. Él era el que me decía una y otra vez que yo lo sabría cuando conociera al hombre para mí, al hombre que me necesitara a mí y necesitara mi amor tanto como yo lo necesitaría a él. Daría cualquier cosa por que mi padre estuviera vivo para ver cumplirse su profecía, y para conocerte. Tendría una elevada opinión de ti, y tú de él. —Hizo una inspiración entrecortada—. Pero en el fondo de mi corazón sé que él estará aquí para bendecir nuestra unión. Ojalá pudiera estar físicamente. Pero aunque estuviera, de todos modos yo diría adiós a mi antigua vida, porque nunca en mi vida he deseado nada tanto como deseo ser tu esposa. ¿Contesta eso tu pregunta?

Slayde emitió un ronco sonido gutural.

—No sólo mi pregunta sino también mi oración.

—¿Entonces me vas a contestar una pregunta igualmente difícil?

—La que sea.

Courtney se mojó los labios e hizo acopio de su valor.

—Me hiciste la proposición justo después de que yo te contara lo que hice con esas notas. ¿Y si no te hubiera explicado mi plan? ¿Y si ni siquiera se me hubiera ocurrido ese plan? ¿Y si, en el peor de los casos, fracasara mi plan? ¿Si nunca supiéramos la verdad sobre los asesinos de tus padres? ¿Si por lo que fuera volvieran a nuestra vida los peligros relacionados con el diamante negro? —Le escrutó la cara—. ¿Lamentarías haberme pedido que me case contigo?

—Ni en mil años —contestó él al instante.

—Pero ¿y...?

—¿Mi promesa? Al diablo esa promesa. La hice por vana ignorancia, antes de saber lo que significa amar. Mis sentimientos por ti... —la estrechó más, con las manos temblorosas—. Estos sentimientos lo empequeñecen todo: mi promesa, el diamante y su inventada maldición, incluso el pasado y todo su sufrimiento. Nunca permitiré que nada te haga daño. Te protegeré con mi vida. Y te haré feliz, más feliz de lo que jamás haya soñado. —Bajó la cabeza y le rozó los labios con los de él—. ¿Contesta eso tu pregunta?

—No sólo mi pregunta —dijo ella sonriendo—, sino también mi oración.



Capítulo 14

—Milord, cuánto me alegra que haya venido —saludó Oridge a Slayde en la puerta del almacén que le había indicado para encontrarse con él. Miró a Courtney, un tanto sorprendido—. Veo que le ha acompañado la señorita Johnston.

—Insistí en venir, señor Oridge —contestó Courtney—. No se me puede proteger de esto. Fue el barco de mi padre el que atacó Armon. Debido a él y a sus hombres perdí a mi padre, perdí mi hogar y estuve muy cerca de perder la vida. Si sigue vivo algún tripulante de mi padre, quiero verlo personalmente. Además, necesito permiso para subir al *Fortune* cuando esté desocupado, para registrarlo a ver si encontramos alguna posible pista que nos lleve al cómplice de Armon. Ah, y respecto a sus tripulantes, estaré feliz de identificar a los que lo acompañaron en la captura del *Isobel*. Eso le dará más fuerza a Bow Street para colgarlos.

Oridge miró a Slayde, y éste asintió.

—La señorita Johnston tiene razón —le dijo—. Ella está directamente involucrada en este misterio, más aún de lo que usted sabe.

—¿Señor?

Slayde frunció el ceño, recordando por enésima vez el reciente atentado contra la vida de Courtney.

—Después se lo explicaré. De momento, infórmenos de lo que sea que haya descubierto hasta ahora.

—Muy bien —dijo Oridge—. El segundo de a bordo de Armon cantó muchísimo una vez que lo persuadí adecuadamente. —Una sutil flexión de sus músculos dejó poca duda respecto al método de persuasión que empleó—. Por orden de Armon, a la mayor parte de los tripulantes del *Isobel* los trasladaron al *Fortune*.

—¿Les hicieron daño? —preguntó Courtney, preocupada.

—No. Por el contrario, se desentendieron de ellos. Cuando los tripulantes de Armon comprendieron que su capitán había muerto, se produjo el caos. Sólo les interesaba llegar a Londres cuanto antes para vender el botín, lo que robaron del *Isobel*, y luego hacerse a la vela hacia algún lugar desconocido.

Los tripulantes de su padre estuvieron prisioneros a bordo solamente las horas que los hombres de Armon estuvieron desembarcados vendiendo el botín. El resto del tiempo estaban libres, libres para moverse por el barco, mientras no dieran problemas. Ninguno de ellos los dio. Por lo tanto esos tripulantes ahora están vivos e ilesos, es decir, los que fueron trasladados al *Fortune*.

—Los que fueron trasladados al *Fortune* —repitió Courtney—. ¿A quienes no trasladaron?

—A diez hombres en total, entre ellos, como sabe, su padre.

—¿Y Lexley? ¿El segundo de a bordo de mi padre?

—Por desgracia, él fue otro de los diez. Al parecer, Armon le tenía ojeriza; decía que Lexley le había dado demasiados problemas para dejarlo con vida.

—Sí —dijo Courtney, con la garganta oprimida—, el pobre Lexley le dio la batalla a Armon en todo momento. Sobre todo cuando le ordenó que arrojara a mi padre por la borda. —Bajó la cabeza—. La única vez que obedeció sin resistirse fue cuando Armon le ordenó que me trasladara a la barca de pesca de lord Pembourne. Esa orden la aceptó de buena gana, al comprender que me daba la única posibilidad de sobrevivir. Lexley era un hombre decente y leal, demasiado leal para servir a un pirata. Y debido a eso, murió.

—Eso no lo sabemos de cierto.

Courtney levantó bruscamente la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—No lo mató en el barco. A él y a los otros ocho tripulantes los metieron en una lancha y los llevaron a la isla Cuervo, que está más allá de Cornualles.

—¿Y los dejaron ahí... vivos?

—Sí —contestó Oridge, levantando una palma para calmar la impaciencia de Courtney—. Debo advertirle, señorita Johnston, que las posibilidades de sobrevivir en la isla Cuervo son muy escasas. No llega ningún barco allí, debido a las fuertes corrientes y a los peligrosos escollos rocosos, así que las posibilidades de que algún barco los rescate son nulas. Además, hay muy poco para comer y nada en cuanto a refugio o techo.

—¿Qué esperanzas hay, entonces?

—Que yo he organizado un rescate «planificado». Tan pronto como logré que el segundo de a bordo de Armon me diera los detalles de lo ocurrido, envié un mensaje a un colega mío, el que, da la casualidad, se cuenta entre los navegantes más extraordinarios y experimentados de Inglaterra, junto con cinco colegas suyos. Sólo recibí su respuesta justo antes de que ustedes llegaran, ya que vive en el extremo occidental de Cornualles. En todo caso, él

y sus compañeros partieron al instante, equipados con lanchas, alimentos y medicinas. Zarparon de Falmouth, así que es probable que ya hayan llegado a Cuervo. Permítame que lo repita, las posibilidades de rescatar vivos a estos tripulantes son remotas, pero tenemos a su favor que hemos tenido un tiempo bastante templado en mayo. Y si Lexley y los demás han descubierto algún tipo de alimento, ya sean frutos secos o bayas o, aunque improbable, logrado pescar uno o dos peces, hay una pequeña posibilidad de que estén vivos. Pronto lo sabremos.

—Gracias —dijo Courtney—. Ojalá tenga éxito su trabajo y el de sus hombres.

—Eso ruego yo también. —Les hizo un gesto para que lo siguieran—. Los hombres de Armon están en la parte de atrás de este almacén, custodiados. Una vez que usted los haya visto, se los llevarán. En cuanto a los tripulantes de su padre —sonrió—, me tomé la libertad de obsequiarlos con unas cuantas rondas de cerveza en un pub que hay por aquí cerca. Ya deben de sentirse bastante recuperados.

—Espero poder asegurar lo mismo de mí una vez que haya enfrentado a los hombres de Armon —dijo Courtney, repentinamente estremecida al pensar que estaba a punto de encontrarse cara a cara con los canallas que le destruyeron su hogar y mataron a su padre.

—Seguro que sí —dijo Slayde cogiéndole tiernamente la mano y entrelazando los dedos con los de ella, un bienvenido bálsamo para su angustia—. Estoy a tu lado.

Courtney sintió pasar su fuerza por ella, renovándole el debilitado valor.

—Gracias, milord —repuso, sus ojos brillantes de amor—. Aunque he de advertirte que cuando haya terminado esta horrible experiencia, quiero ir a reunirme con los tripulantes de mi padre en ese pub y pienso tomarme una, o tal vez dos, copas de fortalecedor coñac.

La sonrisa de Slayde pareció envolverla.

—Mis billetes están listos.

Eso era como revivir una pesadilla, pensó Courtney, mirando al grupo de piratas hediondos y malhumorados y al encontrarse ante las crueles miradas de los que abordaron el *Isobel* con Armon. A la mayoría sólo los había visto de pasada durante los horribles días que estuvo prisionera; a los que había visto más de cerca eran los dos que acompañaban a Armon en el ataque al alcázar. Pero no importaba. Las caras barbudas, el pelo sucio y las arrogantes sonrisas se le habían grabado en la mente para siempre, un horror que ninguna cantidad

de represalias podría borrar. Sólo mirarlos en ese momento le revolvió el estómago y le helaba la sangre.

Y, Dios la amparara, los recuerdos.

Slayde le observó la respiración dificultosa y la palidez.

—Oridge, no tengo nada que decirles a estos cabrones. Por lo que a mí se refiere, puede llevárselos y colgarlos ahora mismo. Pero dejemos que la señorita Johnston identifique a los que capturaron a su padre y su barco, sólo para eliminar la posibilidad de que el magistrado sea generoso en su sentencia. Después, llévese a esta hez de aquí.

—Ciertamente, milord —dijo Oridge—. Señorita Johnston, ¿reconoce a alguno de estos desalmados?

Ella asintió, estremecida de repugnancia.

—Esos dos —apuntó a los últimos dos de la izquierda—. Ellos vigilaban la cabina de oficiales del *Isobel*. Los veía en el pasillo cada vez que Armon abría la puerta de mi cabina. También reconozco a ése de la cicatriz que está detrás; subió al *Isobel* delante de Armon. —Le dio un vuelco el corazón al encontrarse sus ojos con el recuerdo más doloroso de todos—. El gordo de la derecha y el canoso que está a su lado son los que invadieron el alcázar con Armon. —Sintió sus miradas glaciales, duras, y la recorrió una oleada de odio tan violento que pensó si no sería ella capaz de asesinar también—. El canoso me sujetó a mí, el otro ayudó a Armon a arrebatarme la rueda del timón a mi padre y a sacarlo de ahí.

Se le cortó la voz y les dio la espalda, temblando de furia.

—¿Oridge? —dijo Slayde al instante.

—Eso es más que suficiente —les aseguró Oridge—. Ahora podemos añadir asesinato a su lista de delitos. —Hizo un gesto a los guardias—. Llévenselos. Incluso dándoles la espalda, Courtney seguía viéndoles las caras. Cerró fuertemente los ojos, desesperada por bloquear los recuerdos que pasaban por ella.

Slayde le pasó un fuerte brazo por la cintura y echó a caminar, alejándola del almacén y del pasado.

—Vamos a ese pub. A mí me iría bien beber algo también. De ahí volveremos a la posada a descansar. Más tarde subiremos al *Fortune* a echarle una mirada.

—No —dijo Courtney, negando con la cabeza—, aunque te lo agradezco desde el fondo de mi corazón. No podré descansar ni un instante mientras no hayamos registrado el barco de Armon. Necesito ir allí ahora mismo.

Slayde la miró detenidamente un buen rato. Después asintió.

—Oridge —dijo en voz baja—, llévenos al muelle donde está atracado el *Fortune*. Mientras lo registramos le informaré de todo lo ocurrido antes y durante nuestro viaje a Londres.

Al cabo de una hora, después de haber registrado palmo a palmo la cabina de Armon, Courtney no se resignaba a darse por vencida. Por tercera vez revisó el escritorio, en busca de un diario, mirando de tanto en tanto a Slayde y a Oridge, que estaban revisando el arcón y la cama respectivamente, por si tenían más suerte.

¿Es que el maldito pirata no dejaba constancia de nada por escrito?

Estaba a punto de chillar de frustración, cuando Oridge, arrodillado e inclinado, con la cabeza casi metida debajo de la cama, emitió una exclamación de triunfo:

—Esto parece prometedor.

—¿Qué?

Ella ya estaba a su lado, reteniendo el aliento mientras él extraía su descubrimiento y se sentaba en los talones para examinarlo.

Era una hoja de papel, que habían doblado y doblado hasta formar un diminuto cuadrado, y luego metido debajo de una pata de la cama, tan bien colocado que era casi invisible.

Courtney ahogó una exclamación cuando Oridge alisó la hoja y se puso de pie.

—Ése es el escudo de armas Huntley —afirmó—, es el mismo papel en que escribimos la carta para el *Times* Aurora y yo.

—Pues sí —dijo Slayde mientras se colocaba a su lado—. El blasón está desvaído, pero se distingue—. ¿Quién escribió esta carta? ¿Qué dice?

Oridge pasó la vista por el contenido.

—Es un diagrama, señor. Con una nota.

Slayde miró el papel, de pronto se puso rígido y se lo quitó de las manos.

—Dios mío. Un plano de la casa Pembourne. O al menos de una parte, desde la entrada a la biblioteca. No lo entiendo. —Lo miró con más atención, entrecerrando los ojos—. La maldita nota del comienzo está desvaída.

—Acércala a la luz —dijo Courtney, corriendo hacia el ojo de buey.

Esperó hasta que él puso el papel a la luz, miró por encima de su hombro y leyó en voz alta:

A: Me ordenaron que le hiciera este plano. Use el pasillo que va directo a la biblioteca para entrar y para salir. Encontrará la puerta sin tranca cuando llegue. Yo la pondré cuando se haya marchado. La caja fuerte está escondida en el primer cajón del escritorio de la biblioteca. Las joyas están dentro. Cójala. Antes de salir gire la llave de la puerta principal y déjela entreabierta. No lo olvide.

La biblioteca. La caja fuerte. Las joyas. Las letras desvaídas. Santo Dios, no podía ser.

Courtney miró la esquina superior del papel, y encontró y confirmó sus sospechas. La fecha de la nota era 27 de marzo de 1807.

Slayde emitió un sonido ahogado a su lado. Se giró a mirarlo y la atormentada expresión de su cara le dio la respuesta antes de que él hablara.

—Mis padres murieron cuatro días después de que escribieran esta nota.

Sin poder contenerse, ella le cogió y apretó los antebrazos. Los tenía rígidos.

—Oh, Slayde.

—Armon los mató —continuó él, con la nuez de la garganta agitada, su mirada fija en el plano—. No me extraña que los investigadores de Bow Street no lograran encontrar ninguna pista, ni en la casa ni en los alrededores. Armon no necesitó forzar la cerradura, ni salió por la puerta principal. Eso también explica por qué mis padres no sospecharon que había un intruso cuando volvieron a casa esa noche. Si entró y salió por el pasillo de la biblioteca, la puerta principal todavía estaba con llave. Sólo la abrió después, después de...

—tragó saliva—. Los de Bow Street revisaron ese pasillo, una simple formalidad, dado que la puerta principal estaba entreabierta, pero el pasillo estaba bien cerrado por los dos lados.

—¿Quién sabía de la existencia de ese pasillo? —preguntó Oridge en voz baja.

Slayde se giró lentamente a mirar al investigador, sus ojos tristes al comprender.

—Sólo los habitantes de Pembourne, mi familia, los criados. Jamás usábamos ese maldito pasillo. Mi bisabuelo fue el último Huntley que tuvo necesidad de un pasillo secreto para entrar y salir.

—El último Huntley tal vez, está claro que no la última persona.

Slayde volvió a mirar el esquema, como si necesitara más confirmación de que la atrocidad que tenía en las manos era real.

—Alguien que vive en la casa dibujó este plano —dijo, expresando en voz alta la inimaginable verdad—. Alguien de quien yo me fío, alguien de quien se

fiaba mi padre. Quienquiera que sea ese alguien, ayudó a Armon a entrar en la casa y matar a mis padres.

—Dudo que el asesinato formara parte de su intención —terció Oridge amablemente—. Lo más probable es que pensaran robar la caja fuerte y huir. Por desgracia, sus padres los sorprendieron al llegar.

—¿Cuál es la maldita diferencia? —exclamó Slayde, golpeando la pared de la cabina con tanta fuerza que ésta tembló—. El resultado es el mismo. Armon mató a mis padres, ayudado directa o indirectamente por un residente de Pembourne en el que todos confiábamos.

—Y los dos eran mandados por quien fuera que ordenó que se dibujara este plano —dijo Courtney, examinando nuevamente la nota—. ¿Esa persona buscaba el diamante negro tal vez?

Oridge se friccionó el mentón.

—Eso sería lo lógico. Dado que Armon recurrió a amenazas para arrebatarse el diamante a lord Pembourne sólo hace unas semanas, yo sospecho que su empleador y su motivación han continuado siendo los mismos. Y también su cómplice, diría yo.

Se hizo el silencio, mientras se asimilaban las implicaciones de las palabras de Oridge.

—Quiere decir que hay un cabrón traidor viviendo en Pembourne —dijo Slayde—. No sólo entonces, sino ahora también. —Hizo una brusca inspiración—. Eso tiene muchísima lógica, ahora que lo pienso. Así fue cómo Armon pudo planear tan ingeniosamente el falso secuestro de Aurora y hacerlo coincidir con los envíos de sus notas exigiendo rescate. Tenía muchísima información a mano: su cómplice de Pembourne. Sólo tenía que hablar con ese cabrón desleal para saber las intenciones de mi hermana, y actuar según ellas.

—A mano —repitió Courtney, pensativa—. Claro, eso fue lo que quiso decir el señor Scollard. «Peligro», dijo. —Cerró los ojos, buscando en su memoria las palabras exactas—. «Sólo ahora está cobrando forma. Un peligro terrible. Mira muy al fondo. Se está fraguando muy cerca.»

—¿Scollard dijo eso?

Courtney le apretó más fuerte los brazos.

—Sí, pasamos a verlo esa mañana antes de ir a ver a Morland. En ese momento pensé que me advertía que tuviera cuidado durante mi inminente enfrentamiento con el duque. Pero no era eso. Se refería al traidor de Pembourne. Ahora que lo pienso, estaba muy agitado cuando dijo esas palabras, no sé, casi como si estuviera presintiendo algo por primera vez,

como si sólo ahora el peligro fuera tan potente como para él percibirlo.

—Y la noche de ese mismo día alguien trató de matarte.

—¿Quién es el señor Scollard, si puedo preguntarlo? —terció Oridge.

—Simplemente un amigo muy sabio —dijo Courtney. No quería ser cortante, pero no tenía ni el tiempo ni la paciencia para intentar hacer frente al indudable escepticismo de Oridge respecto a los dones del señor Scollard. Y su mente estaba trabajando a toda prisa, así que continuó—: Slayde, por mucho que nos amedrente saber que hay un criminal viviendo en Pembourne, no podemos pasar por alto la oportunidad que eso nos presenta. Hasta ahora sólo sabíamos de un cómplice de quienquiera que organizó el plan del falso secuestro, Armon. Y Armon murió sin dejarnos a nadie que pudiera conducirnos a su empleador. Bueno, si Morland es ese empleador, ahora tenemos otro medio para incriminarlo. —Asintió, como aprobando la idea que estaba a medio formar—. Todavía no sé cómo, pero debemos descubrir a su otro cómplice, el que vive en Pembourne, el cual puede a su vez conducirnos a Morland.

Al atardecer de ese mismo día, Courtney, Slayde y Oridge ya estaban instalados en el coche de Pembourne, iniciando su viaje de regreso a Devonshire. Después de un breve encuentro con los tripulantes de su padre, agrídulce por la alegría de los que sobrevivieron y el pesar por aquellos todavía perdidos o desaparecidos para siempre, Courtney estaba más impaciente que nunca por regresar a casa, a sumergirse en el misterio que se iba haciendo cada vez más profundo.

A casa.

Esas palabras detuvieron sus pensamientos. En algún momento entre recuperar el conocimiento, después de casi ahogarse, y el presente, Pembourne se había convertido en su hogar, gracias a Slayde, Aurora y los amables criados que llenaban la casa.

Le subió un escalofrío de miedo por la columna. Uno de esos amables criados era un ladrón y, muy posiblemente, un asesino.

Slayde, que iba sentado al frente, la estaba observando.

—¿Courtney? ¿Te sientes mal?

—Estoy muy bien —lo tranquilizó—. Simplemente estaba sumida en mis pensamientos.

—¿El plano?

—Sí. Deberíamos aprovechar este viaje para idear un plan para descubrir al

cómplice de Armon.

—Vamos a llegar a Pembourne pasado mañana —dijo Oridge—. A media mañana de ese día si sólo hacemos paradas breves. Eso nos da tiempo de sobra para explorar el mejor plan de acción. Pero antes de que empecemos, creo que sería mejor hablar de la formidable dificultad inmediata para la que tienen que prepararse.

Slayde arqueó las cejas.

—¿Y esa dificultad es?

—La manera de comportarse con y en torno al personal. —Oridge se aclaró la garganta—. Señor, si nuestra teoría es correcta y uno de sus criados ha sido el cómplice de Armon, lo último que le conviene hacer es alertarlo dando a entender que tiene sospechas. Debe tratarlos a todos como siempre. Además, debo aconsejarle que no hable en cualquier lugar con la señorita Johnston, ni conmigo, acerca de esta situación, no sea que alguien oiga la conversación, ni comentar nuestros descubrimientos con nadie.

—¿Y con Aurora? —preguntó Courtney al instante. Se cogió del borde del asiento, y resuelta miró a Slayde a los ojos y le sostuvo la mirada—. Ya le hemos ocultado cosas demasiado tiempo. Es tu hermana, Slayde. También es una mujer adulta, y digna de confianza. Si de verdad quieres derribar la barrera emocional que has erigido entre vosotros, no lo harás mintiéndole. Te pido que le digas la verdad, por favor, «toda la verdad» —añadió, acentuando esa última frase, para indicarle claramente que en su petición incluía la revelación de la falsificación del diamante, asunto del que ni siquiera Oridge sabía nada.

Así enfrentado, Slayde hizo una larga inspiración, sopesando las cosas para tomar una decisión.

Oridge se revolvió inquieto en el asiento.

—Perdone que me entrometa, señor, pero debo hablar, puesto que es mi trabajo mantener a salvo a su familia. Si lady Aurora es tan impulsiva como dice, saber que hay un delincuente entre nosotros podría estimularla a hacer algo imprudente para descubrirlo, poniendo en peligro su vida.

—Continuar ignorante también pondría en peligro su vida —terció Courtney, sin desviar la mirada de la de Slayde—. Aurora se fía de los criados, ¿y por qué no habría de fiarse? Estando tú ausente con tanta frecuencia, ellos son su única familia, y lo han sido durante años. Dado que ya sabe bastante del misterio, es muy posible que sin saberlo diga algo imprudente a la persona que no debe. A no ser que se le explique que no ha de hacerlo. —Guardó silencio

un momento—. Slayde, por favor, hazlo por mí.

Al instante vio el efecto de su ruego en la expresión que pasó fugaz por la cara de él; y se le oscurecieron los ojos.

—Considéralo hecho —dijo él, con la voz ronca de ternura—. Con una modificación. No seré yo el que le diga la verdad. La llevaremos a un lugar donde podamos hablar en privado y se la diremos los dos juntos.

Cuando él dijo la palabra «juntos» la invadió una alborotada oleada de emoción, al comprender que, movido por su amor por ella, había tomado su decisión teniendo en cuenta sus sentimientos.

—Gracias, milord —logró decir, con la voz trémula.

Slayde se inclinó hacia ella, rozándole las rodillas con las de él.

—Ocurre que tenemos una fabulosa noticia para comunicarle a Aurora. ¿O lo has olvidado?

—¿Olvidado? —dijo ella, pensando que igual podría estallarle el corazón. ¿Olvidado que se iba a convertir en su esposa? ¿Olvidado los exquisitos momentos pasados juntos antes, durante y después de la proposición? Jamás, ni en un millón de años—. No, milord —le dirigió una sonrisa secreta—. No he olvidado... nada.

Aunque su velada alusión a esa noche mágica juntos pasó desapercibida a Oridge, tuvo todo su efecto en Slayde. Apretó las mandíbulas y sus penetrantes ojos la perforaron, diciéndole inequívocamente que si estuvieran solos reencendería esos recuerdos ahí mismo en ese momento.

—Muy bien, entonces —concedió Oridge, consciente de la tensión pero interpretando mal su causa—. Dígale los detalles a lady Aurora, pero a nadie más. ¿Es aceptable eso?

—Totalmente —repuso Courtney, desviando la mirada y sus pensamientos de Slayde—. Por difícil que sea, no tenemos otra alternativa que guardar en secreto todo esto entre los cuatro, conducirnos como si no nos hubiéramos enterado de nada nuevo, de nada fuera de lo común.

—De acuerdo —dijo Slayde volviendo toda su atención al tema, aunque de mala gana—. Volviendo al asunto por resolver, hay más de cien criados en Pembourne. ¿Cómo diablos puedo determinar cuál es el culpable?

—Puede comenzar por hacer una lista completa de todo su personal —sugirió Oridge—, y luego elimina a todos los que no estaban empleados ahí hace diez años, en el momento del asesinato de sus padres.

—Los guardias —dijo Courtney—. Sólo los contrataste después de que Aurora quedó a tu cargo.

—Cierto —concedió Slayde—. Además, en mi despacho guardo datos relativos al personal, entre otras cosas las fechas en que entraron a servir en Pembourne.

Oridge asintió energicamente.

—Excelente. Hacer esa lista y revisar sus datos será nuestra primera prioridad cuando llegemos. —Cambió de posición para mirar a Courtney—. Señorita Johnston, mientras estamos en el tema de la prudencia... —tosió discretamente—. Aunque estoy debidamente impresionado por su inteligencia e ingenio, debo persuadirla, dado lo peligrosa que es la situación, de no lanzarse a más cruzadas temerarias como la que lord Pembourne me explicó esta mañana.

—Tiene la palabra de la señorita Johnston —contestó Slayde—. De ahora en adelante estará en la casa y yo vigilaré todos sus movimientos. Y si yo tuviera necesidad de ausentarme de la propiedad, usted me reemplazará como centinela.

Oridge curvó ligeramente los labios.

—Comprendo, ¿es aceptable eso también, señorita Johnston?

Ella lo obsequió con una sonrisa angelical.

—Por supuesto, señor Oridge. No tengo la menor intención de causarle preocupación a lord Pembourne, ni a usted. Seré muy obediente.

—No le crea ni por un segundo, Oridge —dijo Slayde, mirándola a ella escéptico—. Es tan inventiva como hermosa.

—Eso colegí por los detalles que me contó usted. Y hablando de eso... —Cogió su maletín y sacó un diario doblado, con expresión traviesa—. ¿Ninguno de los dos ha tenido ocasión de echarle una mirada al *Times* de hoy? Courtney casi se cayó del asiento.

—¿Aparecen las notas exigiendo rescate?

—Las notas y su carta. Arriba en la página dos. Un lugar muy destacado.

—¡Espléndido! —exclamó ella, alargando la mano.

Slayde fue una fracción de segundo más rápido. Liberó a Oridge del diario y lo abrió en la página correspondiente.

—He de reconocer que hicisteis un trabajo asombroso —musitó mientras leía—. Incluso la redacción de la carta está en el lenguaje que habría empleado yo.

—Vaya, gracias, milord —dijo Courtney, con los ojos chispeantes—. Viniendo de ti, colijo que ése es el mejor de los cumplidos.

—Tomado todo en cuenta, la redacción de la señorita Johnston es muy persuasiva en letras de imprenta —comentó Oridge—. Me imagino que, entre

el artículo del diario y los cotilleos que le seguirán, muy pronto la gente estará convencida de que el diamante negro y su supuesta maldición ya no están conectados con los Huntley.

—Exactamente lo que pretendía —dijo Courtney con gran entusiasmo, alargando la mano hacia el diario.

Slayde se lo pasó y frunció el ceño al ocurrírsele otra cosa.

—Me gustaría saber cómo va a reaccionar Morland a esta revelación pública.

—No le va a alegrar, diría yo. —Oridge se frotó el mentón, pensativo—. A no ser que sea inocente o, si no lo es, que ya se haya liberado de la piedra. Después de hoy, todo el mundo estará atento a lo que hace o no hace, será un principal sospechoso, dada la historia de las dos familias. Tratar de embarcar o vender la piedra en estos momentos sería correr un enorme riesgo.

—Y el diamante es inútil para él si no puede obtener beneficio monetario —observó Courtney, leyendo el artículo con expresión triunfante.

—Beneficiarse o, si sólo quiere librarse de la maldición, hacerlo llegar cuanto antes a la familia real que ofreció pagar por su recuperación, y eso es algo que no podrá hacer durante semanas, tal vez meses, hasta que pase el alboroto.

Courtney levantó la cabeza, sus ojos iluminados por un extraño brillo.

—O sea que Morland podría estar furioso en estos momentos —dijo—. Muy interesante.

Slayde le miró la cara con los ojos entrecerrados.

—Courtney, ni se te ocurra volver a acercarte a ese hombre.

—Noo. —Despreocupadamente dobló el diario—. Por otro lado, es posible que tengamos suerte. Tal vez él venga a nosotros.



Capítulo 15

Un día y medio después pasaba el coche de Slayde por las puertas de Pembourne, sus ocupantes rígidos, con todos los músculos entumecidos y los ojos soñolientos, pero no más cerca de idear un plan para descubrir al culpable que vivía en la casa de lo que estaban dos días antes.

—Más tarde continuaremos esta conversación, milord —dijo Oridge, mirando por la ventanilla cuando iban dando la vuelta al camino de entrada—, después de que haya hecho esa lista de nombres y fechas. Nos reuniremos en su despacho, a puerta cerrada.

Slayde asintió.

—Con la señorita Johnston y lady Aurora —añadió con intención. Oridge cogió su maletín.

—Muy bien. Pero debo recordarle otra vez que compruebe muy bien que no

hay nadie por los alrededores cuando le explique a su hermana lo que hemos descubierto. Es imposible insistir en esto lo suficiente; es fundamental que consigamos nuestro objetivo y que llegemos sanos y salvos al final. Por desgracia, tal como están las cosas, no sé en quién podemos confiar.

—Por lo tanto no confiamos en nadie —decretó Slayde.

—Exactamente.

Courtney exhaló un suspiro, moviéndose inquieta en el asiento. Le habría

gustado que ya tuvieran formulado el plan, algo que obligara al culpable a traicionarse. Muy bien, eso lo haría ella tan pronto como le fuera posible, si no con Slayde y Oridge, con su cómplice favorita, Aurora.

El coche se detuvo y bajó un lacayo a abrir la puerta y ayudarlos a bajar. —Qué bien volver a casa —musitó Courtney, mirando con cariño la fachada. Otra vez esa palabra, su casa, su hogar. Un fuego interior le calentó el corazón. —Sí —dijo Slayde, ya a su lado, disipada temporalmente la tensión que los

había acompañado desde Londres. Le pasó el brazo por la cintura y le sonrió tiernamente—. Pembourne es tu casa, mi amor, tu hogar —añadió, como si le hubiera leído el pensamiento—. Ahora y siempre. —Miró alrededor, como aturdido—. Es irónico, ahora es mi hogar también.

Detectando el asombro en su voz, ella le acarició la mandíbula, disfrutando de la satisfacción que veía reflejada en su cara.

—Bienvenido a casa, entonces —susurró.

Él bajó los labios hasta su palma.

—Bienvenida a casa.

Courtney se sintió bullir de euforia, como una botella de champán recién descorchada.

—¿Cuándo le vamos a decir a Aurora nuestra noticia?

—En el instante en que la veamos. Podemos gritarla al cielo si quieres.

—Eso me gustaría. Tal vez entonces crea que va a ocurrir de verdad.

—Aah, sí que va a ocurrir —musitó él, calentándole la piel con su aliento—.

Tan pronto como pueda organizarlo.

—Buenos días, lord Pembourne, señorita Johnston —los saludó Siebert al abrir la puerta, nada sorprendido al ver las muestras de afecto entre ellos—. Y buenos días a usted también, señor Oridge —añadió al ver entrar al investigador detrás de ellos.

—Qué rápido para abrir, Siebert —sonrió Courtney—. Debiste presentir nuestra llegada.

—Como buen mayordomo, presiento muchas cosas. —Arqueó una ceja y exhaló un suspiro, como para expresar tolerancia—. Pero en este caso, no fue necesario. Lady Aurora ha estado corriendo de ventana en ventana desde ayer, esperando impaciente su regreso. Le dije que podrían tardar otros varios días en terminar los asuntos en Londres, pero eso no la desalentó. En todo caso, cuando vio aparecer el coche, gritó tan fuerte la noticia de su llegada que llegó al vestíbulo. No creo que tarde en...

—Aquí estoy —dijo Aurora apareciendo como una ráfaga en el vestíbulo—. No veía la hora. —Abrazó fuertemente a su amiga—. ¡Nuestra sorpresa es tremendamente emocionante, Courtney! ¡Te tengo una noticia maravillosa!

—Qué coincidencia —rió Courtney, correspondiéndole el abrazo—. Yo también te tengo una noticia maravillosa. —Miró a Slayde—. Los dos.

—Bueno, vuestra noticia tendrá que esperar. He estado a punto de explotar desde ayer, cuando ocurrió esto.

Slayde la miró con una ceja enarcada, receloso.

—¿Ocurrió? No habrás intentado salir de Pembourne, ¿verdad?

Aurora puso en blanco los ojos.

—Noo, Slayde. He estado en la casa cada minuto. Pero desde ayer he tenido compañía.

—¿Compañía? —repitió Slayde, poniéndose rígido, igual que Oridge—. ¿Quién?

Aurora le tiró de la mano a Courtney, llevándola por el vestíbulo en dirección a la sala de estar.

—Ven a ver.

Slayde miró a Siebert, haciéndole un breve gesto interrogante.

Siebert negó con la cabeza.

—No, señor —le dijo en voz baja—. No hay nada sobre las misivas todavía. Aunque creo que la sorpresa de ahora le va a levantar bastante el ánimo a la señorita Johnston. Además, milord, pensé que a usted y al señor Oridge les interesaría saber que tuvo un visitante sorpresa ayer por la mañana.

—¿Sí? ¿Quién?

—El duque de Morland.

Courtney paró en seco y se giró a escuchar.

—¿Morland? —repitió Slayde asombrado—. ¿Vino aquí?

—Sí, señor.

—¿Qué quería, Siebert? —preguntó Oridge.

—No lo sé. Estaba hirviendo de rabia, y gritaba algo así como que lord Pembourne le había vuelto a robar, le había arrebatado su futuro. No logré entenderle. Hablaba de forma totalmente incoherente. Pero le aseguré que le informaría de su visita.

—Y lo has hecho.

—Slayde, el duque estaba borracho —interrumpió Aurora, impaciente—. Escuché todo lo que dijo desde el rellano de la primera planta, con la esperanza de que revelara algo. Pero no. Sus acusaciones eran descabelladas e incoherentes, exactamente como acaba de decirte Siebert. Hablemos de él después. Ahora quiero llevar a Courtney a ver a nuestra visita.

—Sí, señor —dijo Siebert, sorprendiendo a Slayde al ponerse de parte de Aurora—. Lady Aurora tiene toda la razón. Las imprecaciones del duque eran vagas, como mucho. Y creo que disfrutará acompañando a la señorita Johnston a la sala de estar. El señor Oridge puede quedarse conmigo aquí en mi puesto. Tendré mucho gusto en explicarle todos los detalles pertinentes. Usted puede volver aquí dentro de unos minutos. ¿Le parece?

Perplejo, Slayde aceptó.

—De acuerdo. Volveré dentro de un momento.

Siguió a Aurora, que ya iba a medio camino por el corredor llevando a Courtney.

—En realidad, este visitante vino a verte a ti —le iba explicando—. Pero nos hemos hecho espléndidos amigos mientras tanto.

—¿Hombre? —preguntó Slayde.

Aurora giró la cabeza y le sonrió por encima del hombro.

—Sí, hombre. —Abrió la puerta de la sala de estar—. Courtney, saluda a tu visitante.

A Courtney se le escapó una exclamación de alegría.

—¡Lexley!

Corrió hasta el sofá y abrazó al corpulento hombre que con esfuerzo se había puesto de pie. Él la abrazó fuertemente, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Courtney, gracias a Dios.

—Ésas iban a ser mis palabras. —Lo hizo sentarse y mirándolo atentamente se

sentó a su lado—. Aunque en cierto modo sabía que el señor Oridge no me decepcionaría.

—Oridge. Según he oído, él es el hombre al que le debo la vida.

—Sí. Es el investigador que envió a esos excepcionales navegantes que supongo te rescataron de la isla Cuervo. El señor Oridge trabaja para lord Pembourne, que lo contrató para que buscara el barco de Armon. Por si no lo sabes, Armon es, era, ese horrible pirata que capturó al *Isobel*. Pero claro, seguro que lo sabes ya que pasaste más tiempo que yo en cubierta. En todo caso, ya está muerto. Lo mató el que fuera que le pagó para que robara el diamante negro. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¿Te he confundido totalmente?

En los labios de él se dibujó un asomo de sonrisa.

—No, pero no por falta de empeño. Es una suerte que lady Aurora me explicara gran parte de esto mientras esperábamos tu regreso de Londres con lord Pembourne. El resto lo supe por Booth.

—¿Booth?

Se ensanchó la sonrisa de Lexley.

—Es el jefe de esos navegantes excepcionales que acabas de mencionar. —Miró hacia la puerta y allí vio y reconoció a Slayde—. Milord —dijo humildemente—, no sé cómo expresarle mi gratitud. Cuando Courtney se cayó de mi hombro y se la tragaron las aguas del Canal, le supliqué que la salvara. No sé, estaba seguro de que lo haría. En ese momento no tenía idea de que yo también me beneficiaría de su bondad y valentía. Gracias por mi vida, pero, más importante aún, gracias por la de Courtney.

—No hace falta dar gracias —repuso Slayde, yendo a sentarse en el brazo de un sillón—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, estoy débil pero ileso. —Se rió—. Lady Aurora me ha cuidado y atendido muy bien. Vamos, si incluso me ha prometido una visita al faro Windmouth, a conocer a ese extraordinario señor Scollard.

—Podríamos haber ido hoy, el señor Lexley está mucho más fuerte que ayer —terció Aurora—. Pero puesto que no tenía permiso para salir de la mansión... Slayde la hizo callar con una mirada.

—Cuéntame lo del rescate —dijo a Lexley—, y sobre los otros tripulantes que fueron abandonados ahí contigo. ¿Sobrevivieron todos?

—Todos y cada uno —contestó Lexley con orgullo—. Ah, no teníamos mucho para comer, y por la noche hacía bastante frío. Pero nuestras oraciones nos mantuvieron. Las oraciones son lo único que ese maldito pirata no pudo

quitarnos. Y vea cómo dieron resultado. Él está muerto y nosotros en casa.

—¿Dónde están los otros ahora?

—¿Ahora? Con sus familias. Booth lo organizó todo. Yo le dije que no tenía familia y él dijo que tenía la orden de traerme a la casa señorial Pembourne.

—Oridge —dijo Courtney pensando en voz alta—. Él tiene que haber dado esa orden. Qué gesto tan amable.

—Booth y sus hombres son impresionantes —continuó Lexley—. Navegaban por esas aguas como si los escollos rocosos y las corrientes no existieran. Nos sacaron en lanchas, a los nueve. Nos llevaban comida, agua y vendas. Ya en las lanchas nos dieron algo de comida y agua, el resto a bordo de su barco de pesca. Después nos dieron a beber bastante cerveza para hacernos olvidar los malestares y dolores que pudiéramos tener. Dormimos la mayor parte del trayecto a Cornualles. Ahí estaban esperando tres coches para llevar a los hombres a sus casas, vivieran donde vivieran. Uno de esos coches me trajo a mí aquí. —Miró fijamente un punto en la alfombra—. Ojalá hubiera tenido algo para darles a Booth y sus hombres, algún tipo de pago.

—Serán compensados —lo tranquilizó Slayde—. Yo me encargaré de eso inmediatamente.

—Le pagaré hasta el último chelín. Me lleve el tiempo que me lleve.

—Que estés a salvo ya es pago suficiente.

En la cara de Lexley se reflejó la batalla entre el orgullo y la gratitud.

—No soy bueno para aceptar caridad, milord. Trabajo por mi dinero.

—Muy bien. Ya hablaremos de eso cuando estés más fuerte.

—Estoy casi bien. Ah, eso me recuerda... no voy a abusar de su hospitalidad después de hoy. Mañana a primera hora me pondré en marcha. Sólo necesitaba ver con mis ojos que Courtney estaba bien. Aunque lady Aurora hizo muy buen trabajo en asegurarme que lo estaba.

—No me cabe duda de que estás impaciente por reanudar tu vida —dijo Slayde tranquilamente—, pero si no es mucha molestia, te agradecería que aplazaras tu marcha una o dos semanas. Courtney todavía está bastante afectada, como te puedes imaginar. Tú mejor que nadie sabes todo lo que ha tenido que soportar. —Lo miró fijamente, significativamente, el nombre de Arthur Johnston flotando entre ellos con tanta claridad como si lo hubiera dicho en voz alta—. Estoy seguro de que le aliviaría la aflicción tener cerca a un amigo de tanto tiempo. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Lexley bajó la cabeza, asintiendo.

—Sí, señor, lo entiendo.

—Estupendo. Acordado, entonces. —Miró a Aurora—. ¿Qué habitación le diste a Lexley?

—Le dije a la señorita Payne que le preparara la habitación azul.

—Espléndido —dijo él y la dejó pasmada al hacerle un guiño de aprobación antes de volver la atención a Lexley—. ¿Es de tu gusto la habitación?

El curtido marinero lo miró sorprendido.

—¿De mi gusto? Jamás en la vida había visto unos aposentos tan lujosos.

—Estupendo. ¿Entonces no te importará seguir ahí un tiempo más?

Lexley tragó saliva.

—No, señor.

Slayde se levantó.

—Te dejo con Courtney para que os pongáis al día en todo. Yo tengo que ir a hablar con Siebert. ¿Aurora? —dijo, haciéndole un gesto para que lo acompañara.

Aurora puso la cara larga.

—A no ser que usted se oponga, milord —terció Lexley—, sería un honor para mí si lady Aurora quisiera quedarse. Ha esperado esta reunión casi con tanta impaciencia como yo.

Slayde esbozó una sonrisa.

—Muy bien —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Volveré dentro de un momento, con Oridge. Él querrá conocerte y hablar contigo.

Courtney le apretó el brazo a Lexley.

—Vuelvo enseguida. —Corrió detrás de Slayde y le dio alcance en el corredor—. ¿Slayde?

Él se detuvo, mirándola tiernamente.

Sin la menor vacilación, ella se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello, le acercó la cara y lo besó concienzudamente.

—Acabo de enamorarme de ti otra vez —le susurró.

Sonriendo radiante echó a correr de vuelta a la sala de estar.

Slayde se la quedó mirando un momento, con una miríada de emociones reflejadas en su cara. Después reanudó la marcha hacia el vestíbulo, al mismo paso, por el mismo corredor, como incontables veces antes.

Pero esta vez iba silbando.

Paseándose por el vestíbulo, Slayde asimiló todo lo que le explicó Siebert acerca de la visita de Morland.

—¿No dijo nada más?

—No señor. Simplemente repetía y repetía lo mismo, exigiendo verle

inmediatamente y luego poniéndolo como un trazo, acusándolo de haber arruinado su vida, de haberle vuelto a robar, destruyendo así su futuro. Apestaba a licor, tan borracho que apenas lograba sostenerse en pie.

—Está claro que vio la carta y las notas publicadas por el *Times* —comentó Oridge, limitándose a decir lo que ya era de conocimiento público.

—Eso mismo creo yo, señor —dijo Siebert—. Es evidente que el duque cree que el que lord Pembourne haya entregado el diamante a cambio de la vida de lady Aurora equivalió a volvérselo a robar a los Bencroft.

Slayde se detuvo y miró a Oridge, confirmando que éste estaba pensando lo mismo que él. La opinión de Siebert tendría muchísima lógica si Morland no fuera la persona que tenía el diamante en su poder.

Pero si su teoría era correcta y Morland era el criminal que buscaban, su furia sólo podía estar causada por la comprensión de que la publicación de la carta y las notas frustraría sus intentos de hacer llegar la piedra a su destino y cosechar los beneficios.

¿Qué sentido tenía entonces la diatriba del día anterior? Era desconcertante.

Oridge lo había preparado para la furia de Morland, pero la furia que los dos esperaban era del tipo que incita al asesinato, no a una rabieta pueril. Al fin y el cabo, supuestamente él había matado a Armon y, sólo hacía unos días, había intentado matar a Courtney de un disparo a sangre fría.

Eso dio pie a otro pensamiento. Si Morland fue la persona que los siguió hasta Somerset, sabiendo que iban de camino a Londres, ¿con qué fin ir a su casa a descargar su furia en él cuando sabía condenadamente bien que él no estaba allí?

¿Sería todo un ardid para desviar las sospechas de él?

¿Era lo bastante inteligente para idear un plan tan complejo?

Si estaba sobrio, tal vez.

Pero ¿si estaba tan borracho como decía Siebert? Jamás.

—¿Estás seguro de que estaba borracho? ¿No estaría fingiendo?

Siebert arqueó las cejas.

—A menos que sea el mejor actor de toda Inglaterra, no fingía. El hedor del licor le salía con el aliento, no de su persona, como habría sido si se hubiera puesto licor en la ropa, para hacerlo creer. Además, tenía los ojos vidriosos, la lengua estropajosa y el equilibrio muy precario. No, señor, no hay la más mínima duda, el duque estaba total y absolutamente borracho.

—Comprendo.

Slayde frunció el entrecejo. Siebert no era dado a exagerar. Y si Bencroft

estaba borracho perdido, como decía el mayordomo, no estaría lo bastante despabilado para idear nada.

A no ser, claro, que Siebert estuviera mintiendo.

La sola idea le heló la sangre. Detrás de eso vino un estremecimiento de disgusto consigo mismo y una violenta negación. No, de ninguna manera. Oridge podía insistir en la prudencia todo lo que quisiera, pero había ciertos miembros de su personal de cuya lealtad se negaba a dudar. Siebert era uno. Estaba con los Huntley desde antes de que él naciera, casi cuarenta años, cuidando y vigilando Pembourne con inagotables orgullo, disciplina y principios, no demostrando otra cosa que honradez, sinceridad y dedicación.

Si Siebert decía que Morland estaba borracho, pues estaba borracho. Mascullando una maldición, reanudó su paseo por el vestíbulo.

—Ah, y otra cosa, señor —añadió Siebert, sin percibir su torbellino interior—. El señor Rayburn estuvo en Pembourne también. Siguió al duque desde Morland.

—¡Claro, Rayburn! —exclamó Slayde—. Lo había olvidado completamente. ¿Se mantuvo escondido? ¿O Morland se dio cuenta de su presencia?

—El duque no se daba cuenta de nada —dijo Siebert, sorbiendo por la nariz—. Aparte de eso, estaba en la puerta, y durante toda su parrafada le daba la espalda al terreno y al señor Rayburn. Yo vi a Rayburn porque él quiso que lo viera. Me hizo un gesto desde su escondite tras los arbustos para que yo supiera de su presencia, por si necesitaba su ayuda. No hace falta decir que no la necesité. Dado el penoso estado físico del duque, pude acompañarlo hasta su coche a los pocos minutos y sin la ayuda de ningún lacayo.

—Tengo que ir a Morland —dijo Slayde, más ceñudo aún—. No sólo para encontrarme con Rayburn sino también para oír personalmente lo que tenga que decir Bencroft. Pero no puedo dejar a Courtney sin vigilancia.

Siebert lo miró interrogante.

—¿Señor? ¿Está en peligro la señorita Johnston?

—Siebert —contestó Slayde, consciente de la mirada de advertencia de Oridge—, tú mejor que nadie conoces mi desprecio por Lawrence Bencroft. No me fiaba del cabrón cuando vivía encerrado en su fortaleza. Ahora ha venido a mi casa, provocado sin duda por lo que leyó en el *Times*, y borracho por añadidura. ¿Y si vuelve y arma otra escena? ¿O, peor aún, se vuelve violento? No sé de qué es capaz, y tampoco tú. No quiero correr ese riesgo con la seguridad de Aurora ni con la de Courtney. —Miró hacia Oridge—. Si más tarde me ausento unas cuantas horas, ¿usted me relevaría en la vigilancia?

—Por supuesto, milord. Aprovecharé ese tiempo para hablar con Lexley, ya que estoy seguro de que la señorita Johnston estará pegada a su lado.

—Sí, seguro. Por cierto, gracias por haberlo traído aquí. No podría imaginarse lo que ha significado para ella verlo. Sobre todo habiendo perdido a su padre. — Dicho eso, volvió la mirada hacia Siebert—. ¿Estás seguro de que no hemos recibido ninguna respuesta a mis cartas?

—Ninguna, señor. Pero es pronto. Las envié sólo hace una semana.

—¿Qué cartas? —preguntó Oridge.

Slayde lo miró ceñudo.

—Envié cartas a numerosos curas de la costa de Devonshire. Simplemente por si alguno de sus parroquianos hubiera encontrado a Arthur Johnston, o su cadáver.

Oridge pestañeó sorprendido.

—¿Encontrado? Creí oírle decir que estaba atado y con un peso en la pierna cuando lo arrojaron por la borda.

—Lo dije.

—¿Entonces cómo podría estar en otra parte que no sea el fondo del Canal?

—No podría. A menos que no estuviera atado ni con ese peso.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco..., todavía. —Se pasó la mano por el pelo, mirando hacia la sala de estar—. Pero se lo diré tan pronto como lo entienda. Mientras tanto, Siebert, tenme informado. Oridge, tendremos nuestra reunión dentro de una hora. Inmediatamente después saldré para ver a Morland. Por ahora, iré a reunirme con Courtney.

Slayde se alejó, sintiéndose perforado por la pasmada mirada de Oridge. Hasta ese momento, el investigador no lo había visto nunca comportarse de una manera tan irracional. Demonios, nunca se había comportado así.

Pero tratándose de Courtney, la racionalidad dejaba de existir.

Antes de salir quería encontrarse con Lexley a solas. Entonces tendría algunas respuestas.

Cuando entró en la sala, Courtney levantó la vista, su hermosa cara iluminada por una felicidad que le evaporó la pesadumbre, bañándolo en luz de sol.

—Slayde, justamente estábamos hablando de ti.

—Vaya, eso lo encuentro ominoso —bromeó él, yendo al aparador a servirse una copa de coñac—. Lexley, ¿te apetece una copa? Me parece que yo voy a necesitar una, si me están difamando cruelmente.

—No, gracias, milord.

Al decir eso, Lexley se inclinó un poco, sus movimientos algo más rígidos que media hora antes, observó Slayde. También estaba más pálido, lo que indicaba que el sufrimiento y agotamiento nervioso de esas semanas pasadas se habían cobrado más de él que lo que quería reconocer.

—Le aseguro que no he oído otra cosa que alabanzas y elogios a usted — continuó Lexley—. Por lo que dice Courtney, es usted todo un héroe.

Slayde sintió esa extraña opresión en el pecho. «Por el contrario», se dijo en voz baja, contemplando su copa, «si alguien es un héroe y salvador, es Courtney.» Cohibido, se aclaró la garganta y miró la expresión conmovida pero cansada de Lexley.

—He hablado con el señor Oridge. Los dos estamos de acuerdo en que debes descansar unas cuantas horas. Después podréis hablar.

—Gracias, milord.

—Slayde. —Courtney se levantó, se le acercó y le dijo en voz muy baja—: Antes de que Lexley se retire a su habitación, agradecería si pudiéramos darle nuestra noticia. —Se mojó los labios—. O sea, quiero que Aurora sea la primera en saberlo, pero no estando mi padre... y puesto que Lexley siempre fue tan buen amigo de él... —se le cortó la voz.

Slayde dejó la copa en el aparador y le levantó el mentón para que lo mirara a los ojos.

—¿Eso te haría feliz?

—Sí.

—Eso es todo lo que necesitaba oír.

Fue a cerrar la puerta de la sala y le cogió la mano a Courtney. Al instante Aurora levantó la cabeza.

—¿Vamos a oír esa maravillosa noticia vuestra? ¿Ésa que yo no quise escuchar porque estaba tan impaciente por hablar de la llegada de Lexley a casa?

Slayde asintió.

—Sí, pero dada la magnitud de la sorpresa que nos tenías, te perdonamos el habernos hecho retrasar el anuncio.

—¿Anuncio? —Aurora se levantó de un salto—. ¿Es lo que yo creo? ¿Es lo que espero? ¿Lo que he rogado que sea?

Resonó la risa en el pecho de Slayde.

—Supongo que podría ser. —Miró a Lexley—. Veo que estás muy agotado, pero Courtney quería que antes de que subieras a descansar, fueras el primero en saberlo, junto con Aurora. Y yo estoy muy de acuerdo. —Miró la pequeña

mano de Courtney en la suya, agradeciendo a las estrellas el haberle enseñado que los milagros sí ocurren, por bendecirlo introduciendo en su vida ese extraordinario milagro—. Courtney ha aceptado concederme el mayor regalo que podría haber pedido jamás, su mano en matrimonio.

—¡Lo sabía! —gritó Aurora y volando por la sala fue a coger en sus brazos a Courtney y le dio un feroz abrazo—. Courtney, lo supe en el instante en que nos conocimos. Si alguien podía abrir ese tozudo corazón de Slayde, eras tú. Qué feliz estoy por ti, qué feliz... por los dos. —Se apartó, con los ojos brillantes—. Piénsalo, vamos a ser hermanas, cómplices de por vida.

—Dios nos ampare —masculló Slayde.

Poniéndose seria, Aurora se volvió hacia él, hizo ademán de acercarse a abrazarlo y titubeó, incómoda, indecisa.

—No hace falta que te diga la suerte que tienes —le dijo—. No sabes cuánto agradezco que encontraras a Courtney antes de que fuera demasiado tarde..., no sólo por ella, sino por ti. Por fin puedes decir adiós a ese hombre solitario.

—Lo mismo digo. —Movido por un instinto nuevo, desconocido, Slayde le apretó el hombro y se inclinó a rozarle la frente con los labios—. ¿Sabes que eres muy perspicaz para ser una niña? Pero claro, ya no eres una niña, ¿verdad?

Un relámpago de comprensión brilló en los ojos de Aurora.

—Pues no.

—Trataré de recordarlo.

—Yo te lo recordaré si lo olvidas.

—No me cabe duda —sonrió él, consciente de la radiante sonrisa de Courtney, sintiéndola por todo él, dándole otro impulso más a su pasmosa metamorfosis. Mientras tanto Lexley había logrado ponerse de pie e iba caminando hacia ellos, sonriendo de oreja a oreja.

—Matrimonio. Maravilloso. —Le cogió las manos a Courtney—. Tu padre estaría muy orgulloso, muy feliz. Más que cualquier otra cosa, deseaba que encontraras el tipo de amor que él compartió con tu madre. Bueno, lo has encontrado, eso está claro. Hasta un viejo como yo sabe ver la felicidad en tu cara.

—No eres viejo —protestó Courtney, con la voz trémula—. Además, espero que recuperes todas tus fuerzas, hasta la última gota. Te necesito para que me acompañes por el pasillo a abrazar mi futuro. Mi padre lo habría querido así. Yo también.

Lexley, emocionado, dejó salir las lágrimas a los ojos, sin ninguna vergüenza.

—Será un honor para mí. —Miró a Slayde—. Es usted un hombre bueno. Cuide de ella.

—Tienes mi palabra.

—¿Cuándo? —preguntó Aurora—. ¿Cuándo será ese maravilloso día?

—He hecho los trámites para obtener una licencia especial —contestó Slayde—. Por lo que a mí respecta, podemos hacer las promesas el mismo día que llegue. Pero eso depende de Courtney. Quiero que esta boda sea todo lo que ella ha soñado. —Se le curvaron los labios—. Lo cual significa probablemente que querrá planearla contigo. Por escrito, con una copia enviada al *Times*.

Aurora agrandó los ojos.

—¿Lo sabe? —preguntó a Courtney.

—Lo sabe, yo se lo dije.

—Ay, Señor.

—Tenemos mucho que hablar —le aseguró Slayde, intercambiando una mirada con Courtney—. Pero primero voy a acompañar a Lexley a su habitación.

—No es necesario, milord —protestó el marinero—. Sabré encontrar mi camino.

—Incluso yo me pierdo en Pembourne, y eso que es mi casa. Así que nada de discutir. Oí claramente a mi prometida ordenarte que descansaras para recuperar tus fuerzas.

—No puedo discutir eso —sonrió Lexley.

—No —dijo Slayde abriendo la puerta—. Volveré enseguida —dijo a Courtney, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Vosotras me esperáis aquí.

Ella asintió, comprendiendo.

—Aquí esperaremos.

Diez minutos después, Slayde estaba cerca de la cama de Lexley observándolo mientras se acostaba. El pobre hombre se veía absolutamente exhausto, no en condiciones para conversar. Por desgracia, las preguntas que le martilleaban en el cerebro desde hacía una semana no se podían silenciar.

—Lexley... —Fue a comprobar que la puerta estuviera bien cerrada y comenzó —: Tenía otro motivo para aprovechar esta oportunidad de hablar contigo a solas. Perdona que abuse de tus fuerzas, pero hay algo que debo saber.

El curtido marinero lo miró sorprendido y se incorporó un poco, reclinándose en los almohadones.

—Por supuesto, milord. ¿Qué desea saber?

Slayde se cogió las manos a la espalda, comprendiendo que estaba agarrándose a un clavo ardiendo y no le importaba.

—En primer lugar quiero tu palabra de que esta conversación va a quedar entre nosotros. Courtney ya ha sufrido mucho, demasiado. No quiero que nada la haga sufrir.

Lexley lo miró absolutamente perplejo.

—No, claro, yo jamás haría nada que la hiciera sufrir.

—Su padre le dio un reloj, uno que tiene en la esfera un barco y un faro, que se mueven.

Lexley suspiró, apenado.

—Sí. La esposa del capitán Johnston se lo dio como regalo de bodas. Él quería que Courtney lo tuviera después de que él... cuando...

—El reloj se paró en el preciso momento en que Arthur Johnston cayó por la borda. Después ha avanzado varias veces, lo que ha producido muchísima ansiedad a Courtney, y le ha causado dudas, planteado preguntas. Además, ha tenido repetidos sueños en los que su padre está vivo, la llama, la necesita. Llegó a tal punto su angustia que acepté llevarla al lugar donde cayó su padre. Fue una experiencia horrible para ella, revivirlo todo, sufrirlo todo por segunda vez. No volveré a someterla a ese tipo de sufrimiento nunca más. A no ser que tuviera una muy buena causa. Mi pregunta es, ¿existe esa causa?

—Dios mío. —Lexley tenía la cara pálida como un papel, y le brotaban gotas de sudor en la frente—. Courtney ha soñado... —la aflicción le impidió hablar un momento—. Yo sabía que fueron al lugar donde atacaron al *Isobel*. Lady Aurora me lo explicó todo, pero dijo que no encontraron nada. Se lo pregunté muchas veces. Me decía que buscaron, pero en vano. ¿No es cierto eso?

—Es cierto. —A Slayde se le había acelerado el corazón ante la intensidad de la reacción de Lexley—. La corriente era muy fuerte, las aguas estaban revueltas. Sería muy difícil que alguien sobreviviera.

—Lo sé. Pero, santo Dios, cómo recé.

Ante esa declaración Slayde casi pegó un salto y, olvidando todo intento de conservar la serenidad, en dos largos pasos llegó hasta la cama y se afirmó del poste.

—¿Tenías algún motivo para rezar? No me refiero a motivos sin fundamentos, quiero decir motivos bien fundados.

—En el momento, pensé que lo eran —musitó Lexley, con la voz temblorosa—. Tal vez sólo fue una idea ilusoria. Pero fue lo único que pude hacer para

intentar salvarlo. Dios me ampare, no fue suficiente.

Slayde inspiró fuerte y le hizo la pregunta esencial que lo roía desde hacía una semana.

—Antes de que Armon te obligara a arrojar a Arthur por la borda, ¿conseguiste soltarle la mordaza? ¿Las ataduras? ¿Encontraste la manera de favorecer sus posibilidades de sobrevivir?

Lexley lo miró sorprendido.

—¿Cómo lo supo?

—Dios mío, entonces es cierto. —Slayde sintió correr por la sangre esperanza y triunfo unidos—. Lo supe, o mejor dicho, lo sospeché, porque entre los recuerdos de Courtney está el grito de su padre al caer por la borda. Ningún hombre amordazado puede gritar tan fuerte que lo oigan en las cabinas, debajo de la cubierta.

—Le solté la mordaza justo antes de que llegáramos a la baranda. Armon estaba a unas cuatro o cinco yardas. Yo le daba la espalda mientras movía al capitán hacia un lado, de tal manera que Armon no podía ver lo que estaba haciendo. Logré sacar mi cuchillo del bolsillo y le corté las cuerdas que le ataban las muñecas y la que le ataba el saco de grano al muslo. El final de la cuerda se la puse en la mano, y él la sostuvo baja, pegada al costado, para que a Armon le pareciera que seguía atada a su pierna. El canalla sólo alcanzó a verlo un instante, porque una fracción de segundo después lo arrojé por la borda. Sabía que sus posibilidades eran escasas. Él tenía que soltarse las ataduras de los tobillos, no me atreví a tomarme ese tiempo extra por miedo a que Armon se diera cuenta, y luego tenía que batallar con la parte brava del Canal. Pero era un nadador increíblemente fuerte, con la corriente a su favor, así que esperaba y rogaba que lograra llegar a la orilla. Parece que mis oraciones fueron en vano.

—¿Has dicho que la corriente iba a su favor? No lo entiendo. Courtney y yo navegamos por esas aguas. La corriente estaba muy fuerte, potente como un demonio, pero casi nos arrastraba mar adentro.

—Siempre son violentas esas corrientes, hacen casi imposible navegar. Pero a veces cambian de dirección y van hacia tierra. Eso ocurrió el día que el capitán Johnston cayó por la borda.

—Cuando estuvimos en esa parte, Courtney dijo que ese horroroso día le pareció que la corriente iba en sentido opuesto a lo que estábamos viendo, pero luego supuso que se había equivocado.

—Probablemente no sabe que la corriente a veces invierte la dirección.

Courtney no era lo que uno llamaría una marinera entusiasta, milord. Rara vez pasaba un rato largo en cubierta, sólo estaba el tiempo suficiente para enterarse de la ruta, no de las dificultades más complicadas con que nos encontrábamos.

Slayde apretó con tanta fuerza el poste de la cama que se le pusieron blancos los nudillos.

—¿Quieres decir, entonces, que ese día las aguas se movían en sentido opuesto?

Lexley asintió.

Slayde entrecerró los ojos.

—Entonces podría estar vivo. Es muy posible que el padre de Courtney esté vivo.

—No, milord —dijo Lexley, negando enérgicamente con la cabeza—. Si yo creyera eso estaría recorriendo aunque fuera a rastras la costa de Cornualles buscándolo. Pero no lo creo. Porque si el capitán Johnston estuviera vivo, habría encontrado la manera de llegar hasta Courtney.

—No si estuviera herido. O enfermo. O incluso inconsciente. Demonios, después de una lucha tan desesperada con el mar, podría estar cualquiera de esas cosas.

—Pero si lo hubieran encontrado, ¿no habrían informado de su rescate?

—¿Informado dónde? ¿A quién? Si Johnston hubiera estado lúcido habría comprendido que debieron destruir el *Isobel*. En cuanto a Courtney, la última vez que la vio la tenían prisionera. Sin duda creyó lo peor. Y eso suponiendo que estuviera lúcido. ¿Y si no lo estaba? ¿Y si no era capaz de identificarse? ¿Cómo podían saber los que lo rescataron adónde llevarlo o con quién contactar?

—Milord... —Lexley tenía las manos apretadas en puños, rechazando la esperanza de algo que creía prácticamente imposible—. Deseo creer eso tanto como usted. Pero si no se ha informado nada, ¿no es más probable que el capitán se haya ahogado?

Slayde negó con la cabeza.

—No lo creo. La corriente era tan fuerte que no podría haberse hundido sin el peso de ese saco de grano. Tiene que haberlo llevado a la orilla. Y si ya estaba muerto cuando ocurrió eso, a mí se me habría comunicado. Verás, les envié mensajes a todos los párrocos de la costa cuyos nombres logré encontrar. Si hubieran encontrado un hombre ahogado arrastrado a la orilla, lo habrían notificado a alguno de esos párrocos, y él me habría notificado a mí.

Brilló la esperanza en los ojos de Lexley.

—Eso tiene lógica. —Se sentó, olvidado su agotamiento—. ¿Podría ser posible eso? ¿De verdad cree que el capitán Johnston está... podría estar vivo?

Un mes atrás, la respuesta de Slayde habría sido un rotundo no.

Pero ¿en ese momento?

Solemnemente pensó en los sueños de Courtney, en los periódicos avances del reloj, en la intensidad de la fe de ella, una fe golpeada por corrientes de apariencia engañosa, pero tan convincentes que era imposible ignorarlas.

«Alguien que mira pero no ve.» «Pero ahora ve...»

Asintió confiadamente.

—¿Que si creo que Johnston podría estar vivo? —repitió, la respuesta tan nítida como la visión que ya poseía—. Sí. Y sé exactamente adónde ir para encontrarlo.



Capítulo 16

Aurora ahogó una exclamación y palideció al mirar el plano con el plano que le pasó Slayde.

—¿Esto lo hizo alguien de la casa? —Se dejó caer en un sillón—. Quien sea el que dibujó este plano le ayudó a Armon no sólo en la extorsión y el robo sino también en los asesinatos. Mataron a nuestros padres.

—Y lo pagarán —dijo Courtney poniéndole una consoladora mano en el hombro—. Sus crímenes no quedarán impunes.

—Ni sus intentos de asesinato —añadió Slayde amargamente. Al ver la expresión interrogante de Aurora, explicó, con la cara tensa al revivir la ira que sintió —: Está claro que quienquiera que organizó este plan cree que Courtney es una amenaza. Cuando íbamos viajando a Londres la semana pasada, paramos en Somerset para pasar la noche. En el momento en que Courtney bajó del coche, apareció un jinete enmascarado, como salido de ninguna parte, y le disparó. Pero por la gracia de Dios...

—¡Oh, Courtney! —exclamó Aurora, cogiéndole la mano a su amiga, como para asegurarse de que estaba ilesa—. Gracias al cielo que erró el tiro.

—No fue por mala puntería que no me dio —explicó Courtney—. Si no hubiera sido por Slayde... —se estremeció al recordarlo—. Tu hermano me

salvó la vida, otra vez. Me arrojó al suelo justo a tiempo.

—Tuvo que ser Morland —dijo Aurora, volviéndose a levantar—. Tus amenazas lo aterraron. No tenía idea de que todo era un invento. Debí seguirnos hasta aquí y luego a vosotros hasta Somerset, y allí intentó silenciarte.

—Exactamente mi teoría —convino Slayde. Por tercera vez en un cuarto de hora miró hacia la puerta, que estaba muy bien cerrada—. No subamos la voz. Como no para de recordarnos Oridge, no sabemos quién dibujó este plano. Mientras no lo sepamos, nadie debe enterarse de nuestras conversaciones.

—Tenemos que descubrir al traidor que hay en Pembourne —susurró enérgicamente Aurora, con expresión asesina—. Entonces él nos llevará a Morland.

—Durante todo el trayecto a casa intentamos idear un plan para descubrirlo —explicó Courtney moviendo la mano en un amplio gesto—. No se nos ocurrió nada. Eso tiene que cambiar inmediatamente.

—Sin ninguna duda —convino Aurora—. Vamos a idear un plan ahora mismo. A pesar de la gravedad de la situación, por la cara de Slayde pasó una sonrisa.

—Las dos no sólo sois temerarias y ocurrentes sino también impacientes y obstinadas. Me estremece pensar cómo será mi vida con vosotras dos.

—Slayde —dijo Aurora, sin sonreír—, ¿hay alguna otra cosa que no me hayas dicho?

A Slayde se le desvaneció la sonrisa y miró a Courtney, que le hizo un gesto de aliento.

—Sólo una cosa más —dijo en voz baja—. Una verdad que te oculté desde el comienzo, no porque no me fiara de ti, Aurora, sino porque estaba desesperado por protegerte. —Suspiró resignado—. Sin embargo, como finalmente Courtney ha logrado convencerme, tienes derecho a saberlo.

—¿Saber qué?

—El diamante negro, el que le di a Armon, era una falsificación. Le pagué a un joyero para que lo hiciera. Jamás en mi vida he visto ni siquiera un atisbo del verdadero diamante. Pero me aterraba que tus secuestradores te mataran si no les entregaba algo. Así que hice eso.

Aurora hizo una brusca inspiración.

—¿Por qué me ocultaste algo de esa magnitud?

—Porque tú crees en esa ridícula y monstruosa maldición. Esperaba que mi engaño te diera paz. Y resulta que ahora esa paz ha sido destrozada por otras cosas.

Aurora agitó la cabeza, asimilando las consecuencias de esa revelación.

—Comprendo —dijo al fin—. En este momento mis sentimientos respecto al diamante negro, a su maldición sobre los Huntley, e incluso mi reacción a que me hayas engañado, son secundarios. Más importante que eso es que, a juzgar por lo que acabas de contarme, está claro que Morland todavía tiene la piedra. Si hubiera tratado de venderla o de enviarla a Rusia a sus legítimos dueños, alguien habría descubierto que es una falsificación. Además, eso explica por qué lo perturbaron tanto las cartas que publicamos en el *Times*. Seguro que le frustramos cualquier plan que haya tenido.

—Totalmente de acuerdo —repuso Slayde—. Es hora de averiguar los planes de Lawrence Bencroft y cómo está de la cabeza. De ahí que vaya a devolverle la visita hoy. Quiero averiguar a qué exactamente vino a Pembourne, si su borrachera sólo fue un incidente aislado o significa que ha vuelto al estado permanente de ebriedad de todos estos años pasados, y en qué ha andado. Después de visitarlo voy a buscar a Rayburn, para oír de sus labios si Morland salió de su propiedad la noche en que atacaron a Courtney.

—¿Y después? —preguntó Aurora.

—Después veremos si tenemos hechos suficientes para acusarlo nosotros solos o si necesitaremos la ayuda de su cómplice en Pembourne. —Sacó su reloj y miró la hora—. Y hablando de eso, dentro de veinte minutos tenemos que estar en mi despacho para una reunión con Oridge. Él querrá esa lista con los nombres y datos de todos los criados que han estado con nosotros por lo menos diez años.

—Yo te ayudaré a hacerla —se ofreció Aurora al instante.

—Estupendo, entonces estará hecha cuando él la quiera. Después de que reflexionemos sobre las posibilidades, iré a Morland. Ah, por cierto, si vosotras os impacientáis demasiado durante mi ausencia y decidís tomar el asunto en vuestras manos, no lo hagáis. Oridge tiene la orden de pegarse a vosotras como una segunda piel hasta mi regreso. ¿Ninguna de las dos tiene una objeción a eso, supongo?

Aurora arqueó una ceja.

—¿Y si la tuviéramos?

—Entonces os recordaría que si bien estoy recién aprendiendo a necesitar y amar, hace mucho tiempo que domino el arte de proteger a mis seres queridos.

—Apretó la mandíbula—. No me pongas a prueba, Aurora. No ganarás.

—Slayde —terció Courtney, haciéndole un breve gesto negativo a Aurora—, no saldremos de la casa ni haremos nada estúpido. Pero eso no nos impide

reunimos en una habitación a puerta cerrada a intentar idear un plan para desenmascarar al traidor que vive en Pembourne. No nos negarías eso, ¿verdad?

Él hizo una lenta inspiración.

—No, supongo que no. Ni vosotras me haríais caso si lo hiciera. A Courtney le brillaron los ojos.

—Muy cierto eso. Por otro lado, el señor Oridge tendrá muchísimo más fácil su trabajo si pasamos la tarde encerradas en una habitación. Piénsalo, en lugar de andar corriendo por los campos, pidiendo ayuda a Cutterton, sólo tendrá que apostarse fuera de una sola puerta a montar guardia hasta que tú vuelvas. Incluso nos puede avisar si, por algún motivo, elevamos tanto la voz que se nos oiga desde fuera, y tengamos que bajarla. —Lo obsequió con una sonrisa beatífica—. Vamos, ¿no lo encuentras sensato?

Slayde la miró receloso.

—Por desgracia, sí. —Calló un momento, pensativo—. No sé por qué, pero siempre te las arreglas para cambiar mi opinión para que esté de acuerdo contigo, aun cuando yo tenga toda la intención de mantenerme firme.

—Sí, ¿verdad?

Él la miró ceñudo.

—Con los desafíos de Aurora sé arreglármelas, y combatirlos, pero tu... tu...

—¿Persuasiva? ¿Lógica? ¿Sabiduría? —Se levantó y fue a ponerle una palma en la mandíbula—. O tal vez sólo es una capacidad que nace de amar a alguien como te amo a ti.

Slayde tragó saliva, sus ojos oscurecidos por la emoción.

—Tal vez. —Movi6 los labios para besarle la palma—. En ese caso, aprenderé a vivir con eso.

El faro estaba silencioso cuando llegó Slayde dos horas después. Cohibido, golpeó, pensando si Scollard estaría allí por las tardes y si acogería bien su visita si estaba.

—Ah, lord Pembourne, ha llegado. Excelente.

Slayde se giró de un salto y se quedó mirando al anciano que acababa de llegar detrás de él.

—Perdone. ¿Lo he sobresaltado? —Lo saludó con una ligera venia—. Podría haber entrado a esperarme en la sala de estar. Estaba examinando el terreno de arriba del camino, bien apartado de la orilla azotada por el oleaje. Excelente

lugar para una casa. —Pasó junto a Slayde y abrió la puerta—. Pase.
Slayde entró, sintiéndose tan desequilibrado como si lo hubieran golpeado.

—¿Me esperaba?

—Pues claro. —Scollard se rascó el mentón, pensativo—. Había una cosa que quería hacer... ¿qué era? —Se encogió de hombros, exasperado—. No importa, ya me acordaré. Mientras tanto, prepararé el té. Usted no tiene mucho tiempo y tenemos que hablar de muchas cosas. Por cierto, me alegra que dejara a Oridge vigilando a las damas. Estará situado fuera de la puerta de la habitación de Rory, y allí podrá revisar esa lista y estar atento a su entorno por si ve algún comportamiento sospechoso. Incluso encontrará uno o dos minutos para charlar con Lexley. — Frunció el ceño—. Es por Courtney que estoy preocupado, pero por esta sola tarde estará segura, y después de hoy usted no la dejará sola... ¡ah! —exclamó, y se le iluminaron los ojos—. Eso era lo que quería hacer, felicitarlo. Es usted un hombre afortunado. Pero claro, Courtney es igualmente afortunada. Dos mitades de lo que pronto será un todo mucho mayor. Estoy encantado. No veo la hora de ver qué novia más bonita va a ser. —Miró a Slayde, curioso—. Iré a preparar ese té. Va a necesitar como mínimo dos tazas. Lleva tanto rato con la boca abierta que la debe de tener muy reseca. Slayde cerró la boca.

—Esto... ¿cómo sabe...? No importa. —Fue a sentarse en un sillón—. Le ruego que me disculpe. Todo esto es muy nuevo para mí.

—No hay por qué pedir disculpas. Incluso Rory, que sabe de mis visiones desde hace años y que es mucho más receptiva que usted a lo intangible, de tanto en tanto tiene dificultad para aceptar lo que sin duda existe. En cuanto a que esto es muy nuevo para usted, eso lo sé muy bien, y me siento tan feliz como orgulloso por su transformación. Hubo un tiempo por ahí en que temí posible que nunca encontrara su camino.

—¿Que encontrara mi camino? —preguntó Slayde, sonriendo levemente—. ¿O que viera con la suficiente claridad para distinguirlo?

—Las dos cosas. Se había alejado tanto que no podía darse cuenta de que estaba extraviado, y mucho menos era capaz de distinguir su camino a casa. Slayde hizo una honda inspiración.

—¿Cuántas veces nos hemos encontrado? ¿Dos, tres veces? ¿Y tal vez visto el uno al otro desde lejos unas cuantas veces más? ¿Cómo es que me conoce tan bien? ¿O ésa es una de las preguntas que Courtney asegura que no quiere contestar?

El señor Scollard exhaló un largo suspiro.

—¿No quiero? Tal vez «no puedo» sería más acertado. Ningún don viene sin su precio. El mío es que no puedo ver a voluntad, ni bloquear lo que preferiría no ver. —Su penetrante mirada se encontró con la de Slayde—. He rogado con todo mi corazón prever su solución, pero sólo veo trochos.

—Cogeré esos trochos encantado. Lo que sea que pueda ofrecerme.

—Pues sea. El té.

El señor Scollard desapareció y a los pocos minutos volvió con una tetera y dos tazas.

—Rory dice que a usted no le gusta mucho el té, así que le he puesto un poco de coñac. Pensé hacer lo mismo con el de Courtney, pero se habría emborrachado o quedado dormida con una sola taza, así que me refrené.

Riendo Slayde cogió la taza que le ofrecía.

—Tiene razón.

El señor Scollard se sentó al frente y sólo esperó a que Slayde hubiera bebido unos cuantos tragos.

—Pregunte —le dijo simplemente—. Le daré todo lo que pueda.

Slayde bajó la taza y fue directo al grano.

—¿Está vivo el padre de Courtney?

—Ah, ella me hizo esa misma pregunta. Me preguntó si su padre se había ido. Le dije que se había ido de sus ojos y de sus oídos pero no de su mente ni de su corazón.

—Eso sólo significa que está en otra parte, no que haya muerto.

Un brillo de triunfo iluminó los ojos de Scollard.

—Bien por usted. Courtney no logra entender eso, todavía. Y si bien es cierto que Lexley le reveló su heroico acto, fue usted el que se lo preguntó.

—¿Por qué no le dijo a Courtney lo que hizo Lexley?

—Yo no lo sabía. Tal vez porque Courtney no estaba preparada para saberlo. Le dije todo lo que logré captar, le expliqué que hay ciertos lazos que se pueden romper, otros que no se pueden romper, y que de ella dependía ver la diferencia.

—Conociendo a Courtney, supongo que supuso que usted se refería a lazos espirituales.

—Sí que conoce bien a su novia —sonrió Scollard—. En todo caso, le aclaré el punto lo mejor que pude, asegurándole que si los recuerdos no se pueden silenciar, no se pueden romper los lazos espirituales, mientras que los lazos físicos sí. Pero ese sí condicional era el dilema de Courtney. No podía recordar lo que no sabía. Saber lo de las corrientes del Canal se lo impedía su

perpetuo mareo. Por lo tanto, su fe estaba astillada.

—Una fe que fue perpetuada por sueños y un reloj estropeado que andaba a voluntad.

—Ah, el reloj. Extraordinario tesoro. Un barco impedido, un faro que lo llama. Como un hombre enfermo batallando por sanar, y la pacífica calita que lo alberga. Sí, la madre de Courtney le hizo a su marido el regalo de bodas perfecto. Como el que usted le hará a su esposa. —Pareció que sus ojos miraban muy lejos—. Exactamente el regalo por el que ella ha rogado, en realidad.

—Por lo que ella ha rogado es por su padre —contestó Slayde, vehemente—, que esté a salvo. Si yo puedo darle el regalo perfecto, ese regalo sería su padre. Eso es lo único que ha pedido. Eso y un cachorro que la necesite... — se interrumpió al entender las palabras de Scollard—: «Como un hombre enfermo batallando por sanar, y la pacífica calita que lo alberga». ¿Ese hombre es el padre de Courtney?

—Dos semanas atrás esa percepción lo habría eludido. Es pasmoso cómo la sabiduría nace de la fe. Como el amor y la necesidad, la fe es una entidad intangible, sin embargo mucho más fuerte que lo que puede ver el ojo. Ha hecho un largo camino, milord.

—Quiere decir que Arthur Johnston está vivo.

Haciendo un gesto triunfal, el señor Scollard apuró su taza de té.

—Los cumpleaños en junio son muy hermosos, ¿no le parece? —preguntó, dejando la taza en la mesa—. Casi tan hermosos como las bodas en junio. Las dos cosas juntas serían el sueño de una novia, ¿no cree?

—Si esa mujer es Courtney, sí —repuso Slayde, haciendo trabajar la mente a toda velocidad—. ¿Dónde debo buscar? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Tan seguro está de que está vivo?

—Sí, estoy seguro.

El farero cerró los ojos y asintió.

—Sí que está seguro. —Guardó silencio un momento—. Ha buscado en el más fundamental de los lugares, y ha encontrado lo que buscaba. El resto es sencillo porque sólo entraña comenzar con la información que ha adquirido y emplear la lógica. Y la lógica, milord, es su fuerte. —Asintiendo satisfecho, abrió los ojos—. Creo que la paciencia de Courtney está dando sus frutos. Su confusión está dando paso, como le prometí, al esclarecimiento. Mis intuiciones solas no podrían haberle despejado la visión. Pero el otro del que le hablé, él sí puede hacer lo que mi don no puede.

Slayde se cogió las rodillas y se inclinó hacia él.

—¿Él? ¿Soy yo ese «él» de que habla?

—Tal como le dije a Courtney, escuche con su corazón. No le fallará. —De pronto se puso rígido y apretó los labios dejándolos convertidos en una delgada línea—. Peligro. Ronda a Courtney como un predador. Después de hoy no habrá ninguna protección. Eso le corresponde a usted, milord. Sólo usted puede impedir que el peligro la coja.

—¿Cómo? —preguntó Slayde, sintiendo martillear el corazón—. ¿Qué puedo hacer para tenerla segura?

—Debe estar allí para ver. Otro debe hacer la búsqueda. No debe dejar a Courtney en manos que no sean las suyas, después de que haya hecho la visita que ahora el destino le ordena hacer.

Slayde no necesitó preguntarle a qué se refería, ni tampoco necesitó considerar su propia reacción.

—El destino no tiene prioridad sobre Courtney —declaró, levantándose—. Abandonaré mi plan de ir a enfrentar a Morland y volveré directamente a Pembourne.

Scollard negó con la cabeza.

—No. Debe ir. Mientras esté enfrentando al duque, el peligro se mantendrá a raya.

—En otras palabras, Morland no le puede hacer ningún daño si no está allí.

—Ésas son palabras suyas, no mías —dijo Scollard, levantándose también—. Pero usted tiene fantasmas por enterrar. Hágalo. Después vuelva a su casa, a su hermana y a su futura esposa.

—Estaré de vuelta en Pembourne antes de que oscurezca —dijo Slayde, comenzando a pasearse con las manos cogidas a la espalda, empleando la lógica de la que habló Scollard—. Hablaré con Oridge, todos sus colegas son muy respetados. Él me recomendará a uno cualificado para encontrar al padre de Courtney. Eso me permitirá quedarme en Pembourne y al mismo tiempo recuperar el regalo que estoy resuelto a hacerle a mi futura esposa.

—Buen plan.

Slayde frunció el ceño, concentrado.

—¿Una cala ha dicho? ¿No ve nada más?

—Una pacífica calita —enmendó Scollard—. Aparte de eso, sólo percibo una voluntad decidida a continuar entera y un cuerpo batallando por sanar.

—Igual que Courtney cuando la traje a Pembourne —observó Slayde en voz baja—. Y ella ganó. También ganará su padre. Yo me encargaré de eso. —

Apretó las mandíbulas—. Una pacífica calita; no hay muchas de éstas a lo largo de la costa desde Devon a Cornualles. Sí, eso basta para ir a buscar.

—Eres un hombre bueno, Slayde.

El elogio le produjo una opresión en el pecho.

—Courtney me asegura eso mismo. Nunca lo creí, hasta que ella entró en mi vida. —Miró fijamente el suelo—. Ella es una bendición. Su amor por mí es un milagro. Mataré a cualquiera que intente hacerle daño.

—Lo sé.

Slayde tragó saliva.

—A partir de esta noche no la dejaré sola ni un minuto. Llevaré un arma si es necesario.

—Tu verdadera arma ya está en tus manos: tu ingenio. El peligro está dentro, la amenaza es tan sutil que no se puede combatir con una pistola.

—Courtney me contó su profecía, que el peligro está en Pembourne. ¿Quién? —preguntó, apretando los puños—. ¿Puede decirme quién es?

—Sólo percibo una confianza inmerecida y un miedo desgarrador. Y fuera... crueldad y obsesión rondando tu puerta.

—Ése es Morland —dijo Slayde entre dientes.

—Estás seguro.

—¿Usted no?

—Eso no importa. Lo que importa es tu certeza. Debes hacer con tu mente lo que hiciste con tu corazón: limpiarla de las sombras que obstaculizan tu vista. Una vez que hayas hecho eso, verás lo que verdaderamente está ahí, no lo que eliges ver. Creo que, por fin, estás preparado para eso, Slayde.

—No lo entiendo.

—Pronto lo entenderás.

—¡Necesito saberlo, maldita sea! —exclamó Slayde, dando un puñetazo sobre la repisa del hogar—. Dígame, ¿es Morland el que está detrás de todo esto? ¿Él trató de matar a Courtney? Y el traidor que vive en Pembourne, el que dibujó ese plano y ayudó a Armon a matar a mis padres... ¿quién es?

La expresión del señor Scollard se tornó apenada.

—Ojalá lo supiera. Si yo lo supiera, lo sabrías tú también. Pero sólo veo lo que se me ofrece. Nada más.

La angustia que detectó en la voz del farero le hizo sentirse culpable.

—Perdóneme, señor Scollard —se disculpó al instante—. No tenía ningún derecho a atacarlo así, ni a acusarlo de ocultarme algo. Sé lo mucho que quiere a Aurora y Courtney. Lo que pasa es que me siento tremendamente

frustrado.

—Lo comprendo, hay mucho en juego. Más que suficiente para provocar un estallido emocional.

—Es curioso —dijo Slayde riendo sin humor—, nunca había sido dado a esto.

—¿A qué? ¿A las emociones o a los estallidos?

Slayde captó la importancia de la pregunta.

—A ninguna de las dos cosas —respondió, sosteniéndole la mirada—. No sentía nada y expresaba menos aún. Está claro que las dos cosas son consecuencia de enamorarse.

—Pues sí que lo son. Saborea esas consecuencias, Slayde, pero equilíbralas con tu lógica. Reserva lo irracional para las amorosas manos de Courtney; usa la razón donde no existe amor. Ahora vete. Ve a ver al duque. Escucha sus palabras. Habla con Rayburn. Después vuelve a Pembourne. La crueldad acecha inexorable a tu puerta. La solución está en tus manos, como también la vida de Courtney.

—Elinore, de verdad agradezco tu visita —dijo Aurora levantándose—. No sabes cuánto lamento que haya sido tan corta. Espero que no sea yo la causa de que te marches tan pronto. Sé que hoy no he sido una compañía muy agradable.

—No digas tonterías. —Elinore se levantó del sofá semicircular del salón amarillo, pasando los dedos por su collar de perlas y mirando atentamente la expresión inquieta de Aurora—. El motivo de que me marche con tanta prisa es que me esperan en casa de lady Altec dentro de una hora. —Puso en blanco los ojos—. Sin duda otra aburrida sesión de cotilleo. De todos modos, en un momento de debilidad acepté ir. Así que debo ir. —Guardó silencio un momento—. Pero mentiría si dijera que no he estado toda la semana preocupada esperando saber de ti. Por eso vine hoy. Acuérdate que la última vez que estuve aquí, Courtney y Slayde estaban a punto de partir para Londres a una misión muy inquietante.

—Ya lo sé, Elinore, y debería haberme comunicado contigo; no hay ninguna disculpa para mi negligencia. Lo que pasa es que cuando llegó Lexley...

—Para —la interrumpió Elinore, poniéndole un dedo en los labios—. No hace falta ninguna disculpa. Buen Dios, escasamente has tenido tiempo para respirar. Primero la llegada del señor Lexley, luego la de Courtney y Slayde.

—Exhaló un suspiro de impaciencia—. Gracias al cielo el señor Lexley

sobrevivió a esa terrible experiencia. Parece ser un hombre bueno, y Courtney se merece recuperar algo de su antigua vida. Fue horrible para ella perder a su padre. —Miró hacia la puerta y continuó en voz más baja, ceñuda de preocupación—: Aunque, a pesar de su evidente alivio, se ve un poco pálida, como si estuviera indispuesta. Claro que sólo la vi un momento antes de que subiera a deshacer su equipaje. Pero la encontré pálida, la mirada remota. ¿Está bien, o algo enferma?

Aurora se mordió mentalmente la lengua, para honrar su promesa de no decirle nada a nadie, ni siquiera a la amiga más querida de su familia.

—Yo creo que enfrentar a los piratas que mataron a su padre le afectó muchísimo el ánimo, pero dale un poco de tiempo y verás cómo estará muy bien. Mejor que bien, en realidad.

Diciendo eso le cogió el brazo, instándola a caminar hacia el corredor, haciendo ímprobos esfuerzos por dominar su impaciencia. Sabía exactamente a qué se debía la expresión remota de Courtney, a su resolución de descubrir quién dibujó el plano de la casa, misterio a cuyo esclarecimiento pensaban dedicar esa tarde. Sin darse cuenta miró hacia arriba. Era de esperar que Courtney no hubiera ideado un plan para desenmascarar al traidor mientras ella estaba abajo atendiendo a Elinore.

—¿Aurora? ¿Estás más preocupada de lo que quieres reconocer?

Aurora pegó un salto que casi le hizo salirse de su piel ante la perspicaz pregunta de Elinore. Infierno y condenación, ¿por qué demonios no podía ser mejor actriz?

—Noo, no, de verdad. Lo único que pasa es que Courtney está inmersa en... sus asuntos. —Dios santo, eso resultaba tan creíble como si dijera que Courtney estaba entreteniéndolo a un ejército de hombres en su dormitorio—. A mí también me alegra que esté aquí el señor Lexley. Es un verdadero bálsamo para su pena.

—¿No ha dicho nada más sobre lo que ocurrió en la expedición a Londres?

Esa determinada elección de palabras de Elinore le dio una idea fabulosa, la manera perfecta. Sí que había una manera de cumplir su promesa y al mismo tiempo revelar algo que no sólo era inocuo sino que, con un poco de suerte, convencería y distraería a Elinore.

—Espera —dijo, poniéndose al lado de Elinore justo antes de que ésta saliera al corredor. Bajó la voz a un susurro—. Sí que hay un secreto que nos contó Courtney, o mejor dicho ella y Slayde.

Elinore arqueó las cejas.

—¿Un secreto?

—Sí. Hasta el momento sólo nos lo han dicho a Lexley y a mí, pero sé que piensan decírtelo a ti antes que a nadie más. Y dada tu innecesaria preocupación, te voy a revelar el anuncio para tranquilizarte y explicar la expresión remota de Courtney. Se van a casar, Courtney y Slayde.

Un verdadero placer iluminó la cara de Elinore.

—¿Casar? —exclamó—. Maravilloso. ¡Qué glorioso! ¿Cuándo?

—Tan pronto como Slayde obtenga la licencia. Ahora bien, no digas ni una sola palabra hasta que se les haya comunicado a todos los criados.

—Mis labios están sellados.

Aurora le cogió los codos.

—Asistirás a la boda, ¿verdad? Sé lo mucho que Courtney desea eso. Ha llegado a quererte tanto como te quiero yo.

—No me la perdería por nada del mundo —dijo Elinore, con los ojos brillantes de entusiasmo—. En realidad, contactaré con mi joyero inmediatamente. Tengo un vestido pasmoso que sería perfecto para la ocasión y tengo que mandarme a hacer los accesorios adecuados.

—Muy juicioso —sonrió Aurora, pensando qué típico de Elinore tomar medidas para estar elegantemente vestida en una boda cuya fecha faltaba aún por anunciar. En eso casi chocó con la señorita Payne, al girarse para seguir por el corredor—. Ah, ¿señorita Payne? ¿Haría el favor de llevarle una bandeja al señor Oridge? El pobre hombre se va a morir de hambre si no come.

El ama de llaves se sobresaltó, pues iba caminando con la vista clavada en una lista.

—Sí, cómo no, lady Aurora. Iré a ocuparme de eso enseguida. —Su mirada pasó a la vizcondesa—. ¿Va a necesitar algo más, lady Stanwyk?

Elinore negó con la cabeza.

—No, señorita Payne, gracias. Estoy a punto de marcharme.

—Muy bien, milady.

Sin más, la señorita Payne echó a andar hacia la cocina.

—¿Ha estado reunido con Slayde el señor Oridge? —preguntó Elinore—. ¿Por eso no ha tenido tiempo para comer?

—No, en realidad está esperando el regreso de Slayde. Mi hermano tuvo que ir a... a hacer un recado.

Elinore le miró atentamente la expresión.

—¿Qué recado? —preguntó, preocupada.

Aurora exhaló un suspiro.

—Está en Morland, enfrentando al duque. Ése es uno de los motivos de que esté preocupada. Lawrence Bencroft vino aquí el otro día. Estaba borracho y furibundo, exigiendo ver a Slayde. Mi hermano quiere saber por qué quería verlo.

—Ay, Dios. Me temía eso. Sin duda el duque vio el artículo que Slayde envió al *Times*. Debe de estar furioso.

—Eso es lo que tenemos que suponer —repuso Aurora—, a juzgar por el momento de su visita.

Tuvo que aplastar el deseo de contarle toda la verdad, que fueron ella y Courtney las que enviaron ese artículo, no Slayde, y que parte de lo que decía el artículo era un ingenioso engaño. Pero el señor Oridge había insistido mucho en que no debían hablar con nadie acerca de ninguna faceta del misterio. Así que no dijo nada.

—Esa carta fue un golpe de genio —estaba diciendo Elinore—. Ahora a todo el mundo no le quedará otra opción que creer que el diamante desapareció. Y los Huntley estarán libres, por fin. —Se le empañaron los ojos—. Ahora tal vez tus padres puedan descansar en paz.

—Eso espero —logró decir Aurora asaltada por una irracional oleada de culpabilidad.

¿Cómo podrían descansar en paz sus padres cuando el diamante seguía oculto donde fuera que lo escondió su bisabuelo?

—Estás preocupada por la reacción de Morland —dijo Elinore en voz baja—. Sobre todo si ese artículo de Slayde le impide transportar el diamante.

—Sí, me aterra que pueda herirlo.

Elinore se giró a mirarla al llegar a la puerta.

—Eso no ocurrirá, cariño —dijo, recuperada su sonrisa, aunque si era una verdadera sonrisa o un simple gesto para tranquilizarla, Aurora no supo discernir—. Slayde sabrá manejar a Morland —continuó poniéndose la capa que le sostenía Siebert—. Sobre todo si el estúpido está borracho. Además —añadió, haciéndole un guiño de complicidad—, Slayde tiene asuntos más urgentes en la cabeza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Estupendo. —Elinore se arregló una guedeja suelta del peinado e hizo un gesto hacia la escalera—. Ahora corre a ver a Courtney. Y, por favor, dile que estoy a su disposición para cualquier cosa que se le ofrezca. Cualquier cosa.

—Por fin —exclamó Aurora, entrando en la habitación.

Repantigada en el sillón de Aurora, Courtney la recibió con una sonrisa, observándola entrar.

—Sólo nos queda una hora y media para que el señor Oridge entre a reclamar este plano.

—Una hora y veinte minutos —corrigió Oridge desde su puesto de centinela en el corredor.

Courtney miró al cielo poniendo los ojos en blanco.

—En todo caso, esperaba que no hubierais decidido Elinore y tú pasar todo el día de charla.

Exhalando un suspiro como para expresar tolerancia, Aurora cerró la puerta sobre la firme espalda de Oridge.

—Ni hablar. Con todo lo que adoro a Elinore, esta vez no veía la hora de que se marchara. ¿Se te ocurrió algo sin mí?

Courtney esbozó una leve sonrisa.

—¿Te sentirías destrozada si dijera que sí?

—Probablemente.

—Entonces tranquilízate. Me he pasado todo el rato mirando por la ventana, preocupada por Slayde. —Enseñó el papel que habían logrado arrebatarse a Oridge después de un acalorado debate de diez minutos, en el que consiguieron tenerlo durante dos horas, pasadas las cuales, él lo reclamaría—. Escasamente le he echado una mirada a la nota y el plano, mucho menos podría adivinar quién la escribió.

—Bueno, será mejor que empecemos a mirarlos, porque en el instante en que acabe el tiempo el señor Oridge va a abrir esa puerta y nos lo va a arrebatarse. Ya está mascullando en voz baja, como puedes oír. —Fue a sentarse en la cama, con expresión solemne—. Yo también estoy preocupada por Slayde. Ha ido a meterse en la cueva del león. Aunque Elinore cree que sabrá manejar a Morland. —Pensó un momento—. Al menos me parece que cree eso.

Courtney la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Qué otra cosa te preocupa?

—Nada. Todo. Para empezar, no estoy acostumbrada a mentir. No soy muy buena para mentir.

—Yo tampoco —le dijo Courtney, compasiva—. ¿Le dijiste algo a Elinore que preferirías no haberle dicho?

—No, aparte de revelar tus planes de boda. Lo siento, Courtney, pero fue lo

único que se me ocurrió para explicar mi impaciencia y tu distracción igualmente inexplicable.

Courtney exhaló un suspiro.

—Soy tan mala actriz como tú.

—¿Te importa que le haya soltado tu noticia?

—Noo, claro que no. Elinore es como de la familia. Se lo habríamos comunicado pronto. Aurora —añadió, inclinándose hacia ella—, ¿ha sucedido alguna cosa?

A Aurora se le contrajo la cara de pena.

—He estado oyendo cantar alabanzas a Slayde por la carta que escribió al *Times*. No sé explicarlo, Courtney, pero me siento como si hubiera traicionado a mis padres. Elinore repitió una y otra vez que esto era una suerte, que por fin los Huntley están libres de la maldición, y que por fin mis padres descansarán en paz. —Su angustiada mirada buscó la de Courtney—. Pero no pueden descansar en paz, ¿verdad?, porque el diamante sigue en poder de mi familia. Mi bisabuelo sigue siendo la última persona conocida que tuvo en sus manos la piedra, que robó. «Aquel de corazón negro que toque la joya cosechará riquezas eternas y se convertirá en la carroña de la que se alimentarán otros por toda la eternidad» —recitó—. Ay, Dios, Courtney, la sola idea me aterra. Y ahora, me siento tremendamente culpable por simular que lo hemos arreglado todo, dando a mis padres una apariencia de paz, cuando en realidad no lo hemos hecho.

Courtney fue a sentarse a su lado en la cama y la abrazó fuertemente.

—Ahora me escucharás tú, Aurora Huntley. No existe ninguna maldición. Es tan invento como cualquier cuento o leyenda que se transmite de generación en generación, propagado por ladrones a cuyos intereses sirve hacerlo. Tus padres fueron asesinados por unos criminales codiciosos, monstruosos, no por una maldición imaginaria. Ese diamante vale una fortuna. Aquellos que recorren el mundo en su búsqueda ansían esa fortuna. Y ninguno abandona la búsqueda a causa de la leyenda negra que lleva consigo, ¿eh que no? ¿No dejarían de buscarlo si de verdad creyeran que se convertirían en la carroña de la que se alimentarán otros por toda una eternidad? Yo diría que la respuesta a eso, por grande que sea la riqueza, sería sí. —Se apartó y le cogió las manos. Le tembló la voz al continuar—: Aurora, cuando yo necesitaba la fuerza para resolver la muerte de mi padre, tú me la diste. Me ofreciste amistad, apoyo y un método palpable para lograr mi fin. Deja que yo haga lo mismo contigo. —Se levantó y fue a coger el papel con el plano—. Si quieres

darles paz a tus padres, ésta es la manera de hacerlo. Encontremos y castigemos a los canallas que los mataron. Eso vengará sus muertes, y te aligerará el corazón de su atroz carga.

Desapareció la expresión atormentada de Aurora, reemplazada por su característica resolución.

—Tienes razón. —Se limpió enérgicamente las lágrimas de los ojos—. ¿Cómo me las arreglaba para sobrevivir antes de que llegaras a Pembourne? —Trató de sonreír—. Más importante aún, ¿cómo sobrevivía Slayde? No te apures, sé la respuesta a eso. No sobrevivía. El cambio que ha habido en él estas últimas semanas... todavía me cuesta creer que sea mi hermano. Bromea, se ríe, Señor, si incluso me hizo un guiño. Y la forma como te mira... —se interrumpió y le miró atentamente la cara—. ¿Es maravilloso?

—Más que maravilloso —repuso Courtney dulcemente—. Más que cielo. Más que nada de lo que me habría imaginado. —Arqueó una ceja, maliciosa—. Ya lo verás cuando te ocurra.

—¿A mí? —rió Aurora—. Vamos, ésa sí que es una idea inverosímil. En primer lugar, Slayde jamás me deja salir de la casa para conocer a alguien. Y en segundo, bueno, simplemente no logro imaginarme un hombre que sea tan interesante como para pasar el resto de mi vida con él. Y si llegara el día en que se me permita salir más allá de las paredes de Pembourne, quiero ir a todas partes, verlo todo. He tenido protección y seguridad más que suficientes para todo el resto de mi vida. Y dudo mucho que exista un hombre que tolere, no, que le guste, una esposa tan andariega.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. —Asintiendo enérgicamente, Aurora cogió el plano—. Pongámonos a trabajar antes de que venga Oridge a reclamar esto.

Durante la hora siguiente examinaron el plano y la nota, tratando de deducir quién podría ser su autor.

—Si el que lo hizo hubiera firmado la nota, o como mínimo puesto sus iniciales —masculló Courtney al fin—. No hay nada en las palabras que emplea que sea lo bastante distintivo como para atribuirlo a una persona concreta.

—Tiene que ser alguien que sabe leer y escribir en buen inglés —observó Aurora—. Eso tendría que eliminar a una buena parte del personal.

—Sí, pero ¿sabemos de cierto quién sabe o no sabe hacer eso?

—No sin preguntarlo a cada uno.

—O ponerlos a prueba. —Courtney se mordió el labio—. ¿Y si inventáramos

un motivo creíble para ordenarles a todos los criados que escriban su nombre, o una frase concreta, o...? ¡Ya lo tengo! —exclamó, las palabras disparadas como un bala. Aurora se enderezó al instante.

—¿Qué?

—La última nota exigiendo rescate, no la que encontraron en el bolsillo de Armon, la que recibió Slayde.

—La que copió ese individuo de mala fama, Grimes.

A Courtney le chispearon los ojos.

—Exactamente. Grimes no sólo es un perista que negocia con ladrones de joyas, también es un hábil falsificador. Analizó la letra de esa segunda nota y la imitó. Aparte de confesar eso a Slayde, y, bueno, que era el contacto de Armon, nos ha sido de muy poca utilidad. Pero creo que eso está a punto de cambiar. —Se frotó las manos—. Si mal no recuerdo, el señor Grimes se aviene a tratos de negocios que consisten en que se le recompense pródigamente y él continúe intacto. Podemos ofrecerle eso. En realidad, podemos ofrecerle más que suficiente para comprar su colaboración.

—¿Quieres que analice la letra de esta nota?

—No que la analice sino que la compare con muchísimas otras. Vamos a reunir a los criados y pedirles que cada uno escriba unas cuantas palabras. Vamos a inventar un motivo sensato, creíble, y luego elegiremos una frase de esta nota, algo que sea tan inocuo que el culpable ya haya olvidado que la escribió hace diez años. Así nadie fingirá que no sabe escribir para no participar. Una vez que todos hayan escrito la frase, las llevaremos a Grimes.

—El que entonces verá la similitud de la letra del culpable con la de esta nota —terminó Aurora, sintiendo estallar su comprensión, como fuegos artificiales. Courtney apretó su pequeña mandíbula.

—Exactamente. Y entonces, mi querida cómplice, tendremos a nuestro traidor.



Capítulo 17

—Thayer, ve a decirle al duque que estoy aquí —ordenó Slayde, erguido en la puerta como un dios vengador—. Y no te molestes en echarme ni en decirme que está ausente. Está aquí, y no voy a ir a ninguna parte mientras no haya hablado con él.

El mayordomo se encogió ante la formidable presencia y el airado tono de Slayde, y retrocedió dos pasos.

—Por el contrario, lord Pembourne. Su excelencia le ha estado esperando, más bien deseando... —sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente—. Tengo órdenes de avisarle al instante. Haga el favor de esperar mientras le anuncio. Acto seguido echó a andar por el corredor, casi corriendo. No habían pasado tres minutos cuando reapareció.

—El duque le recibirá enseguida. Sígame.

Slayde lo siguió por el mismo corredor hasta que Thayer se detuvo ante la puerta abierta del despacho.

—Lord Pembourne —tronó, aunque la voz le salió algo temblorosa.

—Huntley, así que por fin te dieron mi mensaje —dijo Morland, levantándose del sillón de su escritorio, su cara contorsionada por la amargura y sus ojos bordeados de rojo y ensombrecidos por el odio—. Pensaba darte un día más, y si no venías volvería a ir a Pembourne.

—¿A qué? —preguntó Slayde—. ¿A hostigar a mi personal? ¿A echar abajo la casa? ¿O a algo más ominoso aún?

Thayer tosió discretamente en el umbral de la puerta.

—¿Se le ofrece algo más, señor?

—No, Thayer —dijo Morland sin apartar la mirada de Slayde—, puedes marcharte. Y cierra la puerta. Ah, seguro que vas a oír gritos. No hagas caso. El conde y yo tenemos que ponernos al día en muchas cosas.

—Sí, excelencia, gracias —dijo el mayordomo y salió como un conejo asustado.

—Podría matarte, asqueroso cabrón —ladró Morland, en el instante en que quedaron solos.

—No lo dudo. Tienes muchísima experiencia en asesinato —replicó Slayde, y sintió pasar nuevamente por él la angustia por el roce con la muerte de Courtney—. Y en intento de asesinato.

Morland entrecerró los ojos.

—¿Intento de asesinato? ¿Así que ahora tienes otra acusación más para añadir a tu demencial lista de delitos?

—Tengo muchas. ¿Estás lo bastante sobrio para oírlas?

—Tan sobrio como tú.

—¿Como estabas ayer cuando fuiste a Pembourne?

—No. Entonces estaba borracho. Hoy estoy indignado, furioso. —Morland apretó con tanta fuerza el borde del escritorio que se le pusieron blancos los nudillos—. No confundas las dos cosas. Ahora bien, ¿dónde está? ¿Dónde está ese maldito diamante?

—Ya sabes la respuesta a eso, Morland —dijo Slayde, con la voz peligrosamente tranquila—. Así que quítate la máscara y dame las respuestas que busco. No me iré de aquí sin ellas. Las arrancaré de tus labios como sea, con el método que sea necesario.

—¿Y «tú» te atreves a amenazarme? —rugió Morland, cogiendo una copa vacía y arrojándola al hogar, donde saltó rota en cien pedazos—. ¿Tú, que le entregaste mi vida a ese pirata junto con el diamante negro? No tenías ningún maldito derecho. Me importa un rábano la vida de tu hermana. Si es por mí, ese pirata podría haberla..., habría sido un Huntley menos con quien contender.

—Maldito canalla...

Evaporado su autodomínio, Slayde cruzó la distancia en una fracción de segundo y su puño conectó con la mandíbula de Morland.

—Adelante —se burló Morland jadeante, recuperando el equilibrio—. Pégame, déjame sin sentido. De todos modos estoy condenado a un infierno eterno gracias a los Huntley. Todos sois unos animales, unos malditos ladrones que nos habéis cargado con vuestra maldición —continuó a borbotones, friccionándose la mandíbula—. Cuatro generaciones... mi familia ha sufrido y muerto por vuestra codicia y odio. ¿Y todos estos años has tenido la joya, maldito canalla? ¿Y sólo la encontraste justo a tiempo para entregarla y condenar a los Bencroft a la perdición eterna?

Algo se abrió paso por la ira de Slayde, lo hizo pensar. Tal vez fue el tono, la desesperación con que Morland dijo esas palabras, o tal vez fue su instinto, la nueva percepción que acababa de adquirir. Fuera como fuera, esperó, se refrenó de asestarle el siguiente puñetazo, para escucharlo.

—¿Qué os pasa? —estaba preguntando Morland, pasándose las dos manos por la cabeza—. ¿Es que no queréis libraros de esa maldición? ¿Os gusta ser

acosados por demonios? ¿O es sólo el puro placer de atormentar a los Bencroft lo que anima a vuestras negras almas? No necesitáis para nada la fortuna que proporcionaría el diamante. Demonios, tenéis tanto dinero que no sabéis qué hacer con él.

—Mientras que tú no —dijo Slayde al instante.

Morland emitió una risa dura.

—Sabes muy bien que estoy en graves apuros económicos. Los Bencroft han perdido incontables riquezas gracias a la piratería de tu bisabuelo. Continuaremos perdiendo incontables más.

—Así que consideras el diamante un pago por tus sufrimientos.

—Pago y salvación. Además, estaba a punto de empezar a buscar la piedra para devolverla a quienes pertenece, para corregir por fin las cosas. Ah, con eso no habría borrado el pasado, no, pero podría haberles dado paz a mis antepasados y a mí una cierta seguridad para la vejez. Lo habría conseguido. Había reunido dinero para comenzar la búsqueda. Y justo entonces... —cogió el ejemplar del *Times* del escritorio y lo arrojó a los pies de Slayde—, ¡esto!

Slayde bajó la vista al diario, abierto en la página dos, y volvió a mirar la cara de Morland. De la vena que le latía fuertemente en la sien pasó la mirada a sus turbados ojos, que brillaban de no simulada aversión.

Aturdido por una ráfaga de emociones y percepciones, pasó rápidamente de la rabia a la conmoción, a la duda y, por último, a la comprensión: Lawrence Bencroft decía la verdad. Haciendo una lenta inspiración, asimiló los retazos de información que acababa de recibir y armó todas las piezas.

—Morland, ¿quieres decir que no sólo no le pagaste a Armon para que robara el diamante negro sino también que tu repentino resurgimiento en el mundo de los negocios era para financiar una búsqueda de la piedra?

—¿Y tú quieres decir que no sabías eso?

—¿Cómo lo iba a saber?

Morland sonrió lúgubrementemente.

—Pero, bueno, Pembourne. Tú mismo me dijiste que estabas investigando mis asuntos de negocios. Muy concienzudamente, me imagino. ¿Qué descubriste? ¿Qué estaba haciendo con mis fondos?

—Transfiriéndolos —repuso Slayde—. Reuniéndolos. Que pasabas muchísimo tiempo en reuniones con tu abogado y tu banquero hablando de fondos. —Entrecerró los ojos—. Dejemos de lado los resultados de mis averiguaciones. Si lo que afirmas es cierto, ¿por qué no rebatiste mis acusaciones, o las de Courtney, revelando este conveniente detalle? Ella y yo,

en ocasiones distintas, nos presentamos en tu puerta, acusándote de organizar el plan para robarme el diamante. No dijiste nada para probar que no estabas involucrado.

—No tengo nada que probar, ni a ti ni a esa loca que enviaste aquí. Y puesto que iba a invertir mi dinero en una búsqueda, comenzando por una exhaustiva investigación de tus actividades, para saber de cierto que no tenías el diamante en Pembourne, no consideré prudente revelar mis intenciones, alertándote así respecto a esa inminente investigación. Además, sabiendo que yo era inocente de todas las acusaciones que me arrojasteis tú y esa loca chica Johnston, no dude ni por un momento que, igual que tus acusaciones, tu historia de que habías entregado el diamante no era otra cosa que un puro invento. Hasta que leí ese despreciable artículo tuyo. Si lo hubiera sabido —lo miró glacialmente—, te habría dado una paliza para impedirte que entregaras ese diamante. Pero ya es demasiado tarde. Otro codicioso cabrón tiene la piedra y me llevará meses encontrarle la pista.

—No mientes —dijo Slayde, como si necesitara oír esas palabras para creerlas—. Infierno y condenación, has dicho la verdad. —Entonces vio otras implicaciones añadidas—. ¿Vas a negar también que le disparaste a Courtney la semana pasada? ¿La noche que estábamos en Somerset?

—¿¿Qué?! ¿Que le disparé a...? ¿Es ése el intento de asesinato al que te referías? La última vez que vi a esa muchacha iba saliendo de aquí corriendo, supongo que de vuelta a Pembourne. No he vuelto a verla. Y jamás he intentado matarla. —Apretó las manos en puños—. Pembourne, no sólo eres un cruel ladrón, también eres un lunático. Durante meses después de la muerte de tus padres me bombardeaste con acusaciones, que yo era un asesino, que mi padre era un asesino. Ahora, diez años después, has decidido reencender las cenizas de esas acusaciones, motivado por una repugnante finalidad que no logro ver. Además, también me acusas de dispararle a una mujer a la que sólo vi unos minutos y que no podría importarme menos. Bueno, no tengo la menor intención de permitirte que reabras viejas heridas ni que crees nuevas. Tus acusaciones eran absurdas e infundadas; las de ahora son absurdas e infundadas. También lo son las de esa hija de capitán de barco. Los dos podéis amenazarme hasta el día del juicio con ir a Bow Street con las acusaciones. A menos que inventéis pruebas inexistentes para incriminarme, no tengo nada que temer. No sólo no intenté matarla a ella, sino que, te digo por centésima vez, yo no maté a tus padres. No me interpretes mal —añadió, dirigiéndole una mirada letal—. Odio a los Huntley, asesinar a uno purgaría mi alma y me

alegraría el corazón. Pero el determinado Huntley en que estoy pensando es tu bisabuelo. Lo haría confesar dónde escondió el diamante y luego lo mataría sin el más mínimo escrúpulo ni sentimiento de culpa. Por desgracia, ya murió. Y asesinar al resto de vosotros no me serviría de nada aparte de desahogar mi furia y condenarme a Newgate. Francamente, eso no lo valéis.

Slayde se sentía tambalear, tan conmocionado por lo que acababa de enterarse que no fue capaz de contestar a los rencorosos comentarios de Morland. Además, de repente éstos dejaron de importarle. De pronto, todo dejó de importar.

Todo, a excepción de Courtney.

Sintiendo el pecho oprimido como por tenazas, vio el único y más inminente horror que indicaban las revelaciones de Morland: en alguna parte estaba el verdadero culpable, el que realmente intentó matar a Courtney. Y ese culpable estaba al acecho, tramando su plan. Sintió resonar en la cabeza la voz del señor Scollard: «La crueldad acecha a tu puerta... la crueldad y la obsesión rondan tu puerta... el peligro ronda a Courtney como un predador. Después de hoy no habrá ninguna protección. Sólo tú puedes impedir que el peligro la coja... la solución está en tus manos, como también la vida de Courtney. Vuelve a Pembourne... vuelve a Pembourne».

Sintió pasar un frío como hielo por todo su interior. Dios santo, tenía que estar con Courtney.

El faetón no avanzaba lo bastante veloz para llegar pronto a Pembourne. Por enésima vez, Slayde hizo restallar el látigo para que los caballos corrieran más rápido, casi haciendo caer a Rayburn del asiento.

—Lo siento —masculló.

—No tiene importancia, señor —dijo Rayburn volviendo a acomodarse—. Lo comprendo. Y si le sirve de consuelo, ha hecho bien en liberarme de ese puesto. Puedo servirle mejor dando caza al verdadero culpable que vigilando la propiedad del duque. Es absolutamente evidente que Morland no está involucrado.

—¿Está seguro de que no ha salido en ningún momento de la casa?

—Totalmente. Aparte de ayer por la mañana para ir a Pembourne, no ha salido desde el instante, hace seis días, en que volví a mi puesto después de acompañar a lady Aurora y la señorita Johnston a Pembourne. Y no sólo no ha ido a ninguna parte, tampoco nadie lo ha visitado, ni su abogado, ni su banquero, nadie. La única persona a quien he visto llegar a Morland en toda la

semana ha sido el cartero, cuya identidad ya comprobé hace bastante tiempo.

—¿No podría haber salido durante el tiempo que usted estuvo ausente de su puesto para acompañar a Courtney y Aurora a casa, sobre todo si les siguió?

—Ah, claro que sí. Pero sólo estuve unas horas ausente de mi puesto. Si el duque hubiera seguido a la señorita Johnston de Pembourne a Somerset antes de volver a su propiedad, yo lo habría visto regresar, aun cuando no lo hubiera visto salir. No, milord, el duque de Morland no fue el que le disparó a la señorita Johnston.

—¿Entonces quién diablos fue? —gruñó Slayde, apretando más las riendas.

—Eso, señor, ¿quién?

En ese momento Slayde cayó en la cuenta de que Pembourne ya estaba a la vista.

—Antes de que llegemos, tengo que hablar con usted de otro asunto importante.

—¿Señor?

—Mientras no se nos presente alguna pista o prueba, no tiene mucha utilidad andar buscando a ciegas al atacante. Entretanto tengo una misión que deseo encomendarle, misión delicada y extraordinariamente importante. Hay que realizarla rápido, con discreción y, con la ayuda de Dios, con éxito. Tenía pensado pedirle a Oridge que me recomendara a alguien, estoy seguro de que él me daría el nombre de un hombre competente para este trabajo. Pero, no hace falta decir, prefiero con mucho pedirle a usted este servicio, ya que conozco la elevada calidad de su trabajo.

—Me honra, señor, y estoy a su disposición. ¿De qué misión se trata?

Slayde apretó los labios.

—Necesito que encuentre a una persona. Una persona que ha sido herida y que está incapacitada, ya sea mental o físicamente, para encontrarnos, o mejor dicho, para encontrar a Courtney.

—¿Quién? —preguntó Rayburn, sorprendido.

—Su padre.

—¿El capitán Johnston? Según sus informes, señor, lo arrojaron por la borda y se ahogó.

—Lo arrojaron por la borda, sí. En cuanto a que se ahogó, tengo motivos para creer que sobrevivió, que la corriente lo arrastró a la orilla, a la costa de Cornualles. La pregunta es ¿a qué lugar? Según mis informes, se está recuperando en una pacífica calita. Por lo tanto tenemos que localizar esa pacífica calita, buscando desde aquí hasta la punta de Cornualles. Revisaré los

mapas con usted, haremos una lista de las calas que encajen en esa descripción. Mañana a primera hora usted se pondrá en marcha para ir a explorarlas. —Frunció el ceño—. Yo haría esto personalmente, pero no me atrevo a dejar sola a Courtney mientras no hayamos determinado quién intentó matarla. Así que le pido que vaya usted en mi lugar, que lo busque con tanto empeño como lo buscaría yo. Que supere todas las dificultades y recupere a Arthur Johnston.

Rayburn hizo un enérgico gesto de asentimiento.

—No le defraudaré, milord.

—Lo sé. —El faetón entró por las puertas de Pembourne—. Ah, Rayburn, no le diga una palabra de esto a nadie. Y mucho menos a Courtney. Acaba de hacer las paces con la posibilidad de que su padre haya muerto. Y en el improbable caso de que Johnston sí hubiera perecido en el Canal, no creo que ella pudiera soportar ese sufrimiento por segunda vez.

—Comprendo. Esto debe quedar estrictamente entre nosotros.

—Gracias. A Courtney y Aurora les diré que usted va a pasar la noche en casa y luego saldrá a seguirles la pista a otros sospechosos. —El faetón ya había dado la vuelta por el camino de entrada y Slayde lo detuvo. Saltó al suelo y echó a caminar hacia la casa añadiendo—: Dentro de unos momentos nos encontraremos en mi despacho para echarles una mirada a esos mapas. Primero quiero ir a comprobar que Courtney está bien.

Ya iba subiendo la escalinata cuando Siebert abrió la puerta. Al verle la expresión a su amo, anunció:

—La señorita Johnston y lady Aurora están muy bien, milord. La verdad es que han estado sorprendentemente calladas. Me parece que el señor Oridge está asustado por su silencio.

—No lo dudo —dijo Slayde, visiblemente relajado—. ¿No hemos tenido ninguna visita inesperada?

—Ninguna, milord, aparte de lady Stanwyk. E incluso ella estuvo sólo media hora. Lady Aurora estaba tan inquieta que le costaba atender a una visita.

—¿Aurora inquieta? Bueno, eso sí que me huele a problema. —Se dirigió hacia la escalera y le dijo por encima del hombro—: Por favor, ve a decirle a la señorita Payne que prepare una habitación para Rayburn. Se quedará a pasar la noche.

—Muy bien, señor. —El mayordomo frunció el ceño—. La verdad, creo que no he visto a la señorita Payne en todo el día. Qué extraño. —Se encogió de hombros—. No se preocupe, señor. La encontraré.

Dicho eso, Siebert partió en busca del ama de llaves.

Slayde subió la escalera en tiempo récord y al llegar al rellano de la primera planta echó a andar por el corredor. «El dormitorio de Rory», había dicho el señor Scollard. Muy bien, hacia allí dirigió sus pasos.

Oridge estaba moviendo la manilla de la puerta cuando apareció Slayde. Al sentirlo levantó la vista y casi se tambaleó de alivio.

—Ha vuelto, milord.

A Slayde se le formó un nudo de angustia en el estómago.

—Sí, ¿por qué? ¿Pasa algo?

—No pasa nada, señor. Sólo que la señorita Johnston y lady Aurora se han encerrado aquí. —Exhaló un suspiro, exasperado—. No han intentado escapar por la ventana; he estado atento a cualquier ruido que pudiera indicar eso, frufú de ropas, crujidos o alguna repentina interrupción en la conversación. Pero no he oído nada de eso... todavía. Sin embargo parece que están tramando algo, porque se niegan a salir.

—Infierno y condenación —gruñó Slayde y golpeó la puerta—. Courtney, Aurora, abrid esta puerta si no queréis que la eche abajo.

Pasado un instante, giró la llave en la cerradura y se abrió la puerta.

—Slayde —exclamó Courtney, con el corazón en los ojos—, gracias a Dios, estás bien.

—¿Gracias a Dios que yo estoy bien? —No pudo evitarlo, la cogió en sus brazos y la estrechó fuertemente, besándole la coronilla de pelo rojo dorado—. He estado medio loco de preocupación. ¿Por qué estáis encerradas aquí como delincuentes?

Courtney echó atrás la cabeza y le sonrió.

—Necesitábamos unos minutos más para terminar nuestro plan, y el señor Oridge se negó a prolongar nuestra cuota de tiempo acordada, ni siquiera en un cuarto de hora. Así que tomamos las medidas necesarias para proteger nuestros intereses.

—¿Qué cuota de tiempo? ¿Qué plan?

—Primero dime que Morland no te hizo daño.

—Él a mí no, pero yo le di un puñetazo.

—¿Entonces reveló algo?

—¿En ese determinado instante? Sólo que cree que vale la pena sacrificar la vida de Aurora por tener él en su poder el diamante.

Aurora se levantó con los ojos agrandados.

—¿Le pegaste a Morland... por mí?

A él se le suavizó un tanto la expresión.

—Eres mi hermana, ¿sabes?

—Estoy empezando a comprender eso —repuso ella, con igual suavidad.

—Slayde —insistió Courtney—. ¿Te enteraste de algo?

Slayde la hizo avanzar hacia dentro.

—De mucho y de muy poco. —Le hizo un gesto a Oridge para que entrara también—. Tenemos mucho de qué hablar los cuatro. —Tan pronto como se cerró la puerta, preguntó al investigador—: ¿Alguno de los criados se portó de modo extraño?

—No, en lo más mínimo. He estado apostado fuera de la habitación de lady Aurora toda la tarde, estudiando la lista y observando al personal. Aparte de unas cuantas doncellas y lacayos que me expresaron su compasión por tener la difícil tarea de frustrar los intentos de lady Aurora de escapar, ninguno ha hablado conmigo. Han estado haciendo sus trabajos de una manera que yo llamaría la acostumbrada. Ah, sí que tuve oportunidad de hablar con el señor Lexley. Es un hombre muy amable, pero no tenía nada que añadir a los detalles que ya sabemos.

—Entonces estamos de vuelta en el punto de partida, maldita sea —exclamó Slayde. Aumentó la presión de sus brazos alrededor de Courtney—. No te voy a permitir estar fuera de mi vista ni por un instante, así que renuncia a cualquier idea de encerrarte con llave, a no ser que yo esté dentro de la habitación contigo.

Courtney lo miró angustiada, observando la tensa expresión de preocupación de su cara.

—¿Qué pasa, Slayde? ¿Qué te ha alterado así?

A él se le movió un músculo en la mandíbula.

—Morland es inocente —dijo lisa y llanamente—. No es él el que contrató a Armon. No tiene el diamante. Y no es él el que te disparó el otro día.

Aurora ahogó una exclamación de sorpresa.

—¿Y tus padres? —preguntó Courtney, más preocupada que sorprendida—. ¿Es inocente de sus asesinatos también?

—Según él, sí. Negó vehementemente haber participado en sus asesinatos. Claro que eso lo ha afirmado muchas veces antes. Aún tenemos que encontrar pruebas de su inocencia. Es muy posible que mienta.

—Pero tú no crees que mienta.

Él guardó silencio un momento, un tenso silencio.

—No, no lo creo —dijo al fin.

—¿Y Chilton? ¿Sigues creyendo que él cometió los asesinatos?

La razón y la emoción batallaron en la cabeza de Slayde, los años de enemistad chillando por ser oídos.

«Lógica.» Las palabras del señor Scollard se abrieron camino como un cuchillo por su torbellino mental. «Reserva lo irracional para las amorosas manos de Courtney; usa la razón donde no existe amor.»

—No —se oyó decir. Movi6 la cabeza, aturdido—. Es ir6nico. Durante diez a6os he estado tan seguro, tan absolutamente convencido de que Chilton era el culpable... Pero hoy, escuchando a Morland, vi6ndolo sin permitir que me cegara el odio, algo cambi6 mi perspectiva.

—¿Habl6 con Rayburn, milord? —terci6 Oridge.

—S6, inmediatamente despu6s de mi enfrentamiento con Morland. Por cierto, me traje a Rayburn conmigo. No tiene ning6n sentido que siga all6 vigilando todos sus movimientos. El duque no es el criminal que buscamos.

—¿He de entender que su excelencia estaba en casa la noche que atacaron a la se6orita Johnston?

—En casa y solo. Morland no ha salido de su propiedad en toda la semana. Y nadie lo ha visitado. As6 que ni dispar6 esa bala ni contrat6 a alguien para que la disparara. Por cierto, tambi6n estaba absolutamente sobrio durante nuestro altercado. Furioso, cruel y asustado, pero sobrio. Revel6 cosas que hacen calzar todas las piezas: por qu6 dej6 de beber, por qu6 se ha reintegrado a la comunidad de negocios, por qu6 se ha estado reuniendo con su banquero y su abogado.

En voz baja les explic6 los objetivos de Morland, su plan de descubrir el diamante negro, su objetivo inmediato de investigar a los Huntley.

—Eso explica su irracional reacci6n a nuestro art6culo en el *Times* —concluy6 Aurora, pensativa.

—S6 —dijo Slayde—, y tambi6n nos deja sin ning6n nombre, sin ninguna cara, sin nada, aparte de la comprensi6n de que quien sea el que organiz6 todo esto desea eliminar a Courtney. —Trag6 saliva—. Si no es Morland, ¿qu6n es? ¿Y c6mo diablos vamos a descubrirlo antes de que intente matarla otra vez?

—Aprovechando la 6nica otra pista que tenemos —dijo Courtney, apret6ndole las mangas de la chaqueta—. Nuestra 6nica esperanza de llegar al verdadero culpable es descubrir la identidad de su otro secuaz, el que vive aqu6 en Pembourne. Cuando lo descubramos, se aterrorar6 y sin darse cuenta nos llevar6 a quien sea el que lo contrat6.

—Y eso nos lleva al extraordinario plan que ha ideado Courtney —dijo

Aurora, su conmoción por la inocencia de Morland eclipsada por el renovado entusiasmo—. Gracias a su rápido ingenio, mañana tendremos a nuestro traidor, y muy poco después a su empleador.

Sorprendido, Slayde miró a Oridge con las cejas arqueadas.

—Ésta es la primera noticia que tengo de que la señorita Johnston tiene un plan, milord —contestó el investigador, encogiéndose de hombros, como si se sintiera impotente—. Como he dicho, he estado en el corredor toda la tarde, excluido de la habitación —miró a Aurora y a Courtney resentido—. Según el acuerdo que hice con estas damas, con mucha coacción, podría añadir, ellas debían devolverme el plano hace veinte minutos. Se negaron a cumplir las condiciones. Yo no sabía por qué lo querían ni qué estaban tramando.

—Estábamos finalizando nuestro plan —explicó Courtney. Frunció el ceño—. Sólo nos falta el motivo que daremos al personal. Tal vez ustedes, caballeros, podrían ayudarnos en eso.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Slayde—. ¿Qué plan? ¿Qué motivo? —Miró al cielo y puso en blanco los ojos—. ¿Y por qué me sorprende que no tenga la más mínima idea de lo que estáis hablando?

—Yo te lo diré. —Courtney se desprendió de sus brazos y fue a coger el papel con el dibujo. Señaló la nota—. Mira, todos hemos centrado la atención en el plano, cuando deberíamos haberla centrado en el mensaje escrito arriba. —Le chispearon los ojos de resolución—. La idea se me ocurrió cuando pensé en la carta que enviamos al *Times* y el tiempo que le llevó a Aurora imitar tu letra. La letra de toda persona es distintiva, sobre todo si la examina un experto. Bueno, pues, conocemos al experto perfecto, ¿no?

—Grimes —dijo Slayde—. Pero ¿qué le vamos a pedir? ¿Que copie la nota?

—No, que la compare. Vamos a reunir a todo el personal, lo que de todas maneras íbamos a hacer para anunciarles nuestros planes de boda. Una vez que esté establecida una atmósfera jovial, les expondremos nuestro dilema, el que debe ser algo que exija que cada uno de los criados escriba una frase, una frase inocua, tan inocua que nadie se sienta amenazado y que, por tanto, todos los que saben escribir la escriban. Cuando la hayan escrito, recogeremos las hojas y las llevaremos a Grimes.

—Y él detectará la similitud de la letra de esta nota que acompaña el plano con la de una de las frases —concluyó Slayde. Giró la cabeza y con un brillo de triunfo en los ojos miró al pasmado Oridge—. Creo que le debe una disculpa a la señorita Johnston. Por lo visto ha sacado extraordinario provecho de su tiempo con el plano.

—Creo que debo ofrecerle un trabajo a la señorita Johnston —repuso Oridge, irónico—. Su plan es muy ingenioso.

Courtney sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, señores. Pero el plan es absolutamente inútil si no tenemos un motivo creíble para darle al personal. ¿Por qué demonios podríamos pedirles que hagan esto?

—Porque sospechamos que uno de ellos ha estado ayudándome en mis escapadas de Pembourne —dijo Aurora.

Tres cabezas se giraron hacia ella.

—¡Ése es el dilema perfecto! —continuó Aurora—. Todos los criados saben lo furioso que se pone Slayde cada vez que me las arreglo para escapar, evitando que me detecten los guardias. Bueno, ¿y si últimamente he logrado escapar con más frecuencia? ¿Y si a los guardias se les ha ordenado investigar, lo hacen, y encuentran una nota insignificante metida en medio de los arbustos que rodean la puerta de atrás? Una nota que dice «Use esta puerta para entrar y para salir». Cuando le entregan la nota a Slayde, todos llegan a la conclusión de que alguien me ha estado ayudando en mis intentos de escapar, alguien que vive aquí, en la casa. Lógicamente, Slayde se pone furioso y decide descubrir quién es mi cómplice. De ahí entonces la necesidad de que escriban la frase, para comparar las letras con la de la nota original, la que en realidad nadie va a ver. Es ideal, porque así no necesitamos inventar una mentira complicada e increíble. Todos los criados sabrán qué queremos hacer, aunque no la verdad de por qué lo hacemos. Vamos, incluso a Courtney tendrían que obligarla a escribir la frase; al fin y al cabo ella sería mi cómplice más probable. Y si Slayde consiente en poner en duda el honor de su prometida, ni siquiera el culpable va a adivinar nuestra verdadera finalidad. Participará, y caerá directo en nuestras manos. Porque si miráis con atención, veréis que todas las palabras de mi frase ficticia están contenidas en el mensaje de este plano. Por lo tanto daremos a Grimes todo lo que necesita para hacer su trabajo.

—Aurora, ¡es brillante! —exclamó Courtney, cogiéndole las manos y haciéndola dar un vuelta triunfal—. No sólo brillante, impecable también, ¿no te parece, Slayde?

Slayde miró a Aurora, luego a Courtney y luego el plano. Después miró a su investigador, sus labios curvados en una sonrisa de incredulidad.

—Oridge, está despedido.



Capítulo 18

—Me alegra que lo hayas reconsiderado y no despidieras a Oridge —bromeó

Courtney cuando él la acompañaba a su dormitorio.

—Sólo porque no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo, si no, ya se habría marchado —repuso él siguiéndole la broma. Poniéndose serio añadió

—: Voy

a montar guardia vigilándote a ti toda la noche, y él hará lo mismo con Aurora.

No

voy a correr ningún riesgo con ninguna de las dos.

Abrió la puerta del dormitorio, y chocó con la señorita Payne.

—Uy, perdone, milord —dijo el ama de llaves, poniéndose colorada hasta la raíz del pelo—. No les oí venir. Ésta es la noche libre de Matilda, así que después de

prepararle la cama a la señorita Johnston, me quedé a esperar por si necesitaba

alguna cosa.

—Gracias, señorita Payne —dijo Courtney—, muy amable, pero no voy a necesitar nada.

Tuvo que disimular la sonrisa cuando Slayde entró en la habitación y al verlo el

ama de llaves se puso blanca como un papel.

—Yo me ocuparé de la señorita Johnston —la informó Slayde, sin alterarse por

su reacción a su escandalosa conducta—. A pesar de la ausencia de Matilda, no le

hará falta nada.

El ama de llaves parecía a punto de desmayarse. Courtney sintió compasión y se le acercó a susurrarle:

—Perdone si la hemos escandalizado. Pese a las apariencias, esto es una indiscreción muy pequeña. Lord Pembourne y yo estaremos casados dentro de dos

semanas.

La señorita Payne tragó saliva, impresionada.

—¿Casados?

—Pero no le diga una palabra a nadie. Sólo lo hemos comunicado a lady

Aurora, a Lexley y a la vizcondesa Stanwyk. Mañana lo anunciaremos a todo el

personal. Así que, por favor, guárdenos el secreto. Y le repito, le ruego que disculpe

la conducta poco indecorosa de lord Pembourne y mía.

—Sí, cómo no, por supuesto. Felicitaciones. Lo comprendo. Buenas noches. Dicho eso, la señorita Payne salió retrocediendo y echó a andar a toda prisa por el corredor.

—Slayde, eres terrible —dijo Courtney, cerrando la puerta y ahogando la risa—.

La pobre mujer casi se desmaya de horror.

—No podría importarme menos. Nunca he vivido para los demás, y no pienso comenzar ahora. —La miró un momento en silencio—. A no ser que a ti te moleste. —Nunca he hecho un secreto de lo poco que me importa el protocolo—

contestó ella, y una picara sonrisa le curvó los labios—. Aunque estaba pensando si

tenías la intención de pasar toda la noche en el corredor, como el señor Oridge. La mirada de Slayde se intensificó, y se le oscurecieron los ojos a un gris humoso.

—Pensaba pasar la noche en tus brazos —dijo con una voz ronca, que a ella le hizo bajar estremecimientos por el espinazo—. A no ser que me rechaces. Courtney giró la llave en la cerradura y fue a ponerse ante él.

—Eso jamás —musitó, desatándole el lazo de la corbata—. Jamás te rechazaré. —Le desabotonó el chaleco y la camisa y apartándolos puso los labios

en la piel desnuda, áspera por el vello—. Te amo demasiado.

Emitiendo un gemido gutural, Slayde la cogió en los brazos y la llevó hasta la cama. No tardó mucho en despojarla del vestido, la camisola y la enagua con unos

cuantos movimientos precisos, la depositó entre las sábanas preparadas y se apartó

el tiempo suficiente para quitarse la ropa, recorriéndola toda entera con sus ávidos ojos.

Sin sentir el menor azoramiento, Courtney lo contempló, asimilando su

magnífica desnudez y tendiéndole los brazos.

—Slayde, date prisa.

Eso era todo lo que él necesitaba.

Con un violento estremecimiento, se echó sobre ella cubriendo su desnudez con la suya, y enredó los dedos en su pelo para acomodarle la cara para recibir su beso en la boca.

—Sí —musitó ella con la boca en la de él, acariciándole los potentes músculos

de los hombros y la espalda, deslizando las manos hasta sus nalgas, que se endurecieron al contacto.

—Me vuelves loco —dijo él, devorándole la boca con besos ardientes, ávidos, fundiendo su lengua con la suya.

—Ya lo veo.

Explorando, se arqueó tímidamente y sintió la reacción de él, su miembro vibrando en el abdomen, su desesperación por ser uno con ella.

—Vuelve a hacer eso y estaré dentro de ti en menos de un segundo —resolló él, bajando la cabeza hasta su pecho.

Lentamente fue abriendo la boca sobre su pezón, deslizando la lengua en círculos por encima, hasta que Courtney pensó que se iba a morir. De pronto le dio

lo que ansiaba, envolviendo el pezón entre sus labios, succionando fuerte, una vez,

dos veces y continuó con un ritmo parejo, marcando cada movimiento con una lamida.

—Ohhh —gimió Courtney, mordiéndose el labio para reprimir el grito que estuvo a punto de salir.

La sensación le bajó como un rayo hasta las ingles, y se le contrajeron los músculos interiores expulsando un líquido caliente hacia la entrepierna.

Violentamente excitado por esa respuesta, él pasó la boca al otro pecho, infligiéndole la misma tortura, sujetándole suavemente las caderas para impedirle arquearse.

—Todavía no —contestó a la tácita súplica—. Todavía no. —Deslizando la mano hacia abajo, introdujo los dedos entre sus muslos, y casi se desmoronó al

sentir la satinada humedad que acogió su caricia—. Perfecta —dijo, con la voz

espesa, introduciendo los dedos y encontrando con el pulgar y frotando suavemente

el diminuto promontorio que ansiaba su caricia—. Absoluta... mente perfecta. Courtney sollozó su nombre, arqueándose para acoger su mano, suplicándole que parara, moviendo más y más las caderas, cada movimiento más desenfrenado. —Qué hermosa eres.

Sintiendo contraerse los músculos interiores alrededor de las yemas de sus dedos, él aceleró los movimientos, estremecido en su batalla por retardar su propia

liberación, la que amenazaba con llegar a pesar de que aún no la había penetrado. —Muy cerca. Estás muy cerca. Déjame sentirte.

Ella negó con la cabeza, su pelo un bellissimo enredo sobre la almohada. —No, Slayde, no. No.

Metió la mano entre ellos y a tientas buscó y encontró su turgente pene, lo rodeó con la mano y acarició la piel que, de tan sensibilizada, parecía a punto de estallar.

—Ohhh, Courtney.

Slayde se quedó absolutamente inmóvil, apretando los dientes para ahogar el grito instintivo que le surgía de lo más profundo del pecho, las llamas de la pasión

ardiendo en sus ingles. Como por voluntad propia se le movió el cuerpo, presionando el miembro contra la palma de ella, buscando más contacto, desesperado por conocer los efectos de su caricia.

Aprovechando el momento, Courtney se movió hacia un lado, y bajó la cabeza hasta que pudo adorarlo con la boca, amarlo de la misma magnífica manera que la adoraba él.

Escasamente había comenzado cuando Slayde la enderezó y la colocó sobre su cuerpo.

—¡Para! —ordenó, levantándole las caderas y penetrándola, profundo, profundo—. Courtney...

Se vació en ella, rugiendo su nombre, echando atrás la cabeza y emitiendo el grito que tanto había tratado de reprimir. Un placer incommensurable le recorrió todas

las terminaciones nerviosas, mientras ella contraía los músculos alrededor de su miembro, gritando su nombre, avasallada por los fuertes espasmos de la compleción, apretándolo e intensificándole el orgasmo en un grado casi insoportable. Le cogió los muslos, separándoselos más y levantándola hacia él para darle hasta la última pizca de sensación, hasta la última gota de su esencia. Courtney volvió a gritar, abrazándolo fuertemente con los brazos y las piernas, apretando los músculos alrededor de su miembro de una manera que tenía que ser la más exquisita de las torturas.

Se desmoronaron y continuaron así unidos, tratando de recuperar el aliento y llenar los pulmones de aire, estremecidos por los últimos temblores de la liberación. Pasaron los minutos, fundiéndose en un dichoso y atemporal lapso de satisfacción hasta la médula de los huesos, de sus cuerpos, sí, pero más profunda aún, de sus almas.

Una eternidad después, Slayde levantó la cabeza y le besó los párpados cerrados y las sonrosadas mejillas.

—Te quiero.

Tiernamente le cogió la cara entre las palmas y le rozó los labios con todos los besos suaves que había querido darle antes pero fueron impedidos por la urgencia de los dos.

Courtney levantó los brazos y le rodeó el cuello.

—¿Sigo viva?

Él se rió.

—Si no, yo tampoco. Y en ese caso, no me importaría nada. Mientras esté contigo, no me importa dónde estoy.

Courtney abrió los ojos y sonrió.

—Sea como sea, esto es el cielo. Un cielo absoluto, un cielo eterno. —Le besó

la mojada columna de la garganta—. Te amo, lord Pembourne.

La fuerte emoción le oscureció los ojos.

—Y yo te adoro, mi futura lady Pembourne.

Eso fue causa de que se formara una pequeña arruguita entre las cejas de Courtney.

—Lady Pembourne, no había pensado en eso. Al casarme con un conde me convierto en condesa.

Slayde rodó hacia un lado llevándola con él, rodeándola firmemente con los brazos.

—¿Es aprobación o desaprobación lo que detecto?

—¿Importaría?

—No. Te vas a casar conmigo de todas maneras.

Ella se echó a reír.

—Dime, entonces, ¿se les permite a las condesas un comportamiento tan desmadrado en el dormitorio?

—Por supuesto. Es un requisito para ser noble.

—Comprendo —dijo ella, con los hombros estremecidos de risa—. ¿Y se les permite a las condesas seducir repetidamente a sus desprevenidos maridos?

—Sin darles ni un momento para recuperarse.

—Ah, ¿y se les permite a las condesas...?

—Sí. —Le cubrió la boca con la de él y la besó hasta que a ella le salió la respiración en rápidos jadeos de excitación—. Muy ciertamente, sí.

—Muy bien, entonces —logró decir ella, estremecida al sentir cómo se iba endureciendo él dentro de ella—. Supongo que me acostumbraré.

—¿Slayde? —susurró Courtney, bien acurrucada en el círculo de sus cálidos brazos.

—¿Mmm?

—Antes, cuando hablaste de tu enfrentamiento con Morland, y de tu repentino cambio de opinión... ¿cuál fue la causa?

Slayde aumentó la presión de sus brazos, y miró hacia la habitación tenuemente iluminada.

—Varias cosas. Tú, la nueva percepción que me ha dado tu amor para comprender más a fondo las cosas... —sonrió—, y una muy especial taza de té.

Courtney se giró y se incorporó un poco para mirarle la expresión.

—Fuiste a ver al señor Scollard.

—Sí.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Uyy, qué contenta estoy.

—Yo también, en realidad. Es pasmoso tu señor Scollard. Es como si te viera

por dentro. Ah, y hablando de ver —bromeó, acariciándole la mejilla—, está claro que ahora veo y oigo muy bien. Fuera cual fuera el defecto que tenía, desapareció. Según el señor Scollard, he encontrado mi camino. —Se desvaneció el ánimo de broma, reemplazado por una emoción intensa, inmensa, incontenible—. Gracias a Dios que ese camino me condujo a ti.

A ella se le empañaron los ojos.

—Para nosotros es igual que para mis padres, tú el barco y yo el faro. Ninguno de los dos está completo sin el otro. —Le besó suavemente los labios y agradeció con la misma reverencia—: Gracias a Dios que los dos encontramos nuestra ruta.

La analogía elegida le recordó a él el firme compromiso que había jurado cumplir.

—Voy a arreglarlo todo, Courtney —prometió ardientemente—. Ya lo verás.

Perpleja, ella le escrutó la cara, percibiendo que se refería a algo distinto del misterio que aún tenían que resolver.

—Lo sé —dijo. Estuvo un momento pensativa—. Cuéntame tu visita al señor Scollard.

Maldición, esa pasmosa percepción. Sintiendo sonar campanillas de advertencia, Slayde se preparó para pisar con pie de plomo, para evitar mencionar a Arthur Johnston y la posibilidad de que estuviera vivo.

—Pasé al faro cuando iba de camino hacia mi enfrentamiento con Morland. El señor Scollard me estaba esperando.

—Naturalmente.

—Me felicitó por nuestro próximo matrimonio «y» por mi pasmosa transformación. Después me preparó té.

Courtney sonrió.

—Dada tu predilección por las explicaciones racionales, tienes que haberte sentido absolutamente atónito.

—Al principio, sí, pero cuando dejé de intentar entender lo que no podía entender, y simplemente lo acepté, comencé a disfrutar de nuestra charla. Me encomió por haber dejado a Oridge vigilándoos a ti y Aurora, y me instó a ir a Morland, a enfrentar mis fantasmas. —Se le ensombreció la expresión—. Me advirtió que después de hoy no debía dejarte sola ni un momento, pues estarías en peligro. Cuando me dijo eso estuve a punto de renunciar a la idea de ir a Newton Abbot, para volver inmediatamente a Pembourne. Pero él insistió en que, por hoy, estarías bien sin mi protección. Ahora que lo pienso, él ya sabía que Morland es inocente. También sabía que eso tenía que verlo yo solo. Sus

palabras cuando me dijo que fuera a enfrentarlo fueron: «Mientras esté enfrentando al duque, el peligro se mantendrá a raya». Naturalmente yo supuse que quería decir que el peligro y Morland eran uno y lo mismo, que si Morland estaba en su casa ocupado en su enfrentamiento conmigo no podría estar en Pembourne haciéndote daño a ti. Pero cuando dije en voz alta ese pensamiento, Scollard contestó, «Ésas son palabras tuyas, no mías». Si eso no fue una alusión a que mis sospechas estaban mal dirigidas, no sé qué fue.

—Pero no lo entendiste en ese momento.

—No. Supongo que, como dijo él, tenía que limpiarme la mente de las sombras que me estorbaban la vista para ver lo que realmente existía, no lo que yo elegía ver.

—Es un hombre maravilloso, ¿verdad?

—Sí. También está terriblemente preocupado por ti. —Pasó los dedos por entre sus cabellos—. Yo también. Todas las referencias que hizo llevaban al mismo hecho, que el peligro está en Pembourne. Y no sólo en cuanto al traidor que alojamos en la casa, aunque Scollard percibió el miedo que atenaza al cabrón, sino también en cuanto a nuestra presa principal. Scollard repitió varias veces frases como «fuera» y «la crueldad y la obsesión acechan tu puerta» y «la crueldad ronda tu puerta». Pero claro, puesto que yo creía que Morland era el culpable, supuse que se refería a su visita a Pembourne borracho, o a su intención de volver. Pero ahora, eliminado Morland como sospechoso, tenemos que ver bajo otra luz las percepciones del señor Scollard.

Courtney palideció.

—¿Crees que quien sea el que está al mando de estos crímenes está cerca?

Slayde le miró la cara asustada, desgarrado entre su impulso natural de protegerla, el que lo instaba a mentirle para calmar sus temores, y su amor por ella, que le ordenaba que le dijera la verdad. Al final, no tuvo otra opción.

—Sí —contestó, acariciándole los pómulos con los pulgares—. Pero también creo que la caída de ese canalla es inminente, gracias al plan que ideasteis tú y Aurora. —Un repentino recuerdo relampagueó en su mente, como otro rayo de comprensión—. Más aún, el señor Scollard cree lo mismo.

—¿Él te dijo eso?

—Indirectamente. Lo que dijo fue que el ingenio, no una pistola, sería mi verdadera arma. —Sonrió travieso—. Lo que olvidó mencionar fue que el ingenio que actuaría sería el vuestro.

Más de cien criados estaban reunidos en el salón de baile de Pembourne,

la única sala lo bastante grande para contener a esa enorme cantidad de gente. La mayoría se movían inquietos, hablando entre ellos en voz baja sobre los posibles motivos para que lord Pembourne los hubiera convocado a todos allí después del desayuno.

Slayde contemplaba la sala desde el corredor, sin ser visto.
—¿Entiendes lo que espero de ti? —le preguntó a Cutterton en voz baja. —Por supuesto, señor —repuso Cutterton, también en voz baja—. Mathers y

yo vamos a corroborar su historia. Diremos que ayer encontramos la nota y le aconsejamos tomar medidas inmediatamente. En cuanto a nuestras responsabilidades inmediatas, vamos a distribuir material para escribir y luego recoger las hojas escritas, después de decir públicamente que la participación de la señorita Johnston en esto es obligatoria.

Slayde lo miró agradecido.

—Excelente. Sé que no tienes idea de por qué voy a hacer eso. Espero poder decírtelo muy pronto. Por ahora, agradezco tu colaboración.

—Ése es mi trabajo, señor. —En ese instante Cutterton miró hacia la izquierda e hizo un gesto de asentimiento—. Mathers acaba de llegar con papel y los materiales para escribir.

—Estupendo. Comencemos entonces. —Slayde se giró hacia Courtney, que estaba a su lado con los ojos brillantes de expectación—. Vamos, cariño —le dijo en voz baja tendiéndole la mano—. Tenemos que hacer nuestro anuncio.

—Sí, milord —dijo ella, poniendo la mano en la de él.

Se hizo el silencio entre los criados cuando entró el señor, con la señorita Johnston a su lado.

Courtney miró de una a otra cara, apenada por la aprensión que veía en ellas. Muchas de esas personas habían sido amables con ella, la habían atendido y cuidado hasta que recuperó la salud, y en ese tiempo se le habían convertido en familiares, en especial Siebert y Matilda, que estaban casi en primera fila, y cuando sus ojos se encontraron con los de ella, el afecto suavizó sus expresiones de preocupación. Por ellos, por todos, rogó que acabara pronto esa pesadilla.

Mientras Slayde se aclaraba la garganta para hablar, la mirada de ella se encontró con la de Aurora, y no pudo dejar de sonreír al ver el vivo entusiasmo que revelaban sus ojos. No había un asomo de miedo en esas

profundidades color esmeralda. Aurora no conocía el miedo. Sólo sentía dicha por la próxima boda entre su hermano y ella, y euforia por lo que creía firmemente sería el plan más exitoso de todos los tiempos.

—En primer lugar quiero agradecerlos a todos el haberlos tomado el tiempo para estar aquí dejando vuestros quehaceres —comenzó Slayde. Frunció el ceño, buscando las palabras adecuadas para hacer el anuncio—. Muchos lleváis años con mi familia y sin duda no me consideráis un residente de Pembourne sino una visita que viene con poca frecuencia y se aloja aquí muy poco tiempo. El porqué no es ningún secreto. He pasado poco de mi vida entre estas paredes, sobre todo después de que mataran a mis padres hace diez años; después de eso Pembourne se me convirtió en un abismo de aflicción y angustia. Por lo tanto, ha sido cualquier cosa menos un hogar, ni para mí ni, sospecho, para muchos de vosotros. —Miró significativamente hacia Aurora—. Ni para mi hermana, por supuesto, que se pasa la mayor parte de su vida intentando escapar.

Unos cuantos criados tosieron, nerviosos.

—El mes pasado entró en nuestras vidas una joven que en muy poco tiempo se las ha arreglado para hacer lo que yo no pude: ha hecho que Pembourne se sienta como un hogar y sus ocupantes como una familia. —Apretó la mano alrededor de la de Courtney—. Todos tenemos una deuda increíble con la señorita Johnston, y muy especialmente yo.

»En el verdadero espíritu de familia que ella ha contribuido a crear, os he convocado a todos esta mañana para daros una noticia maravillosa. La transformación de Pembourne, y la mía, están destinadas a durar, gracias al extraordinario regalo que la señorita Johnston ha aceptado hacerme, su mano en matrimonio. —Se elevó un murmullo en la sala, Slayde se volvió hacia Courtney y la miró tiernamente—. Me enorgullece anunciar que la señorita Courtney Johnston pronto se convertirá en la señora de Slayde Huntley, la condesa de Pembourne, mi esposa.

Estalló un aplauso unánime y entusiasta.

Courtney pestañeó, mirando de una cara sonriente a otra, con los ojos ardientes por las lágrimas ante esa reacción inesperadamente cálida. Se había imaginado una educada aprobación, placer, en algunos casos, pero ¿un entusiasmo así? Se sintió humilde.

—Gracias —logró decir, y su voz se perdió entre los aplausos.

Aurora llegó corriendo hasta ellos y los abrazó a los dos, con los ojos mojados.

—¿Por qué lloras? —preguntó Courtney, riendo en medio de las lágrimas—. Ya lo sabías.

—Tú también lo sabías, y estás llorando —replicó Aurora.

—Esperad, por favor —dijo Slayde en voz alta, levantando una mano—. Por desgracia hay otro asunto menos dichoso que necesito tratar antes de que comiencen las celebraciones.

Se fueron apagando los aplausos hasta acabar totalmente, y la aprensión volvió a inundar la sala.

—Como acabo de decir, lady Aurora tiene fama por sus intentos de escapar de Pembourne.

—Ah, pero Slayde —terció Aurora, en su bien ensayado papel—, todo eso cambiará ahora que Courtney...

—De todos modos —interrumpió él—, ha llegado a mi conocimiento que en los últimos días alguien de esta casa la ha estado ayudando a burlar la vigilancia de los guardias. —Slayde se cogió las manos a la espalda y paseó su osada mirada gris plateada por la sala—. Esto no es simple conjetura. Tengo una prueba que corrobora mi afirmación. Lo que pido ahora es que la persona culpable dé un paso adelante y reconozca lo que ha hecho. Si obedece, esta persona será tratada con firmeza, pero no despedida. Si no... —dejó en suspenso el resto de la frase y, con las mandíbulas apretadas, esperó. Transcurrieron los segundos.

—¿Nadie de vosotros está dispuesto a asumir la responsabilidad? —preguntó. Silencio.

—Muy bien, entonces sólo hay otra manera de conseguir mi objetivo. —Medio se volvió y le hizo un gesto a Mathers para que entrara—. El señor Mathers os entregará a cada uno un papel en blanco. Cuando haya terminado de distribuirlos, voy a leer el contenido de una nota que su cómplice dejó a Aurora cerca de la puerta de atrás de la casa. Vais a escribir la frase exactamente como yo la lea. Cuando la haya terminado, cada uno le entregará el papel a Cutterton, que la marcará con un número y hará la consiguiente anotación en una lista que se me entregará a mí y sólo yo tendré. Una vez que se hayan recogido todas las hojas, me retiraré a mi despacho y allí compararé la letra de cada uno con la de la nota. Cuando encuentre la que es igual, tendré lo que necesito. ¿Alguna pregunta?

Un muchacho del establo levantó la mano, nervioso.

—Perdone, milord, pero yo no sé escribir.

—Todos aquellos que no sabéis escribir estáis eximidos. Por favor, hablad

con el señor Cutterton en la puerta y él anotará eso en la lista. —Se le movió un músculo en la mandíbula—. Recomiendo encarecidamente que la persona culpable no finja que no sabe escribir para eludir esta tarea. Tengo archivos de todas las personas que contrato, y voy a verificar quién sabe y quién no sabe leer y escribir. —Guardó silencio un momento para que asimilaran eso—. Mientras tanto, Mathers, puedes comenzar.

Veinte minutos después, el número de criados se había reducido a la mitad, y todos tenían una hoja de papel y una pluma.

Cutterton dejó su lugar en la puerta y se acercó a Courtney, indicándole a Mathers que se acercara también.

—Perdóneme, señorita Johnston —le dijo—, pero debo pedirle que usted también participe.

Courtney lo miró boquiabierta.

—¿Yo?

—Sí, usted. —Cutterton miró a Slayde y explicó—: Perdone que ponga en situación violenta a su prometida, señor, pero debo ser meticuloso. La señorita Johnston es la mejor amiga de lady Aurora, su acompañante constante y su muy bien dispuesta cómplice. Sería negligente si no le pidiera que escribiera la frase también.

—La verdad, Cutterton...

Courtney interrumpió la protesta de Slayde agitando una mano.

—No hay ningún problema —dijo, alzando el mentón—. Si el señor Cutterton lo considera necesario, estoy más que dispuesta a participar.

Dicho eso le tendió la mano a Mathers para que le diera los materiales.

—¿Estás segura? —le preguntó Slayde en voz baja.

—Muy segura —dijo ella, cogiendo la hoja y la pluma—. Como acabas de decir, Pembourne se ha convertido en mi hogar, y sus ocupantes en mi familia. No debe haber dudas ni engaño entre nosotros.

—Muy bien. Entonces estamos listos para empezar.

—Slayde —protestó Aurora—, ¿cómo puedes pedirle a Courtney que...?

—Tú estás eximida —declaró él, recalcando el «tú»—. Haz el favor de retirarte a tus aposentos inmediatamente.

Aurora lo miró aparentando incredulidad. Abrió y cerró la boca dos veces. Luego se recogió las faldas y salió corriendo.

—Como estaba diciendo —continuó Slayde—, ahora podemos empezar. Cada uno debe escribir la siguiente frase: «Use esta puerta para entrar y para salir». Obedientemente, todos los criados comenzaron a escribir.

Slayde esperó hasta que todos lo estuvieron mirando otra vez.

—Todos estáis libres para volver a vuestros quehaceres —dijo—. Entregadle las hojas a Cutterton al salir del salón. Ah, una cosa más. Si la persona responsable experimentara un cambio y decidiera confesar, estaré en mi despacho. Si no, finalmente la haré llamar. —Paseó atentamente la vista por el salón—. Gracias a todos. Una vez que dejemos atrás este incidente, podremos comenzar la tarea más feliz de planear una boda.

Los criados comenzaron a salir, entregando los papeles, algunos nerviosos, otros muy tranquilos. Siebert se les acercó a felicitarlos, su cara iluminada por verdadero placer. La señorita Payne también los felicitó, aunque, observó Courtney divertida, no los miró a los ojos a ninguno de los dos, tal vez azorada por lo de la noche anterior, que ella consideraba una falta de recato. Matilda, en cambio, no manifestó ninguna reserva. Se les acercó, sonriendo de oreja a oreja y le cogió las dos manos a Courtney.

—Me siento muy feliz y emocionada por usted —le dijo—. Les deseo toda la felicidad que usted y lord Pembourne se merecen.

—Gracias —musitó Courtney, con la garganta oprimida por la emoción, y luego, sin poder evitarlo añadió en voz baja—: Matilda... —no debía hacer eso antes de saber de cierto quiénes quedaban absueltos, pero sabía que Matilda era inocente, nadie podría convencerla de lo contrario—: Cuando haya pasado todo esto, cuando ya esté casada con Slayde... —tragó saliva—, ¿me harías el honor de continuar, no sólo en Pembourne sino conmigo? Según tengo entendido, una condesa necesita una doncella. Y aunque sé que será tremendamente difícil entrenarme, dados todos los años en que me las he arreglado sola, no se me ocurre nadie mejor equipada que tú con el cariño y la paciencia para hacer ese trabajo. Y tampoco preferiría tener a ninguna otra a mi lado. ¿Lo considerarás?

A Matilda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Será un honor para mí, señorita Courtney.

—Perdón, señora —interrumpió Cutterton dirigiéndose a Matilda—. ¿Su papel?

Matilda se limpió los ojos.

—Sí, señor, por supuesto. Tenga.

Entregó el papel y antes de alejarse le dio otro apretón en el brazo a Courtney.

—No me grite, Cutterton —masculló Courtney, al ver su ceño desaprobador—. Porque entonces ayudaré de verdad a Aurora informándole de todas las buenas rutas para escapar que he descubierto desde la ventana de mi

dormitorio. —Le hizo una venia y sonrió al ver su expresión pasmada—. Creo que usted y yo nos vamos a llevar maravillosamente, ¿no le parece?

—Yo creo que tú y Aurora vais a tener que darle clases a mi personal de investigación y seguridad —contestó Slayde, sarcástico, justo detrás de ella.

Courtney se giró a mirarlo y entonces vio que ya no quedaba nadie en el salón.

—¿Es el momento?

—Sí —contestó él y frunció el ceño—. Sigue sin gustarme la idea de que me acompañes a ese sórdido barrio de Dartmouth.

Ella le puso la mano en el antebrazo.

—No sigas. Ya hemos llegado demasiado lejos para que yo me quede aquí. Necesito estar allí. Además, el mensaje de Oridge decía que todo está controlado. Él le hará compañía a nuestro amigo hasta que nosotros lleguemos.

—De acuerdo —asintió él, seco—. Vámonos. —¿Te quedarás apostado fuera de la puerta del despacho? —preguntó a Cutterton.

—Sí, señor. Por lo que respecta a todos, usted está encerrado dentro.

—Estupendo. Dadas las circunstancias, no estoy para ninguna visita.

—Entendido. Ahora permítame asegurarle que el camino está despejado y pueden llegar al faetón que está escondido detrás de la casa sin que nadie los detecte. Ah, me pidió que le dijera a qué hora se marchaba el señor Rayburn. Se marchó hace más o menos una hora.

—Gracias.

Slayde se quedó pensando en los mapas que le había entregado a Rayburn al alba, rogando que una de las seis calitas que había encontrado los llevara al padre de Courtney.

Courtney le tocó la mano.

—¿Slayde? No te preocupes tanto. Sé que el señor Rayburn va a investigar otras posibilidades, tal vez incluso peligrosas. Pero tengo muchísima fe en él, sea cual sea la dificultad.

—Yo también, mi amor —dijo él, besándole la frente, y repitiendo en silencio su ruego—. Yo también.

Grimes enderezó la espalda y se pasó la mano sucia por el mentón oscurecido y áspero por la barba de un día.

—Llevo una hora mirando estas frases —se quejó—, y todavía no logro encontrar ninguna igual. —Cogió la nota original, bien doblada para que sólo se viera la nota, no la fecha ni el plano—. ¿Qué hay al otro lado de esto, por cierto?

—Un plano de mi casa —contestó Slayde tranquilamente, sentado en el borde

del escritorio—. Pero no te lo voy a dejar ver. Si te dejara, de repente podría encontrar mi casa despojada de todos sus bienes mundanos. —Le dio una palmada en el hombro—. Ahora vuelve al trabajo. Te vamos a pagar una maldita fortuna por un trabajo sin ningún riesgo que no te llevará más de unas pocas horas.

—Sí, ya, pero esto tiene que ser importantísimo, para que haya enviado antes a su gorila —dijo Grimes, apuntando hacia Oridge con el pulgar.

Oridge exhaló un suspiro.

—¿Lo convengo de que se calle y reanude el trabajo, señor? —preguntó, arqueando una ceja hacia Slayde.

—Vamos, vamos, cálmese —contestó Grimes, nervioso, inclinándose nuevamente sobre el escritorio—. Le haré el trabajo.

Mientras tanto Courtney calmaba su impaciencia paseándose por el atiborrado cuarto.

—Dígale que se quede quieta —masculló Grimes—. No puedo concentrarme con ella caminando alrededor.

—Pues, aprende —gruñó Slayde—. Y si no tratas a la dama con absoluto respeto, te romperé la mandíbula.

Con la cara mohína, Grimes reanudó su tarea.

Transcurrieron otros veinte minutos.

Al perista aún le faltaba volver a revisar unas cinco o seis hojas (y Courtney estaba a punto de ponerse a chillar de frustración), cuando volvió a enderezar la espalda y agitó una hoja para que Slayde la viera.

—Aquí está su hombre.

—¿Estás seguro? —preguntó Slayde, cogiendo el papel.

—Demonios, sí. Perdone —se apresuró a añadir, mirando a Courtney, recordando la amenaza—. Mire la curva de las eses y las tes con el palo horizontal a medio cruzar. También está la ligera separación entre la primera y la segunda letra de cada palabra, y las curvas de todas las letras muy redondeadas. Ésta es. ¿Necesita que la copie?

—No será necesario. —Slayde dejó un fajo de billetes sobre el escritorio—. Aquí están las mil libras acordadas más cien extras. Eso concluye de sobra nuestro trato.

Diciendo eso recogió todas las hojas, fue hasta la puerta, la abrió y salió con Courtney a la calle hasta el faetón.

En el instante en que se les reunió Oridge, Courtney se giró hacia Slayde.

—Trajiste la lista, ¿verdad?

—Aquí la tengo. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y la sacó, al mismo tiempo que miraba el número en el margen superior de la hoja designada por Grimes—. Ocho. —Desdobló la lista—. Veamos quién diablos es el número ocho.

Courtney miró por encima de su hombro y su mirada fue directa a la línea correspondiente.

—Slayde —exclamó, cogiéndole el brazo—. Es la señorita Payne.



Capítulo 19

—Ten presente que nadie sabe que hemos estado fuera —dijo Slayde a Courtney, aminorando la marcha del faetón cuando se acercaban a las puertas de atrás de Pembourne—. Por lo que a ellos se refiere, yo sigo en mi despacho. Tenemos eso a nuestro favor. Oridge, tú distraes a la señorita Payne. El cómo, no me importa. Dile que necesitas más almohadas o almohadones. Dile que encontraste un insecto o un gusano en tu cama. Simplemente, manténla ocupada. Entre Courtney y yo registraremos su habitación, por si hubiera algo ahí que identificara a su empleador.

—Delo por hecho, señor.

—Después de eso reuniré al personal para decirles el verdadero motivo de nuestro ejercicio de escritura. Les diré que hace poco encontré pruebas de que alguien de aquí de la casa ayudó en el robo que tuvo por consecuencia el asesinato de mis padres, y que dicha prueba es una nota escrita en la letra del culpable. Luego explicaré que después de un muy esmerado examen comparando las letras, sólo he logrado encontrar tres notas cuyos autores podrían ser posibles sospechosos. Les diré que dada la magnitud de los crímenes, no me atrevería a acusar a nadie sin estar absolutamente seguro de la culpabilidad de esa persona, y que, por lo tanto saldré para Londres inmediatamente a buscar a un verdadero experto en grafología. Una vez hecha esa declaración, subiré en mi coche y me marcharé. Eso tendría que darle amplia oportunidad a la señorita Payne para correr a ver a su empleador, o bien para avisarle o para buscar refugio con él.

Courtney le hizo una venia, sonriendo admirada.

—Parece que Aurora y yo te hemos contagiado, milord. Vamos, ese plan es casi tan ingenioso como el nuestro.

—Viniendo de ti, lo consideraré el mayor de los elogios. Tal vez el señor Scollard sí quiso decir que sería necesario mi ingenio también. —Pasó una sombra por su cara—. La señorita Payne lleva décadas con mi familia. Cuesta creer que sea capaz del tipo de crímenes que estamos desentrañando.

—El robo y el asesinato son cosas muy distintas, Slayde. Lo único que sabemos de cierto es que la señorita Payne colaboró en el robo. No hay nada que indique que quisiera que tus padres murieran y mucho menos que ayudara a matarlos.

—Pero murieron —dijo Slayde tristemente—. Y no dio exactamente un paso adelante para identificar a Armon como su asesino; tampoco reconoció su participación en el robo que llevó a sus asesinatos. Peor aún, continuó en Pembourne, como una empleada de confianza, cuando debería estar pudriéndose en Newgate.

—No encuentro particularmente acogedora ni cariñosa a la señorita Payne —repuso Courtney—, pero no la creo cruel. Mi suposición es que quien sea la persona para la que trabaja se aseguró su silencio, tal vez con la ayuda de Armon. Es posible que amenazaran su puesto, su salud o incluso su vida, si decía una palabra o se negaba a ayudarlos en empresas futuras.

—Como la de apoderarse del barco de tu padre para robar el diamante negro. Ella asintió, apenada.

—Y después, cuando yo llegué a Pembourne, sin duda le ordenaron que me vigilara, para ver si yo te decía algo que inculpara a Armon, cualquier cosa que los implicara. Eso explicaría por qué pasaba tanto tiempo rondándome durante mi convalecencia. Nunca entendí su preocupación por mí, dado que no se le da lo de atender y cuidar.

—También explica por qué estaba en tu habitación anoche. Lo más probable es que la estuviera registrando en busca de algo que pudiera decirle cuánta información conseguiste durante nuestro viaje a Londres.

—Eso tiene lógica. A nadie se le ocurriría extrañarse por la presencia del ama de llaves en un dormitorio... Ah, pues, ¿eso explica lo de la nota de Aurora!

—¿Qué nota?

—La que te dejó cuando se marchó a Londres, ¿te acuerdas? La encontró metida entre el colchón y la cabecera, y supuso que se había caído ahí sola. Pues no. La quitaron y luego la volvieron a poner el día que ella volvió. La señorita Payne tiene que haber sabido de las intenciones de Aurora de ir a Londres, y lo aprovechó en favor de su empleador. No habiendo visto la explicación escrita de Aurora, no tenías ningún motivo para dudar de la

legitimidad de las notas exigiendo rescate, ni de que Aurora estaba realmente secuestrada. Así el ardid tuvo éxito, mientras la señorita Payne sabía todo el tiempo que Aurora estaba a salvo, retozando por Londres con Elinore.

—Esa maldita intrigante... —Slayde hizo una lenta y profunda inspiración—. Perdona, Courtney, pero no puedo ser tan caritativo como tú.

—No soy caritativa, ni espero que tú lo seas. Debido a la participación de la señorita Payne murió mi padre. Y tus padres. —Juntó las manos para que dejaran de temblarle—. Pero la señorita Payne no actuó sola, y tampoco actuó solamente con Armon, que ya pagó con su vida. Actuó por orden de otro, y ésa es la persona que tenemos que descubrir y llevar a la justicia, ese animal sin corazón que deseamos ver castigado. No debemos permitir que la aversión nos obnubile la razón.

Slayde le cogió la mano y se la apretó.

—¿Me estás predicando lógica y sensatez a mí, señorita Johnston? —bromeó. La broma dio en el blanco, y Courtney consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Parece que sí, lord Pembourne.

—Pasmoso. —Le levantó la mano y le besó la palma—. Parece que juntos hemos encontrado otro milagro más.

Slayde miró por tercera vez de un lado a otro el corredor del sector del personal de servicio y sólo entonces hizo un gesto a Courtney para que avanzara.

—Ahora —siseó.

Entraron en la habitación de la señorita Payne y cerraron silenciosamente la puerta.

—¿El escritorio? —preguntó Slayde.

—No, los cajones del ropero —contestó Courtney, caminando hacia el ropero y arrodillándose para abrir el primer cajón—. Tú revisa esos de la izquierda y yo me ocuparé de éstos.

—¿Por qué el ropero? —preguntó Slayde, arrodillándose a su lado—. Yo supondría que los escritos se guardarían en el escritorio.

—No los de naturaleza personal —explicó Courtney, revisando el contenido, ordenándolo todo tal como estaba y abriendo el cajón de abajo—. Las mujeres tenemos la tendencia a esconder las cosas secretas en lugares más privados, donde se supone que nadie se va a meter. Justamente por eso estamos buscando en estos lugares—. Negó con la cabeza y cerró el cajón—. Aquí no hay nada.

—Aquí tampoco —dijo Slayde, cerrando también el cajón. Miró los demás

muebles—. ¿La cómoda no es bastante personal?

—Sí —sonrió Courtney—, yo la registraré. Tú mira el cajón de la mesilla de noche.

Slayde miró receloso hacia la puerta.

—Diez minutos más y nos vamos.

—Pero, Slayde...

—Tú fuiste la que me aconsejó que me valiera de la razón. Bueno, eso es lo que hago. Si la señorita Payne nos sorprendiera aquí se estropearía todo nuestro plan de que nos lleve hasta su empleador. Por lo tanto, si encontramos alguna prueba, magnífico. Si no, nos fiaremos de que ella nos lleve adonde necesitamos ir. Sea como sea, vamos a salir de aquí dentro de diez minutos.

—Muy bien —asintió Courtney, de mala gana.

Fue hasta la cómoda y calculó cuál sería el cajón que contenía la ropa interior. Abrió el que le pareció y pasó la mano por debajo de un montón de recatados camisones. Tocó algo liso y plano.

—Slayde —susurró en tono urgente.

Él llegó junto a ella en el momento en que sacaba una libreta que tenía todas las trazas de ser un diario. Courtney comenzó a hojearlo.

—Las anotaciones son muy esporádicas —comentó, pasando páginas—, pero comienzan en mil setecientos noventa y seis y parece que siguen todo el tiempo en que ha estado empleada en Pembourne. Mira —alisando una página para mirarla más de cerca, puso el dedo bajo la fecha del comienzo de la página: 5 de enero de 1807—. Ésta es la primera anotación del año en que mataron a tus padres.

—Dos meses antes de sus muertes —convino Slayde tristemente.

Courtney levantó el diario para que pudieran leer los dos.

Me estoy haciendo mayor. Tengo la piel áspera de tanto fregar y los hombros encorvados por llevar peso. Llegué aquí jovencita, con grandiosos sueños y un corazón romántico. Ahora me miro en el espejo y veo a una solterona amargada, sin ningún futuro y un sueldo de ama de llaves. La condesa es diez años mayor que yo, y sin embargo tiene la piel tersa, suave, y los ojos vivos y brillantes. Es fácil comprender por qué. Está cubierta de joyas, bañada en atenciones. Mientras que yo estoy sola, sin contar con una suma decente para ahorrar para el futuro. Si hay algo que me ha enseñado la vida, es que no hay justicia.

—Está claro que la señorita Payne se sentía muy desgraciada —comentó

Courtney, ceñuda.

—Está claro que sigue sintiéndose así —masculló Slayde—. La pregunta es ¿qué hizo al respecto?

A sus oídos llegó el sonido apagado de pasos en el corredor. Slayde levantó la cabeza, como un lobo que ha olido peligro. Courtney retuvo el aliento y esperó. Los

enérgicos pasos llegaron hasta la puerta... y continuaron. Soltó el aliento, aliviada. —Sabía que el señor Oridge no nos fallaría.

—Ni siquiera Oridge puede entretenerla tanto tiempo que ella no comience a sospechar —dijo Slayde, dando voz a su preocupación, y miró nuevamente hacia la

puerta—. No podemos correr ese riesgo. Y no podemos llevarnos el diario, no sea

que ella descubra su falta. Así que démonos prisa, saltémonos las páginas hasta las

fechas más cercanas al día que ocurrieron los asesinatos. Es posible que haya escrito nombres.

Asintiendo, Courtney pasó unas cuantas páginas con poco escrito, hasta llegar a la página que comenzaba con la fecha 18 de marzo de 1807. Ésta estaba llena, de arriba abajo.

—Veamos qué dice.

No tiene idea de lo humillante que fue para mí pedirle un aumento de sueldo. Y me lo negó. Me dijo que ya ganaba casi tanto como Siebert. Bueno, así es como debe ser. Trabajo mucho más que ese viejo idiota. ¿Y humillarme más aún ofreciéndome un préstamo? No necesito dinero prestado; lo he ganado. Mucho más de lo que ella se ha ganado ese guardarropa de trajes preciosos o ese magnífico cofre lleno de joyas que el conde guarda en su caja fuerte en la biblioteca. Pues bien, sé a quién recurrir, conozco a la persona capaz de convencer de mi valía a lady Pembourne. La vizcondesa Stanwyk. Acudiré a ella. Tiene una elevada opinión de mí; el cielo sabe que siempre comenta lo valiosa que soy, lo valiosísima que soy para Pembourne. Y la condesa respeta sus opiniones. Sí, eso es lo que haré. Hablaré con lady Stanwyk. Ella me comprenderá. Me ayudará.

A continuación de eso, fechado el 20 de marzo de 1807:

Ha aceptado verme mañana. Sólo pudimos charlar unos minutos antes de que lady Pembourne volviera al salón, pero la vizcondesa me dijo que tenía una solución ideal para mi dilema. Tal vez se propone ofrecirme un puesto en Stanwyk. Más dinero, un futuro más brillante. No veo la hora de hablar con ella.

—Esto no nos dice nada —declaró Slayde—, aparte de que la señorita Payne es descarada además de falsa. Es inconcebible que se le ocurriera sobrepasar los límites pidiendo ayuda a una de las amigas de mi madre, su mejor amiga nada menos.

—Es igualmente extraño que Elinore haya aceptado verla. Dadas las circunstancias, yo supondría que habría ido directamente a tu madre a revelarles la deslealtad de su ama de llaves.

—Y probablemente lo hizo.

—¿Entonces por qué no despidieron a la señorita Payne? —Con el ceño fruncido, Courtney fue pasando página tras página, todas en blanco, sin absolutamente nada escrito—. Ahora sí que estoy despistada. Si la señorita Payne estaba tan fascinada por su inminente encuentro con Elinore, ¿por qué no escribió los resultados de esa entrevista?

—Tal vez no hubo ninguno —repuso él—. Tal vez recobró la sensatez y no fue a Stanwyk. O tal vez Elinore lo pensó mejor, abandonó la amabilidad y la echó tan pronto como llegó. —Le cogió el brazo y la levantó—. Devuelve el diario al lugar donde estaba. No nos dice nada aparte de la motivación de la señorita Payne, la que podríamos haber adivinado de todos modos. El robo suele estar motivado por la codicia. Vámonos.

Courtney negó con la cabeza y se mantuvo firme donde estaba.

—Slayde, son muchas las cosas que hablan de discordancia a gritos. Elinore es la esencia del protocolo. Jamás aceptaría un encuentro con el ama de llaves de tu madre. Sin embargo hizo justamente eso. Puede que la señorita Payne sea fría y codiciosa, pero no es dada a ilusiones engañosas. ¿Y por qué no escribió nada más a partir de aquí? ¿No encuentras demasiada coincidencia que interrumpiera el diario exactamente una semana antes de meterse en un complot para robarle las joyas a tu madre? Algo tuvo que precipitar su participación, o mejor dicho, alguien, el mismo alguien que le ordenó hacer ese plano y enviárselo a Armon. Fuera quien fuera ese alguien, la señorita Payne tuvo que encontrarse con él entre el veinte y el veintisiete. Sin embargo, en este diario no hay ninguna referencia a ese encuentro, ni a ningún otro,

aparte de ese desconcertante encuentro aceptado por... —se interrumpió y se puso pálida como un papel—. Dios santo, no.

—No —repitió Slayde, negando firmemente con la cabeza—. Te estás dejando llevar por la imaginación, Courtney. Eso es imposible.

—¿Es imposible? —preguntó ella, con la voz temblorosa—. Puede que tengas razón. Puede que yo esté tan agotada y nerviosa que ya no sea capaz de ver claro, que esté tan impaciente por resolverlo todo que me rebaje a dudar de una persona a la que Aurora adora, una persona a la que he llegado a considerar amiga. Si es así, me odiaré cuando haya acabado todo esto, pero, Slayde, debemos explorar todas las posibilidades. —Hizo una inspiración temblorosa—. Supongamos, ¿y si la señorita Payne tuvo esa reunión con Elinore? ¿Y si Elinore tenía un muy buen motivo para no mencionarle eso a tu madre? ¿Y si le ofreció dinero, posición y a saber qué más a la señorita Payne a cambio de algo mucho más valioso?

Slayde la miró sorprendido.

—¿El diamante? ¿Crees que Elinore iba detrás del diamante negro?

—Yo creo que quienquiera que organizara este plan iba detrás del diamante negro. Por lo tanto, suponiendo que Elinore fuera culpable, sí, creo que vio una manera de hacerse con esa piedra. —Guardó silencio un momento, apenada—. No una vez, sino dos veces. Hace diez años era la amiga más querida de tu madre. Por todo lo que sabemos, igual el empeño en ganarse esa amistad fue calculado, con la intención de enterarse del paradero del diamante. Cuando la señorita Payne acudió a ella, le dio la oportunidad perfecta para coger la piedra sin arriesgarse ella. —Eso le recordó otra cosa, y miró el diario, señalando lo escrito el 18—. Mira, la señorita Payne menciona un cofre con joyas guardado en la caja fuerte, y dice donde está, así que sin duda había visto ambas cosas. Si le reveló eso a Elinore, sin duda ésta supuso que en la caja fuerte se encontraba el diamante y decidió ir a por él. No se me ocurre dónde encontró ni cómo contrató a Armon, pero era el hombre perfecto para el papel que tenía pensado. No contó con que tus padres interrumpirían el robo. Y luego resultó que la piedra no estaba ahí. Así que volvió a su plan original, sólo que, habiendo muerto tu madre, se congració con Aurora. ¿Cuánto crees que le costó eso dada la necesidad de afecto de Aurora? Y todo el tiempo Elinore se sentía absolutamente segura, a salvo, sabiendo que tú estabas convencido de que los culpables eran Lawrence y Chilton Bencroft.

A Slayde había empezado a moverse un músculo en la mandíbula.

—Chilton se desquició un mes antes del asesinato de mis padres. Entonces fue cuando él y Lawrence irrumpieron en la casa gritando acusaciones. Claro que pensé que eran culpables.

Mientras decía eso, sintió resonar en la mente los consejos del señor Scollard, con tanta claridad como si los estuviera diciendo en ese momento: «Debes hacer con tu mente lo que hiciste con tu corazón: limpiarla de las sombras que obstaculizan tu vista. Una vez que hayas hecho eso, verás lo que verdaderamente está ahí, no lo que eliges ver». Hizo una inspiración y miró a Courtney a los ojos.

—La verdad es que estaba equivocado. Los Bencroft no eran culpables. Pero estaba tan ciego por las emociones que no podía ser objetivo. No quiero volver a cometer ese mismo error. Así que sigamos esta teoría hasta el final.

Courtney asintió, temblorosa.

—¿Y el segundo intento de robar el diamante? —continuó Slayde—. ¿El que te trajo a mí?

—Suponiendo nuevamente que Elinore es la culpable, fue otra oportunidad para conseguir su objetivo. Aurora estaba desasosegada, desesperada por ver mundo. Tú estabas en la India, y se te esperaba de regreso justo en el periodo en que la temporada de Londres estaría en su apogeo. Lo único que tenía que hacer Elinore era organizar las cosas con su secuaz. Armon te enviaría las notas exigiendo rescate y haría el canje. La señorita Payne se encargaría de que tú no tuvieras idea del paradero de Aurora cogiendo la nota explicativa que te dejó. Entonces Elinore podría ponerle las manos encima al diamante y nadie se enteraría.

—Pero Armon se volvió codicioso —continuó Slayde, sintiéndose absolutamente enfermo—. Burló el plan de Elinore, hizo el canje un día antes y huyó con la piedra. —Pensó un momento—. Pero eso plantea otra pregunta. ¿Sinceramente puedes imaginarte como una cruel asesina a la encantadora mujer que toma el té en nuestra casa? Porque la persona que contrató a Armon también lo mató de un balazo a sangre fría. Eso ya no es muerte accidental, Courtney. Eso es asesinato premeditado.

—Eso lo sé. Pero si Elinore está detrás de esto, toda su personalidad es una pura fachada y no la conocemos nada en absoluto. Ha fingido amistad, callado su responsabilidad en el asesinato de tus padres, e incluso fingido hacer duelo por ellos, y querer a sus hijos. Ha manipulado, intrigado, conspirado, robado y, de manera indirecta, matado. ¿Podría ese tipo de persona cometer asesinato premeditado? Yo diría que sí.

—Podría haber sido ella la que te disparó a ti —dijo Slayde, discurriendo en voz alta—. Habría tenido tiempo de sobra para seguarnos hasta Somerset, como también lo habría tenido antes, cuando volvió de Londres y descubrió la insubordinación de Armon, para cabalgar hasta Dartmouth a matarlo. Pero para matar a Armon tenía un motivo. ¿Qué motivo podía tener para querer matarte a ti? ¿Qué te pudo convertir de repente en una amenaza?

El recuerdo pareció estallar en la mente de Courtney, como un relámpago.

—Dios santo, yo misma le di el motivo para sentirse amenazada. Justo antes de que nos marcháramos para Londres, le conté que tenía la intención de registrar el barco de Armon hasta encontrar algo que nos diera una pista sobre la identidad de su empleador. Slayde, nadie, fuera de Elinore y Aurora, estaba conmigo cuando dije eso.

—Demonios. Infierno y condenación —exclamó Slayde, pasándose la mano por el pelo—. No me extraña que el señor Scollard dijera una y otra vez que el peligro acechaba a las puertas de Pembourne, en el umbral.

—Tienes razón. Ayer te dijo eso. Ayer por la tarde —le cogió el brazo—, más o menos a la misma hora en que Elinore estaba con Aurora en el salón. Dios mío, todo cobra sentido, un espantoso e insoportable sentido.

Slayde la estaba mirando con expresión atormentada.

—Courtney, si tienes razón, si todas estas conjeturas resultan ser ciertas, he estado ciego a una realidad que podría haber puesto en peligro la vida de Aurora.

—No pienses así —dijo Courtney, agachándose a poner el diario en su lugar debajo de los camiones—. Aurora está muy bien y continuará muy bien. No hagamos nada mientras no determinemos que estas conjeturas son una realidad. No tenemos ninguna prueba, ninguna confesión. Ni siquiera sabemos qué piensa hacer Elinore con el diamante, si lo tiene. Está claro que no ha intentado venderlo, porque ya sabría que es falso. Y sé que eso no lo sabe; justamente ayer le dijo a Aurora que estaba encantada con tu decisión de revelar la verdad en el *Times*, porque así tus padres por fin podrían descansar en paz. —Al decir eso último sintió subir bilis a la garganta.

Con los ojos ardiendo de furia, Slayde le cogió el brazo.

—Vamos. Es hora de encontrar las respuestas.

La casa estaba silenciosa como una tumba. Hasta un buen rato después de que Slayde saliera del salón de baile, en el que volvió a convocar a todo el personal para explicarles la verdadera finalidad del ejercicio de escritura anterior, con todos los detalles, hasta el del documento que fue la causa, los

criados continuaron reunidos allí susurrando horrorizados. El hecho de que uno de ellos fuera un conspirador de asesinato era inimaginable.

La señorita Payne se puso su chaqueta y pasó junto a Siebert, tan temblorosa que apenas pudo hablar.

—Siebert, necesito tomar aire.

—Lo comprendo, señora —dijo él, que estaba tan pálido como un papel.

Una vez que salió de la casa fue a buscar el faetón, que no tardó en perderse de vista por el camino de entrada y pasó por las puertas envuelto en una nube de polvo.

—Ésa es nuestra señal —dijo Slayde a Courtney y Oridge dentro del coche, que estaba oculto a un lado del camino—. Vamos.

Elinore se estaba paseando por el jardín, admirando su nuevo broche de esmeraldas e imaginándose, expectante, los pendientes a juego que llegarían pronto. Qué maravilloso poder ponerse algunas de sus preciadas posesiones, pensó. Muchísimos de sus tesoros eran demasiado valiosos para arriesgarse a sacarlos de su joyero especial, y mucho menos a usarlos; tesoros tales como la magnífica colección de joyas de la condesa, en especial el majestuoso diamante negro, que por fin estaba en su poder. No se atrevía a ponerse eso, ni ninguna de las joyas de su difunta querida amiga, no fuera que alguien las reconociera e intentara arrebatarélas. De todos modos, bien valían ese sacrificio; de todos modos podía mirarlas cada día, contemplar sus destellos a los rayos del sol o a la luz de la luna. Qué perfectas, gemas sin defecto, sin rival y, al contrario de todo lo demás, inmortales.

Y eran suyas.

Un faetón lanzado a toda velocidad interrumpió sus reflexiones; sorprendida lo observó avanzar por el camino de entrada y detenerse ante ella. Se le ensombrecieron los ojos al ver quién lo conducía.

—¿Estás loca? —siseó cuando la señorita Payne saltó al suelo—. ¿Qué haces aquí?

—Lo saben —contestó la señorita Payne, sin aliento—. Lord Pembourne y la chica. Lo saben.

Elinore se tensó.

—¿Qué es lo que saben?

—Encontraron el plano. No sé dónde ni cómo. Lo único que sé es que lo

tienen, saben que alguien de Pembourne ayudó en el robo, y están a punto de saber quién es ese alguien.

—¿Y cómo van a hacer eso?

—Lord Pembourne reunió a todo el personal, y nos hizo escribir unas palabras, dándonos un motivo falso, inventado. Ahora va de camino a Londres, a buscar un experto en grafología. Va a comparar nuestras letras con la letra de la nota que acompaña el plano. Cuando lo descubra, sabrá que la escribí yo.

—Comprendo. —Con el ceño fruncido, Elinore acarició su broche, encontrando consuelo en el contacto con las esmeraldas—. Qué desafortunado.

—¿Desafortunado? Nos van a destrozar la vida, ¿y lo llama desafortunado? Elinore dejó inmóvil la mano sobre la joya.

—¿Nos?

—Perdone, «mi» vida —se apresuró a enmendar la señorita Payne—. Lady Stanwyk, tiene que comprender, no puedo volver allí. Me enviarán a Newgate. Por favor, tiene que darme ese puesto que me prometió cuando recurrí a usted hace diez años. Comprendo que después de que Armon matara al conde y a la condesa no podía marcharme de Pembourne sin despertar sospechas. Pero ya no importa nada de eso. Si vuelvo es lo mismo que firmar mi sentencia de muerte. —Ahogó un sollozo—. Armon ya no vive para atestiguar mi inocencia. Lord Pembourne va a suponer que yo le ayudé en el asesinato. No puedo correr ese riesgo.

—No, claro que no —dijo Elinore, con las mandíbulas apretadas—. Y yo tampoco.

—¿Entonces me va a ofrecer ese puesto?

—¿De qué te serviría un puesto aquí, estúpida? Stanwyk no es un refugio para escapar de Newgate. Los agentes de Bow Street vendrán simplemente a buscarte aquí en lugar de en Pembourne. Y no sólo a ti —añadió, apretando la mano sobre el broche—, sino a mí también.

—¿Qué haremos, entonces?

—Creo que continuar en Inglaterra ya no es una opción. La única solución es abandonar el país, ahora mismo. —Pensó un momento, con el entrecejo delicadamente fruncido—. Armon ya no está. Con eso, sólo quedáis tú y Grimes. Y en Grimes no se puede confiar. Logré convencerlo de que mantuviera callada la boca respecto a que me vi obligada a eliminar a Armon, pero se deja intimidar con mucha facilidad. Sólo Dios sabe lo que le dirá a lord Pembourne si éste lo presiona.

—En ese caso, ¿podemos atrevernos a dejarlo aquí? —preguntó la señorita

Payne.

—No, nadie se puede quedar aquí. —Entrecerró los ojos, pensativa—. Nadie —repitió, confirmando sus palabras con un enérgico asentimiento—. Esto es lo que quiero que hagas. Ve a Dartmouth a explicarle la situación a Grimes. Los dos me esperáis allí. Yo haré mi bolso de viaje y me encargaré de encontrar una manera segura de viajar al Continente. Después iré a reunirme con vosotros. A la puesta de sol, ya no estaréis aquí.

—¿Va a colaborar Grimes? ¿Con tan poco tiempo para prepararse?

—Grimes no presentará ningún problema —repuso Elinore sonriendo tranquilizadora.

Grimes se estaba paseando a un lado de la señorita Payne, limpiándose el sudor de la frente, cuando llegó Elinore. La vizcondesa se apeó ágilmente de su faetón y sólo tardó un momento en bajar un solitario bolso de viaje. Luego caminó hacia los que la esperaban.

—Escuche, señorita —dijo Grimes al instante—. No sé qué diablos ha ocurrido. Cierto que usted mantiene en marcha mi negocio. Demonios, me compra el noventa por ciento de las joyas que llegan a mi poder, con o sin Armon para proporcionármelas. Pero los únicos piratas y contrabandistas que conozco están aquí en Inglaterra. No tengo idea con quiénes podría conectar en el Continente.

—¿Por qué te molestas en decirme todo eso? —preguntó Elinore, mirando hacia el suelo para asegurarse de que su bolso estaba junto a ella, a salvo. Las palabras de Grimes le recordaron que le llevaría algún tiempo encontrar a otro perista tan hábil y tan fácil de manipular como él. Bueno, eso sería un contratiempo pequeño y de corta duración. Mientras tanto podía contentarse con la buena colección de joyas que ya tenía. Vamos, sólo el diamante negro podía tenerla ocupada semanas, simplemente admirando sus facetas, maravillándose de su incomparable belleza.

Grimes la estaba mirando con una expresión extraña.

—¿Qué quiere decir con que por qué le digo todo eso? La señorita Payne dice que nos marchamos del país.

Elinore arqueó las cejas, interrogante.

—¿Eso te dijo la señorita Payne? Pues, se equivocó. —Rápidamente sacó una pistola de debajo de la capa—. «Yo» me marchó del país. Vosotros simplemente os vais.

Sonó un disparo, y la bala golpeó el cañón de la pistola de Elinore. Emitiendo

una exclamación de sorpresa, ella soltó el arma.

Salió Oridge de detrás de unos árboles cercanos, apuntándola con su pistola.

—Creo que ya ha matado a suficientes personas, lady Stanwyk.

—Más que a suficientes —añadió Slayde, avanzando a enfrentar a Elinore—. Si fueras hombre te golpearía hasta dejarte sin sentido —gruñó entre dientes.

—Eso no es impedimento para mí —dijo Courtney, saliendo de su escondite y avanzando.

Elinore la observó acercarse absolutamente inmóvil, sin siquiera mover una pestaña.

—Eres un monstruo —espetó Courtney, echando hacia atrás el brazo—. Un monstruo asesino, desalmado. Bueno, éste es por los padres de Slayde, por mi padre, y por la pena que va a causar a Aurora saber lo que eres. —Le asestó una bofetada con todas sus fuerzas—. Espero que tú y tus joyas os pudráis en la cárcel.

Elinore escasamente echó atrás la cabeza, y la miró con una expresión más de diversión que de dolor.

—¿Pudrirse? En eso os equivocáis, Courtney, querida, tú, Slayde, Aurora y todos los demás idiotas ignorantes que acabas de mencionar. Son las personas las que se pudren. Las joyas, en cambio, perduran. —En sus ojos brilló una extraña luz—. Duran eternamente.



Epílogo

—¡Courtney, despierta!

Courtney abrió un ojo y miró la habitación semioscura.

—Aurora, ¿qué hora es?

—Las cinco y media —contestó Aurora muy animada—. Ya es muy tarde para seguir durmiendo el día de tu cumpleaños. —Echó atrás las mantas y le tironeó los brazos—. Venga, vamos.

—¿Vamos? ¿Adónde? —Ya con los dos ojos abiertos, Courtney sintió evaporarse los últimos restos de sueño, eclipsados por la diversión—. Si aún no han despertado ni los pájaros.

—Ah, sí que están despiertos. —Sin inmutarse, Aurora le dio un fuerte

abrazo—. Feliz cumpleaños. ¿Te das cuenta de que la próxima semana a esta hora ya serás mi hermana?

—Sí. —Courtney le correspondió el abrazo y se apartó para escrutarle la cara, y por primera vez en días vio a la antigua Aurora—. ¿Ya estás bien? Exhalando un largo suspiro, Aurora asintió, manteniendo a raya su júbilo un momento.

—Sí. Lamento haber estado tan triste toda la semana.

—No tienes por qué disculparte. Estabas conmocionada, horrorizada. Lo que pasa es que me dolía verte sufrir, y me sentía impotente para aliviarte.

—Como tú y yo sabemos, hay ciertas cosas que hemos de enfrentar solas. En mi caso, tenía que contender con algo más que la conmoción de saber que Elinore era la culpable. También tenía que contender con la comprensión de mi estupidez. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? ¿Cómo pude confiar, ser amiga de una mujer desquiciada que mataba sólo para apoderarse de un número ilimitado de joyas, que asesinó a mis padres, destrozó mi infancia y la vida de Slayde?

—Tú no tienes la culpa de eso —alegó Courtney al instante—. Elinore está loca, Aurora. Y es muy inteligente también. Engañó a todo el mundo, incluso a la señorita Payne, que trabajaba para ella y conocía la maldad que había bajo ese barniz elegante. Piénsalo. La señorita Payne de verdad creía que Elinore los iba a llevar a ella y a Grimes al Continente; no se le pasó por la mente pensar que su intención era matarlos y dejar sus cadáveres ahí para alimento de las gaviotas. ¿Y por qué? Porque pese a todo lo que es, a todo lo que ha hecho, se ve siempre absolutamente serena, totalmente al mando de sí misma y de las situaciones, una dama hasta la médula de los huesos. —Courtney agitó la cabeza, pasmada—. Tendrías que haberla visto, Aurora. En ningún momento manifestó remordimiento, en ningún momento manifestó miedo ni desvió la mirada, ni siquiera cuando yo le asesté la bofetada. Tampoco pareció en lo más mínimo perturbada cuando el señor Oridge declaró que los iba a llevar a Bow Street. Lo que hizo fue agacharse a abrir su bolso de viaje, para asegurarse de que estaban ahí todas sus piedras preciosas, después se alisó el pelo, se arregló el broche, y anunció que estaba lista. Si hubieras visto su majestuoso paso para caminar hacia el coche, como si Oridge la fuera a llevar a un salón de baile, no a una celda en la cárcel. —Hizo una rápida inspiración—. Una mujer así engaña a cualquiera.

Aurora le cogió las dos manos y se las apretó.

—Eso lo comprendo ahora. Y te prometo que estoy bien. Es hora de decir

adiós al pasado. Nos espera un futuro grandioso y glorioso. —Mientras decía eso, agitó la cabeza para sacudirse la momentánea tristeza, se levantó de un salto y miró hacia el reloj de la repisa del hogar—. Y hablando del futuro, a las ocho tengo que llegar al faro contigo vestida y lista.

Courtney se echó a reír.

—¿A las ocho de la mañana? ¿Sabe el pobre señor Scollard que tendrá que comer pastel al amanecer?

Aurora esbozó una misteriosa sonrisa.

—Ah, creo que sí. Me parece que el señor Scollard está bien preparado. Ahora iré a buscar a Matilda. Quiere elegirte un vestido especial, adecuado a la ocasión.

Observando a Aurora salir corriendo de la habitación, Courtney sonrió, sintiéndose más dichosa de lo que jamás hubiera soñado posible. Ni siquiera los penosos acontecimientos de esa semana pasada (el arresto de Elinore, el anuncio al personal de la traición de la señorita Payne y la comprensible aflicción de Aurora) podían nublarle la dicha de saber que estaba a punto de convertirse en la esposa de Slayde.

Aun cuando entre las secuelas emocionales de la culpabilidad de Elinore, el inesperado viaje de negocios de Slayde a Cornualles y la maravillosa cantidad de planes para la boda, prácticamente no se habían visto en toda la semana, es decir, fuera de las horas de la noche, cuando él iba a su habitación, le hacía el amor hasta que ya ninguno de los dos podía respirar, y le repetía una y otra vez en susurros cuánto la amaba.

Por el bien de Aurora, siempre se marchaba antes del alba.

Pero muy pronto ya no sería necesaria esa discreción. Porque dentro de cinco cortos días, ya sería la señora de Slayde Huntley.

Con ese dichoso pensamiento, se bajó de la cama, pensando que ése era realmente el más maravilloso de los cumpleaños, muy diferente a lo que había imaginado sólo hacía un mes, cuando su vida le parecía acabada y su corazón, vacío.

Al pensar eso, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó el reloj de su padre.

—Papá —musitó, abriendo la tapa—, ojalá pudieras compartir...

Se interrumpió, expulsando todo el aire de golpe.

El reloj estaba andando.

Sorprendida, continuó mirándolo. La luz del faro iluminaba las aguas, y el barco avanzaba hacia él, siguiendo su ruta. La escena se desarrollaba como un

brillante ballet, y no una ni dos veces sino repetidamente, sin dar indicios de que fuera a enlentecerse o parar.

Contemplándolo pasmada, pensó si ésa sería la manera de cómo el cielo le sonreía, bendiciendo su futuro con Slayde cuando se acercaba el momento de unir sus vidas, convirtiéndose los dos en uno.

La emoción le oprimió la garganta mientras observaba desarrollarse la escena otra vez. La luz del faro, el barco, el trayecto. Cada vez la secuencia era la misma.

Y cada vez, el barco encontraba la ruta hacia casa.

—¿Estás segura de que el señor Scollard nos espera? —preguntó Courtney, nerviosa, cuando llegaron a la puerta del faro—. Todo se ve tan quieto. —Entremos y veamos —dijo Aurora girando la manilla, y haciéndola entrar. Apenas habían pasado del umbral cuando de la sala de estar salió una especie

de relámpago dorado. Ladrando excitado, chocó con las piernas de Courtney y cayó al suelo, hecho un agitado ovillo de pelaje y patas impacientes.

—¿Qué demon...? —Courtney se agachó y cogió al nervioso cachorro, el que al instante comenzó a bañarle la mejilla con entusiastas lamidas—. ¿Desde cuándo tiene un perro el señor Scollard? —preguntó, tan atacada de risa que apenas podía hablar.

—No tiene —contestó Aurora—. Este muchachito sólo está de visita. No se quedará.

—Es precioso —comentó Courtney, examinando al cachorro, que aguantó un momento acunado en su brazo y luego saltó al suelo y comenzó a perseguirse la cola—. Es un bebé, no tiene más de unos pocos meses. ¿Cuándo llegó aquí?

—Tiene diez semanas —le informó Aurora—. En cuanto a sus antecedentes, su madre es de una familia del pueblo. Por desgracia, su casa no es lo suficientemente grande para acomodar a una carnada de cachorros. Han conseguido encontrarles hogares a todos, menos a éste. Por lo visto es demasiado brioso y alocado para su bien; sus locas carreras desanimaron a las familias que fueron a verlo. Es una lástima. Cuando llegó al faro estaba absolutamente sin hogar.

Courtney miró al cachorro que, sin saber que estaban hablando de él, continuaba corriendo en círculos tratando de cogerse la cola.

—¿Sin hogar? Noo, Aurora, no puede estar sin hogar. Es muy pequeño para sobrevivir solo. Y no es tan brioso... uy, Dios sabe que si a las personas se las condenara por eso, a ti y a mí nos habrían eliminado hace tiempo.

—Cierto —asintió Aurora, con una expresión extrañamente solemne—. En todo caso, dije que «estaba» sin hogar. Ya no lo está. La verdad es que creo que está muy impaciente por ir a su nuevo hogar, con su nueva ama. —Se agachó y cogió al cachorrito a mitad de giro y se lo puso a Courtney en los brazos—. Un cachorro, dijiste, más concretamente, uno que te necesitara. —Le brillaron de lágrimas los ojos turquesa—. Bueno, éste te necesita. Y yo también. Feliz cumpleaños, Courtney.

Courtney abrió los ojos como platos.

—¿Es para mí?

—Para ti. Éste es mi regalo. —Sonrió, con los labios trémulos—. No sé si siempre me agradecerás este regalo, pero estoy segura de que él sí.

—Ay, Aurora —exclamó Courtney, acariciándole la pequeña cabeza al cachorrito, derritiéndose al ver sus ojos castaño terciopelo que expresaban cariño y travesura a partes iguales—. No sé qué decirte.

—Dime qué nombre piensas ponerle.

En otro ataque de energía, el cachorro saltó al suelo y fue corriendo a revolver unos papeles que estaban sobre una mesita lateral, luego subió corriendo hasta la mitad de la escalera y volvió a bajar.

Las dos se echaron a reír.

—¿Qué te parece Tirano? —sugirió Courtney, recogiendo los papeles que se habían caído—. Creo que ese nombre le sienta bien, ¿no crees? —Miró los papeles que tenía en la mano y enarcó las cejas, sorprendida—. No sabía que el señor Scollard se iba a construir una casa.

—No.

—Pero mira, éstos son dibujos y planos para una casa, no lejos de la orilla del mar, parece. Está claro que piensa construir una casa.

—Sí.

—Pero acabas de decir...

—Quise decir que no la va a construir para él.

—¿Entonces para quién la va a construir?

—Eso, que te lo diga el señor Scollard. Ah, ahí está. Buenos días, señor Scollard.

—Buenos días, señoras. —Saliendo de la cocina, el farero les sonrió acogedor y dejó una bandeja con té y pasteles en la mesa—. Feliz cumpleaños,

Courtney. Ah, veo que has encontrado tu regalo.

Courtney pestañeó sorprendida.

—Ah, quiere decir Tirano.

Miró al cachorro, que en ese momento estaba masticando una galleta que antes no estaba ahí. Pero claro, en el faro del señor Scollard uno espera magia.

—No, no me refería a tu nuevo amigo, aunque es un diablillo encantador. Me refería a los dibujos.

—No entiendo.

El señor Scollard apuntó hacia los papeles.

—La casa. ¿Te gusta?

—Parece muy hermosa. Pero ¿para qué yo...?

—Un lugar al cual llamar hogar cuando se está en tierra. Eso es muy importante, ¿no estás de acuerdo?

Courtney sintió una punzada de pena al recordar que ésas fueron las palabras que empleó para explicar lo que había deseado para ella y su padre.

—Claro que estoy de acuerdo. Y no quiero parecer desagradecida. Simplemente estoy desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque voy a vivir en Pembourne, con Slayde y Aurora.

—Pero por supuesto —dijo el señor Scollard pacientemente—. No espero que vivas en la casa, sólo que la aceptes como un regalo.

—Pero ¿entonces quién...?

—Feliz cumpleaños, Courtney.

Fue la voz sonora y profunda de Slayde la que interrumpió su pregunta. Courtney miró más allá del señor Scollard y vio a su futuro marido saliendo del dormitorio llevando apoyado en él a un hombre débil pero muy sonriente. Sintió cómo la sangre le abandonaba la cara.

—¿Papá? —logró decir, con la voz ahogada.

Arthur Johnston se soltó de Slayde para dar los últimos pasos solo, abriéndole los brazos a su hija.

—Courtney —dijo, con la voz quebrada—. Feliz cumpleaños.

—Dios mío, papá —exclamó ella, abrazándolo fuertemente, sintiendo correr por las mejillas las lágrimas de alegría, y mojándole la camisa—. Estás vivo, Dios mío, estás vivo. Y no sólo vivo, sino aquí. Conmigo.

En medio de su letanía balbuceada, oyó a su padre decir que sí, y sintió el temblor de su mano al acariciarle el pelo. Se concentró en ese consolador movimiento, en la tranquilizadora presión de su mano, prueba palpable de que

no estaba soñando, de que esa ilusión imposible era maravillosamente cierta, una realidad.

Levantó la cabeza al notar la debilidad del contacto de su mano.

—Papá, estás muy débil. Necesitas descanso. —Le cogió la mano y lo llevó hasta un sillón, lo ayudó a sentarse y se arrodilló a sus pies, temerosa de desviar la vista, temerosa de que si dejaba de mirarlo él desaparecería—. Qué delgado estás. Te ves muy cansado...

Arthur Johnston se inclinó a darle una palmadita en la mejilla.

—Me repondré. Sólo verte me hace estar seguro de eso. Vamos, deja de preocuparte.

—Había abandonado la esperanza —musitó ella—. Había dejado de rezar por un milagro. Pero ocurrió de todos modos. El reloj... no estaba equivocado... y hoy... no éramos sólo Slayde y yo los que lo hicimos andar. Fuiste tú... el hecho de que estás aquí... vivo. —Comprendiendo que no podría decir con palabras lo que quería explicar, sacó el reloj del bolsillo y lo abrió—. Se paró el día que caíste por la borda —explicó con la voz temblorosa—. Varias veces anduvo, pero se volvía a parar. Y entonces, esta mañana, reanudó la marcha, y no ha dejado de funcionar.

Miró atentamente el amado rostro de su padre, miró las lágrimas que le bajaban por las mejillas al asimilar sus palabras, y lo vio alargar la mano para tocar el precioso regalo que le hiciera su mujer hacía tantos años. Cerró la tapa y se lo puso en la palma.

—Toma, papá. El reloj vuelve a donde le corresponde estar, contigo.

Él cerró la mano sobre el reloj, como en un movimiento reflejo, y se inclinó a besarla en la frente.

—Otro milagro más. No sólo te he recuperado a ti, sino también a tu madre, con esto.

Todavía aturdida, Courtney trató de ordenar sus pensamientos, para preguntar todo lo que necesitaba saber.

—¿Cómo sobreviviste? ¿Cómo me encontraste?

A él se le movió un músculo de la mandíbula.

—Le debo mi vida a Lexley. Fueron su lealtad y su valor los que me dieron la oportunidad de pelear por mi vida. Cortó todas las cuerdas que se atrevió antes de arrojarme al mar. Las ataduras que quedaron logré quitármelas yo. La corriente iba a mi favor, me arrastró hasta una apacible calita. Arrastrándome logré llegar a la playa y ahí me desmayé. Estuve sin conocimiento no sé cuánto tiempo. Finalmente me encontró un pescador y me llevó a su casa. Él y su

familia me alojaron, me alimentaron y me cuidaron todo lo que podían. Yo recuperaba y perdía el conocimiento. —Nuevamente se inclinó a apartarle el pelo de la cara, el dolor reflejado en su curtida cara—. Te veía en sueños y despierto, llorando, débil y vendada, llamándome porque me necesitabas. Y veía a tu madre, suplicándome que te ayudara. Dos veces salí a rastras de la casa a buscarte, supongo que estaba delirante de fiebre. Las dos veces me desmayé. Ya casi había renunciado cuando me localizó el señor Rayburn.

—¿El señor Rayburn? —exclamó Courtney, sorprendida.

Su reacción le hizo hacer ese guiño que a ella le gustaba tanto y creía que no volvería a ver nunca más.

—Mmm. Me preguntaste cómo te encontré. Bueno, mi futuro yerno contrató a un investigador fabulosamente bueno. Rayburn me encontró a los dos días de búsqueda. Las noticias que me dio, que tú estabas viva, bien cuidada, han sido el mejor remedio de la Tierra. Al día siguiente, cuando llegó Slayde a recogerme, yo ya estaba más que preparado para el trayecto en coche desde Cornualles a Devonshire. Me trajo al faro del señor Scollard. Entonces fue cuando decidimos darte esta sorpresa de cumpleaños. —Sonrió, mirando hacia Aurora—. Nunca pensé que lady Aurora sería capaz de guardar el secreto.

Courtney giró la cabeza para mirar a Aurora.

—¿Tú lo sabías?

Aurora la obsequió con una sonrisa beatífica.

—Lo sabía. Y ayer, cuando estabas ocupada con las pruebas de tu vestido de novia, me las arreglé para traer aquí al señor Lexley, para que tuviera una breve reunión con tu padre. Los cuatro lo pasamos en grande. Y con cada taza que bebía del té del señor Scollard, tu padre se sentía más fuerte.

—Ah, por cierto, hablando de eso, ¿qué contiene ese brebaje? —preguntó Arthur Johnston a Scollard—. Me siento mejor por momentos.

—Bueno, claro —repuso el farero con la mayor naturalidad—. Necesita recuperar sus fuerzas. Si no, ¿cómo va a ser capaz de acompañar a Courtney por el pasillo de la iglesia?

—Fíjese que no le ha contestado la pregunta, señor Johnston —comentó Aurora—. Él es así. Eso quiere decir que usted le cae bien.

—Eso seguro. Va a construir esa casa para mí.

—¿Para ti? —preguntó Courtney, sintiendo atrapado el aire en la garganta.

—Bueno, para mí, por supuesto. Tú no la vas a necesitar. Tendrás esa enorme propiedad para mantenerte ocupada. Pero yo necesito un lugar donde residir

cuando esté en tierra.

—Puedes residir en Pembourne con nosotros.

Su padre negó con la cabeza.

—No para la cantidad de tiempo que tengo pensada. Voy a necesitar una casa mía, propia. Además, te prometí un regalo de cumpleaños también, ¿te acuerdas? Aun cuando lady Aurora me haya robado la mitad. —Sonrió mirando a Tirano, que estaba lamiendo gotitas de té caídas y también poniéndose más enérgico minuto a minuto.

—Papá, sólo me prometiste una semana —dijo Courtney—. No te pediría más que eso.

—Bueno, yo sí —contestó él—. Necesito muchas, muchas semanas, meses, en los años venideros.

—Pero si... el mar es tu vida.

—Sólo una parte de mi vida. Quiero tiempo para la otra parte también, en tierra, contigo. —Tragó saliva—. No me perdería el ver crecer a mis nietos ni por todos los mares del mundo.

—Excelente —terció el señor Scollard—, porque la casa estará totalmente terminada cuando Courtney y Slayde vuelvan de su viaje de bodas.

—Eso no lo dudo —repuso el padre de Courtney, con la voz embargada por solemne gratitud—. Es usted un hombre asombroso. Tengo entendido que usted ayudó a Slayde a descubrir mi paradero, y por eso le estaré eternamente en deuda.

—No hay por qué. Fue la fe de Slayde, no mi visión, la que le trajo aquí.

—En eso estoy de acuerdo —contestó Arthur, y miró nuevamente a Courtney—. Courtney, yo casi había perdido toda esperanza. Si no fuera por el hombre extraordinario con que te vas a casar, que se encargó de hacerme buscar, no sé si habría durado mucho más.

Entonces Courtney se permitió mirar a Slayde; hasta el momento lo había evitado porque sabía que si lo miraba se le evaporaría toda apariencia de serenidad.

—Gracias —le dijo, con la garganta oprimida por la emoción.

Su padre le apretó las manos y luego se las soltó, transmitiéndole en silencio su aprobación y comprensión.

Courtney se levantó y caminó hacia su futuro marido, mirándolo con el corazón en los ojos.

—Te quiero —musitó, con la voz quebrada, tendiéndole las manos, sus hombros estremecidos por los sollozos—. No sé cómo agradeceréte.

Slayde la abrazó, estrechándola fuertemente contra su corazón.

—Acabas de hacerlo.

Ella cerró los ojos, para saborear el abrazo, y saborear el exquisito consuelo de estar rodeada por sus seres más queridos. Todo apuntaba hacia un futuro que no contenía otra cosa que felicidad. «Ningún otro momento puede ser así de perfecto», pensó conmovida. Esa avasalladora sensación de dicha era una experiencia incomparable, de aquellas que ocurren sólo una vez en la vida.

Estaba equivocada.

Cinco días después, del brazo de su padre, conoció una dicha mayor aún cuando, ataviada en exquisitas yardas de seda blanca y plata, avanzó por el pasillo central de una pequeña capilla de Devonshire y, ante Dios y los hombres, se convirtió en la señora de Slayde Huntley.

La capilla estaba absolutamente abarrotada, pues a la boda asistieron todos los criados de Pembourne, más Rayburn, Oridge, Cutterton y un enjambre de guardias, todos relajados por primera vez en mucho tiempo, con la seguridad de que, en esa ocasión, ni Courtney ni Aurora tenían la menor intención de escapar. En el primer banco estaban Lexley y el señor Scollard, con una sonrisa de oreja a oreja, y, cómo no, Aurora, su sonriente rostro resplandeciente de felicidad, toda su atención centrada en Courtney, que sería declarada su hermana.

Courtney sintió henchido el corazón de dicha cuando llegó al lado de Slayde y vio el orgullo y el amor reflejados en su hermoso rostro. Él le tendió la mano, detuvo un momento la mirada en los ojos de Arthur Johnston, expresándole todo lo que éste necesitaba saber: que su hija sería amada y protegida el resto de su vida. Arthur le respondió con una sonrisa, le apretó el brazo a Courtney y la entregó a su amado.

Hicieron las promesas de matrimonio, cada uno con voz fuerte y segura, y luego se miraron a los ojos mientras él le ponía el anillo de oro en el anular de la mano izquierda.

—Dos mitades, ahora un todo mucho más grande —musitó él, rozándole los labios con los suyos.

—Muchísimo más grande —dijo ella, con las pestañas brillantes por las lágrimas—. Más grande que todos los obstáculos de la vida juntos. —Tragó saliva—. Te quiero, Slayde.

A Slayde se le oscurecieron los ojos y, olvidando otra vez el protocolo, le cogió la cara entre las palmas y la besó apasionadamente, un beso profundo, profundo, vinculante.

—Te quiero, señora Huntley.

Como si ésa hubiera sido la señal, la capilla casi se vino abajo con los estruendosos aplausos.

Slayde levantó la cabeza riendo y le cogió la mano.

—Vamos, cariño. Creo que nos aguarda nuestro futuro.

Acto seguido, llevó a su flamante esposa hacia la multitud que los esperaba para desearles felicidad.

Y el apellido Huntley continuó vivo.

Nota de la autora

¿Sabes qué? Esta vez no hace falta que nos despidamos.

Courtney y Slayde volverán de su viaje de bodas, iniciarán su vida de casados, y se encontrarán con que Aurora les vuelve el mundo del revés cogiendo su futuro en sus manos, destruyendo así los frágiles hilillos de paz, al encenderse en ella una pasión inesperada e inconcebible.

El diamante negro sale de las bien guardadas puertas de Pembourne para entrar en el territorio prohibido de la casa señorial Morland, y en la vida del nuevo duque que, con mucha renuencia, ha asumido el título. Julian Bencroft, aventurero viajero y extraordinario mercenario, sólo ha venido a atar los cabos sueltos de la propiedad de su padre, con la intención de embarcarse pronto para volver a su peligrosa existencia muy lejos del suelo inglés; esto hasta que Aurora Huntley entra catapultada en su vida, trastornándosela y cambiándosela para siempre.

Unidos por un giro del destino, Aurora y Julian inician una búsqueda por las oscuras cuevas de Cornualles, para encontrar lo único que puede poner fin a la maldición de sus familias: el diamante negro. Lo que encuentran al hacerlo es algo que ninguno de los dos esperaba...

Como siempre, espero saber de ti.

Escríbeme a: P.O. Box 5104

Parsippany, NJ 07054-6104

Si deseas recibir mi última hoja informativa, envía también un sobre de tamaño legal, sellado y con tu nombre y dirección escritos.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



Andrea Kane

Andrea Kane es autora de más de quince novelas, todas ellas bestsellers en Estados Unidos. Su talento para combinar personajes inolvidables con tramas inquietantes le ha convertido en una escritora de éxito dentro del género romántico histórico. Actualmente vive en Nueva Jersey con su marido y su hija.

El legado del diamante

Slayde, conde de Pembourne, está dispuesto a todo para salvar a su hermana Aurora. Incluso a entregar el Diamante Negro, la valiosísima joya que, después de todo, no ha hecho más que traer desgracia y sufrimiento a su familia. Pero cuando realiza el canje en alta mar, descubre que ha sido engañado: los cabellos rojos que brillaban en la niebla no son los de Aurora, sino los de la joven Courtney, víctima de los piratas que han matado a su padre y la han capturado como cebo. Slayde acoge a Courtney en su mansión y la ayuda a recuperarse, mientras intenta descubrir quién ha urdido el engaño. Los dos tienen ahora en la vida un objetivo común: la venganza. Pero pronto comienza a surgir entre ellos un impulso aún más fuerte, una pasión desconocida.

¿Cual acabará imponiéndose?

LA MALDICIÓN DE LA JOYA OSCURA ARRUINÓ SUS VIDAS... La vida en alta mar, de un puerto a otro, no ha sido fácil para una muchacha como

Courtney. Lo ha soportado todo gracias a la fuerza de su espíritu y también al cariño y la protección de su padre. Por eso jamás podrá olvidar el momento en que lo vio morir, arrojado por la borda del *Isobel*, su barco, por un grupo de hombres despiadados. Mientras se recupera, su corazón se endurece con el deseo de venganza: ha sido utilizada como un peón y ha perdido todo lo que tenía en la vida. Pero, al mismo tiempo, en casa del conde de Pembourne, descubre el calor de una familia, la belleza de echar raíces... y el amor que puede llegar a sentir por un hombre.

... PERO TAMBIÉN CRUZÓ SUS DESTINOS

¿Puede un diamante arruinar la vida de toda una familia? Así lo cree Slayde Huntley. La joya maldita que consiguió su tatarabuelo les ha traído una fortuna muy considerable, pero también un reguero de muertes violentas, incluidas las de sus propios padres. Slayde ha levantado en torno a sí un muro de silencio, y ha dedicado su vida a proteger a su hermana Aurora de todo mal, encerrándola en los muros de la mansión. Ahora, el Diamante Negro ha cambiado de manos, pero sigue jugando con el destino de los hombres: ha causado más muertes y dolor, pero ha puesto en el camino de Slayde a la única mujer capaz de atravesar la coraza que aísla su corazón. Sólo juntos podrán poner fin al misterio de la joya maldita.

* * *

Título original: *Legacy of the Diamond*
Editor original: Pocket Books, Nueva York
Traducción: Claudia Viñas Donoso

© 1997 by Andrea Kane
Published by arrangement with Rainbow Connection Enterprises, Inc. © 2006
by Ediciones Urano, S. A.
Aribau, 142, pral. - 08036 Barcelona
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 84-95752-95-6

Depósito legal: B-37.469-2006

